PARA COMERTE MEJOR



M. J. MASSEY

M. J. Massey (nacida en 1991), maestra, tiktoker y escritora desde que tenía trece años. En 2016 escribió el primer libro de su trilogía más vendida «*Entre Tierras*». Esta trilogía consta de los siguientes títulos: *Volverse a enamorar*; *Volverse a encontrar*; *Volver a nacer*. Todos ellos de fantasía urbana y erótica. Además, este mismo año, publicó el primer libro de la saga «*Fantástica locura*», de fantasía juvenil. El segundo libro de esta saga lo publicó en 2019.

En 2020 reescribió su primer libro de género erótico y paranormal «*Almas rebeldes*», y concluyó el primer libro de la bilogía «*Nuestra realidad*», una de las preferidas de la propia autora. En 2020 le dio fin a esta bilogía con el libro «*Yo soy el Yin y el Yang*» y publicó su título «*Súcubo*», de fantasía urbana para adultos con toques eróticos. Es su libro autoconclusivo más vendido y con muy buenas valoraciones en Amazon.

Las seis pruebas de Tributo es el primer libro de una emocionante bilogía de distopía erótica que seduce hasta a los más duros.

En 2022 publica también la tercera parte de *Fantástica locura,* y el libro autoconclusivo *Damnatu,* finalista del III Premio Literario Vanir Academy.

En mayo de 2023 saca su primer libro de *Escamas y Garras* y en julio salió a la luz *Las seis pruebas de lealtad*. En octubre, *Bacanal*, una de sus grandes obras.

En 2024 puso fin a su trilogía *Escamas y Garras*, publicó *La Niña Camaleón*, su primer libro infantil, y *Para comerte mejor*, un libro lleno de oscuridad y pasión.

Sus redes:
Tiktok principal: MariajeMassey.
Tiktok secundario: Danalasabia.
YouTube: Mariaje Massey.
Instagram: Mariaje_Massey.
Pinterest: Mariaje Massey.

Este libro se lo dedico
a todas las mujeres que
tienen una de esas historias
de las que no son culpables,
pero temen contar.

Obra protegida por el derecho de autor.©



PRÓLOGO

Caperucita, Caperucita, ¿dónde vas tú tan bonita?

Esta mujer se estaba transformando en una obsesión.

No era un loco, no era un psicópata… Bueno, en realidad un poco loco sí que estaba. Nada del otro mundo, teniendo en cuenta el rumbo que tomaba la sociedad por aquellos entonces. ¡Estaba incluso cuerdo, en comparación! Menos cuando se trataba de ella. Esa exquisita flor Amapola que cruzaba el bosque todos los días para ir al trabajo.

Y no tenía miedo. Caminaba con la seguridad del que sabe que nada le pasará: tacones de aguja (¡tacones de aguja para andar por el bosque!), pelo suelto y rubio, largo (¡por Dios, me encantaba cómo se balanceaba sobre su cintura al son de sus caderas!), maquillaje natural muy bien conseguido, ese leve rubor que bañaba sus mejillas todas las mañanas, las pequeñas pecas de su nariz, sus labios. Esos preciosos labios que me encantaría comerme.

La sangre se acumuló en mi miembro haciendo que me moviera. Una rama se partió bajo mi peso y mi Amapola se quedó quieta y miró a su alrededor. Aproveché desde mi escondite para escudriñar sus ojos: mirada de depredadora, de gata. Un ámbar que era casi amarillo, rodeado por unas largas pestañas, delicadas y naturales. Su mano se apretó alrededor del asa de su bolso, y yo no pude evitar imaginarme cómo me apretaría a mí la polla. Tras unos segundos, reanudó la marcha. Sus andares dominaban el bosque entero, su culito prieto encerrado en unos vaqueros ceñidos debajo de su abrigo rojo. Era un abrigo de esos que imaginas sobre una inspectora de policía atrevida, tipo gabardina, solo que ella no era inspectora y tampoco llevaba los labios pintados de rojo.

Hoy no.

Todavía no sabía en qué trabajaba. No conocía a sus amistades, a su familia. Era pronto para saber nada sobre ella. Llevaba siendo su vecino una semana. Me pregunté cómo de obsesionado estaría dentro de un mes.



CAPÍTULO 1

ETHAN CARTER

Pasé mi vista por la pantalla de mi portátil y sonreí: este despacho era al fin mío. Me había costado muchísimo escalar dentro de la empresa. Quien diga que las mujeres no tienen más difícil aspirar a puestos de poder en una empresa privada, miente. En general, a los hombres no se les da bien que una mujer esté por encima de ellos, dando órdenes. Sé que no debo generalizar. Hablo siempre desde la experiencia. Siempre están aquellos que te respetan y valoran más tus habilidades y tu inteligencia que tu género.

En mi caso no fue así. La mayoría de los chicos que se cruzaron en mi camino eran insoportables. Machitos que se golpeaban el pecho intentando llamar la atención. Puro ego con patas, de esos que contratan secretarias de pechos grandes y cintura estrecha sin importar el currículo.

Había tenido mala suerte. Lo sabía, porque mis amigos no eran de ese palo, y mi exnovio adoraba que yo fuese decidida y poderosa. Reconozco que, aunque lo nuestro no acabara bien, no estaría aquí sin el apoyo que en su momento me proporcionó.

Había sido todo tan difícil… Pero ahora tenía mi propia casa, me sentía fuerte, más que un tsunami. Nadie me podía parar, y subirme sobre unos buenos tacones de aguja lo mejoraba todo.

«*Toc, toc, toc*», alguien tocó en la puerta de mi despacho y di un pequeño brinco sobre mi silla. Debía acostumbrarme a tener mi propio espacio y a que la gente pidiera permiso para entrar.

—Adelante —concedí tras aclarar mi voz.

Mi secretario (al que casi le dio un patatús al descubrir que su jefa sería una mujer. Dio por hecho que yo sería hombre, ¡qué novedad!) entró con una Tablet en la mano, me saludó, muy respetuoso, dejó un café con leche sobre mi mesa y se apartó unos metros para leerme el orden del día.

—Buenos días, señora Beaumont. Hoy tiene la reunión con el equipo de diseño del Proyecto *VerdeMont* a las diez, para revisar los planos finales del complejo. Necesitan tu aprobación para iniciar la fase de construcción; a las once, la videoconferencia con los organizadores de Innovación en Arquitectura. Le he enviado por email los puntos a tratar; a las una, un almuerzo con el CEO de *BlueTech Innovations*, un nuevo cliente interesado en un proyecto de oficinas inteligentes; a las tres y media, una reunión con el equipo para revisar las propuestas de tres grandes proyectos que podrían ampliar nuestro portfolio; a las cuatro y media, una reunión con Recursos Humanos para discutir la contratación de nuevos talentos para el equipo de diseño.

«Que alguien venga y me pegue un tiro ya», pensé. Porque, ¡menuda agenda para el día de hoy! La que menos me apetecía era la primera reunión. El Proyecto *VerdeMont*…, por mucho que los diseños sostenibles estaban de moda, a mí me parecían una estupidez, porque, sí, era esa que pensaba que el cambio climático no era tan grave, pero los peces gordos lo usaban para crear miedo y controlar a la población.

—Muchas gracias, Héctor. Y, por favor, cancela el café con mi hermana a las dos y media.

No quiero que se me solape con la comida con el nuevo cliente.

Un nuevo cliente: otra de las cosas que menos me apetecían. Lo cierto es que aprendí con el tiempo a desenvolverme con la gente, a ser sociable, incluso extrovertida. Para ser una mujer triunfadora, no me quedó otra. La realidad: nací asocial total. No me gustaba la gente por muy bien que lo disimulara. Además, no solían mirar con buenos ojos mi estilo oscuro. El negro era mi color preferido y siempre intentaba meter algo sobrio y rococó en mi look, roto por un color chillón. Hoy le tocaba el turno a mi gabardina roja: mi favorita. Era abrigadita y me daba un aire rebelde y *vintage* de lo más *cool*. Además, los tacones me aportaban un toque de autoridad y sensualidad. Era ADICTA a ellos.

En cuanto Héctor salió, tecleé en mi ordenador para comprobar que todo lo relacionado con el poyecto *VerdeMont* era correcto y eché un último vistazo a los currículums y las entrevistas de los aspirantes al equipo de diseño. Mis ojos se detuvieron en una cara conocida.

Liam Spencer, un chico guapo, más o menos de mi edad. Unos treinta y dos años muy bien llevados, he de decir. Pero me llamó la atención una cosa en especial: lo conocía. Liam Spencer era, nada más y nada menos, que uno de mis vecinos. Un chico alto, delgado, de espalda ancha, de ojos verdísimos y mandíbula cuadrada y varonil. Por lo que había visto, le encantaba vestir bien. Su estilo era bastante gris, sin personalidad, pero el chico tenía carisma y una sonrisa que derretiría las bragas de cualquier mujer. Alguna que otra vez yo misma pensé en darme una alegría con su imagen en mi cabeza en las noches de soledad.

Alcé las cejas.

¿Desde cuándo este chico buscaba trabajo? Y lo más importante: ¿desde cuándo en el campo de la arquitectura? ¿Teníamos más cosas en común de las que quise creer en un primer momento? Había cruzado un par de saludos con él y poco más, ya que se mudó hacía poco. Además, ¿para qué entablar amistad con un chico que me miraba como si quisiera despellejarme y cocinar mi piel al horno para comérsela? Porque él no me desnudaba con la mirada. Él me COMÍA. Así, en mayúsculas. Sí pudiera, con letras luminosas y de neón.

«*Toc, toc, toc*», de nuevo toques suaves en la puerta.

—Su desayuno.

Héctor entró con un croissant relleno de jamón y queso y un café con leche poco cargado, como a mí me gustaba.

—Con sirope de agave. —Me sonrió.

—Muchísimas gracias: hoy voy a necesitarlo.

—De nada, para eso estamos. Ya he cancelado la cita con su hermana, por cierto.

Me lancé a por el café como si la vida me fuera en ello. La mañana cada vez se ponía más interesante.

—También confirmaré la comida con el nuevo cliente y me aseguraré de que los informes financieros y logros trimestrales estén listos para la junta directiva anual de la semana que viene.

—Y ¿podrías investigar un poco a los aspirantes de hoy? Sobre todo a este tal Liam Spencer. —Le di la vuelta al portátil para que Héctor lo viera—. Algo me dice que oculta información.

Mi secretario apuntó el nombre en su Tablet y se despidió.

En aquellos entonces, aún no era consciente de la verdad que había en esas palabras.

La comida con el nuevo cliente estaba saliendo a pedir de boca. Llevábamos casi una hora reunidos y lo tenía prácticamente convencido. Mi secretario había reservado en un restaurante

elegante cerca de mi empresa. Tenía un toque griego y marítimo, con esas columnas de granito y los cuadros con marco azul. Un acuario gigantesco era el centro de atención. Siempre que iba ahí, me preguntaba cómo demonios mantenían a los peces vivos y al agua limpia. Nunca fui una experta en peces. De pequeña siempre se me morían. Además, mi madre decía que traían mala suerte.

¡Qué tontería!

El señor Ethan Carter y yo habíamos pedido un plato de humus con *crudités* para empezar, y luego él pidió una moussaka de cordero (muy popular allí) y yo pulpo a la parrilla con garbanzos y reducción de vino tinto.

—Señora Beaumont, he de reconocer que está siendo un placer este almuerzo. Nuestra marca es muy exigente y usted me ha sorprendido.

—Por favor, ¡tutéeme, Carter! Llámeme Serena.

—Serena. Un nombre precioso.

Me recorrió el escote con la mirada y sentí un leve cosquilleo entre las piernas. ¡Maldito Ethan! ¿Por qué nadie me avisó de que hoy conocería a un Adonis? Ethan Carter era un hombre guapísimo, de los que se peinan con la raya en un lado pero a la vez parecen un pelín despeinados. Tenía una mirada pilla y castaña, barba de tres días y uno de esos rostros por los que uno se siente orgulloso. Genética pura y dura.

Supuse que sus padres lo hicieron con muchas ganas.

Lo mejor era que le gustaba. No era ninguna miope sentimental. Sabía perfectamente cuándo un hombre quería quitarme la ropa interior a bocados, y este lo estaba deseando. He de aclarar que yo no era una mojigata, por muy asocial que fuera. Era una chica dura de las que preferían estar solas y se daban un gusto de vez en cuando. Muy de vez en cuando. Era *yonki* de la sensación que me proporcionaba el gustar y el dejar con las ganas. Mi cuerpo era un maldito templo y solo entraría el hombre que yo eligiera, que normalmente eran entre pocos y ninguno. Lo malo era que llevaba ya un año (por lo menos) sin que me dieran fuerte y flojo. Últimamente mi cuerpo me pedía a gritos un pelín de intimidad. Si mi instinto no me engañaba, Ethan era de los que seducen lentamente. Un galán chapado a la antigua. Si lograba una cita, apostaría lo que fuera a que vendría con un ramo de flores, me abriría la puerta de su coche para entrar y salir, la del restaurante, y retiraría la silla por mí al sentarme.

Me encantaba esa caballerosidad ya agonizante en la sociedad, por muy machista que pudiera sonar. Adoraba que se lo trabajaran conmigo y me invitaran a comer.

—Ethan también lo es. —Di un trago largo a mi vino.

Con la lengua recorrí la superficie de la copa de manera distraída. Sus ojos se clavaron allí como estacas. ¡No me habría extrañado que la copa saltara en pedazos!

Cambió su posición sobre la silla.

¡Genial! Ver resultados en estos pequeños gestos me excitaba. El poder lo hacía.

—Y dime, Serena, ¿te apetecería quedar la semana que viene con más tranquilidad?

Fingí sorpresa.

—¡Oh! La verdad es que no tengo por costumbre quedar con los clientes. Ya sabes, pueden surgir rencillas y…

Sacudió la mano arriba y abajo.

—Sé separar lo laboral de lo personal, si es lo que la preocupa. Si tenemos una cita, no influirá en el proyecto, lo prometo.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

Posé la barbilla en mi mano y el codo sobre la mesa. Crucé las piernas haciendo que mi cintura se arqueara a un lado y mi escote quedara más expuesto a sus ojos.

—No sé, no sé… Va en contra de mis ideales.

—¿Y si le digo que conozco un restaurante en el centro donde ponen el mejor pulpo de toda la ciudad? —preguntó señalando a mi plato.

Un calambrazo de diversión me traspasó de arriba abajo. *Ains*…, cómo me gustaba hacerme la difícil.

—Me tientas. —Solté una carcajada.

Él aprovechó la mínima oportunidad.

—¡Pues adjudicado! Iremos al *Epicurean Heights* el sábado.

Otra carcajada de mi parte. Mientras tanto, él bebió de su copa sin apartar la vista de mí. Lo hizo de un modo serio, seductor. Este hombre sabía perfectamente lo guapo que era. Estaba acostumbrado a que cayeran ante él como moscas, a salirse con la suya. Me pregunté qué haría cuando no me abriera de piernas en la primera cita, ni en la segunda, ni en la tercera…

—Me gusta tu forma de pensar, Ethan. Y conozco ese sitio. Nunca he ido, pero es muy sonado por aquí.

—Si quieres, paso a recogerte.

Meneé la mano arriba y abajo.

—No te preocupes, iré en metro o en moto.

Alzó una ceja, sorprendidísimo. El gesto le quedaba bien.

—¿Eres motorista? ¿No te importa despeinarte con el casco?

Me carcajeé de una forma coqueta y pasé mi dedo por el pie de la copa de manera distraída.

—No soy motorista, pero tengo moto para moverme por la ciudad, ya que no vivo en el centro. Y no: no me importa despeinarme. No soy de esas.

Mi respuesta lo complació. Estaba segura de que este hombre estaba acostumbrado a mujeres estiradas, esnob a más no poder, que se quejarían por el nuevo color de sus uñas y gastarían cien euros al mes en extensiones de pestañas.

—Tenemos un trato, pues, chica salvaje. Pero déjame recogerte.

—Está biennnnnn. Insistente.

Le regalé la mejor sonrisa de mi repertorio.

Tras eso no tardamos en despedirnos. Yo salí del restaurante con prisas, sin parar de mirar el reloj. Quedaba poco para la reunión con el equipo y después con Recursos Humanos. Decidiríamos a quién contratábamos, así que esperaba que Héctor hubiese hecho bien su trabajo y hubiese investigado a fondo a los aspirantes.

En cuanto entré a la empresa, Héctor se acercó con su Tablet en la mano.

—¿Lo has hecho?

Él asintió.

—Se lo he enviado al correo para que ojee la información que pienso que puede ser relevante.

—¿Algo sobre Liam?

—Poca cosa. Ese hombre parece un santo, de hecho, he encontrado más cosas buenas que malas. Se mudó aquí hace poco. Antes era diseñador en una empresa pequeña y tuvo que mudarse por motivos personales. Tiene una carta de recomendación y estudió en la Universidad de Edimburgo.

—¿En Edimburgo?

Una de las universidades más exigentes del mundo.

—Ajá. —Anduvo a mi lado, hacia la sala de reuniones. El sonido de mis tacones repiqueteaba por toda la sala—. Y salió con menciones de honor. También tiene una carta de recomendación de dicha universidad. Le ofrecieron trabajo allí y él lo rechazó porque no quería dedicarse a la docencia.

—¡¿Le ofrecieron trabajo a un estudiante recién graduado?! Debió ser increíblemente bueno.

—Así es.

Cerré los ojos.

Mierda, mi vecino era un aspirante perfecto para el puesto de diseñador y arquitecto. No solo era guapo, también inteligente, aplicado, con talento y un auténtico misterio andante. Rechazó un puesto por el que mucha gente habría matado y dejó su anterior trabajo. Ahí donde hubo trabajado, lo recomendaron para el siguiente puesto. No todos podían decir eso con orgullo.

—Envíame todo eso, y también lo que hayas encontrado de los demás. Muchas gracias, Héctor. ¿Y podrías traer unos cafés para la reunión?

—Por supuesto, señora Beaumont.

Se largó orgulloso de su trabajo. No llevaba mucho trabajando con Héctor, pero en ocasiones me encontraba a mí misma preguntándome qué haría sin él, sin su ayuda. El chico era eficaz. Antes de que pidiera el desayuno, ahí estaba él con lo que más me apetecía. Hacía mi vida más fácil, así que empezaba a cogerle algo de cariño.

La reunión para aprobar los proyectos fue bien. Dos de ellos recibieron el visto bueno. El otro se quedó en un «*meh*», porque, literalmente, al verlo solo pude pensar «*meh*, sin más». La idea, el diseño… TODO, no eran más que un huevo sin sal. Había que darle una vuelta de ciento ochenta grados.

Al fin, me encontré delante de mis compañeros de Recursos Humanos. Fuimos abriendo perfiles uno a uno, analizándonos, y yo leía con detenimiento las notas que me proporcionó Héctor.

—Esta chica —estaba diciendo Natasha, enviando desde su Tablet la imagen a la pantalla grande— se llama Brenda. Es uno de los perfiles que más me han llamado la atención. Tiene mucha experiencia en el mundo de la arquitectura y logró que construyeran uno de sus edificios. Nada más y nada menos que el *Nova Nexus*.

Asentí, complacida.

—Es un edificio bastante nuevo e innovador.

—Pero —nos interrumpió Óliver. Meneaba la pierna con nerviosismo. Siempre iba vestido de colores tierra y era el nervio hecho carne, como un chihuahua sin esterilizar— la despidieron de su anterior empresa por una negligencia.

—¿Una negligencia? —inquirió Natasha.

Yo ya estaba pasando mi vista por las anotaciones de Héctor. Señalé una frase en la pantalla.

—Divulgó información confidencial a una empresa competidora. Destruyó uno de sus grandes proyectos.

Se hizo el silencio en la sala.

—Pero será cabrona… —soltó Óliver.

Yo estuve a punto de echarme a reír por su impulsividad. No se mostró avergonzado por el desliz, y eso me gustaba todavía más. ¡El departamento de Recursos Humanos no sería lo mismo sin Óliver!

—No podemos contratar a alguien que vendió información —indicó Natasha.

Esta chica, siempre tan correcta con sus faldas de tubo y su pelo ensortijado. Cuando el sol se reflejaba en su piel, me recordaba al chocolate caliente.

—Pasemos al siguiente —ordené—. Alguien que no haya sido despedido por vender información, por acoso, por robo o cualquiera de esos… ¿detallitos sin importancia?

Arranqué risitas de parte del equipo, incluida de la implacable Natasha. No tardamos en desechar a tres más, y entonces apareció la foto de Liam en pantalla.

—Uno de nuestros últimos aspirantes que han pasado por todas las entrevistas: Liam Spencer. Su currículum es impresionante, porque estudió en la Universidad de Edimburgo con grandes resultados, y ha trabajado varios años en Zenith Architects.

—Dilo ya, Natasha: lo que te gusta es que es guapo —le pinchó Óliver.

La muchacha se sonrojó hasta las orejas, apoyó las manos en las caderas sin soltar la Tablet y estuvo a puntito de hacerle un corte de mangas. Siempre pensé que entre ellos había química, pero no una romántica, sino de amistad.

—La belleza no le regalará un puesto en nuestra empresa —replicó.

—No lo hará —coincidí yo—. Guaperas sin cerebro hay por doquier. Pero este tal Liam me ha impresionado de verdad.

Y lo dije totalmente en serio, porque no todos los días llegaba alguien sin trapos sucios detrás. Era perfecto: demasiado. Mi instinto seguía gritándome que había algo que no cuadraba, sin embargo, confiaba en mi secretario. Siempre que le pedía un trabajito de investigación, lo hacía con resultados excelentes. En mi cabeza ¡ya tenía aspecto de *Basset Hound*, con las orejas largas y los ojitos tristes! Le faltaban la lupa y el sombrero a cruadros.

«Héctor el *Basset Hound*», pensé. Sería un mote perfecto para él.

—Fuera de bromas: coincido en que su currículum es tentador —dijo Natasha.

Óliver se mordió la lengua antes de decir algo inapropiado (de nuevo).

—Enseñadme la entrevista.

Si pensaba que Liam era guapo en persona, en vídeo era un dios de la belleza. Era Adonis, amado por Afrodita y por Perséfone, y me lamenté pensando en que, a este paso, sería mi compañero de trabajo. En conclusión: el fruto prohibido. Una exquisita manzana roja colgada de un árbol en medio del desierto. Y no lo digo porque estuviera desesperada (no era el caso), sino porque no podría hacer más que comérmelo con los ojos.

¡Ojalá fuera un estúpido y un prepotente! Aunque lo había visto relacionarse con el resto del vecindario y parecía bastante carismático.

—Menudo vozarrón —soltó Óliver.

Puse lo ojos en blanco. ¡Si hasta tenía buena voz, el cabrón!

Su postura era elegante, controlada al milímetro. Había algo calculador en él, yo que sé. En su forma de sonreír, de cruzar la pierna, de mover los dedos, de mirar. Sus iris verdes se clavaban directamente en mí, como si me estuviese hablando de tú a tú. Dejaba al protagonista de la serie *You* a la altura del betún.

Pestañeé. ¿Se podía saber por qué mi primer impulso fue compararlo con el acosador de una serie de *Netflix*?

—Vamos a tener problemas con ese hombre —dijo Natasha, dejando la Tablet sobre la mesa una vez el vídeo hubo acabado.

—¿Por qué? —Óliver se sorprendió—. A mí me ha parecido un tío transparente y correcto.

—¡Porque no me he enterado de nada de lo que decía! En serio, ¿cómo se puede ser tan guapo? Yo voto por no contratarlo: será una distracción para el personal.

—Eso no es justo —discutió nuestro compañero—. ¿Te parecería justo que, por ser demasiado guapa, tiraran tu currículum a la basura? No, ¿verdad? Este hombre es brillante. Apuesto lo que sea a que traerá beneficios a la empresa. Es en eso en lo que tienes que pensar, ¡no con el coño!

—¡Óliver, por Dios! ¡Tu jefa está delante! —Me señaló Natasha con su uña larga de gel, escandalizada.

—Estoy acostumbrada —fingí lamentarme, si bien era cierto que la familiaridad del equipo me divertía—. El día menos pensado tendré que despedirlo.

Óliver se tapó la boca con la mano mientras me observaba con cara de haber visto un fantasma. Yo sonreí, tranquilizadora, y aclaré:

—Es broma. Pero no digas «coño» delante de mí.

—Lo prometo.

—¿Entonces qué? —habló Néstor, que se había mantenido en silencio, observador, toda la reunión—. Yo voto por tenerlo en nuestro equipo.

—Yo también —reconocí—, aunque aún nos quedan dos aspirantes de los que hablar.

¿A quién quería engañar? Por muy impecable que fuera el currículum y la entrevista de los otros dos, Liam era único en su especie.



CAPÍTULO 2

OBSESIÓN

Tenía una obsesión, aunque creo que a estas alturas todos sabéis a qué me refería.

La habitación de Serena se veía desde mi ventana. Durante estos días pude comprobar que era una chica distraída, pero de una forma curiosa, porque era obvio que ella intentaba no serlo con todas sus fuerzas.

Después de mucho observarla, había aprendido dos cosas sobre ella: la primera, que la versión que mostraba de sí misma al mundo era algo aprendido y ensayado con el paso de los años; la segunda, dentro de casa era una chica confiada que adoraba las películas de terror. No tenía miedo a nada.

Esperaba, igual que un perrito espera a su dueño tras la puerta, a que ella llegara de trabajar. Siempre subía a su cuarto, se quitaba sus zapatos de tacón, guardaba su ropa y se colocaba el pijama. En su nidito cada cosa tenía su lugar.

Era una chica pulcra, perfeccionista, pero odiaba usar coleteros, lo cual no encajaba con lo primero. Sonreí, porque esas pequeñas facetas de ella siempre me sorprendían.

Pasé mi dedo por el móvil, mirando su *Instagram*. Era una chica descuidada por tenerlo en público. No tenía ni idea de lo peligroso que era ser bella y permitir a cualquiera acceder a cierta información. Sin embargo, había algo que me gustaba: jamás subía historias cuando estaba fuera de casa, sino que lo hacía cuando llegaba. La ubicación no la compartía estuviera donde estuviera, y sus fotografías eran casuales: una leyendo en la playa (le gustaba la literatura, en especial la clásica. Esas novelas que ya nadie lee. La mitología griega la perdía); otra tomándose un cóctel afrutado de color rosa oscuro en un pub sofisticado; un par vestida con un vestido largo con encaje, paseando por el bosque; alguna con su abrigo rojo y sus tacones de aguja; ella con una mujer mayor, de unos ochenta y cinco años, de pelo blanco y mirada bonachona.

Su abuela. Lo supe por la descripción, donde hablaba con el corazón abierto sobre lo importantes que eran la una para la otra.

El móvil casi se me cayó de la mano cuando Serena se quitó el abrigo y la camiseta en su habitación, y se quedó en vaqueros y sujetador rojo. ¡Maldita Amapola de mi vida! ¡Cualquier día me quedaría sin sangre en la cabeza por su culpa! Apreté mi entrepierna para recolocarme el miembro ya hinchado. Se me calentó el cuerpo entero al ver el movimiento de su cadera mientras andaba, y cómo su cabello rubio acariciaba la piel de su espalda. ¡Ni Afrodita, por el amor de Dios! Ella estaba por encima de cualquier diosa.

La vi agarrar su móvil y teclear algo. Una punzada de celos me traspasó de punta a punta. ¿Estaría hablando con un tío? Joder, si estaba hablando con algún tío, tendría que matarlo. Nadie

podía poner la mano encima de mi Amapola más que yo. Apreté mi teléfono antes de que la pantalla se iluminara con un número desconocido. Una serpiente de emoción me recorrió el estómago por la casualidad: ella llamaba por el móvil y yo recibía una llamada.

Ojalá fuera de ella.

Descolgué, aún sin apartar la vista de ella. Parecía tensa, como si estuviese hablando con el mismísimo Diablo.

—¿Dígame? —contesté.

—Buenas noches, lo llamo de la empresa *Skyline Designs*. Envió usted el currículum y ha pasado las entrevistas.

Me levanté y me pegué aún más a la ventana. Ahora mi polla estaba tan dura que dolía. Necesitaba vaciar mis testículos encima de ella, joder. ¿De verdad estaba escuchando su voz en mi oreja? Oh…, esa chica no tenía ni idea de lo que acababa de hacer. Me estaba poniendo su número de teléfono personal en bandeja.

Descuidada… Tendría que darle un par de azotes por ello.

—Sí.

—Normalmente no soy yo la que llama a los aspirantes para darles la buena noticia, pero hago una excepción porque ya nos conocemos.

—Ah, ¿sí? —Me hice el tonto. ¡Era el mejor día de mi vida!—. Un momento…, ¿me está diciendo que voy a empezar a trabajar en su empresa?

Una pequeña pausa. A continuación:

—Sí, comienza mañana a las nueve. Y sí, vivimos en el mismo barrio. Me llamo Serena Beaumont, seré su superior. Soy la Directora de Proyectos. Me ocupo de… bueno, de todo lo que se encarga una Directora de Proyectos.

Se quedó quieta como si se regañara a sí misma. No disimulé mi suave risita, porque en su habitación estaba negando con la cabeza y había comenzado a andar de una esquina a otra, nerviosa. *Pff*…, mi voz la ponía nerviosa.

Mierda, estos pantalones me estaban matando.

—Ah, sí, ¡sé quién es! No estaba al tanto de que trabajaba usted ahí.

—Sí. Mañana, cuando llegue, le dirán cuál es su mesa, le presentarán a su equipo y lo guiarán en el primer mes, aunque algo me dice que no lo necesitará. Su currículum es impecable.

No me pidió que la tuteara, lo cual indicaba que quería crear distancia entre los dos, y dejar claro quién mandaba.

—Se hace lo que se puede. Siempre he sido de explotar al máximo mis habilidades.

Acabé la frase de un modo morboso y sexy. Ella se estremeció y se tumbó en la cama con la mano derecha en la frente. Se abanicó un par de veces antes de zanjar:

—Nos vemos mañana, Líam.

Me quedé frío, pero, ¿qué esperaba? ¿Una conversación larga y sexual? ¿Que me pidiera que nos tuteáramos cuando no éramos más que desconocidos? En realidad, ella no tenía ni idea de mi vida, pero yo de la suya sí.

—Hasta mañana.

Colgó. Yo también lo hice. Bajé el móvil con lentitud para dejarlo en la mesita de noche. Serena lanzó el móvil al otro lado de la cama y se estrujó la cara con ambas manos. Se colocó bocabajo dejando a la vista un precioso trasero encerrado en los pantalones vaqueros, y colocó la barbilla sobre la almohada. Ahí se quedó un rato.

Me moría de ganas por descubrir cuáles eran sus pensamientos. Por mí, bajaría y tocaría a su

puerta con la excusa de pedirle más información, no obstante, no quería parecer un acosador.

Un acosador… ¿Acaso mirarla a escondidas desde la oscuridad de mi cuarto no era acosarla? Sí, lo era, por mucho que intentase disfrazar mi obsesión de sentimientos bonitos.

¿Sabéis qué era lo mejor? Que no me importaba.

Quería que ella fuera mía. Si para conseguirlo tenía que hacerme pasar por un arquitecto con un pasado ejemplar, lo haría.

Por ella, mataría.



CAPÍTULO 3

BIENVENIDO

Tenía que poner tierra entre ese hombre y yo. Entre cómo me miraba, lo guapo que era, y cómo hacía que TODO lo que decía sonara guarro, estaba claro que era un peligro para mi salud mental. Y cuando digo que todo sonaba guarro, me refiero a morboso: chocolate fundido sobre una fresa roja, tirantes de seda deslizándose por los hombros de una mujer, una barba de tres días haciéndome cosquillas en el cuello, queso cubriendo un plato de nachos crujientes…

¡¿Qué?! Los nachos con queso me parecían una de las cosas más sexis que existían, sobre todo si estaban un pelín picantes.

—¿Qué le pasa hoy, señorita Beaumont? ¿Está preocupada?

Levanté la cabeza.

Héctor estaba en la puerta. Había dejado el café sobre mi mesa y yo ni me había dado cuenta. Al lado, un bollo relleno de chocolate negro con azúcar glas por encima. Me giré sobre la silla.

—No —mentí—, solo pensaba en la nueva incorporación. ¿Ha llegado ya?

—¿Se refiere a Líam Spencer?

—Sí.

—Llegó hace diez minutos. Natasha le está enseñando la oficina y le está poniendo al día en sus tareas.

Me erguí. Inconscientemente, pero lo hice.

—Iré a presentarme.

Aunque en realidad debería decir: «Iré a presentarme porque ayer parecí una auténtica gilipollas en la llamada telefónica, con los titubeos y los silencios incómodos».

Sí, la había cagado y ahora tenía que demostrar que era una jefa dura e intimidante. Que la relación laboral estaba por encima del «hola, soy tu vecina la rubia».

Héctor me siguió cual perrito por toda la oficina. Ya casi en la zona de descanso del personal, pillé a Natasha contándole a Líam una estupidez sobre el café y sus propiedades positivas sobre la salud. Visto desde fuera, era obvio que la muchacha estaba siendo agradable de más.

Desde mi posición, la espalda de Líam se veía grande y fuerte. No sé cuántas horas a la semana iría al gimnasio, pero me atrevería a decir que más de cuatro. Como si mi presencia hubiera perturbado su ambiente, se giró y clavó su vista verde directamente en la mía. Lo hizo con una decisión que me abrumó. Era tan, pero tan guapo, que creí que me asfixiaría en mi propio flujo vaginal (¡madre mía! ¿Fui yo la que soltó esa expresión tan chabacana?). Líam era un depredador de mujeres, ¡estaba segura! Porque solo un hombre con la capacidad de derretir bragas por donde pasaba podía mirar así. Él no me desnudaba, me comía. Ya dije en una ocasión que me sentía como si me fuera a despellejar y a cocinarme en una olla, y lo mantenía. Él… era peligroso. Mi instinto me gritaba que corriera, pero mis zonas bajas querían estar con él. Más concretamente, alrededor de él, contra él, bajo él, encima de él.

Ya me entendéis.

Llevaba un traje gris. Debajo, una corbata verde esmeralda y una camisa de color blanco. Me

gustó su elegancia y que hubiese metido un tono de color en su atuendo. Me gustó porque yo también lo hacía, y porque, casualmente, hoy yo había escogido una camiseta esmeralda de cuello barco. Lo había hecho a posta, porque encajaba a la perfección con mi pelo y dejaba al aire mis clavículas. Como si él hubiese averiguado mis pensamientos, observó mis clavículas y se lamió el labio.

SE LAMIÓ EL PUTO LABIO.

¿Por qué tenía la sensación de que aquello era un juego sexual cuando solo iba a darle la bienvenida?

Me negué a dejar entrever el remolino de sensaciones de mi interior. Continué pisando fuerte hasta estar delante de él, y le tendí la mano.

«Soy una mujer de armas tomar», me recordé.

—Líam, soy Serena Beaumont.

«Tonta, él ya sabe quién eres. Os conocisteis y os saludasteis cuando se mudó.»

Quise golpearme la frente con la palma de la mano.

—Lo sé. Estoy encantado de trabajar con usted, señora Beaumont.

Me estrechó la mano y… ¡por los dioses existentes en todas las culturas! ¡Os juro que sentí una descarga de electricidad subir por mi brazo! Lo apreté con decisión hasta que él retiró la mano e inclinó la cabeza con respeto.

—Veo que Natasha ya se está encargando de ponerlo al día.

—Sí, me está enseñando la empresa.

—¿Y sabe cuáles son sus funciones?

Una sonrisa blanca y preciosa estuvo a punto de dejarme ciega. Mierda, ¿por qué ese Adonis parecía tan amable y peligroso al mismo tiempo? ¿No se supone que si eres peligroso no puedes ser amable?

—Algo imagino. He estado trabajando en otra empresa varios años.

—Por si acaso, se las recuerdo: debe asistir a todos los proyectos de diseño, es decir, crear y modificar planos, desarrollar bocetos y modelos, e investigar sobre los materiales más innovadores a utilizar en los futuros proyectos; ajustarse a las necesidades de los clientes y mantener una comunicación constante con el equipo de diseño, ingenieros y contratistas; ayudar a preparar la documentación técnica necesaria para los proyectos y mantener organizados los archivos; participar en los programas de formación; innovar en los diseños y ofrecer propuestas creativas y preparar y organizar algunas reuniones con los clientes, incluyendo la creación de materiales visuales y la configuración de presentaciones. ¿Lo ha entendido?

—Todo está clarísimo, señora Beaumont.

«Y una cosa más, ¿quieres dejar de nombrarme con esa voz? Es como si me dieras de comer fresas con nata directamente de tu mano.»

—Genial. Líam: sorpréndame. No dudo de que estará a la altura de su currículum.

Sin despedirme, me di la vuelta y volví a mi oficina.

Por suerte, Héctor, mi secretario, no me siguió. No me habría gustado que viera cómo me temblaban las piernas al sentarme en la silla.

Mi salud mental quiso que no me cruzara a Líam en casi toda la semana. Cuando menos lo esperé, ya estábamos a sábado y había quedado con Ethan, el empresario al que me metí en el bolsillo en el almuerzo del lunes. Diseñar y construir esas oficinas inteligentes iba a llevar a la

empresa directa a la fama. Dicho esto, pensaréis que lo más lógico era que no me metiese en su cama, pero ¿quién dijo que iba a hacerlo? Por lo que vi en el almuerzo, a él le gustaba conquistar. A mí, que me conquistaran. ¿Qué podía salir mal?

La respuesta era: muchas cosas. Pero yo de eso aún no tenía ni idea.

Decidí ponerme un vestido pegadísimo de color negro, con encaje y escote *bardot*. Mi hermana siempre me decía que mi ropa parecía los tapetes que cosían nuestras abuelas, pero de color negro, y que no sabía cómo lo hacía para que me quedara tan sumamente bien.

—Eres como una gótica pero en versión empresaria —se quejaba.

Aunque sabía que le gustaba porque más de una vez me pidió un conjuntito prestado.

Encima del vestido metí algo de color (como ya era costumbre), en este caso, una chaqueta de cuero amarilla, a juego con los zapatos y mi cabello. Unos pendientes dorados largos completaron el look. Me gustaba lo que veía en el espejo. He de decir que ¡lo mío me costaba! Los cuerpos esbeltos sin cirugías solo se conseguían en el gimnasio. Era partidaria de que cada uno debía tener el cuerpo que deseaba. Hay mujeres a las que les gustaba con más curvas, otras con menos… y todos eran geniales a su manera. Lo importante era estar bien consigo misma.

En mi caso, el único modo de encontrarme genial era yendo a levantar pesas, porque me hacía sentir fuerte y me permitía tener curvas sin estar del todo delgada. Me encantaba tener la talla M, lo cual no quería decir que no me gustasen otros tipos de cuerpo. Era solo que el mío me gustaba así. Además, el deporte me equilibraba mentalmente.

El *Epicurean Heights* era un lugar especial. Se respiraba un aire de elegancia moderna y sofisticación. El diseño interior combinaba materiales naturales como la madera, la piedra y el cuero, con elementos contemporáneos como el vidrio y el acero. Por mucho que estaba acostumbrada a ver dicha combinación en mis proyectos, ¡siempre era agradable! La iluminación ambiental suave y cálida, junto con las velas de cada mesa, creaba una atmósfera íntima y acogedora. Uno de los principales atractivos del restaurante aparte de su ubicación (en la cima de un rascacielos), era la vista de trescientos sesenta grados de la ciudad. ¡Ni siquiera nos habíamos sentado, y ya quería suspirar! Los amplios ventanales del suelo al techo, permitían disfrutar de vistas espectaculares.

—¡Vaya! ¡Es espectacular!

Ethan se carcajeó. El muchacho era de risa fácil, lo cual haría la cita más llevadera. Además venía muy guapo con un traje azul marino.

Y no a todos les quedaba bien un traje de ese color.

—Cuando veas las mesas, vas a alucinar.

Iba a preguntar la razón, pero el camarero nos guio a un rincón junto a la ventana (previamente reservado por Ethan). Cuando me senté, lo comprendí: el caoba y el nogal de la mesa estaban tratados con mimo y se intuían incrustaciones de mármol blanco, añadiéndole un toque de lujo adicional. La mantelería de lino era una locura. Caía blanca y vaporosa por los lados de la mesa. Por último, la vajilla fina con un toque moderno y la cubertería de plata. No le faltaba detalle. ¿Y qué era lo que le daba más encanto al lugar? El centro de mesa, por supuesto: unas flores preciosas que no eran tan grandes como para dificultar la conversación o para hacer ruido visual. Eran finas, eclécticas, como casi todo ahí dentro.

—Ethan, me quito el sombrero.

—Dímelo cuando pruebes el pulpo. —Sonrió tras apartar mi silla y esperar a que me sentara.

Sabía que haría eso.

Las sillas eran de un color verde precioso, mullidas.

El camarero estuvo ahí al instante entregándonos las cartas y preguntándonos qué queríamos de beber. Ambos pedimos vino blanco. El menú dejaba claro que las especialidades allí eran las carnes a la brasa y el pulpo. Un serpenteo de emoción me recorrió de arriba abajo: casi podía sentir el sabor del pulpo en mi lengua. Era ADICTA a uno bien hecho. El de ahí iba acompañado de un puré de patatas con un nombre rarísimo. No tardé nada en decidirme (estaba claro). Fue Ethan el que se demoró escogiendo un entrecot de ternera con sal gruesa, al punto.

—Bueno, ¿qué tal la semana? —preguntó colocando su servilleta de tela sobre su regazo.

—Genial —comenté, imitándolo—, ha llegado un nuevo empleado y parece que encaja bastante bien.

—¿No tenéis período de prueba para los nuevos?

—En esta ocasión, no. Su currículum era impresionante.

—¿Tenía cartas de recomendación? —inquirió levantando una ceja.

—Sí. Lo hemos investigado a fondo y… nada: ningún trapo sucio.

Ethan sonrió cortés antes de decir:

—Imposible: todos tenemos muertos en el armario.

En esta ocasión me tocó a mí el turno de alzar las cejas, sorprendida.

—¡¿No me digas?! Entonces ¿cuál es el tuyo?

No pasé por alto su mirada misteriosa que se oscurecía mientras respondió:

—No sé, Serena. ¿Por qué no vienes a mi casa esta noche y lo descubres?

Parpadeé con coquetería. La actitud de Ethan, su postura, su tono de voz… todo ello dejaba claro que el hombre no estaba acostumbrado a que lo rechazaran y que el cortejo se le daba bien (demasiado, por mucho que me jodiera reconocerlo). Había algo misterioso en él que me incitaba a ir de verdad a su casa para sacar a sus muertos del armario.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada cantarina a la par que coqueta.

—¡Por favor, Ethan! ¿Acabamos de llegar al restaurante y ya me invitas a pasar la noche en tu casa?

Me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Así es. No veo nada de malo en ello.

—Tendrás que ganártelo. —Le lancé el mejor guiño de mi repertorio.

Mi respuesta le gustó. *Ains*…, ¡si es que tenía a este chico calado! Era de los que disfrutaban con los retos, igual que yo.

—Será un placer —levantó la copa vacía en mi dirección.

En ese instante el camarero se acercó con el vino y un recipiente repleto de hielo en el que conservarlo. Me escogió a mí para probarlo. Después de dar mi opinión positiva, se largó. Ethan no tardó ni un segundo en llenar ambas copas. Meneó la suya, olió el contenido y saboreó el vino.

—Delicioso.

—Me gustan los hombres que saben apreciar un buen vino —reconocí. Después le di un sorbo al mío.

—A mí las mujeres de armas tomar, como tú.

—¿Cómo yo? —Me señalé haciéndome la sorprendida (y la humilde, lo reconozco).

—Sí, Serena. Eres increíble: bebes vino con clase, haces equilibrio sobre unos tacones de aguja sin inmutarte y eres una triunfadora. Una triunfadora muy sexy.

—Y tú un zalamero, cariño.

—¿Cariño? ¿Ya estamos en ese punto?

—Eso es lo que tú quisieras —ambos nos reímos.

—Con respecto a lo de los muertos en el armario… —volvió él al tema. Era extraño, porque parecía serio pero sonreía—, en la universidad hice algo de lo que no me siento orgulloso.

Por un momento intenté imaginar al hombre que tenía delante más joven, con el pelo más revuelto y sin las minúsculas arrugas de los treinta y siete años en el rostro.

—¿Una orgía? —Reí.

Él me siguió y contestó:

—Sí, pero no me refería a eso.

—¡Por Dios! ¿Participaste en una orgía?

—Sí, pero no es la historia que quiero contarte.

—¿Por qué no? Yo sí quiero que me la cuentes.

Utilicé mi mirada traviesa. Había conseguido muchísimas copas a lo largo de mi vida y algún que otro trato con clientes gracias a ella.

Una carcajada escaló por su garganta a toda prisa.

—¡Eres de lo que no hay!

—Gracias, gracias…

El camarero llegó de nuevo con nuestra comida y el olor del pulpo me noqueó en cuanto estuvo delante de mí. ¡Al infierno sus muertos en el armario! ¡Jamás había visto un pulpo con esta pinta! Agarré el tenedor y el cuchillo sin importarme lo que Ethan pudiera pensar de mí, y me lancé a por el pulpo como si fuese un león a punto de hincarle el diente a una gacela.

El primer mordisco fue apoteósico, pero el segundo… ¡El segundo fue un viaje astral y un recorrido por el Universo! El sabor ahumado, salado, lo tierno que estaba…

—¡Madre mía!

Me metí más pulpo en la boca obligándome a mí misma a ir más lento. No quería que esa fantasía se terminara en menos de cinco minutos.

—Esto está…, está…

Levanté la vista para comprobar que Ethan me miraba con una mezcla entre sorprendido y cachondo. Sí: cachondo. Parecía querer devorarme ahí y ahora, encima de esa mesa.

Tragué y bebí vino, me limpié los labios con la servilleta y solté aire por la nariz.

—Te gusta, ¿eh?

Carraspeé. No es que me sintiera incómoda por cómo me miraba, era, simplemente, que no debía perder de vista que él era un cliente y yo la mujer que iba a encargarse del proyecto de las oficinas inteligentes más revolucionarias de la ciudad.

—Está exquisito. Es el mejor pulpo que he probado nunca.

—Me gusta verte disfrutarlo.

—Y tu carne, ¿cómo está?

—No sé, muérdeme a ver qué tal.

Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva, de largarme con San Pedro al cielo. ¡No me esperaba que dijera eso! Y me gustaba que fuera capaz de sorprenderme.

—Ya si eso luego… —le quité importancia con la mano.

Me metí otro trozo de pulpo en la boca, ahora más tranquila. Le pregunté de nuevo por la historia de la universidad que quería contarme. Él se deshizo en detalles narrándome una aventura en los sótanos del edificio: le hicieron una novatada a un compañero del primer curso, pero salió mal y se quedaron encerrados todos… ¡el fin de semana entero!

—¿Y qué hicisteis para comer y beber?

Se encogió de hombros.

He de reconocer que la cena iba viento en popa. Él me gustaba, yo le gustaba, y me hacía reír. ¿Qué arma hay mejor que la risa para conquistar a una mujer? Risa y misterio dan como resultado una conquista segura, y él lo hacía de maravilla.

—Por suerte, en el sótano estaba uno de los departamentos. Nos colamos en el despacho de un profesor y nos comimos lo que tenía en la nevera. El lunes tuvimos que pagárselo todo y cumplir con un castigo por la novatada.

Me carcajeé colocando mi mano en los labios, no fuera a ser que se me escapara un trozo de puré de patata con pulpo.

—El Karma os castigó.

Su mirada volvió a oscurecerse, aunque reconozco que no tuve muy clara la razón.

—Por cierto, ese chico de allí no para de mirarte —cambió de tema abruptamente.

Señaló con un gesto de su cabeza a un lado del restaurante, e inmediatamente dirigí mi vista hacia allí.

Me quedé lánguida en mi sitio, sintiendo como si a la silla le hubiesen crecido brazos y me estuviese apretando con fuerza contra ella. Allí, devorando un plato de marisco, estaba Liam. ¡Liam! Con un traje más negro que la noche y los dedos meneándose ágilmente alrededor de una de las pinzas del bogavante. Cuando nuestras miradas coincidieron un escalofrío me recorrió de arriba abajo poniendo mi vello de punta a su paso. Fue extraño, como si me acariciara y después me soplara en la oreja. Su mirada verde y la mía se fundieron en un momento breve, el cual sentí muy largo. Frunció el ceño. ¿Estaba extrañado de verme allí? ¿Cabreado? Parpadeé. ¿Por qué parecía cabreado?

—¿Quieres que le diga algo? —continuó Ethan sacándome del hechizo.

Me giré con demasiada brusquedad delatando mi nerviosismo. Lo disimulé rápidamente.

—¡No te preocupes! Es el nuevo empleado del que te he hablado antes. Quizás le ha extrañado verme aquí.

—¿A ti? Este sitio es caro. El que no debería estar aquí es él.

Eso me hizo pensar: ¿quién era Liam realmente? ¿Por qué cenaba hoy en el *Epicurean Heights* y por qué siempre coincidía el color de su corbata con el color de mi ropa?

«No te hagas preguntas tontas», me dije a mí misma.

En aquellos momentos ni siquiera podía imaginar que mi vecino me vigilaba. Mi vida era perfecta, tranquila. Jamás tuve un acosador y no imaginaba que lo tenía en ese momento, así que no ahondé en mis preocupaciones.

—Tienes razón. *Ehm*…, ¿nos vamos?

—¿No quieres postre?

Negué, ya agarrando el asa de mi bolso. ¿Qué era esa repentina incomodidad? ¿A qué se debía el calor que se acumulaba entre mis piernas?

—No. Tomemos el postre en tu casa.

Antes de salir juraría que escuché al bogavante de Liam crujir con fuerza entre sus dedos.



CAPÍTULO 4

CELOS

El bogavante entre mis dedos no era más que un pequeño ejemplo de lo que le pasaría a ese imbécil si lo veía coqueteando con mi chica una vez más. ¡¿Pero de qué iba esa escoria?! ¿Cómo era capaz de acercarse a mi querida Serena?

Otro crujido restalló entre mis dedos mientras vi cómo sus preciosas piernas largas se subían dentro del ascensor. El asqueroso le colocó una mano sobre la espalda, un pelín más arriba de su precioso culo, y ella le sonrió.

Un rugido salió de lo más hondo de mi garganta y me llenó la cabeza impidiéndome pensar con claridad. Normalmente era una persona controlada, analítica… y lo sigo siendo. Pero cuando se trataba de ella el animal que tenía dentro me consumía.

¿Se irían a casa de ella a follar? ¿A casa de él? ¿Y si él le hacía daño? ¿Y si ella se enamoraba de la persona equivocada?

No…, no podía permitirlo. Yo era su persona, su pareja. Serena no podía cometer el error de dejarse engañar por otro, de follar y besar a otro. ¡Me negaba! Yo sería el único que estaría dentro de ella, fuera… en todos lados. El único que la podía rozar siquiera.

Mi corazón comenzó a latir con más fuerza. La situación se me estaba saliendo de control. Ya había sido un hombre obsesivo antes, y había cometido locuras que ni decir quiero, pero esto era otro extremo. Y me parecía bien, porque alguien tan delicado como Serena debería estar bajo mi ala. Bajo la protección del único hombre que no la dejaría ni a sol ni a sombra.

Metí la mano en mi bolsillo para agarrar un billete. Lo coloqué sobre la mesa con un golpe sordo. La niña que estaba en la mesa de al lado con sus padres, me observó con pánico en sus ojitos verdes.

«No, no, no, no, no… Se van. Se me escapan… ¡Serena se me escapa!»

La ira comenzó a vibrar en mi interior de tal modo que estuve a punto de tirar la silla al levantarme. El camarero acudió raudo a mi asiento preguntando:

—¿Señor, tiene algún problema?

—Ninguno. Quédate con la vuelta —señalé al billete.

Algo tuvo que intuir sobre lo que ocurría dentro de mí, porque no abrió más la boca. Agarró el dinero y se fue rapidito a la cocina.

Joder, ¡estaba temblando de la rabia! ¿Qué era esto que sentía? ¿Celos? Pfff…, ¿y qué más daba?

El ascensor tardó una maldita eternidad en llegar y yo salté dentro de él, ya al borde de la locura y en parte asustado por la intensidad de mis emociones.

Lo decía en serio:

NUNCA. ANTES. ASÍ.

El viento fresco de la calle me permitió respirar hondo para intentar calmarme, pero no funcionó. Como un loco, miré a un lado y a otro. Mis ojos se movían a toda velocidad buscando el vehículo de Serena.

Era un hombre tremendamente observador, así que sabía que no había acudido al restaurante en moto y, con lo reservada que era, dudaba de que le hubiese pedido a la hermana prestado el coche. Además, también analicé a Ethan: caballeroso, seductor, no estaba acostumbrado a que le dijeran que no, no se tomaría bien el fracaso y era un hombre criado a la antigua usanza. Apostaría mi vida a que vinieron en el coche de él.

Había cometido un tremendo error al no investigar mejor al hombre con el que Serena tenía la cita esta noche. No me podía volver a permitir un error como este, así que al llegar a casa me tendría que castigar para no cometerlo más adelante.

Di una patada al suelo. Al levantar la mirada, un coche de un elegante color azul marino pasó por delante de mí. El destello del sanísimo cabello de Serena, inconfundible para mí.

De un vistazo memoricé la matrícula y salté a mi moto, esperando en el aparcamiento, justo enfrente.

Ese tal Ethan era una amenaza a nuestra futura relación. Había visto en sus ojos el hambre por ella, y, por las risas de Serena, estaba más que claro que le gustaba recibir su atención. Coquetearon toda la cena hasta que me vio. No pasé por alto cómo se tensó de arriba abajo y cómo se erizó su piel. Casi pude notar cómo se le aceleraría el pulso bajo mis dedos, bajo mis labios y dientes…

No quería reconocer que le atraía, sin embargo, no me engañaba. El día que me llamó estaba nerviosa, y cuando me recibió lanzó un par de miradas preocupadas a Natasha, la cual no paraba de tirarme los tejos.

Giré detrás del coche en un par de calles (a varios metros, no fuera a ser que se dieran cuenta), hasta llegar a unos edificios altos en pleno centro, elegantes, de nueva construcción. Departamentos que solo una persona poderosa podría permitirse, con piscina, gimnasio, circuito de spa y vigilancia nocturna y diurna.

¡Mierda! No solo porque colarme en ellos sería misión imposible sin haberlo preparado antes, sino porque este despliegue de poder sorprendería sin duda a Serena, y eso jugaba en mi contra.

Yo debería ser el primero que la sorprendiera.

Aparqué y observé, con el cuerpo tembloroso de rabia, cómo la puerta de la cochera se abrió, cómo el coche entró y el portón volvió a cerrarse dejándome ahí, frío por fuera, ardiendo por dentro.

Me quité el casco ¡y a punto estuve de golpear la pared con él!

Mi cabeza trabajaba a toda pastilla en un modo de sacar a Serena de ahí, pero aún no tenía nada con lo que jugársela. Necesitaba acercarme más a ella, a su entorno. Necesitaba herramientas para poder manipularla a ella y a los que la rodeaban, o seguiría perdido, como ahora.

No me quedaba otra que contar los minutos con la esperanza de que ella no estuviera ahí dentro mucho tiempo.

Si pasaba la noche allí, tendría que matar a ese hombre por mancillarla.



CAPÍTULO 5

¿HABLAR?

—¡Por Dios, qué susto, Liam!

Fue incomodísimo encontrarlo en el restaurante hacía dos días, mirándome. Incomodísimo y tremendamente inquietante y atrayente. Su sola presencia hacía que toda yo se irguiera y apretara los muslos con anticipación. ¡No hablemos ya de la forma de observarme! De nuevo como si quisiera comerme, devorarme del modo más placentero jamás creado.

—Perdone, jefa.

—No me tutees, y no hace falta que me digas «jefa». Eres mi vecino y tenemos la misma edad.

Una media sonrisa apareció en su rostro. Normalmente no era un hombre muy expresivo, pero cuando me lanzaba esas sonrisitas, me derretía entera.

—No te dije nada el otro día en el restaurante: perdóname. No estaba seguro de si interrumpía algo.

Parpadeé, estupefacta. De todas las cosas de las que podría hablarme, esta era la última que esperaba que abordara.

—¡Ah, no te preocupes! Yo tampoco fui a saludar porque me sorprendió verte allí. Discúlpame.

—Además, tampoco llevo mucho tiempo en la empresa. Soy prácticamente un desconocido.

—En realidad, no —reconocí—. Vivimos enfrente.

¡Y no decía ninguna mentira! Era el vecino más sexy del barrio.

Tragué saliva al darme cuenta de que esta era la primera conversación larga, cara a cara, que tenía con él.

—Es cierto. —Se tambaleó sobre los talones. No supe la razón, el gesto me pareció ensayado. No tenía sentido, claro, porque en realidad fue de lo más natural–. ¿Y qué tal con ese chico? Era Ethan Carter, ¿verdad? El que tiene ese gran imperio tecnológico.

Me quedé helada. ¿Tan famoso era Ethan, que incluso Liam sabía quién era? A ver, intuí que tenía muchísimo dinero por el apartamento donde vivía, pero ¿tanto?

Suspiré fingiendo desinterés.

—Sí. Hemos hecho un trato para construir sus nuevas oficinas inteligentes. —Me balanceé en la silla y meneé el bolígrafo con la mano izquierda—. Hacerlo bien nos podría llevar muy lejos y hacernos ganar mucho dinero. Sería uno de mis grandes logros.

Liam dio dos pasos en mi dirección. Fueron lentos, metódicos, y de nuevo esa mirada de hambre cruzó por su rostro. Aguanté el aliento sin querer. Esperé que él no lo notara.

—¿De verdad? Me alegro mucho, Serena. Te lo mereces. Por cierto —dos pasos más. A esas alturas estaba delante de mí, al otro lado de mi mesa, así que me levanté para estar a su nivel, pero no retrocedí. No había llegado hasta ahí retrocediendo delante de un hombre—, me preguntaba si podías dedicarme unos minutos del almuerzo después.

Levanté las cejas. Madre mía, ¡qué alto era! Y tan fuerte, tan atractivo, que quitaba el hipo.

—¡Lo siento, Liam! He quedado con mi hermana. ¿Por qué? ¿Quieres hablar de algo en concreto? Natasha puede ayudarte con lo que necesites. Es la encargada de supervisarte.

Pasó su dedo índice despreocupadamente por mi escritorio, lo subió y lo miró con detenimiento, como si se estuviera preguntando si ahí había polvo.

Menudo estúpido, ¿no?

—Déjalo entonces, jefa. Tendremos más oportunidades de vernos y… hablar.

¿Y por qué dijo «hablar» como si hubiese dicho «follar duro y fuerte»? No lo sabía, aunque me entraron ganas de cancelar el plan con mi hermana para rogarle que «habláramos» justo ahora, encima de mi mesa. Quizás por eso se estaba preguntando si había polvo.

Me sonrojé. ¡Me sonrojé! ¡Yo! ¡Serena! La chica que jamás se acostaba con nadie en la primera cita. Porque atractiva era, pero facilona no. Para mí, el poder de la feminidad residía en parecer bella y ser inaccesible sexualmente al mismo tiempo.

Con Ethan me estaba funcionando. En realidad, siempre lo hizo.

—Claro que sí. Ahora, si no tienes nada más que decirme… —Le señalé la puerta. Una clara invitación a largarse antes de que mi sentido común le diera una patada a mi cerebro y escapara de ahí huyendo.

Liam soltó una risita divertida como si supiera las travesuras que pasaban por mi mente, y se fue.

Maldito lobo con piel de humano.

—¡¿Tía, pero qué dices?!

Mi hermana era una mujer alegre, más baja que yo y más sencilla. Siempre habíamos estado muy unidas.

—Lo que oyes: fui a la casa de Ethan Carter, nos tomamos un par de copas en su terraza y lo dejé allí, con la miel en los labios.

—¿Ni un inocente besito de nada?

—Ni un besito. Mucho coqueteo, acercamientos, tocamientos de brazos, pelo… y nada más.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada diciendo:

—¡Eres de lo que no hay, Serena! Por favor, ¡que es Ethan Carter!

—¡No lo hagas parecer más importante de lo que es! Ethan no es famoso. ¿Tiene dinero? Sí. ¿Le va bien en el mundo tecnológico y con el desarrollo de las IA? También. Pero no es muy conocido, y mucho menos Elon Musk. Mantengamos los pies en la tierra, por favor. ¡Ni siquiera lo conocías cuando he empezado a hablarte de él!

Mi hermana no se lo tomó a mal. Volvió a reírse mientras clavada su tenedor en la lubina al horno que acababan de traerle. Yo di un sorbo a mi vino tinto.

—Vaaale, ¡tienes razón! Pero todo eso del pisazo y de que te haya invitado a dar una vuelta en su yate este fin de semana, ha hecho que me emocione. Podrías dar tremendo *braguetazo*.

Puse lo ojos en blanco.

—¡Dios, dame paciencia! —Agarré su mano por encima de la mesa, ya poniéndome en modo hermana mayor:— Alison, lo más importante para mí no es el dinero. Sabes que estoy donde estoy por cuenta propia. Si me enrollara con un hombre poderoso, lo envidiosos empezarían a decir que tengo mi puesto por chupar muchas pollas, y no es eso lo que quiero.

—Nadie tiene por qué enterarse.

—Pero lo hará. —Le apreté la mano—. Al final todo sale a la luz. Lo entiendes, ¿no?

—¿Entonces le dirás adiós a tremendo *braguetazo*?

Puso carita de cordero degollado. De pequeñas usaba esa mirada para manipularme, lo cual fue bueno ¡porque ahora era inmune a ella!

—A tener algo más allá del sexo, sí.

—Uhhhhh, ¿pero te lo quieres tirar?

—¡Alison!

—¡¿Qué?! Es lo que has dado a entender.

Meneé nerviosa el vino dentro de la copa y seguí bebiendo. A continuación, comí algo de mi filete de atún.

—Es guapo y me gusta que sea un caballero. Ya sabes que soy una romántica en ese sentido.

—Pues me parece bien que le des una alegría al cuerpo.

—Uggg, me resulta extrañísimo oírte hablar así. Eres mi hermana pequeña.

Sus ojos ambarinos de gata (herencia de familia) se achicaron al sonreír.

—Hermana pequeña, consejera, seleccionadora de polvos.

Me hizo reír ¡con la boca llena! Tragué y estuve a punto de ahogarme. Ella no intentó para nada salvarme la vida, por el contrario, se carcajeó aún más fuerte.

—Bueno, si eres mi seleccionadora de polvos, tengo que hablar de un chico que…

—¡¿Otro?! —Se sorprendió. Sus cejas escalaron por su frente a toda velocidad.

—Sí, pero no.

—¿Sí, pero no? Sé más específica, hermanita. Que no parezca yo aquí la hermana mayor.

Jugueteé con el tenedor mientras decía:

—Es mi vecino y mi empleado. En realidad nunca me ha tirado los tejos ni nada por el estilo, pero cuando me habla parece que… que…

—¿Que quiere darte como a cajón que no cierra?

—Algo así. Me inquieta. Todo en mí me grita que me aleje de él, que hay algo peligroso que no sé. Pero antes me ha pedido dedicarle unos minutos del almuerzo para hablar, y no parecía querer hablar de verdad. No sé si me entiendes.

—Vamos, que es de esos que pronuncian tu nombre como si estuvieran diciendo una frase guarra a tu oído.

—Sí.

Alison se quedó pensativa mientras masticaba su lubina. Mi hermana era mi mejor amiga, porque era graciosa pero cuando me veía preocupada me tomaba en serio. Y lo que decía era cierto: como consejera no había nadie mejor que ella.

—No puedo hablar mucho sin conocerlo, pero así a bote pronto diría que hay que tener cuidado con él. ¿Has considerado lo de ponerte un cinturón de castidad?

—Alison… —advertí.

—Vale, valeeee. A ver, sé que jode muchísimo lo que te voy a decir, pero: evítalo. Es un compañero de trabajo y además es tu vecino. Todo en él podría causarte problemas si sale mal. Y eres de las que hacen que las cosas salgan mal para ellos…

No ahogué mi carcajada. La dejé salir, cantarina, porque tenía más razón que una santa. Mis últimos ligues salieron dolidos. Pero, ¡eh! ¿Qué culpa tenía yo? Yo solo buscaba a un hombre comprometido. Un chico diferente que supiera valorarme como mujer y al que dar también lo mejor de mí misma. Un hombre que fuera un caballero leal, y un Alfa en la cama.

Sí, habéis escuchado bien: un Alfa en la cama. Porque eso del misionero lo podía hacer cualquiera, pero ¿hacerme temblar de verdad? Pocos en la vida lo habían logrado, y los que lo

habían hecho eran unos imbéciles integrales, con tanto ego que no eran capaces de guardar fidelidad a una sola persona.

—Con lo buena que soy yo... —me hice la inocente.

—Lo eres, eso es lo malo. Eres tan buena y te has llevado tantos chascos injustificados, que ahora eres inaccesible.

Me encogí de hombros. Hacía ya años que había dado la espalda al amor y me había centrado al completo en mí y en mi carrera.

—Estoy desencantada con los hombres, qué le voy a hacer. Son seres de sexo. No existe lo que yo busco en la vida, y lo sabes.

—No todos son así.

—Dices eso porque aún eres joven.

Entonces fue ella la que puso los ojos en blanco, rendida. Ya había tenido esta conversación con ella miles de veces, y no había quien me sacara de ahí. Además, yo quería seguir como hasta ahora: así me iba mejor y sufría menos. De ser una jovencita con talento y enamoradiza, pasé a ser la mujer que era ahora.

Estaba más cómoda así.

—Pues te haré caso —dije de pronto con la intención de zanjar el tema—. Lo evitaré en la medida de lo posible, por muy difícil que me lo esté poniendo.

Mi hermana frunció el ceño.

—¿Por qué te lo está poniendo difícil?

—Porque siempre aparece allá donde estoy. ¿Descanso en la cafetería? Pues él aparece por la puerta. ¿Voy a cenar con Ethan? Pues allí está él comiéndose un bogavante con las manos.

—¿Y no te has planteado que quizás es la vida diciéndote que ya puedes relajarte en lo referido a los hombres?

—¡JA! Claro que sí, Alison —comenté, sarcástica—. Ehmmm…, ¡no! Lo evitaré aparezca donde aparezca. Es lo correcto, tú misma lo has dicho. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Qué hay de ti?

Bebí lo que me quedaba de vino, levanté la mano y pedí otra copa al camarero. Mientras tanto, Alison me contó lo emocionada que estaba por terminar su último año en la carrera de psicología. Me gustaba ver cómo se le iluminaban los ojillos hablando de las patologías, las fobias, y lo bien que lo pasó en la visita al hospital de salud mental.

El orgullo de hermana mayor me llenó el pecho pensando en la gran psicóloga que sería.

El ascensor se abrió en la recepción para llevarme de vuelta a mi despacho.

—¡Espera, no dejes que se cierre!

El vello de mis brazos estuvo a punto de salir saltando de mi piel.

MAL-DI-TO DES-TI-NO.

Las palabras recientísimas de mi hermana despertaron un pelín a esa chica adolescente que fui un día.

«¿Y no te has planteado que quizás es la vida diciéndote que ya puedes relajarte en lo referido a los hombres?»

—Hola de nuevo, Liam.

Me estiré para parecer más segura de mí misma sobre mis tacones de aguja. Entonces caí en que acababa de almorzar, se me había corrido el pintalabios comiendo atún e… iba hecha un

cristo. Un vistazo al cristalito de la derecha me lo confirmó.

Joder, odiaba que se me corriera el pintalabios, pero si sacaba la barra allí mismo quedaría como una presumida insoportable.

¿La solución? Mantenerme calladita.

Las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a subir. El olor que me llegó de él casi me dejó K. O. Por mucho que quería mantenerme muda cual muerta, dije:

—Bergamota y lavanda. También tiene un toque de geranio y jazmín y un fondo de sándalo, pachuli y vainilla.

—¿Qué? —preguntó, extrañado.

La realidad de mis propias palabras me golpeó de sopetón y me sonrojé a toda pastilla.

—Tu perfume —aclaré—. Huele muy bien.

—¿De verdad acabas de enumerar las notas de mi perfume?

«No agaches la cabeza, no agaches la cabeza, no agaches la cabeza…»

—Tengo muy buen olfato.

Miré al frente intentando zanjar el tema, pidiendo hacia el cielo que Liam se olvidara de mis palabras y respetara ese silencio que yo misma quería imponer.

—Eres una caja de sorpresas, jefa.

—No me llames je…

—¿Puedo olerte yo a ti?

Su propuesta me dejó tocada y hundida, ¡como a un barquito! Sentí como si alguien me dibujase una cruz en la cabeza y el mar se abriera bajo mis pies para tragarse mis fragmentos.

—Cla…, claro —titubeé.

Odiaba titubear.

Su mirada verde se oscureció en un instante y se colocó delante de mí. Tuve que levantar la cabeza para observar sus movimientos. Mientras tanto, el ascensor se llenó de algo caliente y pegajoso. Algo que nos calentó a ambos e hizo a los sonidos del ambiente desaparecer. Su mirada hambrienta volvió, e incluso me pareció intuir un toque de locura en su interior. Acercándose a mí, dejé de respirar. No me atreví a mover un solo pelo, o perdería el control sobre mí misma, agarraría su cuello y le suplicaría que me follara ahí mismo, contra el espejo, fuerte, como a mí me gustaba.

Su nariz se detuvo al lado de mi oído. JUSTO AL LADO. Ahí donde la respiración se escucha a las mil maravillas y donde un gemido puede desencadenar un orgasmo.

«Sé fuerte, sé fuerte, sé fuerte…»

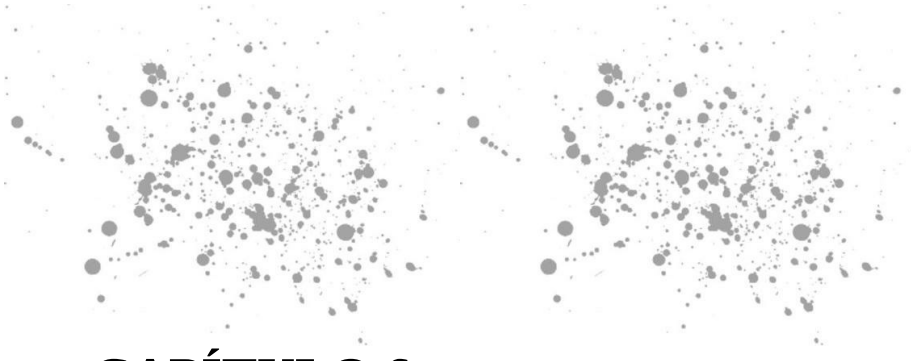
Mi estómago subió y bajó mientras él me olía. Me tensé en su dirección como si él me estuviera agarrando de la cintura y los pezones se me pusieron duros. Tan solo tres centímetros me separaban de su cuerpo. Para rematarlo, susurró bajito:

—Pistacho, cardamomo y azúcar rosa. —Otro hombre se habría apartado al momento, pero él no. El cabrón se quedó ahí, tensando cada segundo, riendo bajito en mi oreja hasta casi hacerme gemir. Añadió:— Eres más dulce de lo que aparentas, jefa.

Antes de que se abrieran las puertas, se retiró con una sonrisa de satisfacción en la cara que dejaba más que claro que había hecho eso a posta. No me atreví a mirar a su pantalón, pero antes de que alguien pudiera escucharme, me crucé de brazos con gesto de suficiencia y comenté, muy borde:

—Eres muy irrespetuoso, Liam. Por cierto: alguien tendría que ponerte un condón en cada ojo, o dejarás a alguna chica embaraza con esa mirada tuya.

Dicho esto, le di un golpe con mi hombro al salir, dejándolo allí completamente descolocado.



CAPÍTULO 6

MÍA

Acercarme a ella parecía misión imposible.

Un susurro en la oreja. Un susurro era lo único que había conseguido de ella esta semana además del látigo de su indiferencia. Lo peor es que la semana no empezó mejor: averiguar quién era Ethan acababa de hacerme la vida un infierno.

Ethan Carter no era famoso, pero sí conocido dentro del mundo tecnológico. Matarlo provocaría un despliegue policial importante. Probablemente, saldría en las noticias (o no. Su nombre tampoco era tan sonado). El caso: no iba a ser fácil.

O lo pillaba fuera de su apartamento, en un lugar oscuro, o ahí seguiría poniendo en peligro mi relación con Serena.

Apreté los puños bajo mi escritorio.

En esos momentos el sol del atardecer se colaba por mi ventana. Estaba agotado del trabajo y de la ansiedad que me provocaba… en fin, ¡todo! Mi cabeza no paraba de dar vueltas, vueltas y más vueltas. Era un hervidero de inseguridades tomando el control, cosa que odiaba.

¿Por qué pasaba de mí Serena de un modo tan descarado, incluso después de su respuesta en el ascensor? ¿Estaría haciendo bien mi trabajo en la oficina? Seguro que no. Podría hacerlo mejor.

Me rasqué la frente, ansioso. Si: era eso. No lo estaba haciendo lo suficientemente bien. Siempre debía esforzarme más. Dar más de mí mismo hasta alcanzar la perfección.

Eso, y matar al imbécil de Ethan antes de que conquistara a mi Amapola. No debía dejar pasar mucho tiempo con la situación fuera de control.

Pronto. Pronto lo dominaría todo de un modo u otro, y ella sería completamente mía.

Mía.

Mía.

De nadie más.

Me acerqué a la ventana guiado por mi ansiedad, temiendo entrar en un bucle de autodestrucción como ya me había pasado antes, hace años. Entonces solo pude romperlo haciendo una locura. Una locura que me hizo sentir dueño de todo, poderoso y seguro… y que quizás no era una locura al fin y al cabo.

Sacudí la cabeza, centrándome. No merecía la pena recordar el pasado, porque lo que importaba de verdad estaba ahí, delante de mí, de nuevo desnudándose con las cortinas sin correr.

Ains…, mi descuidada Amapola. Lo que daría por propinarle unos buenos cachetes en ese

trasero redondo hasta que se le pusiera rojo e hinchado.

«¿Qué vas a hacer, Liam? ¿Qué vas a hacer?»

Matarlo a él para que no pudiera tocar esos muslos preciosos, poderosos. Un hambre voraz despertó dentro de mí y lo único que deseé fue morderlos. Devorar a esa chica hasta que los dos fuéramos uno, porque ahí residía el culmen de la posesión: ser uno con ella. Pertenecer el uno al otro para siempre.

—Mierda, la polla me va a reventar en los pantalones.

Estaba tan dura que hasta dolía, así que decidí alejarme de la ventana y salir a vigilar a Ethan. Necesitaba información y controlar sus horarios para trazar un plan. Por muy impulsivo que era, me gustaba planificar las cosas para que salieran tal y como yo quería. No podía volver a cometer errores, como ocurrió al salir del restaurante y me di cuenta de que no conocía el vehículo donde mi Amapola se había montado.

Si él hubiese querido secuestrarla, yo no habría estado cerca.

Miré a la cama, donde había un látigo negro, y me rasqué la espalda.

Fue lo justo. Me flagelé diez veces a mí mismo como castigo.

No tardé en llegar a la casa de Ethan. Las luces de su apartamento estaban encendidas, lo cual quería decir que se encontraba dentro. Mis manos se crisparon tras agarrar la libreta donde tenía todas las anotaciones reunidas sobre sus movimientos.

Serena me comentó que hacer las oficinas inteligentes de ese hombre era importante para ella. Si lo era para ella, para mí también, pero priorizaría eliminarlo del mapa antes de que ella se confundiera y cayera en sus brazos, porque si la perdiera no habría un «ella» por la que luchar. Así que lo mataría, lo dominaría y luego encontraría la forma de que el proyecto de las oficinas inteligentes continuara (el de la empresa *BlueTech Innovations*, creo que se llamaba. Él era el CEO).

—Vamos, ratón —susurré cuando las luces se apagaron.

En efecto, el coche del imbécil no tardó mucho en salir del aparcamiento y circular por las calles del centro, hacia un club sofisticado famoso por permitir el paso solo a gente con cierto nivel adquisitivo. Allí, en la puerta, se reunió con dos hombres más, a cada cual menos atractivo. Se saludaron como si fuesen amigos de toda la vida, y yo eché fotos desde mi escondite para localizarlos después. Saber de quién se rodeaba Ethan podía ser crítico para la planificación del asesinato y la posterior investigación. Si era bueno para planificar y matar, debía serlo para esconder las huellas. Puesto que no estaba relacionado con Ethan directamente, ya tenía algo a mi favor.

Lo sabía bien.

Y al final, Serena sería mía.

Mía.

MÍA.

Este fin de semana se habían vuelto a ver, joder. ¡JODER! Coquetearon toda la puta cena y ella permitió que él le tocara el muslo. Esos preciosos y apetecibles muslos. Para colmo, no había parado de jugar con su precioso pelo rubio. Al terminar, él le puso el chaquetón rojo como todo un caballero. Y yo…, yo…, esta había sido mi tercera noche sin pegar ojo. Estábamos a miércoles y Serena jamás había estado tan distante. Ya no solo evitaba hablar conmigo: ahora huía. ¡Literalmente! Era entrar en la cafetería y se esfumaba, tocar a su despacho y aparecer

Héctor, su puto secretario, diciéndole que tenía una reunión. Debía hacer algo.

Planificar algo.

El reloj marcaba las cuatro de la madrugada y me había desvelado. Las luces de la ciudad apenas parpadeaban en la distancia y el silencio de mi casita era tan absoluto que podía escuchar el sonido aterrado de mi corazón. El día apenas había comenzado, pero mi mente estaba en marcha, afilada como una cuchilla nueva. Cada latido, un recordatorio de mi gran reto: Serena. Una mujer que estaba creando entre nosotros una grieta que no podía permitir que se expandiera. Serena no solo era una persona más en mi vida; era el ancla que equilibraba mi obsesión, la musa que justificaba mis impulsos más oscuros.

Debía empezar a actuar mañana.

Controlar la narrativa sería el primer paso. Necesitaba aparecer en su vida en momentos clave, pero sin ser invasivo. Solo lo suficiente para recordarle que estaba aquí, como si la vida le estuviese gastando algún tipo de broma macabra. Acompañarla a las reuniones, cruzármela en los pasillos, enviarle mensajes sutiles que la confundieran.

«Como esa mirada a la que debería ponerle condones», me carcajeé por dentro.

Aunque eso no sería suficiente.

Serena era fuerte, inteligente, capaz de ver a través de las máscaras y de percibir cuándo alguien intentaba manipularla. Eso hacía que todo esto fuera tremendamente excitante.

Tendría que crear una conexión con ella que no pudiera ignorar, una conexión que la hiciera depender de mí tanto como yo dependía de ella.

Imaginé las cenas que podríamos tener, cómo me sonreiría y hablaríamos de cualquier cosa, y cómo los ojos ámbar le brillarían cuando la conversación se desviara a ámbitos más apasionados. Seguro que le encantaría lo que tendría para ofrecerle, porque podía ver que le iba la marcha debajo de todas esas capas con las que se cubría. Y a mí me encantaba dar marcha.

Me levanté de la cama y caminé hacia la ventana, dejando que la luz de la luna bañara mi rostro.

No podía apresurarme. Cada movimiento debía ser preciso. La paciencia era la clave. La misma paciencia que aplicaba en mis otros intereses, solo que esta vez el objetivo sería Serena. Hacer que se acercara a mí por propia voluntad.

Me acerqué al escritorio y saqué una libreta. La abrí por una página en blanco y comencé a anotar ideas. Detalles, planes, contingencias. Todo debía estar cubierto. No había lugar para el error porque ella era demasiado importante.

Mi estómago rugió, pero lo ignoré. No era hambre lo que sentía. Era algo más primitivo: la necesidad de tenerla cerca y que no se distanciara de mí, porque si lo hacía entonces todos mis esfuerzos se desmoronarían.

Miré el reloj de nuevo: las cuatro y media. Cerré la libreta y me acosté en la cama. Sabía que no dormiría ya, pues mi mente seguía funcionando, planificando, perfeccionando cada detalle.

Cuando llegara el momento, Serena no tendría más remedio que acercarse.

Nada ni nadie podría alejarme de lo que era mío.

Esperé a que mi Amapola saliera de casa para ir a visitar a su abuela.

Decidí que el primer paso para acercarme a ella era vigilarla más. Aún más. De hecho, parecía que nunca tendría suficiente.

¿Qué hice?

Colarme en su casa para poner cámaras pequeñísimas que tenía guardadas desde hacía más de un año.

Era el momento de utilizarlas como Dios mandaba.

Esa tarde, mi chica preciosa vestía unos pantalones de cuero ajustados y una camisa blanca con bordados atada al cuello. Encima, su chaquetón rojo.

Ains…, Caperucita, Caperucita, ¿dónde vas tú tan bonita?

«Huele a bizcocho», olfateé en el aire mientras ella se internaba en el bosque.

El impulso de seguirla como había hecho ya tantas veces estuvo a punto de hacerme perder la cabeza, pese a ello, me giré y observé su hogar.

Puesto que vivíamos en el mismo barrio, las casas por dentro serían parecidas. Tardaría poco en entrar y salir de ahí. No quería arriesgarme a que me pillara con las manos en la masa.

Bordeé su nidito en dirección a la puerta trasera. Serena tenía el jardín bien cuidado, con muchas plantas por aquí y por allá. Incluso sin entrar, ya intuía que su casa sería acogedora y original. Lo que más me llamó la atención, fueron dos gárgolas (una a cada lado de la puerta trasera) de color gris, colgadas. La primera tenía un rostro fiero, la segunda, una expresión divertida, bromista.

«Gárgolas.»

Sabía que a mi chica le gustaba el terror y la mitología, pero… ¿gárgolas?

Sonreí para mis adentros mientras giraba el picaporte. Para mi sorpresa, la puerta se abrió.

—Mierda, jefa, eres demasiado descuidada.

Al final, incluso le beneficiaría mi vigilancia. Nadie entraría en esa casa sin saberlo yo.

En cuanto accedí a la cocina, el olor del bizcocho recién hecho me invadió. Mi Amapola lo había recogido y limpiado todo antes de salir, lo cual me agradó. Las encimeras de granito estaban limpias a la perfección. Los armarios, pintados de un gris claro perlado. Ahí no había plantas, sino varios utensilios a juego en colores verdes y amarillos. Los que daba vida realmente a la cocina, eran los cuadros: imitaban vidrieras coloridas a la par que góticas. En cualquier casa habrían quedado como muy de catedral, pero no ahí. No en el modo en que estaban dispuestos y en cómo los colores me hacían sentir que tenía los pies puestos en un lugar especial. La primera «vidriera» era de un caballito de mar; la segunda, de formas más curvilíneas y tonos verdes, rojos y azules, de un ramillete de flores; la tercera representaba a varias mariposas alzando el vuelo; la cuarta, a un cisne, cuyos colores rosados tenían algo hipnótico.

«Eres una chica oscura, pero también jovial. Odias lo ordinario», comprendí.

La cámara la escondí bajo una estantería esquinera. Había puntos muertos, pero lo principal y la puerta trasera se verían a la perfección.

El salón no era tan colorido como la cocina y continuaba con esos toques góticos sin perder la elegancia, solo que esta vez el tema era más oscuro: los colores predominantes eran el negro, gris (como el sofá y los sillones), latón, burdeos profundo y verde esmeralda (sobre todo en los cojines y alfombras). Así dicho, podía parecer que su salón era lúgubre.

No lo era: el blanco crema y oro envejecido daban balance y aportaban un toque sofisticado, como lo era ella. Una delicada cómoda unía el comedor con la sala de estar. Encima, candelabros góticos. Pasé mi mano por ellos.

Ni una gota de polvo.

De la pared colgaba un espejo que reflejaba la luz que entraba por el ventanal delantero, al otro lado del sofá gris de terciopelo.

La mesa del comedor era robusta, color latón, y parecía sacada de una película de cine mudo.

Encima, una vela gruesa con aroma a canela. Debajo, una alfombra a juego con los cojines del sofá y los sillones. Su diseño era geométrico. No supe identificar qué figura representaba, pero me recordó al Universo y a las imitaciones de vidrieras de la cocina.

—¿Un busto? —susurré para mí.

Al otro lado de la mesa del comedor, en la esquina, había un busto de cerámica en color blanco. Encima, cuadros de seres mitológicos y dioses griegos.

—Afrodita —supe, acariciando las curvas de la figura.

Continué hasta estar frente al sofá y me senté en él. Delante, entre los dos ventanales enormes, había una televisión enmarcada por estanterías repletas de libros de terror y mitología.

Me levanté, pasé mi mano por algunos de los lomos: «Los mitos griegos» de Robert Graves, «Mitología Nórdica» de Neil Gaiman, «El héroe de las mil caras» de Joseph Campbell, «Mitos Celtas» de James MacKillop, «El fantasma de la ópera» de Gaston Leroux, «El monje» de Matthew Lewis, una amplia colección de las novelas de Stephen King…

Para sujetar los libros, figuras macabras de calaveras. De vez en cuando, algún hada, dragón o unicornio.

Me entraron ganas de reír.

—¿Calaveras y hadas?

La disonancia me enterneció.

Nadie podía decir que mi Amapola era una chica normal.

En los cajones de debajo de la televisión, encontré películas de terror y papeles organizados en carpetas.

Escondí las cámaras entre algún libro y entre las hojas de las macetas del pasillo.

En el baño de la planta baja no coloqué ninguna. Subí directamente arriba. La planta alta se componía de tres habitaciones y otro baño, muy amplio, con bañera de hidromasaje.

«Le gustan los lujos», supe.

Me quedó más claro al entrar a su habitación y ver la gigantesca cama y el maravilloso cabecero.

Sobre todo esto último: una obra maestra de la simplicidad gótica y la elegancia refinada. Era alto, imponente, construido en hierro forjado de un negro mate, con líneas rectas y limpias que evocaban la arquitectura gótica sin caer en los excesos ornamentales. Las barras verticales le aportaban simetría, y terminaban en puntas, lo cual le proporcionaba un toque de sobriedad al diseño. Este, unido a la cama con sábanas brillantes color marfil, creaba un remanso de paz.

En la estantería, más libros, más figuras. El armario de un estilo minimalista que imitaba a la madera de los árboles del bosque, aunque de color crema.

La alfombra mantenía esa línea colorida de la cocina, donde los verdes, azules y rojos se mezclaban creando una armonía perfecta. En esta ocasión pude distinguir la figura de un lobo.

«Mi Amapola tiene la alfombra de un lobo en su habitación.»

Me gustó.

Más me encantó darme cuenta de que aquí se cambiaba, se desnudaba, se masturbaba, dormía…

Me aproximé a la cama e inhalé el olor de su almohada. Una erección juguetona llamó mi atención desde mis pantalones, pero la ignoré. Debía ser más rápido, así que coloqué otra cámara en su habitación y una más en el baño (que se viera bien la bañera de hidromasaje). La penúltima, la situé en su escritorio.

Antes de bajar al sótano, miré la hora y decidí que podía dejarme llevar un pelín más.

Hacía media hora que Serena había salido de su nidito, debía cruzar el bosque y llegar a casa de su abuela. Tenía todavía quince minutos (mínimo) para bajar al sótano, colocar la última cámara y largarme. Por tanto, volví a su habitación y abrí el armario. Rebusqué entre sus vestidos, sus camisetas, hasta dar con su ropa interior.

Ver las braguitas que usaba provocó una sacudida en mi entrepierna.

Las olí.

Obviamente estaban limpias, pero debajo del olor a suavizante la olí a ella, tan perfecta, tan sutil y guerrera.

Desabroché mis pantalones y me saqué la polla dura de ahí. Con su ropa interior acaricié mi erección. El pensamiento de llenarla de mi aroma me encendió. Quise correrme en ellas, robarlas, llevármelas a casa para lavarlas y volver a utilizarlas. Masturbarme con su ropa una y otra vez hasta que su olor ya no existiera y tuviera que devolverlas a su cajón, en esta ocasión impregnadas del mío.

Un calambre de placer cruzó mi espalda mientras mi mano subía y bajaba cuan largo era, envuelta en la tela de color negro con encaje. Suave. Casi tanto como su piel.

El orgasmo creció dentro de mí. Bombeé sin parar, apretando, cada vez más rápido. Mi respiración ya agitándose…

La puerta de la entrada se cerró.

Me quedé helado en el sitio unos segundos antes de darme cuenta de que yo estaba en un lugar donde no debía estar, haciendo algo que NI DE COÑA deberían pillarme haciendo.

Mi corazón se aceleró mientras me corría a borbotones, mientras perdía el control por completo y luchaba por no gemir el nombre de mi Amapola.

Su olor delicioso se enroscaba a mi alrededor.

—¿Serena?

Esa no era su voz. La chica que acababa de entrar debía ser Alison, su hermana.

—¡¿Serena?! ¿Estás ahí?

Los pasos avanzaron por el pasillo, se metieron en el salón, justo debajo de su habitación principal, y llegaron a la cocina.

—No ha cerrado la puerta con llave… Esta chica es un desastre.

Estaba helado. Debería moverme, pero si lo hacía podía escucharme.

La gravedad de lo que estaba ocurriendo me sacudió con fuerza y no pude evitar tragar con los labios entreabiertos. Enrollé las braguitas alrededor de mi semen y las metí en mi bolsillo.

«Con cuidado, con sigilo.»

Imágenes catastróficas de lo que podía suceder si Alison me pillaba me asaltaron, porque no me quedaría otra que matar a su hermana si me veía.

Ahí y ahora, Alison no saldría con mi recuerdo en su cabeza.

—¿Estás arriba?

Comenzó a subir las escaleras.

Casi levité hacia el armario abierto y allí me metí. Lo único que deseaba al cerrar la puerta corredera era que no se escuchara nada.

Los pasos de Alison entraron en el estudio (repleto de fotos de Serena con sus seres queridos), en el baño. Por último, en su habitación.

Mi corazón tamborileó en mi pecho mientras la oía pasar por mi lado y pararse.

JUSTO. ENFRENTE.

—Este cuarto huele a colonia de hombre. ¿Cuándo va a aprender esta chica a contarme sus

cosas? ¡Ya le vale! En cuanto la pille la voy a interrogar —juró.

Aguanté la respiración.

Al fin, Alison salió de la habitación, bajó las escaleras y se largó.

Había estado cerca.



CAPÍTULO 7

MI PLAN

—Héctor, dile a Liam que quiero que empiece YA a trabajar en las oficinas inteligentes de *BlueTech Innovations*.

—Pero, señora, ¿no iban Natasha y Óliver a ocuparse de escoger a…?

—No. Quiero que Liam demuestre de una vez esas habilidades de las que hablaba en su currículum.

Héctor asintió y se largó con la cabeza gacha. Quizás estaba siendo dura e irracional, pero ignorar a Liam estaba siendo muchísimo más difícil de lo que me gustaría.

Fue un error. Contratarlo fue un puto error como una casa de grande, porque ahora notaba cada mirada, cada paso que daba en mi dirección, y cada día venía más guapo, el muy cabrón. Me daba la sensación de que escogía sus conjuntos acordes a los míos, y eso me ponía de los nervios, porque era imposible que Liam supiera cómo iba a venir vestida cada día.

Que nos pareciéramos incluso en esos detalles, me enervaba.

Hoy escogí una camiseta negra y elegante, con bordados, unos vaqueros del mismo color y un cinturón mostaza precioso a juego con mis tacones de aguja. ¿Cómo iba él? Vestido de negro, elegante a más no poder, con una puta corbata mostaza. O sea…, ¡es que, venga ya!

¡El mundo se estaba riendo de mí!

Así que, sí, estaba siendo mala: quería despedirlo. Como no podía hacerlo sin razón, decidí que lo mejor sería entregarle nuestro proyecto más importante y que fracasara estrepitosamente. Después le pediría amablemente a Óliver que lo despidiera, porque ¡ni Universidad de Edimburgo, ni hostias! Había dejado a la empresa en mal lugar y tendría que aceptarlo.

Me avergonzaba ser tan cobarde, pero así de desesperada estaba. Ese chico me gustaba tantísimo que me estaba volviendo loca.

Ayer por la noche ¡hasta imaginé que me ataba a la cama y me agarraba del cuello mientras me corría!

Dejé caer los hombros, abatida.

Esto tenía que terminar. Le escribiría una buena carta de recomendación para que otra empresa lo contratara en cuanto saliera de aquí, y así no llevarme mal con él como vecinos que éramos.

Agarré mi café y comencé a bebérmelo sin apartar la vista de la agenda del día.

Sin reuniones hasta dentro de tres cuartos de hora. A partir de ahí, una locura de mañana.

Alguien tocó a la puerta.

—Adelant…

El oxígeno me abandonó a mí y a toda la habitación, porque Liam (¡LIAM!) estaba ahí, el muy cabrón, perfecto y bello como solo un dios lo podría ser.

—¿Desde cuándo me iba a ocupar yo de las oficinas inteligentes, jefa?

Parpadeé, desconcertada. Lo último que esperaba era que Liam viniese aquí a preguntarme por el proyecto.

—¿No estás de acuerdo? Puede ser una gran oportunidad para escalar de posición, ¿no? Además, ya va siendo hora de que demuestres esa amplia experiencia que tienes en el campo.

Mi corazón, amenazando con salirse de mi pecho por la boca, sobre todo al verlo cerrar las cortinas de mi despacho para darnos privacidad.

«Pero no titubearé. No después de lo que estuve a punto de hacer en el ascensor.»

—Jefa…

—Serena, por favor. No me gusta que me digan «jefa».

—Serena —rectificó. Por su actitud parecía enfadado, aunque ¿quién lo sabría? Normalmente tenía pocas expresiones en su repertorio—, sé por qué haces esto. No quieres que escale ni que te demuestre de lo que soy capaz.

—¿Cómo?

Abrí mucho los ojos para expresar mi sorpresa.

—Tú misma me dijiste que ese proyecto era importantísimo para ti, así que no confiarías en alguien nuevo. Darías esta responsabilidad a un veterano de confianza que se hubiera encargado de los mejores proyectos de la empresa. Por el contrario, has mandado a Héctor a darme la noticia.

»Quieres que la cague para no verme más el careto.

¡Casi boqueé al oírlo! ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¡Mis intenciones cantaban a kilómetros!

—Si a eso le sumas que llevas evitándome días, desde lo del ascensor, precisamente, —continuó, como si nada—, es obvio que no quieres verme.

De repente, me di cuenta de que había avanzado hacia mí con sigilo. Al igual que hice la última vez que estuvo en mi despacho, me levanté para estar más a su altura.

«Claro, como si de pronto fuera a crecer veinticinco centímetros», me dije.

—Te equivocas, Liam. De verdad quiero ponerte a prueba con este proyecto. Estudiaste en la Universidad de Edimburgo, tienes cartas de recomendación… Creo que puedes darle un aire moderno a las oficinas.

—Eso. Es. Mentira. —comentó muy lentamente, palabra por palabra, con sus ojos clavados en los míos—. Puedo ver cómo mientes, Serena. Y tú no eres una cobarde, deja de esconderte.

Se acercó más, tanto que tuve que poner la palma de mi mano sobre su pecho duro. Duro, tenso, tremendamente masculino y con un olor delicioso.

Ay, Dios.

—Aléjate, Liam. No te he dado permiso para que invadas mi espacio personal. ¿Quieres respuestas? Bien, yo te las doy, pero aléjate.

—¿Porque te doy miedo, porque te hago sentir incómoda, o porque te aterra lo que siente tu cuerpo estando junto al mío?

Tragué, y mi garganta traidora hizo que se escuchara cómo la saliva bajaba por ella. Un descenso lento llenándome de vergüenza. Delatándome.

En su estúpido rostro frío se dibujó una sonrisa de suficiencia.

Qué calor.

—Admiro tu atrevimiento y tu sinceridad, ¿sabes? —me crucé de brazos y eché el pelo hacia atrás, como si él no me afectara lo más mínimo—. Y sí: si no diseñas unas oficinas impresionantes, te despediré y no tendré que verte por aquí seduciendo al personal jamás.

—¿Seduciendo al personal o a ti?

Avanzó. Mi espalda chocó contra la pared y él casi me aplastó contra ella. Era tan grande… y

en su mirada había peligro. Por desgracia, uno de esos que crean adicción. El tipo de peligro que yo había buscado tantas veces en la cama sin encontrarlo.

Y eso me ponía enferma, porque saber que él podría hacerme gritar, suplicar y gemir como nunca antes, me impedía pensar con claridad.

—Al personal, por supuesto.

—Así que quieres que la cague para no entretener a las mujeres de la empresa.

—A las mujeres y a los hombres.

Aleteé las pestañas con coquetería.

De pronto, antes de presionarse contra mí, se alejó, serio, con la determinación dibujada en el rostro.

—¿Y si diseño las empresas más perfectas que hayas visto en tu vida, jefa? ¿Qué pasará entonces?

—Habrás superado mis expectativas y tendré que soportarte aquí para siempre.

—Y me concederás una cena.

Eso me hizo abrir los ojos tanto como los labios.

—¡¿Qué?! ¡No puedo, eres mi empleado!

—Ethan es tu cliente, y se lo concediste.

Vale, ahora sí que estaba confusa, quizás un poco enfadada por meterse en mi vida.

Me separé de la pared y volví a tomar asiento en mi silla de escritorio. Me crucé de piernas mientras daba un largo trago al café.

¿Qué debía hacer? Mi parte animal me suplicaba acercarme a ese hombre, la racional me advertía una vez, otra, otra, otra…, que me alejara, que no era bueno para mí.

—No es lo mismo —dije al fin, meneando el pie enfundado en mi tacón de aguja—. Las relaciones dentro de la empresa pueden crear fricciones.

—¿Y tu relación con el cliente más importante del año no podría cargarse el proyecto?

—No te metas en mi vida, Liam. Mucho cuidado con lo que dices. Recuerda que soy tu jefa.

—Claro, jefa.

Hizo hincapié en la palabra «jefa», el muy cabrón. Pero a mi coño le encantaba que me hablara con ese dominio, con esa seguridad, como si fuera a ponerme de rodillas y a follarme la boca en cualquier momento.

—Pues eso: no es lo mismo.

—Solo vamos a cenar, Serena. ¿O tienes miedo de eso también?

—Claro que no.

—Me lo debes —soltó de pronto, un poco más enfadado—. Me acabas de encasquetar un proyecto que seguramente me dejará sin trabajo, de patitas en la calle. Si gano yo, quiero esa cena.

Lo dijo de un modo que no admitía réplicas, y eso me gustó. Me puso nerviosa y de mala leche, pero también me gustó y me pareció admirable su valor y el modo en el que iba al grano, a por todas.

—Está bien. Mucha suerte, entonces. Mi equipo y yo somos muy exigentes… Y el CEO de *BlueTech Innovations* también. Espero que le caigas genial a Ethan.

Le lancé un guiño en un intento… ¿de qué? ¿De darle celos? Si lo conseguí, no lo sé, porque siempre tenía esa cara seria y fría de persona aburrida.

Se giró y salió del despacho con sus andares controlados a la perfección.

Y yo…, yo le miré ese culo tallado por los dioses y deseé que diseñara las mejores oficinas

del mundo.

No volví a ver a Liam en toda la semana, y lo entendía. En un intento por putearlo más, puse un límite de tiempo de dos semanas. Dos putas semanas para diseñar las mejores oficinas inteligentes del mundo. ¿Misión imposible? Sí, pero algo me decía que no para él.

Hoy, Ethan me esperaba en su coche para llevarme a tomar unas copas. Escogí un vestido más atrevido, color rojo sangre a juego con mi chaquetón favorito. El pelo me lo dejé suelto y dediqué más tiempo al maquillaje. Quería algo brillante, vibrante, con tonos metalizados, y es justo lo que hice. Mis piernas, adornadas por unas medias de red con motivos geométricos. No perdería la elegancia: eso jamás. Todo en mí era provocativo pero caro.

—Hola, Ethan, ¿qué tal?

—Sorprendido por la noticia de que en un par de semanas tenemos la reunión para ver el diseño de las oficinas. Sois muy eficaces.

Hice dos reverencias mientras él me abría la puerta del copiloto, caballeroso como siempre.

—Gracias, gracias… En verdad he puteado un poco al chico nuevo, pero le gustan los retos.

Mi mirada se desvió a su ventana. Algo dentro de mí deseó verlo ahí, observando, pero no estaba. Las cortinas estaban corridas y se intuía la tenue luz de una lámpara de escritorio. ¿Sería él, currándose el diseño?

Seguramente.

La compasión me bañó de pies a cabeza y estuve a punto de tocar a su puerta y decirle que no pasaba nada si se retrasaba, que suficiente tenía ya…

No lo hice. Eso sí, me sentía una persona horrible por querer mandarlo a la calle por su físico.

«Joder, ¡es que lo soy! Soy una persona horrible. Querer despedirlo porque no soporto mantener las manos lejos de él…»

Si la situación fuera al contrario, se me llamaría de todo menos bonita. Lo sabía, y la culpa cada vez me carcomía más. No obstante, en ocasiones tuve que hacer maldades para escalar hasta donde estaba. En el mundo empresarial era inevitable perder un poco de humanidad en la escalada.

—¿Qué pasa? Te noto seria —soltó Ethan, ya montado en el coche.

—Nada, es que…, creo que estoy presionando demasiado al chico nuevo. Este proyecto es demasiado grande para hacerlo solo en dos semanas.

—Bueno, como superior sabes que en ocasiones hay que exigir. Lo que me sorprende es que le hayas dado el diseño del proyecto al nuevo.

—Su currículum es impecable.

—Igualmente: es una jugada arriesgada.

Claro, él pensaba que era una jugada arriesgada porque no tenía ni idea de que yo era una puta pécora que perdía el culo por Liam y no sabía ya cómo evitarlo.

Durante veinte minutos, Ethan condujo. Pasó de largo por el bosque de la urbanización y pronto nos metimos en el tráfico del centro de la ciudad. El bosque…, me encantaba caminar por él cuando hacía fresco. Era una de las razones por las que no me había mudado a pleno centro, y no me arrepentía. Con el tiempo aprendí a valorar la tranquilidad de la urbanización y me acostumbré a coger la moto o ir en metro. Además, a la larga, vivir en un apartamento, con vecinos por todos lados, me habría acabado agobiando. Adoraba la soledad, la tranquilidad y dormir hasta que el cuerpo me lo pidiera los fines de semana.

—Ya estamos —indicó Ethan, aparcando en un parking subterráneo.

Me abrió la puerta y me ayudó a salir. Una vez fuera, me obligó a dar la vuelta mientras silbaba con aprobación.

—Qué guapa vienes, Serena. Eres la elegancia y la sensualidad en persona.

—Muchas gracias, Ethan. Supongo que hacemos buen equipo.

—Y tanto, preciosa —respondió lanzándome un guiño.

Le dediqué una sonrisa coqueta y me dejé guiar hasta el ascensor. Por suerte, este subía directamente al local donde él quería llevarme, así que no tuvimos que andar por la ciudad entre humo, olores y ruidos.

—Ah, ya conocía este local. Tienes buen gusto —le felicité.

Las puertas del ascensor se cerraron, recordándome cómo Liam se acercó a mí, me olió y susurró en mi oído. La tensión con él fue muy distinta a la de ahora, porque ahora… bueno, no había.

—El *Visionary* siempre me ha gustado, el alcohol es bueno, los reservados son bonitos, agradables y privados, y la música es genial.

—Además la decoración es elegante y me gusta la luz en la pista de baile —coincidí.

Si había un lugar para bailar y sentirse segura, era este. Nada de adolescentes borrachos causando problemas.

El local era tal y como recordaba: con grandes pantallas en las paredes, una barra blanca de mármol cruzando de lado a lado y preciosas columnas griegas gruesas con detalles en gris. Al fondo, unas escaleras amplias subiendo a la zona de reservados. Desde la pista de baile se veían las puertas de estos, enumeradas y elegantes.

—Tenemos el nueve.

—Ah, ¡no sabía que habías reservado! ¡Pensaba que íbamos a bailar! —me hice oír por encima de la música.

—¡Primero, comamos algo! —Pidió, levantando también la voz.

El camarero nos entregó la tarjeta del reservado y subimos. Al abrir, nos recibió una amplia mesa con varios asientos y una pantalla al fondo. También había un sofá de terciopelo muy bonito. Los tonos blancos y azules del lugar me recordaron a Grecia.

—Demasiada amplitud para dos personas —me carcajeé, dejando mi bolso sobre el sofá.

—No tenían otro. Pedí uno de los pequeños y estaban todos cogidos… Lo siento.

—¡No te disculpes, Ethan! Encima de que los grandes son más caros…

—El dinero no es problema, ya lo sabes.

Me quitó el abrigo y lo colgó en una percha. A continuación, hizo lo mismo con el suyo.

—Siéntate donde quieras, por favor —pidió detrás de mí.

Me descubrí a mí misma imaginando cómo sus manos cubrían mis hombros y descendían por mis brazos de un modo cariñoso. Este hombre me enternecía y me entretenía. Me sentía cómoda a su lado. Era algo tan distinto a lo que sentía con Liam…

—Claro.

Tomé asiento en el lado derecho.

—Me sentaré contigo.

—Sí, mejor. No quiero tener tanta mesa entre tú y yo.

Aleteé las pestañas. Él me sonrió de un modo sincero y me observó con sus ojos castaños. Hoy llevaba la barba un pelín más larga de lo normal.

Tras un rato, pedimos la comida. Él escogió solomillo a la pimienta y yo pollo con salsa de

higos. De beber, vino (supongo que ya os habéis dado cuenta de que, para mí, el mejor acompañante para una buena comilona era el vino, tinto o blanco).

—Dime, Serena —centró toda su atención en mí—, siempre he creído que detrás de un gran proyecto, hay una historia personal que le da sentido. Cuéntame, ¿qué te llevó a la arquitectura? ¿Siempre supiste que este era tu camino?

Su pregunta me pilló con la guardia baja, sobre todo, ¡porque nadie me había preguntado eso jamás! Todos daban por hecho que me metí en este mundillo por el dinero. Que Ethan quisiera saber la verdadera razón, me llegó más hondo de lo que me gustaría reconocer. Y hablaba muy bien de él como persona.

—Bueno, siempre me han gustado los edificios. La forma en la que pueden cambiar e influir en el paisaje. Además, ¿no te has parado a pensar en cómo influye el paisaje en las personas? —No me veía en ningún espejo, pero sabía, por mi tono de voz y mi amplia sonrisa, que se me estaban iluminando los ojillos contándolo, como si volviese a ser una niña de nuevo—. Un paisaje atrae turismo, gente…, vidas. Pero no fue hasta que pensé que yo podía controlar eso, que me di cuenta de que este era mi futuro.

—Controlarlo… ¿Eres controladora? —levantó una ceja, juguetón, apoyando su antebrazo encima del mío.

—¡No! —Tosí—. Bueno, sí. ¡No lo sé! Con mi trabajo sí, pero no con la gente.

Él se carcajeó.

—¡Pero, bueno! No te pongas nerviosa, Serena. Con respecto a lo que dices —no apartó el brazo del espaldar de mi silla—, tiene mucho sentido. Tienes una energía creativa muy palpable, algo que no tienen todos los arquitectos. Para mí, siempre ha sido la gente la que me inspira. Puedes tener el mejor diseño, que si no llega a las personas que van a usarlo, no significa nada.

Asentí, totalmente de acuerdo. Estuve a punto de hablar, pero, por el modo en que su expresión se suavizó, supe que iba a continuar.

—Mi padre solía decirme que un edificio es como una conversación con la ciudad. Creo que por eso me enamoré de lo que hago. Me encanta esa interacción.

«Un edificio es como una conversación con la ciudad», sus palabras calaron en mí, porque ni yo misma podría haberlo dicho mejor.

Me encantaba que Ethan me entendiera y la pasión con la que hablaba, tan parecida a la mía.

—Tu padre y tú tenéis un imperio tecnológico, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Siempre digo que nuestro imperio tecnológico lo heredaré de él, pero a mí lo que de verdad me gusta es tener oficinas donde los trabajadores se sientan a gusto y que la gente disfrute viendo. Odio lo típico de entrar a una empresa y ver las mesas puestas en fila, abarrotadas… —Puso cara de asco—. No me gusta nada.

El camarero tocó a la puerta con delicadeza y Ethan le pidió que pasara. Él llegó con un carro sobre el cual descansaban nuestros platos.

—Que aproveche —dijo tras colocarlo todo sobre la mesa.

Después, se fue y yo me lancé sobre mi pollo sin piedad alguna. Tras saborear ese manjar de los dioses y beberme media copa de vino del tirón, comenté:

—Yo pienso exactamente igual, ¿sabes? Y eso que has dicho de que los edificios puedan conversar con la gente, es precioso. Que un edificio pueda «escuchar». No lo había pensado de ese modo. Supongo que, en parte, esa forma de pensar es lo que te ha llevado al éxito.

Por un lado creía de verdad que era precioso, por otro, me imaginaba a alguien

escuchándonos hablar de edificios con tal pasión, y ¡pensarían que estábamos locos! ¿Pero y lo bonito que era encontrarte con otro loco como tú?

Ethan también dio un buen trago a su copa de vino. Había algo muy sensual en su forma de agarrar la servilleta y limpiarse los labios.

—El éxito es relativo, Serena. He aprendido que, en esta vida, lo que realmente importa es cómo conectas con la gente, ya sea en los negocios, en la amistad o… —Sus ojos se dirigieron hacia los míos con una chispa juguetona brillando en ellos antes de seguir— en una cena como esta. Quiero decir, ¿de qué sirve todo si no lo compartes con una persona que te entienda y te valore?

Me quedé muda unos segundos, porque este Ethan era nuevo para mí. Más profundo, más genial. Su mirada comenzaba a abrumarme en el buen sentido.

—Tienes razón, es importante. Supongo que por eso también estás tan comprometido con tus proyectos. ¿Qué es lo que te impulsa, Ethan? Lo que realmente quieres lograr.

Sonrió mientras masticaba otro buen trozo de solomillo. Supongo que estaba pensando en su respuesta.

—Además de dejar un legado tangible, me gustaría crear espacios donde las personas estén realmente conectadas entre ellas y consigo mismas. Creo que un espacio agradable y avanzado tecnológicamente puede tener un poder transformador, mucho más de lo que imaginamos. Si lo consigo, sentiré que he hecho algo bueno.

—Bueno, creo que, en cierto modo, es lo que buscamos todos, ¿no? —Tragué vino. Ethan agarró la botella y me rellenó la copa—. Hacer algo más grande, algo que trascienda, me refiero.

Más pollito para mi estómago, por favor.

—Sí. Pero, en fin, ¡no todo es trabajo! También me centro en mi día de disfrutar de los pequeños placeres, como esta noche. Hablar contigo, compartir un buen vino… A veces es lo que más importa.

—Mierda, Ethan —me quejé con el tenedor en la mano. Él me observó con la mirada más intensa que me había dedicado nunca. Una que estaba casi al nivel de la de Liam—. ¿Por qué estás hoy tan atractivo?

Echó la cabeza hacia atrás para reírse, pero yo lo decía en serio, porque esa pequeña conversación acababa de transformarlo a mis ojos en un caramelito *chupable*.

—¡Pero, bueno! ¿Serena, la difícil, diciéndome que soy atractivo? ¿Eres tú la que habla, o es el vino?

—Eres horrible. ¡Soy yo, estúpido!

—Ah…, así que al final mi cortejo ha traspasado un poco esa armadura tuya, ¿eh?

Y no sé si fue la conversación, su traje impecable, su paciencia, sus ojos castaños, el vino o todo junto, que, incluso con los platos a medio comer, atraje su rostro al mío y ahí lo besé.

Un besito pequeño, tierno al principio, osado. Cuando fui a apartarme él soltó los cubiertos y atrapó mi rostro entre sus manazas. El gesto posesivo lanzó fuego por cada una de mis venas, recorriendo mi cuerpo al completo. Me giré para ser más accesible a él y las copas de vino amenazaron con caerse de la mesa.

—¡Uh! —exclamé cazando la mía—. ¡Menos mal que estaba medio vacía!

—¡Oh, deja eso, Serena! Unas estúpidas copas no van a conseguir que deje de besarte.

Solté una risita. Ethan me empujó con cariño contra el suelo y se colocó encima de mí cual grande era. Olía a sofisticado: Pomelo, laurel, sándalo, jazmín, musgo, ámbar, algo de café… Pero no podía estar segura porque los olores de la comida aún flotaban por la habitación.

La forma en que Ethan reclamó mi boca me gustó, porque adoraba que los hombres fueran al grano, sin miedo, y él lo hacía de sobra.

Pero era pronto para algo más, así que me retiré cuando su mano empezó a subir por mis muslos y se acercaron a mis ingles.

Contra sus labios, susurré:

—Se nos va a enfriar la comida, precioso. Y no me gusta llegar tan lejos… Soy más de cocinar el sexo a fuego lento.

Él se apartó con desgana pero con una sonrisa juguetona en los labios. También le gustaba ese juego. ¡Maldito! Era como si el mundo nos hubiese juntado a caso hecho.

—Muy lento, por lo que veo.

Yo también me reí.



CAPÍTULO 8

¡YA!

El suelo estaba lleno de sangre debajo de mí. El látigo colgaba de mis dedos temblorosos.

Dolía, pero me lo merecía. Me había centrado tanto en diseñar las oficinas perfectas, que había dejado de lado a mi pequeña Amapola. No me dio tiempo a montarme en la moto para seguir el vehículo de Ethan antes de que desapareciera por las concurridas calles de la ciudad.

Y ocurrió algo, porque esa noche Serena llegó muy tarde y ambos se despidieron con un beso.

Un nuevo error, un nuevo fracaso, un paso atrás, un pequeño castigo para mí.

Al menos, esperaba que mi esfuerzo valiera la pena.

El gran día había llegado.

Esto era todo. No podía cagarla hoy. Todo dependía de como manejara este proyecto, porque tendría una cena con mi Amapola o… nada, y eso me mataba. ¡Aunque más enfermo me ponía ser consciente de que Ethan me evaluaría, y que de él dependería, en parte, el resultado!

Solté una risa seca.

Parecía mentira que tuviese que caerle bien al hombre que quería asesinar. Corrijo: que estaba planeando asesinar.

«Recuerda, Liam, eres bueno con esto. Has demostrado que puedes con cualquier cosa antes, y lo harás de nuevo», me dije.

Mi corazón tronaba dentro de mi pecho más fuerte que Thor dando con su martillo, y la inseguridad se mezclaba con la ansiedad para consumirme entero. En momentos así, me sentía a punto de perder la cabeza.

«No respires tan fuerte, ¡joder! Nadie puede notar tus nervios.»

Al abrir la puerta, vi que todos estaban ya ahí, mirándome, evaluándome, incluido Ethan (cómo no). Se había sentado al ladito de mi Amapola, bien cerquita. Una persona normal no notaría la nueva cercanía que había entre ellos, pero yo sí lo hacía. Tuve que apretar la mandíbula para ahogar mi ira bien hondo.

Serena parecía muy tranquila, ¡incluso me sonrió en un intento por tranquilizarme! ¿Y era culpabilidad y miedo eso que notaba al otro lado de sus ojos?

Respiré hondo una vez más. ¿Cómo lo hacía esa chica para parecer siempre tranquila? Era la belleza más estoica que jamás había conocido.

«Recuerda el esquema. Expón tus ideas claramente. No divagues. Concéntrate en el objetivo, este es tu momento para demostrar de lo que eres capaz.»

Que la voz no me temblara, por favor. Si la cagaba… No, no iba a cagarla. Debía pensar en la presentación con la mente despejada, hablar de los materiales, del diseño innovador, de cómo encajaba a la perfección con la visión de *SkyLine*.

«Lo has ensayado mil veces.»

Y aun así sentía como si mi vida entera dependiera de esto.

—Este es Liam Spencer, nuestra nueva incorporación. Le encomendé el diseño del proyecto porque creo que estaría bien darle un aire fresco y moderno a las oficinas inteligentes de su empresa, señor Carter.

«¿Ahora le hablas de usted, cuando ayer os despedisteis con un largo beso apoyados en su coche?»

No era momento de ponerme a pensar en eso, así que carraspeé y mostré mi sonrisa ensayada, esa que tantas veces me había llevado al éxito.

—Encantado, señor Carter —hice un gesto cortés con la cabeza—. Me ha encantado trabajar en su proyecto. La visión que tiene del concepto «oficina» se sale de lo común, así que he intentado hacer de estas oficinas un pequeño hogar para los trabajadores. Un pequeño nidito donde sentirse libre, que no solo sea agradable, también que esté conectado con el imperio tecnológico de su padre.

Serena pestañeó con sorpresa, como si lo que acabase de decir la hubiera pillado con la guardia baja. Sonreí de medio lado el tiempo suficiente para que ella viera un reflejo de esa seguridad que (ahora mismo) no sentía. Por el contrario, mi corazón trotaba enloquecido por mi pecho.

Saqué de mi maletín varios informes y los repartí a cada uno de la mesa. Después, utilicé la pantalla del fondo de la sala para colocar una presentación preparada con mimo.

—En primer lugar, me tomé la libertad de nombrar este proyecto como *Innovate & Elevate*. Como ven, las oficinas se ubicarían en un entorno urbano de lujo, con vistas panorámicas a la ciudad y un diseño arquitectónico inspirado en formas naturales y orgánicas. El edificio tiene una estructura aerodinámica, con fachadas de vidrio que permiten la entrada abundante de luz natural, reflejando el compromiso con la sostenibilidad y el bienestar.

Mientras decía todo esto, abrí el programa de presentación en 3D, y me moví por la calle donde estaba ubicado el edificio que diseñé. El entorno me había quedado precioso. Muy verde y moderno. Enseñé los elementos tecnológicos del exterior, empezando por las preciosas fuentes inteligentes. Los allí presentes asintieron con aprobación.

Menos Serena. Mi pequeña Amapola tenía los labios apretados y la mirada pensativa.

Quizás mi chica pensaba que yo era tan estúpido que no sería capaz de manejar este programa y sacar su máximo partido.

—El lobby es impresionante —continué, pillando carrerilla—. Techos altos, revestidos en paneles de madera de origen sostenible, y una escultura cinética suspendida que se mueve lentamente, evocando la fluidez del diseño de la innovación. La recepción está equipada con un sistema de inteligencia artificial que saluda y guía a los visitantes, mientras que una pantalla gigante en la pared proyecta paisajes relajantes que cambian dependiendo de la hora del día.

Escuché algún «wooooo» y «ahhhhh», al mostrar la escultura. El elemento que más llamaba la atención del lobby (y lo mío me había costado).

Serena me miró, luego paseó su mirada de nuevo a la pantalla y a mí. Aproveché para levantar una ceja, juguetón. Ella resopló flojito, tanto que solo yo lo noté.

El cabrón de Ethan desvió su atención comentándole algo sobre el diseño, y mi Amapola

soltó una risita, así que continué hablando para romper la química entre ambos:

—En lo referido a los espacios de trabajo, serían compartidos de dos en dos, con escritorios ajustables y sillas ergonómicas con diseño moderno, y paneles de separación con propiedades acústicas para reducir el ruido sin aislar visualmente a los empleados. Las mesas están ocupadas con cargadores inalámbricos integrados y pantallas táctiles para acceder a la red interna.

—Perdone que lo interrumpa, señor Spencer —habló Ethan.

Su voz era seductora, no tan grave como la mía. Todo en él despedía poder, dominio y seguridad.

Lo odié en cuanto lo vi.

Ignorante a mis pensamientos, continuó:

—No veo espacios para las salas de reuniones. Además, ¿todas las oficinas son así?

—Por supuesto que no, señor Carter —otra sonrisa ensayada mientras avanzaba por el interior de la oficina con el programa—, aquí tiene las salas de reuniones. Las hay de diferentes tamaños, desde espacios íntimos para pequeños grupos hasta salas de conferencias más grandes, todas equipadas con tecnología de videoconferencia de última generación, y luces ajustables a través de comandos de voz.

»Aquí están las oficinas privadas, todas insonorizadas y con ventanas de vidrio inteligente, que puede pasar de transparente a opaco con un toque. Las paredes están decoradas con jardines verticales.

Más exclamaciones de aprobación. No obstante, lo que a mí me interesaba era la reacción de Serena. ¡Parecía que en cualquier momento le saldrían tres cabezas y comenzaría a echar fuego por la boca! Nuestras miradas volvieron a cruzarse. Esta vez sí, le dediqué un vistazo travieso, malvado, como diciéndole que tendría que cenar conmigo. Ella carraspeó y rompió el contacto visual.

Adorable, el modo en que sus fosas nasales se dilataron por la rabia.

—Esto es precioso, señor Spencer —reconoció el imbécil.

«Encima de todo, es agradable, el cabrón.»

Pero me daba igual, porque eso no quitaba que fuera una amenaza para mi relación con Serena y para su seguridad.

—Aún no he terminado, porque todo el edificio está interconectado por un sistema de automatización central que permite controlar la iluminación, temperatura, ventilación y persianas desde cualquier dispositivo o asistente de voz. Además, una IA integrada que aprende los hábitos y preferencias de los empleados, ajusta automáticamente el entorno para mejorar la comodidad y la productividad.

—¿Y qué hay de la realidad aumentada y virtual? El padre del señor Carter es… —comenzó Serena.

La interrumpí sabiendo que le molestaría.

—No hay problema, señora Beaumont, porque hay salas de creatividad equipadas con tecnología AR/VR, donde los empleados pueden visualizar y trabajar en proyectos en 3D, experimentar presentaciones inmersivas o realizar simulaciones de diseño arquitectónico.

—Vale. —Se incorporó sobre su silla—. ¿Pero qué hay del descanso del personal? ¡Todo esto está diseñado para lograr la máxima productividad! ¿Pero y la parte humana? El señor Carter odia tener empleados explotados y descontentos.

Me lanzó una sonrisa de suficiencia, poderosa como era ella, pero yo se la devolví y pulsé los botones del mando. La imagen de la pantalla se movió por los preciosos pasillos y subió un par

de plantas. Ahí me detuve.

—El edificio cuenta con salas de bienestar y áreas sociales. En cuanto a las primeras, hay una zona de relajación con sillones de masaje, cápsulas de siesta y una pared de agua para proporcionar un ambiente relajante. Sus vistas al jardín son increíbles. Contamos también con un gimnasio de última generación y una sala de sonido blanco. En lo referido a las áreas sociales, tenemos una cafetería gourmet con menús personalizados y saludables. Los empleados pueden hacer sus pedidos por una app y recibir la comida directamente en las mesas… si lo desean. Una terraza al aire libre será la zona perfecta para descansar, y cuenta con mesas de trabajo y zonas verdes con plantas autóctonas.

De nuevo mi Amapola se cruzó de brazos y decidió ponérmelo difícil. La polla me dio un brinco dentro de los pantalones mientras imaginaba cómo podría castigarla. Seguro que sería deliciosa. Tierna, debajo de mis poderosos brazos.

—Esto es un derroche de energía, Liam. Veo un diseño idealizado, pero poco realista. La electricidad que necesitaría todo esto para funcionar, sería una locura.

—Para nada, porque habrá paneles solares en el techo del edificio y un sistema de almacenamiento de energía que reduce la dependencia de la red eléctrica convencional. Además, el agua de la lluvia se recoge y reutiliza para sistemas de riego y sanitarios.

—Sería un modo genial de reducir el consumo de electricidad —reconoció Ethan.

Durante unos minutos, los allí reunidos comentaron mi propuesta. Los puntos fuertes, lo que les había sorprendido, los puntos a mejorar… Al fin, Ethan Carter dio el visto bueno al proyecto y se despidió estrechándonos la mano a todos, satisfecho. Delante de mí, se detuvo y comentó:

—Buen trabajo, Liam Spencer. La señora Beaumont hizo bien arriesgándose con usted.

El apretón que me dedicó duró más que el del resto. Yo estrujé su mano con firmeza, deseando apretar más y partirle esos patéticos dedos.

Serena también se acercó a mí. Ordenó:

—A mi despacho. —Muy seria, señal de que yo había ganado.

Y qué bien sentaba tener la situación bajo control al fin. La ansiedad disipada por completo, y la sartén bien cogida por el mango.

«Ya eres mía, gatita.»

En esta ocasión fue ella la que corrió las persianas y se sentó en su silla, cruzó las piernas y los brazos, a la defensiva. Yo me acerqué a ella como un auténtico depredador, porque sabía que se ponía nerviosa. Se levantaría y podría acorralarla contra la pared.

Pero ella no se levantó por muy cerca que me coloqué. Alzó el mentón desde su posición reclamando su estatus, su poder.

—Vaya, vaya, Liam, nos has sorprendido a todos. Te infravaloré.

«Si supieras que ni he dormido para estar a la altura…»

—Muchas gracias, jefa. Te dije que lo lograría.

—Con creces. Así que un trato es un trato: te quedarás aquí. Tu pequeña prueba ha terminado, y cenaré contigo.

»Soy una chica de palabra.

—Genial.

No disimulé la sonrisa de satisfacción.

—PERO —resaltó ella—, solo es una cena. Comeremos, hablaremos y nos largaremos. Todo será profesional.

—Tan profesional como en el ascensor, jefa.

Ella puso los ojos en blanco y dijo:

—¡Que no me llames jefa!

Me reí, y al fin mi risa se le contagió, y me dedicó una sonrisa fugaz que intentó ocultar sin éxito.

—Te recojo a las nueve, Serena. Te preguntaría dónde está tu casa, pero solo tengo que cruzar la calle.

No la dejé responder. No le pregunté siquiera dónde quería ir, porque me gustaba tener el control de la cita, y algo me decía que ella agradecía estar junto a un hombre de los que toman las decisiones, no porque ella fuera indecisa, sino porque ya tenía suficientes responsabilidades en la vida, y le gustaría relajarse. Dejarse llevar.

Es lo que les ocurría a las mujeres poderosas: dominaban tanto su vida, que en la intimidad necesitaban ser dominadas.



CAPÍTULO 9

MIRROR MIRROR

Mirror Mirror era uno de los restaurantes más extraños de la ciudad. De todos los sitios a los que esperaba ir, este era el último. Era un lugar oscuro, siniestro, no muy grande. Tenía muy buena fama por la comida, pero su decoración me perturbaba. Era como meterse en la cabeza de Tim Burton y revivir una película tras otra. A las espaldas, *Mirror Mirror* tenía un laberinto de espejos, famoso porque las parejas más atrevidas se aventuraban allí borrachas y se perdían. ¡Muchas mañanas tuvieron que sacar a los jóvenes con resaca y frío tras pasar la noche atrapados!

Y ahí estaba yo, alucinando, porque en mi fuero interno lo oscuro me encantaba. Lo extraño, aún más. Pocas cosas eran capaces de descolocarme, de sorprenderme, así que cuando veía algo que se salía de lo normal, no podía evitar sonreír y comenzar a soñar despierta.

Por el espejo observé a Liam: guapísimo, alto, serio, como esculpido en piedra. Llevaba un traje negro a juego con mi vestido, y una corbata roja de una tela parecida a mi chaquetón.

¿De nuevo una coincidencia? No tenía ni idea. Comenzaba a darme escalofríos, y lo peor era que me encantaba. Todo él lo hacía, incluso la sensación de peligro. Si a eso le sumabas sus ojazos verdes… era mi perdición, alguien a quien no podía resistirme, y por eso lo veía como mi némesis.

—¿Te gusta el sitio? —me preguntó mientras cruzábamos el restaurante, guiados por un camarero con lentillas blancas y uniforme a rayas.

—Sí, pero no entiendo por qué vamos hacia el laberinto.

—Porque lo he reservado entero para nosotros, jefa.

¡¿Cómo?! ¡¿Había reservado el laberinto para nosotros?! ¡¿Qué?! ¡¿Quéééééé?!

—¿Que has hecho qué? —medio exclamé.

¡Casi me tropecé con mis propios tacones! Él pareció notarlo y me agarró el antebrazo. Al tocarme, una corriente de calor me bañó entera, potente cual tsunami. Él retiró la mano de inmediato, respetuoso.

—He reservado el laberinto para nosotros. Se podía hacer, ¿no lo sabías?

—Ehmmm, ¡no! Obviamente no.

—Ajá. En el centro hay una mesa para cenar. Poca gente lo sabe, porque quien se cruza con ella piensa que es parte de atrezo, pero no.

—Es increíble. Me sorprendes, Liam.

—Parece que tendrás que acostumbrarte a que te sorprenda, ¿no?

Me lanzó un guiño juguetón. Yo quise caer al suelo de culo y quedarme allí a vivir.

El aire fresco me abofeteó al salir, así que me arrebujé más adentro en el calor de mi chaquetón. Liam me observó de reojo y se acercó más a mí. Un gesto sencillo que me aceleró el corazón.

—¿Han calentado el sitio? —preguntó con voz firme al camarero.

—Sí. La mesa está rodeada de estufas de exterior, como pidió.

—Bien.

La luna y las estrellas se reflejaban en cada espejo, creando un escenario pausado y silencioso. Por un momento me planteé si salir de allí corriendo, si hacer caso a mi instinto, ese que me rogaba de rodillas que me alejara de Liam porque podría matarme. Él era un desconocido, en realidad, y me daba muy mala espina el tema de coincidir siempre con la ropa. ¿Me vigilaría por la ventana todas las mañanas antes de salir de casa? Yo llegaba antes a la oficina. ¿Y si…?

Sacudí la cabeza. Liam no era un acosador. Jamás lo había pillado mirándome por la ventana. Además, él podría tener a quien quisiera en su cama. Era tan guapo que dolía. No creí que recibiera muchos rechazos en su día a día.

Las sombras se proyectaban en los espejos poniéndome los pelos de punta, sin embargo, ver a tantos Liams caminando junto a mí, me gustaba.

—Aquí está. Cada vez que me necesiten, solo tienen que pulsar este botón y yo vendré —dejó claro el camarero.

Liam me ofreció el asiento más cercano, igual que solía hacer Ethan, y yo susurré un «gracias» y me senté. Quizás sí quedaban caballeros en la sociedad actual.

—¿Qué quieren de beber?

—Yo el mejor vino tinto que tengan, por favor —pedí.

—Mejor que sea la botella entera.

El camarero asintió y se largó. Estaba claro que se sabía el camino de memoria, porque en un laberinto de espejos, con poca luz, cualquiera se perdería.

—La ternera aquí es buenísima, jefa.

—¿Vas a seguir llamándome así eternamente?

—Eres mi jefa, y dijiste que esto era estrictamente profesional —levantó una ceja de modo juguetón.

Quise borrarle la expresión con un beso de tornillo.

—Es profesional, pero llámame Serena, en serio. ¿Y no hay pulpo?

—Aquí no: su especialidad es la carne. Soy muy carnívoro.

Me mostró el colmillo afilado y lo lamió. A continuación, rugió un poco antes de echarse a reír. Yo también reí, aunque la realidad era que ese gesto animal me calentó el centro del cuerpo.

—Confiaré en ti y pediré un entrecot de ternera, entonces.

Lo cierto es que el camarero no tardó mucho en traer el vino y los filetes. El mejor momento llegó cuando Liam empezó a comer. Si yo pensaba que me entregaba comiendo, verlo a él me dejó sin habla. Observarlo morder la carne, desgarrarla, masticarla con lentitud, provocó en mí algo poco común en una primera cita: hambre. Hambre de él, sexual. Ganas de sentir esos dientes sobre mi cuello, sobre mis pechos, repasando cada rincón de mi anatomía. Sus colmillos afilados y su mirada peligrosa me tenían encandilada. Trataba de disimularlo comiendo, bebiendo, pero él me miraba a los labios, a los ojos, casi con la misma hambre que yo a él.

Nuestra conversación era normal, pero la tensión sexual se arremolinaba con tanta espesura que podría cortarla con unas tijeras.

—¿Te gusta?

Su lengua saboreó las palabras antes de lanzarlas al aire. Su voz, la más sensual y grave que había escuchado en mi existencia.

—Me encanta. ¡Tenías razón con lo del entrecot! Habría sido un error no pedirlo.

Tragó. Su nuez bajó y subió, y yo me derretí.

—Bueno, Liam —cambié de tema. Tenía que salir de este hechizo—, cuéntame algo de ti. Apenas te conozco: ¿qué te llevó a la arquitectura?

Cerré la boca, porque me di cuenta de que pregunté lo mismo que Ethan a mí. ¿Realmente me interesaba conocer a Liam, o echaba de menos lo perfecta que había sido mi cita con Ethan Carter? ¿Intentaba repetirla de manera inconsciente?

Sostuve la copa de vino y la giré, mirándolo con una sonrisa.

—Soy un hombre que disfruta de la perfección, del control, de los detalles. La arquitectura es… relajante para mí. Me gusta tomarme mi tiempo en todo lo que hago.

Los ojos se detuvieran otra vez en mis labios.

«Dios, dame fuerza y paciencia.»

Sus ojos estaban brillando con una mezcla de interés y picardía. Me perdía en ellos, ¡joder!

—Oh, ya lo he notado. Pareces un hombre que no deja nada al azar. Eso puede ser… interesante.

Liam se inclinó hacia mí. El aire peligroso rodeándolo, llenando el laberinto de espejos.

—Interesante, sí. Aunque creo que también peligroso. Después de todo, los detalles son los que marcan la diferencia entre algo ordinario y extraordinario.

«Y el sexo sería extraordinario contigo. Te desharías en detalles y yo…»

Me sonrojé. Los pensamientos intrusivos me la querían jugar, pero yo era una chica hecha y derecha.

No lo permitiría.

—Supongo que eso es lo que estás buscando en la vida, ¿no? Lo extraordinario. —Acabé mi copa y él me la rellenó, igual que hizo Ethan—. Dime, Liam, ¿qué estarías dispuesto a sacrificar para conseguirlo?

El hombretón se tomó un momento para responder. No dejó de masticar, de desgarrar, de tragar. Me daba la sensación de que era consciente lo que provocaba en mí con gestos tan mundanos como lo era comer.

—Mucho. Más de lo que la mayoría imagina. Pero creo que hay ciertos riesgos que valen la pena si la recompensa es lo suficientemente tentadora.

«Deja de mirarme como si la recompensa fuera yo, ¡por favor!»

Un momento… ¿estábamos coqueteando? ¡¿Estaba coqueteando con él?!

—¿Y cómo decides si una recompensa es tentadora? —Jugueteé con el borde de mi copa—. ¿Tienes algún criterio en particular?

Liam se recostó ligeramente en su silla.

—Me guío por la intuición. Hay cosas que, simplemente, se sienten bien desde el primer momento. Sé cuándo algo me resulta tentador, jefa.

No le pedí de nuevo que no me llamara «jefa», porque lo hizo de una forma tan morbosa que no pude resistirme a disfrutarla.

—Dime, Serena —continuó acabándose su filete. Yo hice lo propio con el mío—, ¿qué es lo que tú quieres? ¿Qué es lo que te tienta?

«Tú.»

Tosí.

No, joder, ¡él no! Bueno, sí, pero no se lo diría.

Liam estaba muy atento a mis palabras, a mis movimientos. Sentía que estaba analizando hasta el más mínimo detalle. Me pregunté qué problema psicológico tenía en la cabeza para disfrutar de eso. ¿Por qué no me intimidaba? ¿Por qué todo en él me excitaba?

«Estoy mal de la cabeza. Es como si una gacela se excitara cuando un león la acecha entre las hierbas.»

Suavicé mi voz en señal de desafío:

—Tal vez eso será algo que tendrás que averiguar con el tiempo, pero te aseguro que no será fácil.

—¿Sabes que me encantan los desafíos? Y tú eres uno que estaría más que dispuesto a aceptar.

Apreté los muslos. Acababa de darme cuenta de que, voluntariamente, le había abierto a Liam una puerta.

«Es algo que tendrás que averiguar con el tiempo», dejaba clarísimo que había una posibilidad para conocerme, y me jodía reconocer que yo también quería. Sentir sus manos en mis caderas, moviéndome, su lengua en mi garganta… Era pensarlo, y se me ponían los pelos de punta.

Sin embargo, ahí se quedaba: en pura pasión, como siempre. En el momento en que él quisiera más de mí, todo saltaría por los aires.



CAPÍTULO 10

LINDA AMAPOLA

«Mírala, tan bella…»

Lo bien que le quedaban los labios rojos y las pestañas negras, era una locura. Ese vestido más negro que mi alma le marcaba los pechos y la cintura al milímetro. La distancia entre nosotros me dolía, sobre todo desde que había descubierto en sus palabras la esperanza.

—Eres bellísima, Serena.

Como hacía siempre que se sorprendía, abrió los ojos y aleteó las pestañas. Me cagaba en todo…, podría matar por uno de esos aleteos de pestañas.

—Ah…, ¿sí?

Y ahí estaba: el titubeo. Suficiente para saber que jamás fue mi imaginación. Le gustaba, y ella a mí me quitaba el juicio. No era tonto, veía cómo se resistía, pero yo derribaba sus defensas una vez, y otra, y otra…

Me levanté y me dirigí a su lado. Igual que solía hacer en su despacho, se levantó para estar a mi altura.

«Tan nerviosa…, y no eres capaz de mostrarte mínimamente débil, mi Amapola valiente.»

—Siéntate en tu silla, Liam.

—¿Quieres que me aleje, después de decirme lo que acabas de decirme?

—S…, sí, eso es… lo que quiero.

—No mientas, veo cómo se te escapa el aliento desde aquí.

Por fin (¡por fin!) dio un paso atrás. Yo aproveché para agarrarla por los hombros y acariciarle la piel suave. Tan suave… Era tal y como siempre imaginé. El algodón le tendría envidia.

Dejé salir por mi garganta un gemido bajito, salvaje.

—Estás tan suave, Serena…

Sus mejillas se encendieron a toda velocidad y volvió a pestañear de ese modo seductor y desconcertado tan propio de ella. A mí no me engañaba: Serena era una chica tímida que había aprendido a abrirse paso a zarpazos en un mundo creado por y para los hombres.

—Liam…

Al final de mi nombre, una nota de deseo descontrolado.

«Me quiere cerca.»

Lo hice: me pegué a ella y recorrí con mi dedo pulgar sus labios. Ella los entreabrió mientras su respiración se hacía más pesada.

—Me gustaría morder estos labios, tenerlos entre mis dientes.

Eran de un tono rosa suave, casi como la carne más tierna y exquisita. Me pregunté cómo sabrían, cómo se sentirían bajo los míos. Un pensamiento traicionero me vino a la cabeza, excitándome hasta el dolor.

Mi mirada siguió el contorno de su clavícula hasta perderse en la línea de su escote. La piel parecía cálida. Me puse a pensar en cómo sería deslizar mis dedos por ahí, seguir el rastro con mi lengua, mordisquear con cuidado…, aunque siempre estaba ese impulso, ese deseo oscuro de hacer más, de ir más allá.

De hacerla completamente mía.

—Deja de mirarme así —pidió.

Me incliné, igual que hice ese día en el ascensor, y olí su aroma, su pelo rubio y ondulado.

—Pistacho, cardamomo y azúcar rosa —repetí.

Un escalofrío la recorrió entera, y a mí me llenó de vida.

La necesidad de saborearla era casi insoportable. Serena era ese manjar que había estado esperando toda mi vida, un postre exquisito. Mis manos temblaron ligeramente mientras le apartaba el pelo del rostro. Cada movimiento de su cuerpo, cada inhalación, era una provocación, una invitación a descubrir cómo se sentía su piel contra la mía, cómo sabría si…

—¿Estás jugando conmigo? Porque no soporto que lo hagan.

—Jamás jugaría contigo. Bueno, no en ese sentido.

—¿No en ese sentido?

—Jugaría contigo de muchas maneras si me dejaras, Serena, pero no con tus sentimientos ni con tus emociones.

—Y cómo…, ¿cómo jugarías conmigo?

Su pregunta me pilló por sorpresa. Vaya, vaya…, ¿mi Amapola estaba sacando las garras? Joder, como si no estuviese ya lo suficientemente obsesionado…

—Te besaría, pequeña. Te ataría, te haría suplicar, te daría órdenes sin parar.

Palabras precisas, sin florituras, sin muchos detalles, pero el corazón de ella se aceleró y se pegó a mí más. Ahora la tenía contra mi pecho, mierda… No podría aguantar más sin ponerle la boca encima. Mis pensamientos eran una maraña de imágenes. Quería besarla, poseerla, devorar cada centímetro de su ser, hacerla mía en todos los sentidos posibles.

La obsesión me consumía, como el hambre más apremiante. Ella no era solo una mujer: era una combinación de pasión y necesidad, un sueño tan tangible que podía sentir su sabor en la punta de mi lengua.

—¿Me…, me darías órdenes?

«Maldita seas, ¡para de titubear!»

Porque me hacía sentir poderoso sobre ella, y eso me llevaba al borde del orgasmo.

—Muchas.

—¿Como por ejemplo…? —levanté una ceja.

—Oh, jefa traviesa…, ¿quieres jugar a eso?

—En realidad…

La duda apareció en sus preciosos iris ámbar, casi amarillos.

«Mierda, ¡la pierdo!»

—Bésame, es una orden. Bésame, muérdeme y pasa tu lengua por mis labios.

Tiré de su pelo rubio para afianzar mi dominio, y ella perdió el control por completo.

«Sí. Es justo como pensaba que sería», pensé con satisfacción.

No me había equivocado con ella. Seguramente, llevaría años buscando algo que jamás

encontró, porque ella era demasiado para cualquiera que no fuese yo. Yo, que podía darle lo que necesitaba, mantenerla a salvo y entender las señales de su cuerpo.

Sus labios se movieron desesperados contra los míos. Hablaban sin palabras de la necesidad, de la desesperación, de la soledad que sintió deseando algo que nunca llegaba hasta que me encontró. Tal y como ordené, me besó, me mordió. Cuando pasó su lengua sobre mis labios solo pude levantarla por las piernas y estamparla contra uno de los espejos más cercanos.

—Así, muy bien —dije en susurros.

Mi aprobación le hizo soltar un gemido bajito parecido a un lamento.

Mis ojos se encontraron con los suyos. Ella también sentía ese fuego incontrolable, aunque no estaba seguro de hasta qué punto. Ella no tenía ni idea de cuánto la anhelaba, cuánto la necesitaba. Era perfecta, y era mía.

Mía.

Mía.

La humanidad que quedaba en mí luchaba por mantener el control, susurrando que esto era solo un beso, un simple beso. No tenía por qué soltar al dragón, a mi monstruo interior. A ese que le gustaba la sangre.

—Maldita sea, Serena, te quiero comer. Te voy a comer.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras. Ahora mismo soy tuya.

—Siempre.

—Siempre no, ahora.

Me separé un pelín de ella, serio. Quería que viera la amenaza y el peligro danzando por mi mirada.

—Eres mía, jefa, y siempre lo serás, solo que aún no lo sabes.

—Eso es demasiado intenso de tu parte.

—Deja de responderme, Serena, y arrodíllate delante de mí.

Su entrepierna y la mía estaban separadas por la ropa, pero aun así noté la contracción de deseo que le provocaron mis palabras.

«Le gustan las órdenes.»

Y a mí me encantaba darlas. ¿Dónde había estado mi Amapola escondida todos estos años?

Una vez la tuve arrodillada delante de mí, pasé mi dedo por sus labios.

—Quiero que me tengas entre tus labios rojos. No dejes de mirarme, y déjame ver esas preciosas tetas.

¿Sabéis que era lo que más me gustaba de estar en un laberinto de espejos? Que cada movimiento de Serena se repetía decenas de veces. Allá donde miraba, estaba ella desde la perspectiva que deseara. Pequeña y delicada. Desde arriba veía sus preciosos ojos y su nariz salpicada por pecas. Desde detrás, su figura de diosa y su trasero prieto. De perfil, sus pezones erectos y sus muslos poderosos.

Su mirada se cruzó con la mía a través de uno de los espejos, y se quedó quieta como si estuviese pensando deprisa, sin pausa. Sus manos se detuvieron desabrochando mi cinturón, y tragó.

«No, no, no, no, no…»

Se levantó, recolocándose el vestido y el pelo, como si solo se hubiese caído por accidente delante de mí. Elevó el mentón. Al observarme, comprobé que todo el salvajismo había huido de ella despavorido. En su lugar había pura lógica y frialdad.

¿Qué cojones acababa de pasar?

—Lo siento, Liam. Yo…, lo siento, de verdad. Soy la primera que dijo que esto era puramente profesional, y casi acabo haciéndote una… Ya sabes.

—¿Por qué te avergüenzas de lo que estaba a punto de ocurrir?

Estaba perdiendo el control de la situación y la ansiedad atrapó mi corazón. ¿Se había acordado de Ethan? ¿Era eso? No lo entendía, y llevaba fatal el fracaso. ¿Quizás ella era demasiado buena para mí?

—No me avergüenzo, Liam. Eres un tío guapísimo, impresionante, con talento, pero yo no soy una chica de enamorarse. Esto no podría salir bien, ¿sabes? Porque soy tu jefa, trabajamos juntos, y al final uno saldría herido. En concreto, tú.

Me dejó patidifuso y pestañeando.

—¿Y qué te hace pensar que esto se transformaría en más que sexo?

—Siempre lo hace, cielo. —Colocó su palma cálida sobre mi mentón—. No quiero perderte como empleado.

—Pero he visto cómo me deseas.

—Somos adultos. Aprenderemos a tragarnos nuestro deseo. Nos vemos mañana.

Y así, sin más, se largó por el laberinto de espejos y empecé a debatirme entre seguirla y llevarla al límite, o ese impulso sería mi propio suicido.

La dejé largarse. La caza, probarla, devorarla, habría sido lo que yo deseaba, pero mi obsesión por ella lo superaba todo, así que aguanté, aguanté, aguanté… Y cuando se alejó, destrocé el espejo más cercano de un puñetazo. La ira y la inseguridad me consumieron, ¿y qué era lo único que me aliviaría?: Ethan.

Tener su sangre en mis manos me haría sentirme con el control de la situación de nuevo. Serena estaría triste, sola. Sería cuestión de tiempo que bajara sus defensas.

Así que pagué, me largué de *Mirror Mirror* y agarré mi libreta con su horario. Mi dedo recorrió frenético la rugosidad de las páginas, las ondulaciones de las letras escritas.

Aquí.

Una sonrisa cruzó mi rostro: Ethan Carter estaba hoy en el pub donde se reunió con sus tres amiguetes. Según mis apuntes, saldría en media hora directo a casa, pero para coger el coche tendría que cruzar un par de calles oscuras, perfectas para cubrir a su asesino.

Arranqué.

Al fin y al cabo, llevaba tiempo preparando este momento para no dejar huellas, para que Ethan desapareciera eternamente. Nadie lo encontraría por muy poderoso que fuera. Sabía que Serena perdería su querido proyecto, ¿pero qué más daba eso, cuando Ethan Carter era un intruso en nuestra relación? Era un obstáculo, una amenaza.

Mi coche prácticamente voló sobre el asfalto hacia el local. Aparqué, cogí todo lo necesario del maletero y me escondí.

La oscuridad del callejón era mi aliada, una manta silenciosa que envolvía mis pensamientos más perversos y les daba forma.

«Mantén la respiración lenta y controlada. Calcula cada inhalación, cada exhalación.»

Todo estaba calculado, cada paso, cada movimiento. No podía haber errores. No esta vez.

La puerta del local se abrió, y después se cerró tragándose el sonido de las voces y la música. Ethan comenzó a acercarse en mi dirección. Mi corazón latió con un ritmo regular, casi ceremonial. No debía haber lugar para la prisa, para la duda. Solo existía un objetivo: eliminarlo.

Mi mano derecha se deslizó dentro de mi abrigo, no hacia una navaja, sino hacia algo mucho más efectivo y silencioso: un alambre de acero delgado, resistente, pero lo suficientemente fino como para cortar piel al apretarse. No se necesitaba fuerza bruta, solo precisión. En eso era un maestro.

Cuando Ethan pasó por mi lado, di un paso adelante con un movimiento fluido, coloqué el alambre alrededor de su cuello, tirando de él con fuerza.

«He calculado bien. Sé de sobra dónde está la carótida.»

El shock dejó a Ethan inmóvil por un segundo, el tiempo suficiente para que apretara el alambre con todo mi peso.

—Muérete —ordené en un susurro para que no reconociera mi voz.

El muy hijo de puta logró meter una de sus manos entre el alambre y su garganta antes de apretar, lo cual era un riesgo añadido.

Puse más fuerza aún. Ethan no emitía ningún sonido, solo el susurro de su aliento luchando por salir y el tamborileo rápido y frenético de su corazón. Sentía su desesperación, su lucha. Para mí era una sinfonía.

Esto significaba poder.

El hombretón se tambaleó y sus manos intentaron inútilmente aflojar el alambre que ahora estaba cortando su carne. No había sangre.

En realidad, no había nada más allá que la satisfacción de verlo debilitarse bajo mi poder.

Sentí una conexión retorcida en ese acto. Un vínculo que no podía ser roto, un recordatorio de que este era mi mundo, y en él, yo decidía quién vivía y quién moría.

Me sentía drogado, extasiado, y entonces… entonces ocurrió lo inesperado: Ethan, con un último estallido de fuerza, consiguió girar su cuerpo en mi dirección y me golpeó con una fuerza que para nada anticipé. El alambre se soltó de su cuello haciéndome perder el equilibrio. El imbécil se tambaleó hacia la salida del callejón, su respiración entrecortada y su rostro pálido.

—Mierda —siseé.

Mi control, quebrado. Una furia oscura comenzó a hervir dentro de mí.

Maldición, maldición, ¡MALDICIÓN!

Él se estaba escapando y yo no podía correr en su dirección, o me arriesgaría a que me vieran. Ya lo había planeado todo, y ahora tendría que empezar de nuevo.

Ethan no lo sabía, pero acababa de firmar su sentencia una vez más.

En la oscuridad del callejón, mi deseo de control sobre Serena se hizo todavía más fuerte.



CAPÍTULO 11

TE ODIO

Ver a Liam en la oficina esa semana fue… terrible. Más incluso que separarse de él en ese laberinto de espejos.

Intentaba entender cómo tuve la sangre fría de levantarme de delante de él, mirarlo a sus exquisitos ojos y rechazarlo. ¿La verdad? Todavía no comprendo cómo lo logré, porque estaba sumida en una especie de sed salvaje, perdida en la bruma de mis pensamientos morbosos.

Y ahora cada vez que lo veía las imágenes de esa noche acudían a mí sin piedad. Él lo sabía y me dedicaba miradas y sonrisas secretas que yo ignoraba (o, más bien, fingía ignorar).

—Buenos días, jefa.

Aparté los ojos del ordenador y me tensé más que la cuerda de un arco.

«¿Y qué pensabas? Era cuestión de tiempo.»

Y es que Liam estaba ahí, apoyado en el marco de mi puerta, sexy como solo él podía serlo.

Carraspeé para aclararme la voz y salir de mi estupor.

—Buenos días, Liam, ¿te puedo ayudar en algo?

—Quería preguntarte si aceptarías almorzar conmigo hoy, jefa. El otro día las cosas terminaron un pelín raras, ¿no crees?

—No sé si eso será lo correcto. Es decir, ya sabes lo que opino de todo esto… Trabajamos juntos. Por favor, no insistas más.

—Pero…

—No hay peros.

—Sí que los hay. —Levantó la voz. Yo me tensé porque mi estúpido cuerpo era traicionero y la autoridad en él me ponía a babear como una perra en celo—. No me imaginé lo de la otra noche. Fue real, Serena, y no pienso darle la espalda. No pienso rendirme.

Resoplé fingiendo indiferencia.

—Bienvenido al Siglo veintiuno, cielo, donde las mujeres pueden decir «no» y seguir con su vida. Tendrás que aceptarlo y continuar tú con la tuya. Lo siento.

Me levanté dispuesta a abrir la puerta y enseñarle el camino de salida por mí misma, no obstante, al pasar por su lado una oleada de deseo me sobrevino y titubeé.

—¿Ves? —gruñó—. No son cosas mías, joder…

Mi móvil comenzó a vibrar en mi bolsillo. Lo agarré y vi el nombre de Ethan en la pantalla. Entonces se me ocurrió algo despiadado, sí, pero efectivo.

—Perdona, mi novio me llama.

Descolgué y me coloqué de espaldas a él, dando por hecho que se largaría para darme privacidad.

—Serena.

—Hola, bonito, ¿qué tal?

Jamás lo había llamado bonito… hasta hoy.

—De pena.

—¿Y eso? —Fruncí el ceño.

—El otro día me atacaron… Creo que querían matarme.

El aire se me escapó de los pulmones a bocanadas.

—¡¿Qué?!

—Oye…, no tengo tiempo de explicártelo ahora. Te llamaba para ver si querías verme en el almuerzo.

—Oh, ¡lo siento! He quedado con Natasha y Óliver. Hoy estoy a tope.

Chistó al otro lado de la línea.

—No te preocupes, me pasaré por ahí a última hora de la tarde.

—Está bien. Sobre las nueve te espero.

Se despidió brevemente y yo me quedé extrañadísima. ¿Por qué estaba tan frío? ¿Era por el ataque? ¿Estaba nervioso?

Un carraspeo a mis espaldas me sacó de mis ensoñaciones.

—Ah, Liam, sigues ahí.

—Sí. ¿Está todo bien?

Lo observé con detenimiento: sin duda, decir que mi novio me estaba llamando lo había enfadado. Tenía los ojos entornados y el rostro superserio, aunque, bueno, no era distinto a la expresión que llevaba siempre en la oficina.

—No lo sé. Creo que sí.

—Jefa…, ¿tenías novio cuando nos enrollamos?

«Ay, mierda. De despistada soy gilipollas», me regañé.

—No. De hecho fue después de eso. Lo siento muchísimo.

Él levantó las manos mostrando indefensión.

—No pasa nada. Ha quedado todo claro. Si necesitas algo, estoy en mi despacho.

Salió sin dar portazo, como siempre.

¿Pero por qué me sentía tan mal?

Ethan cumplió su promesa y subió a mi despacho a las nueve en punto. En otra situación me habría fijado en su traje inmaculado, en su peinado, en sus bonitos labios, pero no fue eso lo que resaltó a mis ojos: fue su herida del cuello.

Me levanté como si tuviera un resorte bajo el culo.

—¡Pero qué te ha pasado!

Prácticamente salté hacia él y lo examiné con ojo crítico.

—Me atacaron hace un par de noches.

—¿Cuándo?

—El viernes sobre las una de la madrugada.

«Después de mi cita con Liam.»

Un mal presentimiento se instaló en la boca de mi estómago.

—Cuéntamelo todo.

Le propiné un beso casto en los labios y le ofrecí asiento frente a mi mesa. En vez de sentarme en mi silla, tomé asiento a su lado.

—Salía de un pub con mis amigos, como siempre…

—¿Como todos los viernes?

Asintió.

—Como todos los viernes.

«Pudo ser algo planeado.»

Ignorante a mis pensamientos, él continuó:

—En el callejón de al lado me atacó un hombre. Fue raro, como si me hubiese estado observando. Y no me amenazó con una navaja, sino que me intentó estrangular con un alambre. Si no hubiese sido rápido, me habría cortado la carótida.

Coloqué los dedos en mis labios, aterrada. Mientras yo estaba tan tranquila en casa a punto de caer dormida, Ethan estaba a un paso de su tumba.

—¡Madre mía! Dime que has denunciado. Dime al menos que viste quién lo hizo.

—Obviamente he denunciado, y no, no sé quién lo hizo, aunque…

Se quedó callado, pensativo, como si no supiera si decir lo que estaba pasando por su mente.

—¿Pero…?—insté.

—Su voz me recordó a ese chico nuevo…

—¿Liam?

—Sí. Quizás es porque tenía la presentación de su proyecto reciente, pero el caso es que parecía él.

Estaba muda, porque por un lado parecía imposible pensar en un compañero de trabajo como en un asesino, y por otro… las casualidades comenzaban a asustarme de verdad. ¿Y si lo de la ropa no era una casualidad? ¿Y si, al terminar nuestra cita, él quiso vengarse de mí matando al cliente más importante de mi carrera?

—No creo que fuera él.

—Yo tampoco, en realidad. Seguro que fue cosa del shock —reconoció.

Sin embargo, esa idea ya estaba instalada en mi cabeza. A lo mejor Liam sí que era peligroso, y mi instinto, más listo de lo que creía.

—¿Quiso robarte?

—No, eso es lo peor: quería matarme. Ese hombre sabía bien lo que hacía. A partir de hoy, me acompañará un guardaespaldas.

Dejé caer los hombros, abatida y aliviada a la vez.

—Sí, es lo mejor que puedes hacer. Qué susto, ¿no?

La imbécil de mí soltó una risita nerviosa. Ethan me sonrió, colocó la mano sobre mi muslo derecho y dijo:

—No te preocupes, de verdad. Estoy bien.

—¿Pero cómo escapaste? Por Dios…, ahora mismo podrías estar muerto.

Cerré los ojos con pesar. La mano del chico sobre mi piel me consoló.

—Tú no lo sabes, pero soy muy fuerte.

Sacó músculo en el brazo, medio riendo. La tela del traje se tensó sobre su dureza y un calambrazo de deseo me cruzó el pecho. No era tan intenso como con Liam, pero no por ello era peor. Solo… distinto.

—¿Le diste un buen puñetazo en la nariz?

—No. Creo que le acerté en el estómago, me lo quité de encima y hui.

—Pfff…, menos mal.

Aunque en realidad ahora no podía parar de imaginar el aspecto que tendrían esos brazos rodeándome la cintura mientras me movía encima de él.

«Maldita sea, estoy salida. Mi hermana tiene razón: llevo demasiado tiempo sin catar hombre. Quizás me está pasando factura y es la razón de que Liam me haga perder la cordura. Puede que

ya sea hora de arriesgarme y disfrutar del placer de la carne.»

—Bah, ¡no es fácil acabar conmigo! ¿Sabes que de joven hice boxeo?

—¡¿Boxeo?! ¡¿Tú?!

—Sí. Fueron solo tres añitos, pero aprendí a dar buenos derechazos.

—Guau. ¿Qué más tengo que aprender sobre ti, Ethan Carter? Eres un completo misterio.

Posé mi mano en su fornido brazo, y el ambiente se cargó de electricidad estática. Una de las consecuencias de ser reservada con tu cuerpo, es que los hombres te respetan y temen que los rechaces una vez tras otra, por eso, cuando quieres algo, cuando de verdad estás preparada para dar aquello con lo que con tanto celo guardas, debes tomar la iniciativa. Dejar claras tus intenciones.

Eso hice: me senté sobre él y apoyé la espalda en el borde del escritorio para estar más cómoda y tener más libertad a la hora de mirarlo.

Él me cubrió los muslos con sus antebrazos de inmediato. Algo que me gustaba de las manos de Ethan, eran sus dedos gruesos y fuertes. Todo aquello que gritara DOMINIO en el sexo, me sacaba de mí (en el buen sentido).

—Serena, no quiero que me tengas pena.

—¿Qué te hace pensar que lo hago?

Sus dedos juguetearon con el borde de mi vestido, enviándome oleadas de calor más arriba.

—Tu actitud. No me des lo que crees que quiero si tú no lo deseas de verdad.

Pegué mi frente a la suya y recorrí su nuca con las yemas de mis dedos.

—Eres todo un caballero, Ethan Carter.

—Y tú… eres una bruja malvada, ¿sabes? Me haces morir por tus huesos y luego me dejas a las puertas del paraíso.

—Quizás no esta vez.

Un gruñido escapó de su garganta.

—No seas mala.

—No lo seré.

No me anduve por las ramas: lo besé con frenetismo mientras mi mano derecha desabrochaba su cinturón y tiraba de él con fuerza.

Una fiera. Una gata. En eso me transformaba durante el sexo. Por eso, en mi fuero interno lo único que deseaba era que él supiera llevarme, que supiera que no era una chica suave.

«Por favor, por favor, por favor…, no tengas miedo de hacerlo duro.»

Se lo estaba demostrando: lo besaba con fuerza, lo desnudaba sin miramientos… Cualquiera entendería lo que quería.

—Ahora mismo soy tuya, Ethan.

—Serena, ¿estás segura?

«Mierda, no digas eso. Solo agárrame del pelo y fóllame contra la mesa.»

—Estoy segura.

Nuestro dientes chocaron por las ansias, pero no me importó. Mordisqueé su labio y él hizo lo mismo con el mío.

—Mira cómo me tienes ya —soltó.

Apreté su erección y la descubrí preparada para mí, lo cual me agradó.

Un ruido.

Me separé de él unos centímetros para mirar hacia mi puerta cerrada.

—¿Queda alguien en la oficina? —inquirió.

—No debería. —El mal presentimiento de antes me estrujó las entrañas—. No importa. Sigamos sin hacer ruido. ¿Sabes ser silencioso?

—Si tú me lo pides, sí. Ven aquí.

Me agarró del pelo y me plantó un beso con lengua de los que te ponen los ojos en blanco. ¡Sí!

Su olor a pomelo, laurel, jazmín, musgo y ámbar me envolvieron. Mis manos buscaron su erección por segunda vez. En esta ocasión, lograron liberarla del pantalón y Ethan echó mi tanga a un lado. En el recorrido, presionó el dedo índice sobre mi clítoris haciéndome echar la cabeza hacia atrás.

—Ah…, Ethan.

—Serena, no sabía que te gustaran las cosas rápidas y explosivas. Creía que…

—Cállate. —Estampé mi mano sobre su boca—. Cállate y fóllame, porque lo necesito.

Necesitaba olvidarme de Liam, de su mirada, de lo mal que olía todo lo que lo rodeaba, de que Ethan había estado a punto de morir, y centrarme en su respiración y en esos brazos fornidos que habían logrado salvarle la puta vida.

Entró en mí poco a poco, sin piedad, inmovilizando mis caderas contra la mesa, pero yo no quería que fuera lento.

—Lento no, Ethan.

Sus ojos se encendieron.

—¿Te gusta la marcha?

—Me gusta la marcha.

—Te dolerá.

—No me dolerá. ¡Por Dios, Ethan! Tú solo hazlo, ¿vale?

Me metió lo que quedaba de golpe, y entendí por qué pensaba que me dolería. Y es que Ethan era… grande. Bastante, de hecho. Si no hubiese estado tan lubricada, me habría hecho pedazos por dentro.

—Ah…

—¿Estás bien?

En respuesta comencé a saltar con él en mi interior. Sus dedos se clavaron en la piel de mi trasero y me movió sin piedad. Arriba, abajo, arriba, abajo…

Nuestras respiraciones acelerándose, pero sin poder gemir por miedo a que alguien nos escuchara.

Fuera, un golpe que nos hizo quedarnos helados un momento.

—Serena, hay alguien ahí fuera.

—No importa, eché el pestillo cuando entraste.

—No quiero que piensen que has conseguido el proyecto por follarte al CEO de la empresa.

—No te verán salir, ¿de acuerdo? Me iré antes que tú. Comprobaré que no queda nadie y te avisaré cuando salir sea seguro.

Se deslizó dentro de mí con una lentitud febril. Yo le mordí el dedo.

—Está bien —coincidió.

Y retomó sus potentes embestidas.

El sexo con él no estaba mal. A ver, no me malinterpretéis: me gustaba. Pero me gustaba como puede gustarle a uno el sexo casual y aburrido, simplemente por destensarse. No era un polvo de ver las estrellas y echar fuegos artificiales por los ojos en pleno clímax.

No. Era algo normal, tedioso y… no me haría correrme.

Me dieron ganas de reírme, porque cualquier mujer con dos dedos de frente estaría disfrutando de lo lindo con este hombre. Era grande en todos los sentidos, su expresión de placer era una delicia en sí misma, y sus dedos trabajaban bien sobre mi clítoris, tensándome entera. Una multiorgásmica se habría corrido ya tres veces.

Yo no.

Yo necesitaba ese algo más. Ese *yonosequé* que sabía que Liam podía darme, pero que estaba claro que otro hombre no lograría por muy bueno que fuera follando.

La decepción fue tremenda y me golpeó como una bola de demolición, pero no lo expresé. Me dediqué a disfrutar del contacto con este hombretón, del máximo placer que podía encontrar con él, quedándose siempre en la antesala del orgasmo. Hasta que él salió de mí, se derramó en mi tripa con un gemido ahogado, y apoyó el rostro en mi pecho, agotado.

«Te odio, Liam Spencer», fue lo último que pensé antes de levantarme y sacudirme la frustración de encima.



CAPÍTULO 12

SOLO

Mierda, la había empujado a brazos de ese caballero andante. Yo, Liam Spencer, había cometido el mayor error de todos, porque después de nuestra cita Serena había decidido emprender una relación con el gilipollas de Ethan.

Para colmo, me había ganado. Bueno, había ganado una batalla, pero no la guerra, porque, tened una cosa clara: cuando alguien decide que va a matarte, lo logrará tarde o temprano, le cueste lo que le cueste. Los humanos somos seres frágiles. El único modo de sobrevivir en este mundo es ser el más fuerte.

Y yo sería más fuerte que Ethan. Por eso ayer tuve que apretar los dientes para no derribar la puerta del despacho de Serena de una patada. Hice ruido. Hice mucho ruido en un intento de cortarles el rollo, de que se detuvieran, pero no lo hicieron. Estaban tan metidos en su mundo, con tantas ganas de follar, que no pararon.

Escucharlos gemir, respirar con fuerza, ahogar cada sonido que se les escapaba de los labios… Me hice sangre. Me clavé las uñas en los brazos de tal modo que pareció que me había peleado con un puto puma. Pero si entraba ahí todo estaría perdido, y no podía permitirlo. La clave de la victoria residía en la paciencia, en la vigilancia, en observar.

Me mordí el labio inferior.

Ahora no solo me apetecía matar a Ethan: quería torturarlo. Hacerle pedir perdón por mancillar a mi pequeña Amapola. Sin embargo, eso le daría oportunidad para escapar y no podía volver a arriesgarme. Su muerte debía ser rápida, antes de que reaccionara siquiera.

El tío era un puto Hulk en la vida real.

—Hmmmm, gatita.

Miré las cámaras ocultas de la casa de mi Amapola para no perder detalle sobre ella, para tenerla completamente controlada.

Mi Amapola acababa de entrar en el salón en ropa interior, totalmente ajena a mi vigilancia. Llevaba un paquete de palomitas en la mano y se tiró en el sofá a ver una película de terror.

Sonreí, no solo porque era una chica traviesa y tenía gustos oscuros, también porque no se corrió.

Escuché al otro lado de su puerta, y no se corrió. No hubo explosión de su parte. No se le aceleró la respiración ni se le quebraron los gemidos, porque ella me necesitaba a mí.

No le gustaba el dolor, pero le gustaba recibir órdenes, sentir a su macho superior en la cama (que no en la vida. Son dos cosas muy distintas, porque las cosas de la cama, en la cama se quedaban, y yo a ella la respetaba como mujer y como profesional), que le tiraran del pelo, la

agarraran del cuello y la ataran al cabecero.

—Menudas piernas —observé.

No pude evitar tocarme por encima del pantalón.

Estaba ansioso por sentirlas alrededor de mi cuello.

Ocurriría.

Ocurriría.

Ocurriría…

¿Pero y si no?

ANSIEDAD.

Conocía bien los bucles infinitos de inseguridad que me sobrevenían y me llevaban al infierno, como un mar de negrura y suciedad.

¿Y si, en realidad, no conseguía que Serena abriera los ojos y se viniera conmigo por propia voluntad? ¿Qué pasaría entonces?

Y si…, ¿y si no era lo suficientemente bueno?

Escenarios catastróficos y de fracaso me inundaron y la erección se me bajó al instante, porque odiaba ser así: odiaba esta inseguridad y adoraba lo poderoso que me sentía haciendo daño a otras personas. Era adicto a cómo mi imaginación dibujaba a Serena indefensa entre mis piernas, obedeciendo mis órdenes, porque ahí se borraba todo.

Ahí no me sentía un ser débil, sino todo lo contrario.

Quizás por eso, mi empatía siempre brilló por su ausencia.



CAPÍTULO 13

BAILANDO SOLA

Unos días después, quedé con mi hermana de noche para ir a bailar a una discoteca.

Como chica asocial que era, bailar en una discoteca no era muy santo de mi devoción, pero no se me daba mal. Siempre había tenido un don para el baile. De dónde me venía, no tenía ni idea, porque todos en mi familia eran arrítmicos.

Fui al local en moto. Echaba de menos cómo me hacía sentir el aire enredado en mi pelo, por mucho que llevara el casco puesto. La velocidad azotando mis hombros, mis piernas. Me había acostumbrado a montar en moto ¡incluso con los tacones de aguja! Si estaba prohibido hacerlo, no tenía ni idea.

—Aquí está mi Caperucita moderna —me saludó ella una vez hube aparcado.

—Alison, ¡qué ganas tenía de verte! Además tengo que contarte muchas cosas.

—¿Sobre Ehtan Carter? ¿Has decidido ya pegar tremendo *braguetazo*?

—¡No! Bueno —dudé—, no lo sé. O sea…

Mi hermana estalló en carcajadas y enlazó su brazo con el mío.

Ese día iba muy guapa: tacones de color negro, pantalones cortos a la cintura, plateados, y una camiseta remetida por dentro con un escote que se le perdía en el interior de los pantalones. Estaba guapísima, la cabrona.

Su pelo, suelto. Supongo que mi hermana odiaba los coleteros tanto como yo.

Yo me había decidido por un look parecido, solo que mis pantalones nos eran plateados, sino negros con lentejuelas, y mi camiseta no llevaba escote, sino los hombros al descubierto. Dejaba ver mi clavícula sexy y la gargantilla negra a juego con pantalones y tacones. El pelo, cayendo con gracia por mis hombros y mi espalda.

—¡No me lo cuentes todavía! Bebamos algo y lo haces mientras tanto. Y luego, ¡a bailar!

Tiró de mí para meterme en el local. Habíamos ido al *Visionary*, el mismo lugar al que me llevó Ethan en su momento. La diferencia era que esa vez no reservamos nada. Íbamos a la aventura, como la gente corriente. Rezando por pillar un buen sofá para disfrutar de las bebidas antes de abalanzarnos a la pista de baile.

—Yo pediré las bebidas, ¡tú pilla sitio! —gritó Alison para hacerse oír por encima de la música.

Obedecí. Me desplacé entre los cuerpos sudorosos hasta el otro lado de la discoteca y encontré un par de sillones color gris en los que descansar. Mi hermana no tardó mucho más en llegar con dos Martinis.

—Como a ti te gusta —indicó, sacando pecho orgullosa.

Yo le dediqué una sonrisa y le hice el Bizum pertinente.

—Bueno, ¡cuéntame! ¿Qué tal fue la visita en su yate?

Me encogí de hombros.

—No fui. Vinimos aquí.

—¿A bailar pegados?

Levantó una ceja, traviesa. Yo le enseñé el dedo corazón. Después, propiné un trago a mi Martini. Fuerte, como a mí me gustaba.

—No bailamos. Reservó ahí arriba —señalé a la parte alta.

Ella asintió con aprobación.

—No esperaba menos del grandioso Ethan Carter.

Puse los ojos en blanco.

—Lo cierto es que ese día fue cuando empezó a gustarme de verdad.

Las cejas de mi hermana se elevaron más. ¡Tendría que tener cuidado para que no escaparan saltando de su cara!

—¿Gustarte de verdad? ¿En plan sentimientos?

—No. En plan: voy a acostarme con él.

—Bien, bien, es un paso. Quiero que mi hermanita me haga rica.

—Alison, ¡no voy a hacerte rica!

—Jo —puso carita de perrito abandonado—. En fin, me tendré que conformar con tener una hermana poderosa y terriblemente insoportable, que ve películas de terror y lee libros de mitología griega.

Le saqué la lengua, porque, sí: me encantaba la mitología y el terror. ¿Qué problema había?

—Yo tendré que conformarme con una enana rubia que psicoanaliza cada cosa que digo, amante del tequila, los cacahuetes y los nachos.

—¡Eh! A ti también te encantan los nachos.

Me hice la pensativa.

—Sí, es verdad. ¿Nos vamos a comer unos nachos en el mexicano de aquí al lado?

—¡No! —Se hizo la indignada—. ¡Bebe y calla!

Me reí en voz alta y continué bebiendo.

—Cuéntame TODO —insistió.

Vaya… ¡no se rendiría!

—Pues eso: me he acostado con él.

—¡Has roto tu celibato!

—¡Nunca he estado en celibato!

—¡¿Que no?! No es por nada, Serena, pero empezaba a pensar que se te había recompuesto el himen.

Fruncí la nariz.

—Qué asco.

—¿Verdad? —pestañeó inocentemente.

—Sí.

—Y qué, ¿la tiene grande? ¿Cómo surgió? ¿Qué te hizo *click* para querer follártelo?

Qué fina hablando, mi hermanita pequeña…

—Iré por partes. —Respiré antes de soltarlo todo—. Sí, la tiene grande. Fue en mi despacho, rápido y sucio. Y, como te he dicho antes, fue aquí donde bajé las defensas, porque se interesó mucho por mis gustos, por mi vida, y me gustó cómo hablaba de su trabajo, de sus pasiones y de su padre.

—¿Otro loco de la arquitectura como tú?

—Sí. De hecho, nos entendemos bastante bien. —Una sonrisa tierna se me escapó involuntariamente—. Pero no fue hasta que lo atacaron que me dejé llevar de verdad.

—¿Cómo que lo atacaron?

Se quedó muy seria con el Martini colgando de su mano derecha.

Crucé las piernas. Era agradable el roce con el terciopelo gris del sillón.

—Salió de un pub con unos amigos, y alguien intentó matarlo con un alambre cuando iba a por su coche. —Un escalofrío me recorrió la columna.

—¿Fue un intento de robo?

—Lo peor es que no. Alguien tiene algo en su contra, así que ha contratado un guardaespaldas.

Mi hermana dejó caer los hombros, abatida. Ya estaba viendo a esos ojillos gatunos pensando.

—Oye, ¿estás segura de que Ethan no está metido en nada turbio? No es normal que alguien intente matarlo porque sí…

—Lo he pensado. —Cerré los párpados un momento. Cuando los volví a abrir, ella tenía el ceño fruncido—. Pero no lo veo de ese palo. De verdad que lo observo muchísimo, y no lo veo mala gente. De todos modos, iré con cuidado. Lo que más me preocupa de todo esto es que él dejó caer que la voz del «asesino» —hice los gestos de comillas con mi mano libre— le recordaba a la de Liam.

—¿Liam? ¿Ese no era tu nuevo empleado? ¿Ese que tenía un *je ne sais quoi*?

—El mismo. Pero, para ser justa, ni él estaba seguro. Me comentó que podía ser todo causado por el shock.

Ella asintió, de acuerdo.

—En momentos extremos es normal distorsionar la realidad.

—Sin embargo…

Abrí la boca y me quedé callada, meneando el Martini. El líquido transparente amenazó con salirse del vaso.

—Huelo a que no me lo estás contando todo.

Alison olisqueó el ambiente con dramatismo y expresión de sospecha.

—Creo que voy a necesitar otro Martini. —Me lo terminé de un trago.

Ella puso cara de enfado, se levantó y agarró la copa vacía. Antes de irse, dejó claro:

—Cuando venga quiero que me lo cuentes TODO de ese tal Liam.

—Lo prometo.

Y lo haría, sin embargo, sabía cómo era mi hermana: malpensada como la que más. Yo también lo era, pero ella era una cosita pequeña y mala que analizaba los detalles, los desgranaba y te los tiraba a la cara. Una cosita linda y llena de picardía. No le podías ocultar nada, porque se enteraría, ¡y bendita de ti, si la pillabas de mal humor!

¿Debía contárselo? ¿Por qué sentía como si me estuviera volviendo loca? ¿De verdad me estaba planteando que Liam tuviera malas intenciones con Ethan…, conmigo? ¿Sería un ser vengativo que vivía para copiar mi ropa y castigarme por dejarlo con el calentón en *Mirror Mirror*?

Tragué.

No: era una tontería. No vivía en una novela. La vida real no era para tanto.

Se lo contaría. Mejor saber su opinión. Me vendría bien escuchar que se me estaba yendo la cabeza, que todo esto no eran más que casualidades.

—Toma, tu Martini. Yo me he pedido otro para cuando termine el mío.

—Chica lista —le lancé un guiño.

—Bueno: ¡desembucha!

Y lo hice: le conté lo de la ropa, lo que dijo Ethan, y que todo ocurrió detrás de nuestra cita en el laberinto de espejos. No escatimé en detalles.

En ninguno.

—Lo peor es que me gusta, ¿sabes? —seguí charlando—. Esa actitud dominante, defensiva, peligrosa… Y además me siento mal por pensar esas cosas de él. ¿Estoy loca, Alison?

—Uffff. Hay mucho que analizar aquí.

Lo sabía.

—¡Pues empieza! —la apremié.

—En primer lugar, ese Liam sí que me da mala espina, Serena —mierda—. Vive enfrente de ti, se mudó una semana antes de echar el currículum en TU empresa, viste como tú TODOS los días, ataca a Ethan después de vuestra cita (presuntamente). Sé que lo normal en estos casos es pensar que todo son imaginaciones tuyas, pero me huele mal. —Al ver mi expresión de pánico, añadió:— Lo siento.

—¿Pero y si son casualidades?

—¿Tantas? —Negó, destrozándome por dentro—. Seguramente incluso te ha visto largarte y volver con Ethan. Y eso de hacer un proyecto tan perfecto en dos semanas demuestra obsesión por la perfección.

—¡Eh! Yo tuve la culpa en eso. Le dije que lo despediría si no lo hacía bien.

—Fuiste un poco zorra, sí. —Lo dicho: sinceridad en su máximo esplendor—. El caso es que me hace sospechar muchísimo. Ten mucho cuidado, por favor.

Me agarró la mano sobre mis piernas. Yo se la apreté, ahora más preocupada que nunca.

«Me cago en todo, no eran imaginaciones mías.»

—Con respecto a lo del peligro —continuó—, es normal que las mujeres tengamos ese tipo de… fantasías.

—¿De verdad?

¡¿En serio mi hermana estaba diciéndome eso?!

—Sí. Nos gusta el poder y la dominancia en un hombre porque, genéticamente, estamos programadas para buscar machos que sean capaces de protegernos. Machos con unos genes fuertes. Así que no estás loca, cariño.

—¡Ah! ¡Qué alivio!

—De todas formas, no te acerques más a Liam. Dile a tu sentido común que vuelva. Si ves que la cosa se pone demasiado mal, pide una orden de alejamiento.

—¡No creo que la cosa llegue a esos niveles!

Ella se encogió de hombros.

—Es mi consejo como psicóloga, Serena.

»Si estamos en lo cierto, tratas todos los días con un loco.

«Con un loco muy guapo», me lamenté.

Me di cuenta de que estaba jodida. ¿Qué iba a hacer si él era el único que podía darme lo que realmente necesitaba?



CAPÍTULO 14

COMO UNA DIOSA

Cinco Martinis. Mi Amapola llevaba cinco Martinis encima, y tenía en la mano el sexto. Verla bailar en el centro de la pista era una delicia. Serena era una maldita diosa. Serpenteaba, follaba con el aire. Sus caderas se mecían al ritmo de la música, su pelo casi acariciaba su trasero. Tenía los labios entreabiertos y se pasaba la mano libre por la cabeza, por el escote, por el cuello.

Me iba a reventar la polla. ¿Por qué tenía que ser tan seductora? Cada milímetro de ella era pura locura, puro pecado. Y yo…, yo me la quería comer entera. Quería morderla, saborearla, hacerla mía de todos los modos posibles. Quería jugar, cazarla, hacerla gritar.

Las luces de la discoteca parpadeaban e iluminaban su rostro en brillantes intervalos. Los chicos de alrededor no paraban de mirarla. ¿Cómo podía mantenerse ignorante a la cantidad de depredadores que tenía babeando alrededor?

Pero a ella le daba igual. Se le acercaban y los rechazaba a todos con un lindo corte de mangas. Ella quería disfrutar, beber, reír con su hermana.

Alison. También sabía algo de ella ya.

Futura psicóloga.

Sonreí.

Seguro que desaprobaría mis pensamientos y mi manera de mirar a mi Amapola. La protegería con su alma, porque ambas estaban muy unidas.

Por eso debía caerle bien de un modo u otro. Si me ganaba su simpatía, me ganaría a Serena. Una vez Ethan estuviera fuera de la ecuación, si lograba eso, ya no habría obstáculos entre ella y yo.

Gruñí.

Uno de los chicos que la devoraban con la mirada se acercó a ella peligrosamente, le dijo algo y ella levantó el dedo corazón, se lo chupó y se lo sacó babeado de la boca, mandándolo a la mierda.

Joder, ¿pero no se daba cuenta de que eso era erótico? Si lo que quería era quitárselo de en medio, así no lo lograría.

Me levanté, dispuesto a hacer que todo eso pareciera una agradable casualidad, cuando en realidad lo que quería era marcar territorio sobre mi Amapola.

Me abrí paso entre los cuerpos sudorosos. Ella brillaba en el centro. Levantaba la barbilla al techo y movía el trasero prieto dentro de sus pantalones negros.

—¿Serena? —inquirí.

Ella bajó la mirada y, me cagaba en todo…, dejé de respirar. Sus pecas estaban brillantes por el sudor. Sus clavículas eran una locura con esa camiseta blanca, inmaculada.

Sus ojillos gatunos de depredadora se abrieron con sorpresa, cazados.

—¿Liam?

Movió los labios con lentitud llevándome a las estrellas.

—¿Qué haces aquí? —continuó.

Miró a un lado y a otro buscando a su hermana. Alison estaba bailando a unos pasos con un muchacho alto y delgado.

«He venido a buscarte, a cuidarte, a hacerte mía.»

—Vine a tomarme una copa, y de repente te he visto aquí. ¡No te había conocido!

—No deberías estar viendo a tu jefa bailando.

Se quedó quieta, en tensión. ¿Por qué? ¿Por qué parecía tan incómoda en mi presencia? ¿Por qué no se soltaba, si era más que obvio que estábamos hechos el uno para el otro?

Me acerqué a ella con la excusa de no escucharla con la música alta.

—¿Qué dices?

Ella continuó tensa, pero no retrocedió.

«Chica valiente. Soy tu depredador pero ni aun así me tienes miedo.»

—¡No deberías verme así! ¡Soy tu superior!

—¡Aquí, no! ¡Los dos somos iguales! Con la diferencia de que yo podría hacerte subir al cielo, o bajar y besar el mismo Infierno —le lancé un guiño juguetón.

Intentaba destensar el ambiente de cualquier forma posible, desesperado.

«Relájate, relájate, relájate…»

—Lárgate, guapo.

—Creo que, después de intentar despedirme y dejarme con un calentón monumental, me debes al menos un baile, ¿no?

—Eres terrible. ¡No te rindes!

—¿Y eso te gusta?

Le dediqué la sonrisa de medio lado más seductora de mi repertorio. Si no fuera tan observador, no habría visto el pequeño cambio en su expresión.

Le gustaba. Estaba tan seguro de ello como de que el sol abrasaba, así que me aventuré y me acerqué, siguiendo el ritmo de sus caderas.

Ella se estremeció.

Seguía sin apartarse.

—Me gustaría más que desaparecieras de mi vida.

—Vaya, jefa, ¿y ese odio? ¿Tanto te gusto?

—¡Ni un pelín!

—No mientas —bajé hasta su oído. Allí podría murmurar, provocarla, romper esas estúpidas barreras que construía cada vez que nos separábamos—. Cuando nos besamos dejaste muy claro lo que pensabas sobre mí. Así que no: no me rendiré. La palabra fracaso no está en mi vocabulario, deberías saberlo.

Le mordisqueé la oreja. Tuve que contener a mi monstruo interior para no morderla más fuerte. Soltó un chillido, se pegó a mí y me miró desde abajo, con esos preciosos iris ambarinos, casi amarillos.

—No hagas eso.

—¿Por qué? ¿Te excita?

Lo repetí.

Su entrepierna se encajó con mi pierna, pillándome por sorpresa. Mi polla dio una sacudida dentro de mis pantalones.

Esta mujer me tenía sediento.

Envolví su cintura con mis brazos, aún sin alejarme de ese punto débil que era su oreja.

—¿Por qué no nos vamos de aquí, jefa? Estoy deseando tenerte a solas, darte alguna orden. ¿No te gustaría? Que te pusiera de rodillas y te agarrara del pelo mientras te digo cómo quiero correrme.

Se saltó un par de respiraciones. A estas alturas, gracias a la música, la situación y el alcohol, estaría deseando ceder a sus deseos más profundos.

—Eres horrible.

—Y te tengo loca.

Bajé la mano a su trasero y lo apreté. Mi Amapola soltó un gemido. SOLTÓ. UN. PUTO. GEMIDO.

—Quiero besarte, quiero comerte.

Me alejé de ella otra vez. Cuando nuestros ojos coincidieron, me acerqué a sus labios y le robé un beso fugaz para dejarla con ganas de más.

—Lo quieres tanto como yo —seguí.

Otro beso.

—¡Hermana!

Tuve que utilizar toda mi paciencia para no mandar a la mierda a su molesta hermana. ¿Qué cojones quería la chica ahora?

—¡Alison!

Serena se retiró de mí con brusquedad, como si estuviera haciendo algo malo. Observó a su hermana con los ojos como platos.

Interesante. ¿Acaso no había empezado a distanciarse de mí después de almorzar con su hermana?

¿Sería Alison otra amenaza que erradicar?

—¿Quieres que te deje sola? —dijo la pequeña con coquetería.

—No. ¡Ni se te ocurra! —gritó Serena con la voz más aguda—. Alison, te presento a Liam. Liam, Alison.

Nos señaló.

Si a la pequeña le sorprendió verme o conocerme, no lo demostró. Pero sí noté retintín en su voz cuando dijo:

—Vaya, Liam, ¡qué CASUALIDAD!

—Sí. ¡Parece que Serena y yo frecuentamos los mismos sitios!

Sin darme tiempo a decir nada más. Alison me entregó su Martini, le quitó a Serena el suyo, e hizo lo mismo. Agarró a mi jefa de la mano y soltó:

—En fin. ¡Nos vamos! Un placer conocerte.

Me sonrió con crudeza y me lanzó una mirada que rezaba: «Sé cómo eres. Si te acercas a mi hermana, te mato.»

La impotencia y la rabia me ahogaron de una oleada.



CAPÍTULO 15

CAYENDO

—¿Estás bien? —preguntó Alison.

Mi respiración estaba acelerada y yo, asustada. ¿Cómo se podía estar asustada y excitada al mismo tiempo? No lo entendía, de verdad que no. Y no quería ponerme a entenderlo ahora mismo. Necesitaba irme a casa, dormir y, quizás, llorar de impotencia.

—Sí, lo siento.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué me pasa. No sé… No sé nada.

Alison posó su mano en mi hombro.

—Serena, no necesitas más casualidades para saber lo que tienes que hacer, pero te gusta, te pone y estás borracha, y quieres… queremos —rectificó— que todo esto sean cosas nuestras. Lo entiendo, ¿vale? Pero vete a casa para que se te pase la borrachera antes de que ese Adonis acosador salga de ahí. Mañana hablaremos de esto con tranquilidad.

Asentí.

—Gracias, cariño. —Me abracé a ella con todas mis fuerzas y ahí me quedé un rato—. Eres la mejor. ¿Estás enfadada?

—Para nada. Dame un beso, anda. ¿Quieres quedarte a dormir en mi casa?

—¿Con tu compañera de piso que me cae tan bien? —respondí con sarcasmo.

—Lo sé, pero ¿podrás conducir?

—Sí. No estoy tan borracha. Solo un poco perjudicada.

—¿Seguro?

—Sí, vete.

Ella dudó, pero al ver que no arrastraba las palabras, decidió creerme.

Nos despedidos con un par de besos y un abrazo más, y me dirigí al parking a por mi moto. Por su parte, Alison se largó andando porque ella vivía cerca. Cerca y con la compañera de piso que peor me caía del Universo. Ella decía que no era tan mala, que había que conocerla, ¡pero yo no podía evitarlo! Quizás parte de la culpa era mía, que era asocial perdida.

El ascensor no tardó mucho en llegar a la planta baja, salieron varios jóvenes medio borrachos (uno de ellos apenas consciente), entré yo y llegué al parking.

A lo lejos, junto a mi moto, había un hombre apoyado en un coche. Observé a derecha y a izquierda, pero no había nadie.

Estaba sola.

«Mierda.»

Tenía dos opciones: hacer como que no estaba ahí, pasar por delante y montarme en la moto rezando por no gustarle o porque no fuera un puto violador, o esperar a que se fuera.

Me lamenté por ser mujer. En realidad, pasar por estas situaciones era lo que menos me gustaba de ser mujer, porque vivía con miedo. Salía a la calle con miedo y volvía a la casa con miedo, y eso… eso pocos hombres lo podían entender de verdad. Ese miedo, ese terror al pensar

que cualquiera podía marcarte como objetivo sexual. La indefensión que se sentía ante un macho adulto era…

Tragué, recordando todas y cada una de mis experiencias desagradables con hombres, porque no era la primera vez que me perseguían por la calle, me acorralaban entre varios y escapaba de una violación por los pelos.

«Seguro que espera a un amigo», me consolé, totalmente helada.

Pero la cosa no mejoró cuando vi que era el muchacho al que tantas veces había rechazado en la pista de baile.

Me giré a toda prisa rezando por no llamar la atención, porque él siguiera ahí, centrado en su teléfono móvil.

Me metí en el baño del parking, ya con el corazón acelerado. Para esperar, decidí hacer pis.

Un chirrido.

La puerta de los baños se abrió. Quien sea que entró, se detuvo, como buscando algo. Sentí un alivio tremendo cuando las pisadas continuaron hacia otro cubículo y se metieron allí.

«Uff, era solo otra chica.»

Salí.

¡Y para qué lo haría! Porque ahí, delante de mí, mirándome con toda la crueldad que un rostro humano puede contener, estaba el chico al que rechacé en contadas ocasiones.

Me negué a darme por aludida (en apariencia).

Eché a andar a la puerta de entrada, a sabiendas de que él estaba en mi camino, observándome. En realidad, creo que mi cabeza no aceptaba lo que ahí estaba sucediendo.

Estaba sola, encerrada en los baños de un parking desierto, sin nadie a quien pedirle auxilio, y lo único que quería era estar equivocada.

Pero no lo estaba.

En cuanto anduve dos pasos, el muchacho avanzó. Tenía el pelo corto, una barba espesa y tez morena. Ni siquiera estaba segura de que supiese hablar mi idioma, pero debía ser un hombre de dinero para entrar en *Visionary*.

—No vas a largarte de aquí —dejó claro.

Pues sí. Sí que sabía hablarlo.

Mi parte valiente, esa que había escalado por el mundo empresarial, se impuso.

—Quítate de mi camino, yo no te he hecho nada.

No dijo ni mu. Solo…, se acercó. Lo hizo rápido, implacable. Yo grité intentando esquivarlo, pero obviamente no lo logré.

En cuanto me agarró de la cintura noté lo fuerte que era.

—No se te ocurra abrir la boca, puta rubita.

—¡Suéltame!

Me golpeó la mejilla.

Mi cabeza salió volando a un lado. El latigazo me cruzó el cuello entero y supe que no había nada que hacer.

En momentos así, cuando comprobabas lo fuerte que era y lo que dolían los golpes, te planteabas dos cosas: luchar aunque acabaras mal, o dejarte hacer con la esperanza de que terminara rápido.

Yo escogí la primera.

Pataleé hacia él intentando desequilibrarlo, no obstante, me tenía bien agarrada y solo conseguí enfadarlo más.

Otro golpe.

Chillé, pero mi grito fue amortiguado por su mano. Una ya estaba sobre mi boca, medio asfixiándome. Me paralizó contra el lavabo, de espaldas a él. El granito se me clavó en las costillas haciéndome marearme.

—No sé quién te crees que eres, puta. No eres más que escoria… Inferior.

Me escupió.

Las lágrimas resbalaron por mis ojos sin ser yo consciente de ello siquiera, mientras la puerta se abría y por ella entraba otro hombre.

«Dos, son dos», entendí.

Y si había dos, seguramente vendrían más… Porque normalmente estas cosas ocurrían en grupo.

Pero no ocurrió lo que yo me temía.

El muchacho me soltó, girándose hacia el nuevo chico. Yo me tambaleé hacia adelante y me golpeé la frente con el cristal de la pared.

Caí al suelo.

Joder…, lo veía todo rojo.

—HAS. TOCADO. A. MI. AMAPOLA.

Reconocí su voz. No hacía falta mirarlo para saber quién era, y nunca me sentí más agradecida. Todo aquello que había estado comentando con mi hermana, se esfumó, y comencé a llorar de alivio.

Liam.

¡Liam estaba allí! Delante del otro chico. El violador tenía una navaja en la mano.

—¡Tiene una navaja! —advertí.

Dios mío…, ni siquiera reconocí mi voz, ¡así de aterrada estaba!

Liam esperó hasta que el muchacho le atacó. Saltó hacia atrás y agarró su muñeca en un movimiento completamente controlado. Algo que me dejó sorprendida en mi esquina en el suelo.

—Deberías aprender a respetar a las mujeres.

El muchacho abrió la boca para responder, pero Liam le propinó un puñetazo rompiéndole los dientes y llenándole la garganta de sangre. Alguna gota salpicó al suelo, a pocos pasos de mí.

Yo no grité. No cuando lo único que deseaba era que Liam torturara y asesinara a ese hijo de puta que había estado a punto de violarme y romperme las costillas contra el lavabo.

Al parecer, él pensaba lo mismo, porque en pocos minutos lo tuvo ensangrentado e inconsciente en el suelo.

Madre mía, Liam era poderoso. En aquellos momentos él era una especie de héroe envuelto en oscuridad, con furia asesina en la mirada y puños de acero. Un hombre capaz de morir para protegerme, capaz de enfrentarse a un hombre armado para evitar mi dolor.

Se me aceleró el corazón.

Estaba mal que me latiera al ritmo de sus puñetazos, lo sabía, pero no pude evitarlo. Porque no lo veía como a un acosador, ni como a un incordio… No. Lo veía como al hombre que me arrancaría el corazón para cuidarlo él mismo.

Lo que yo aún no sabía, era la verdad que había en ese último pensamiento, porque él me protegería de todo lo que él considerara una amenaza, fuese correcto o no… Estuviera en lo cierto, o no.



CAPÍTULO 16

A SALVO

—Mi Amapola.

Me giré en su dirección.

Mis puños estaban repletos de sangre.

—Está…, ¿está muerto? —titubeó.

Verla tirada en el suelo, con los pantalones por los tobillos, la camiseta desgarrada y dos hematomas en su linda cara, me destruyó.

—No, aunque no me faltan ganas de esparcir sus sesos por el suelo.

Apenas podía contener a mi monstruo interior.

Serena estaba en el puto suelo, frágil, temblando, con su cuerpo doblado sobre sí mismo. Sus manos se aferraban a su propia piel como si intentara protegerse de un dolor que ya había invadido cada fibra de su ser. El simple hecho de verla así me provocaba un nudo en el estómago, un impulso voraz que me dominaba por completo.

Verla tan despojada de su habitual fuerza, tan vulnerable, tan… mía, despertaba en mí una furia que me abrasaba desde dentro.

Su respiración era entrecortada, el sonido de su dolor se colaba en mis oídos como una melodía insoportable. Cada jadeo me perforaba, cada lágrima rodando por su mejilla se sumaba a la rabia que me consumía. Me agaché junto a ella con una mezcla de ternura y necesidad posesiva.

Ella se quedó ahí, sin saber qué hacer, perdida en un revoltijo de emociones.

Mi mano se movió casi por sí sola. Acaricié su mejilla de forma leve, como si ese toque pudiera borrar el dolor que sentía. Pero los hematomas no desparecieron y esa era prueba de mi fracaso. Tan solo uno más en todo lo referido a ella.

—Siento no haber llegado antes —me disculpé.

Para mi sorpresa, ella posó su mano sobre la mía.

—Gracias. Gracias por aparecer.

—No he llegado lo suficientemente rápido…

Su cuerpo se incorporó con dificultad y me abrazó, desesperada. Rodeó mi cuello mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y humedecían mi camisa negra.

Por el rabillo del ojo volví a ver el cuerpo inconsciente y deformado del violador. A cualquiera le habría aterrado el modo en que me enzarcé con él, pero a mi Amapola no. Ella quería que lo torturara, que lo matara.

Es lo que su mirada prometía.

Sin embargo, ese imbécil seguía respirando a unos metros. Un insulto. Un error de la naturaleza.

¿Cómo era posible que siguiera ahí, ocupando espacio en este mundo, después de lo que había hecho?

La rabia me golpeó en oleadas, mi mandíbula se tensó, rechinando los dientes, mientras mis ojos lo desgarraban hasta no dejar más que el hueso duro. Cada músculo de mi cuerpo me rogaba que me moviera, que actuara. El deseo de acabar con su insignificante vida me invadía, y no era una reflexión pasajera: era una necesidad. Algo que latía profundamente en mis entrañas.

Si Serena no estuviera aquí, lo ahogaría con el mismo alambre que utilicé con Ethan. Podía ver cada detalle en mi mente: cómo su cuerpo convulsionaría, cómo sus ojos perderían lentamente la luz mientras se daba cuenta de que su fin había llegado. Ese pensamiento me proporcionaba una satisfacción oscura. La idea de asesinarlo me dio un placer que pocas veces había sentido.

«Pero si lo mato ahora, Serena no vería que este acto no es solo por venganza, sino por justicia.»

O quizás sí lo vería, pero no quería arriesgarme.

Qué fácil sería: un golpe, un corte limpio, y acabaría todo.

Mi respiración se aceleró, mis pensamientos se entrelazaron en una lucha interna.

—Llévame a tu casa, Liam… A tu casa —me sacó de mi ensimismamiento.

Ella no tenía ni idea, pero con esa frase acababa de salvar la vida a su violador… hasta que lo encontrara y lo desentrañara vivo.

Antes de auparla. Escondí al imbécil en uno de los cubículos.



CAPÍTULO 17

TODO EN ORDEN

Estaba tiritando por el shock. Al menos, creo que era por el shock. Había leído en varios libros de primeros auxilios que el shock puede causar tiriteras, por eso es recomendable mantener a la persona caliente.

Liam debía saberlo, porque lo primero que hizo al montarme en su coche, fue poner la calefacción a tope.

No habló.

Esperaba que dijera cosas como: «no te preocupes, todo irá bien», «ya está, no ha pasado nada. Encerrarán a ese ser repugnante». Algo así.

Pero no.

Todo en él era calma fría y cortante. Me pregunté de cuántas formas se había imaginado ya el asesinato del abusador, y esperaba que, con esa mirada, fuera eso lo que estaba imaginando.

Porque era lo que a mí me gustaría.

Saliendo del centro de la ciudad, todo a mi alrededor me parecía borroso. Las luces de la calle, el barullo del centro…, incluso la presencia de Liam. Estaba allí, a mi lado, pero al mismo tiempo era como si se hubiera alejado kilómetros. Como si el miedo y la confusión que me embargaban me separaran de todo, incluido de él.

Había un nudo en mi garganta y me dolía el pecho. Traté de concentrarme en algo, en cualquier cosa.

«Estoy bien», me dije. «Estoy bien, no ha pasado nada.»

Las palabras rebotaban en mi cabeza, vacías.

Había estado cerca. Demasiado cerca.

Un frenazo y el dolor en mi rostro me trajeron de vuelta. Los hematomas me ardían, eran un recordatorio de lo que había estado a punto de ocurrir. Llevé una mano a la frente, pero el tacto hizo que me sintiera más vulnerable.

—Vamos, mi Amapola.

Pestañeé.

Sin darme cuenta, Liam había salido del coche, había abierto mi puerta y me sujetaba de la espalda, listo para cargarme en peso.

—Puedo andar.

Salí, pero inmediatamente mis piernas cedieron y él me atrapó. Me subió como si yo fuera un pluma, lo cual mandó oleadas de excitación por mi cuerpo.

Ilógico: acababa de ser abusada y este hombre lograba ponerme a tono.

¡De verdad que estaba mal de la cabeza!

—¿Desde cuándo me llamas «Amapola»? Da miedo —susurré.

En realidad no quería susurrar. La voz me salió así, en un murmullo patético.

Él no se detuvo en el camino hacia su puerta de entrada. Me resultó admirable que lograra agarrar las llaves, abrir y cerrar, conmigo entre los brazos.

—Desde hace unos minutos.

—No. Me refiero a desde cuándo lo piensas en esa cabezota que tienes.

Su risa retumbó en su amplio pecho, por tanto, en mi oído, pegado a él.

—Desde la primera vez que te vi con ese abrigo rojo.

—¿Y eso fue…?

Tensó los labios de manera imperceptible, y supe que iba a mentir:

—Desde el primer día en la oficina.

«Desde antes de eso, entonces.»

Liam me depositó en su sofá con un cuidado que me impactó, porque no parecía un hombre suave, más bien todo lo contrario.

Me gustó. Que me cuidara, quería decir. Adoré esa parte tierna y el modo de acariciarme la mejilla allí en los baños del parking.

Quizás mi hermana y yo sí estábamos equivocadas con él. ¿Porque podía un acosador mirarte como si fueras el centro de su mundo? No con obsesión, sino con amor real. ¿O era yo la que creía que esa manera de observarme era amor real?

—Quédate aquí, no te levantes. Te traeré una tila para relajarte y una manta —ordenó—. Espera.

—Sí que te gusta dar órdenes, sí… —bromeé.

Supuse que bromear era bueno, porque significaba que ya estaba volviendo en mí (todo lo que puede una volver en sí misma después de haber sido casi violada).

Aproveché para ver cómo era la casa de Liam por dentro. Nunca me lo había preguntado, pero ahora que estaba ahí, no podía negar que me picaba la curiosidad.

El sofá era uno de esos de cuero negro, firme y frío, que parecía no haber sido usado nunca. Me moví sobre él, y este casi crujió por lo nuevo que estaba.

Qué incómodo.

Se veía caro, pero no era el tipo de mueble en el que te tumbas para echar una siesta. Era… funcional, sin más, como si estuviera ahí para cumplir con un propósito y no para ser disfrutado.

A esas horas el silencio era casi opresivo, solo el trasteo en la cocina me recordaba que Liam estaba allí, cuidándome cuando yo lo quería bien lejos. Si no fuera por él… ¿Qué sería de mí ahora mismo si no fuera por él?

Sacudí la cabeza, porque era mejor no pensarlo.

Seguí observando: en esa habitación todo parecía calculado al milímetro. Los estantes llenos de libros no desentonaban, pero algo en la forma en la que estaban alineados, casi demasiado simétricos, me puso nerviosa. Era una perfección que gritaba «¡CONTROL!», con mayúsculas y letras de neón de colores arcoíris, como si cada detalle fuera una pieza dentro de su ordenado mundo. La única decoración era un reloj minimalista, cuyo tic-tac lento resonaba en mis oídos.

Una advertencia sutil, quizás.

Había una planta pequeña y robusta, sin flores, solo hojas, abandonada en una esquina. Una ausencia total de cuadros y fotos personales, como si, más que la casa de alguien, fuese la casa de un banco o una inmobiliaria.

Me pregunté si el resto de las habitaciones serían diferentes y me darían una pista de cómo era él, o si ESTO era el verdadero Liam. Porque parte de mí lo sospechaba, pero no quería aceptarlo. No deseaba aceptar que todo en él fuera obsesión por controlar y dominarlo todo.

«No seas tonta, Serena. Hay algo más. Él es más que esto, o no estaría cuidándote así.»

Una sensación incómoda creció en mi pecho mientras me hundía un poco más en el sofá

firme, esperando a que Liam volviera con la tila.

No se hizo mucho de rogar.

Se sentó a mi lado y colocó la tila en la mesita de té negra que teníamos delante.

—Muchas gracias.

Bebí. Por unos segundos esperé quemarme, pero no lo hice. El agua estaba caliente… en un punto demasiado perfecto.

Qué escalofríos me daba ese tío, joder. No se podía ser tan perfecto. Mi instinto me lo decía a voces.

—Creo que no hace falta que te lo ofrezca, pero puedes quedarte a dormir aquí.

Negué con la cabeza. Quería, pero no debía.

—No sé si debería.

—Has pasado por algo gordo, dormir sola hoy…

Tenía razón. La idea de volver a mi casa en plena noche y meterme en la cama sola y a oscuras, me provocaba pavor.

—¿Para qué voy a mentirte? Tienes razón, Liam. Sé que no es lo adecuado que tu jefa duerma en el sofá, pero me mataría estar sola esta noche.

—¿Dormir en el sofá? ¡Ni hablar! Te prepararé la habitación de invitados.

Hizo ademán de levantarse. Yo lo agarré de la muñeca.

—No. No, por favor. El sofá. Prefiero el sofá.

Su mirada se suavizó.

—Está bien, pero me quedaré contigo en el sofá de al lado.

Se lo concedí. Le di otro trago a la tila. Esta vez sí, empecé a sentir que me caldeaba por dentro. Los temblores empezaron a desaparecer y mi cabeza acabó de despejarse. Él esperó, con esa paciencia de santo suya.

—Oye, todo es demasiado perfecto en esta habitación.

Levantó una ceja, sorprendido.

—¿Se puede ser demasiado perfecto?

—Sí —asentí—. La forma de colocar los libros, el tacto del sofá…, ¿y por qué no hay fotos tuyas o de tu familia? Es como si nadie viviera aquí.

Se encogió de hombros. Me gustaba ser sincera, pero me di cuenta de que, quizás, le molestaría lo que acababa de soltar por esta boquita que Dios me dio (a veces más bonita cerrada).

—No tengo familia. Bueno, la tuve, pero mi madre pasaba de mí. Yo me obsesionaba con ella y su aprobación… que nunca llegó.

Apreté la tila entre mis manos mientras me arrebujaba más bajo la manta que él me había ofrecido.

—¡Eso es terrible, Liam! ¿Llevas mucho tiempo solo?

—Años. A los catorce ella me abandonó y yo me tuve que buscar la vida. He de decir que no me costó hacerlo en absoluto. Siempre fui muy independiente, así que trabajé pronto y pagué mis propios estudios.

»Soy muy exigente conmigo mismo.

Lanzó una mirada fugaz a la planta alta que me hizo preguntarme si en su habitación escondía algo o, mejor dicho, se le había olvidado esconder algo a miradas indiscretas como la mía.

—Eres una persona genial —solté.

Porque en esos momentos lo pensaba: Liam, que había sufrido y vivido ignorado y

abandonado, logró estudiar en la Universidad de Edimburgo y salió de allí con honores y carta de recomendación.

—Lo has logrado todo tú solo —aclaré al ver su gesto de impresión—. Has tenido una vida dura y mira dónde estás: con casa, con trabajo, con vehículo, y en la presentación del proyecto superaste todas mis expectativas.

Una ceja escaló por su frente y no disimuló la sonrisilla de suficiencia.

—Mi jefa reconociendo mi esfuerzo: gracias.

—A ti. Encima, ¡me salvas! Así que lo mínimo que puedo hacer es decirte la verdad.

—¿Qué verdad?

La curiosidad y la emoción danzaron por su mirada, mezclados con la esperanza.

«Le importa lo que piense.»

—No tengo novio. Ese día te mentí para que me dejaras en paz.

Aunque su expresión era piedra pura y su postura solía ser rígida, se destensó. Acababa de quitarle un peso de encima con mis palabras. Lo intuía, ya que él seguía empeñado en conquistarme a pesar de todo.

—¿No estás con Ethan?

Parpadeé.

—¡¿Cómo sabías que utilicé a Ethan?!

—Por la pantalla de tu móvil. Vibró y dijiste lo del novio… Ethan era el que te llamaba.

Resoplé.

—Eres observador, ¿eh?

—Mucho.

—Pues sí. Mi móvil sonó y dije eso. Dio la casualidad de que era el señor Carter.

—De todos modos, tú y Carter tenéis algo.

No mentiría. No cuando él acababa de salvarme.

—Sí. No es serio, pero me gusta. Es complicado.

—Como todo.

Un silencio tenso se adueñó del salón. Fue él el que lo rompió.

—Mira, jefa.

—No me llames jefa.

—Serena —corrigió. Se puso de lado y se acercó a mí como para darme calor. Nuestros cuerpos hicieron contacto a través de la manta y la ropa—. Sé que puedo resultar pesado cuando quiero algo, pero es que en mi vida todo lo he tenido que perseguir: felicidad, trabajo, estudios… Todo lo he logrado con el sudor de mi frente. Lo siento, pero no estoy acostumbrado a rendirme. Si no lo hice con mi vida, no lo haré contigo.

Su sinceridad me dejó sin palabras, así que él aprovechó el momento y continuó:

—Me gustas, sé que te gusto. Lo que pasó en el laberinto de espejos no fueron imaginaciones, ni tuyas, ni mías. Fue real. Tu deseo, el mío, nuestros cuerpos tocándose, nuestra química… He buscado durante años a una chica como tú y no desistiré ahora que te he encontrado. Desde mi punto de vista, Ethan puede irse al carajo.

El tono bajo de su voz, la seguridad en sus palabras, su confesión tan directa, me provocaron un vuelco en el estómago. Podía sentir su mirada fija en mí, intensa, evaluadora, como si estuviera esperando a que tomara una decisión. Mi mente se debatía entre mil razones para alejarme, pero mi cuerpo… mi cuerpo quería lo contrario. Quería acercarme, perderme en él, en la fuerza con la que me había protegido y en la pasión que irradiaba desde ese día en *Mirror*

Mirror.

Lo miré, capturada por esa belleza cruda, la que siempre había ignorado a propósito (sin éxito, porque mi vagina era traviesa y desobediente tratándose de él. No me habría extrañado que un día tomara vida propia y se lo hubiera follado delante de todos en la oficina).

Sus ojos, verdes y determinados, parecían rogarme que le dejara entrar, que le abriera las puertas. Y, por Dios, quería hacerlo. Había algo tan inquebrantable en él, en su manera de mirarme, de hablarme… Era la misma determinación que mostró al salvarme y la que ahora usaba para decirme que sería suya le costara lo que le costara.

Mi respiración se aceleró cuando vi su rostro más cerca. Los labios, a unos centímetros de los míos.

«Madre mía, cómo huele. Este cabrón es una máquina de seducir.»

Cada parte de mí, cada nervio, cada puta célula, estaba rogando por rendirse. Por dejar que todo este control que había tratado de mantener con la excusa de «eres mi empleado y yo tu jefa» se esfumara.

Ser besada, poseída, adorada por ÉL. Eso es lo que de verdad quería.

Mis labios se entreabrieron ligeramente, respirando el mismo aire que él. Un último suspiro se me escapó, mi voluntad cedió y me incliné hacia delante.

Lo único dulce de ese beso fue el principio, porque en cuanto nuestros labios se rozaron, hubo una explosión. Una bomba de luces, colores, sensaciones nuevas, estalló entre nosotros y supe que ya no había marcha atrás.

Era suya. En ese instante, le pertenecía.

—Cuidado con las heridas. No quiero hacerte daño.

—No me harás daño —rugí.

Cuatro palabras que le hicieron rugir a él más fuerte, agarrarme y girarme para quedar él sobre mí. Sus manos varoniles me aprisionaron ambas muñecas y las subió por encima de mi cabeza, inmovilizándome.

—Esta vez no escaparás de mí, Amapola.

«Amapola». Esa palabra me traspasaba con fuerza, conectando mi cerebro con mi clítoris. Nadie antes me había llamado así, pero me gustaba, porque las amapolas eran preciosas, delicadas, pero al mismo tiempo venenosas. No lo suficiente para matarte, pero lo eran, sobre todo las semillas. Así que la idea de que me comparara con esa flor me seducía.

¿Preocupante? Ni idea. ¡No estaba yo para pensar en ello! En lo único en lo que podía pensar era en su exquisito olor, su barba haciéndome cosquillas en el cuello, sus labios devorando los míos… mordiendo los míos.

—¿Me acabas de morder?

El sabor de la sangre me puso alerta. También me sedujo su hambre.

—Como a un pastel, gatita. Ahora rodea mis caderas con las piernas, y no te sueltes.

Obedecí.

Ya estaba dando órdenes. Que lo hiciera me llevaba al cielo y me quitaba el sentido. Él siguió agarrándome, pero al mismo tiempo separó sus caderas de las mías, se deshizo de la manta y abrió un hueco para su mano.

—NI. SE. TE. OCURRA. SOLTARTE.

Ufff, con esa voz que ponía, tendría que estar loca para desobedecerlo. ¿Cómo se podía hablar con esa seguridad? ¿Con esa autoridad?

Su dedo apretó mi clítoris con fuerza a través de los pantalones. Yo mordí su labio inferior a

la par que gritaba. Él restregó hasta que lo liberé del mordisco, eché la cabeza hacia atrás y grité un gemido al aire.

—¡Por favor! —supliqué.

Estaba totalmente inmovilizada y él estaba haciendo lo que deseaba con mi cuerpo. Unos toques en el lugar exacto del clítoris, y yo ya estaba al borde de las estrellas.

«No puede ser», me dije.

Porque no me lo podía creer.

Yo, la chica que jamás se corría, ¿estaba al borde el clímax con no más que unos toques, unos besos y un par de órdenes? Inaudito.

Liam se alejó para mirarme a la cara.

Hubo un tiempo en que me daba vergüenza que vieran mis expresiones de placer, pero ahora me encantaba, porque sabía lo que provocaba en los hombres y me hacía sentir poderosa. Liam no fue distinto en ese sentido, porque en cuando me vio, sus ojos se entornaron, su mandíbula se apretó y sus fosas nasales se dilataron.

—Oh, mi Amapola, qué bella eres.

Me temblaron las piernas. Él sonrió con suficiencia y me dieron ganas de callarle la puta boca con el… (no me acostumbraba a decir esas palabras) coño.

—Haz que me corra, por favor —rogué.

—¿Ya? —De nuevo esa suficiencia—. Ni siquiera te la he metido, pequeña.

—Cállate, cállate, por favor. Solo quiero…, quiero…

—Sé perfectamente lo que quieres, y no te lo daré aún.

Abrí los ojos como platos.

—¡¿Qué?!

—No olvides quién tiene el poder aquí.

Me lamió la sangre de los labios, se pasó la lengua por los colmillos y apretó más la mano alrededor de mis muñecas.

—No, por favor…, por favor.

En mi oído, rugió:

—Me encanta oírte suplicar. Ahora suéltate, gatita.

Me moví apenas sin escuchar lo que acababa de decirme. Pero mi cuerpo lo obedecía sin ser consciente siquiera, como si estuviese hecha para sus órdenes en la cama, y él para las mías en el trabajo.

Me giró sobre el sofá. El tacto del cuero estuvo a punto de quemarme, pero no me quejé. En realidad, apenas lo noté. Estaba drogada de él. Hechizada por esos ojos verdes, esa mandíbula cuadrada, esa sensación de peligro reptando bajo mi piel.

Liam era un hombre salvaje, de los que fácilmente podrían haberse criado entre lobos. No tenía piedad. Todo en él gritaba que era letal, controlado. Un maldito depredador.

Y conseguía todo lo que deseaba, en este caso, a mí.

Colocó mi trasero en alto, de espaldas, delante de él. En esa posición estaba totalmente expuesta. Bueno, si estuviera desnuda, lo estaría.

—Este culo es una pasada, pequeña Amapola. Quiero ponértelo rojo.

—Eres un cabrón. Un auténtico cabrón.

Se quedó tan quieto y silencioso detrás de mí, que pensé que se largaría y me dejaría allí, igual que hice yo con él. Por el contrario, se inclinó hacia mí pegándose a mi espalda, con lentitud. Alargó la tensión de un modo febril.

—¿Qué has dicho, pequeña?

—Cabrón.

Rio bajito. Tanto que se me pusieron los pelos de punta.

—Ya te había oído. Oh…, ¿qué pasa? ¿Te has quedado sin tu orgasmo?

—Sí.

—¿Y qué darás para obtenerlo? Porque no sé si te mereces uno.

Lloriqueé. ¿Me estaba hablando en serio?

—Necesito un orgasmo, y lo necesito ahora —ordené.

Deformación profesional. ¿Qué le voy a hacer?

—No te equivoques. Aquí, las órdenes las doy yo.

Me azotó. Pero me azotó tan fuerte que grité por la sorpresa y caí más adelante en el sofá.

—Shhhh, sin gritos.

Acarició la zona en la que me había golpeado y… me gustó. Joder, ¡me gustó!

Definitivamente, estaba perdiendo la cabeza.

No me preguntó si podía quitarme los pantalones: lo hizo. Ahora sí: mi sexo estaba expuesto ante él, a su altura. Seguramente, su mano marcada en mi trasero.

Imaginar eso me puso a tono (más).

—Mi mano queda perfecta en tu trasero. Creo que mereces un poco más de castigo.

Esta vez estaba preparada: me azotó cuatro veces más, todas ellas acariciándome después y mandando a todo mi cuerpo una auténtica confusión de sensaciones. Dolor, placer, cosquillas… Todo revuelto de un modo que mi sexo se inflamó.

—NO. GRITES.

Me mordí la lengua.

—Ahora voy a comerte, gatita. Y si te corres no volveré a darte placer jamás.

—¿Me pides que no me corra? ¿Cómo se controla eso?

Por primera vez, no estuve segura de poder controlar a mi cuerpo.

Con él no.

—Me da igual cómo lo controles. Solo, hazlo.

Estaba a punto de replicar cuando su lengua recorrió mi raja de abajo arriba, de arriba abajo, y metió dos dedos en mi interior a la vez.

Un placer exagerado me sobrevino y supe que no podría controlarme durante mucho tiempo. Joder, iba a perder. Iba a desobedecerle y no volvería a darme placer jamás.

Sorprendentemente, la idea de que eso pudiera ser verdad me aterró. ¿Y qué mejor prueba que esa para saber que quería que Liam fuera el hombre que calentaba mi cama por las noches?

De repente, un mordisco juguetón cerca del clítoris, a la distancia perfecta para hacer que mis nervios se tensaran y gimiera alto. Muy alto.

—Liam, ¡por favor! No puedo. ¡No puedo controlarlo!

Giró su lengua.

Era impresionante, como si ese chico supiera lo que yo quería antes de saberlo yo misma. Era magia. Maldita sea, ¡tenía que ser magia! ¿Cómo, si no, me explicaba que alguien supiera mejor que yo lo que necesitaba para correrme?

Las piernas comenzaron a temblarme exageradamente y supe que iba a caer.

—No puedo. ¡No puedo!

Se alejó, dejándome al borde del orgasmo, frustrada y enfadada. Llevé mis manos a mi entrepierna con la intención de aliviarme.

Dios, ¡se me iba a salir el corazón del pecho!

Al ver mis intenciones, me detuvo sin miramientos. Tiró de mis manos haciéndome caer sobre el sofá. Mi mejilla pegada al cuero.

—NI. SE. TE. OCURRA. TOCARTE.

—Esto es demasiado para mí, Liam. Necesito liberarme.

—¿Y yo? ¿Dónde queda mi placer ahí?

Me jodió, pero era cierto. Liam estaba jugando conmigo, y me gustaba, pero él también quería disfrutarme. Había esperado tanto tiempo para tenerme… y no había desistido. Si lo hubiera hecho, seguramente hoy me habrían violado.

Chistó.

—No. Quiero disfrutarte. Levántate y arrodíllate entre mis piernas. A ver lo que eres capaz de hacer.

Sin romper el contacto visual, me levanté, lo observé levantarse y sentarse, abrir sus piernas… Unas piernas largas, poderosas. ¿Cómo podía ser tan atractivo este hombre? Puede que su madre pasara de él, que lo abandonara, pero estaba claro que lo fabricó con muchas ganas.

—Así me gusta verte: de rodillas delante de mí. —Me hizo un gesto con el dedo índice, llamándome—. Sácate esas preciosas tetas y encárgate de mí. Y. NO. PARES. DE. MIRARME. Quiero correrme mirándote a los ojos.

Cuando se la saqué un hambre más animal que humana se adueñó de mis entrañas. Liam era perfecto en todos sus sentidos. Olía y sabía bien, como si hubiese predicho que esto iba a pasar desde un principio.

¿Preocupante? No lo sabía. No creí que fuera hecho a posta. Nadie podía controlar lo que iba a ocurrir, ¿no?

—Así, muy bien, gatita. Métela hasta el fondo, con fuerza. No tengas piedad. No quiero suavidad. Yo no seré suave contigo.

Lo utilicé todo: manos, boca, lengua. Y él se inflamó en mi boca y me dejó saborearlo.

—Más —pidió.

Propulsó las caderas hacia arriba, entrando más hondo en mí. Yo no pestañeé, no tosí, no me quejé.

Estaba tan duro, tan ardiente, tan entregado a mí… Y no podía superar su forma de mirarme, porque lo hacía como si yo fuera su comida, como si quisiera agarrarme, morderme el cuello y beberme hasta dejarme vacía, igual que un vampiro.

—Esa lengua es muy juguetona, mi Amapola. Sigue así.

La giré varias veces en la parte alta, entre el capullo y el tronco, hasta que él entreabrió los labios y comenzó a respirar con dificultad.

—Así es. Fóllame con la boca.

Se derramó en mi lengua. Tal y como prometí, no rompí el contacto visual. ¡Y menos mal! Porque su cara de orgasmo era la cosa más hermosa que tuve la oportunidad de observar, y me puse tan cachonda que a esas alturas me sentía capaz de andar tras él de rodillas y babear como una perra.

—Ahora ven aquí.

Me cogió el pelo y me llevó al pasillo. Allí me estampó contra la puerta de lo que debía ser el sótano. Pegó mis pechos a la fría puerta y se colocó detrás de mí. Inmovilizó mis brazos sobre mi cabeza mientras con sus piernas abría las mías. En esa posición apenas podía moverme.

Me agarró del cuello desde atrás y se acercó a mi rostro. Me mordió en el mentón y dijo:

—Recuérdalo siempre, pequeña Amapola. Eres mía. Soy tu dueño, y harás lo que yo te diga.

Su frase me mojó tanto que noté cómo mis flujos se deslizaban por parte de mis muslos.

—Sí.

—Más alto.

—Sí.

—¿Sí, qué?

Me metió dos dedos en la boca. Cuando los sacó, mojados por mi saliva, contesté:

—Sí, soy tuya. Haré lo que tú me digas.

—Muy bien, ahora córrete.

Sus dos dedos se abrieron paso por mi hendidura y yo me tensé a su alrededor. Frotó con fuerza, girándolos, mientras con el dedo anular rozaba mi clítoris sin compasión.

Ni yo misma pude creer que me llevara al barranco del placer tan rápido. El caso es que lo hizo. El orgasmo frustrado seguía ahí, y explotó con muchísima fuerza. Con tanta que grité sin importarme la hora de la madrugada que fuera. Él siguió moviendo los dedos pese a mis piernas temblorosas, pese a mis gemidos, rápido, fuerte.

Al fin los sacó de mí.

Habría caído de rodillas al suelo si él no me tuviera sujeta por las muñecas.

Sonrió en mi oído.

—Eres traviesa, gatita. Te gusta sentirte indefensa.

—Solo en el sexo.

—Solo en el sexo.

Coincidió.

Con esa ternura que ya me había mostrado antes y que no encajaba para nada con él, me cogió en peso y me llevó de nuevo al sofá. Y menos mal, porque Morfeo ya venía a por mí.

—Ahora duerme. Duerme, mi pequeña Amapola. Yo tengo que ocuparme de una cosa.

Me dormí preguntándome: ¿de qué debía ocuparse a estas horas?



CAPÍTULO 18

VENGANZA

Qué bella era y qué poder y satisfacción sentía después de haberla hecho mía en todos los sentidos.

Se durmió en cuanto su cabeza tocó el cuero del sofá, así que aproveché para curarle las heridas y limpiarle la sangre. Cuando despertara, vería que la había cuidado y caería un pelín más profundo en mis redes.

Y ahora, lo importante: matar al imbécil que intentó violarla. Un ser que no merecía más que dolor y muerte.

Hacía ya unas dos horas que lo había dejado inconsciente en el suelo de los baños del parking, metido en un cubículo. Con un poco de suerte, seguiría allí. Si no, lo habrían encontrado y llevado al hospital.

Palpé el alambre con el que intenté asesinar a Ethan, en mi bolsillo. Seguía ahí, esperando a ser utilizado.

Lo bueno de conducir a las tantas de la madrugada era que no había tráfico, así que llegué al parking del edificio en poco más de diez minutos, cuando en situación normal habría tardado casi veinticinco. Aparqué al ladito del baño, dejé el maletero abierto, comprobé que todo estaba bien impermeabilizado. Entré al baño.

Una sonrisa oscura se me escapó de los labios al verlo ahí tirado.

Sí que lo había dejado hecho papilla.

El reflejo del espejo me devolvió la imagen de un Liam que conocía muy bien: metódico, contenido, cruel, sin emociones.

Así era yo, y no me arrepentía, porque la vida me iba mucho mejor y ya apenas sufría. Tenía esa capacidad de despersonalizarme… bueno, ¡pues siempre!

No perdí tiempo: me acerqué, cada paso medido, con el pulso bajo control. No había prisa, pues en ese parking no había cámaras. Lo imbéciles tenían tanta seguridad ahí arriba, en el *Visionary*, que daban por hecho que nada ocurriría en este parking bien iluminado.

Este asesinato sería especial por todo lo que este malnacido había intentado hacerle a Serena, por tanto, no tenía urgencia por matarlo. No necesitaba la adrenalina para hacerlo rápido. Este era un acto de justicia, también por placer.

Me agaché junto al tipo. Respiraba pesadamente, ajeno a lo que estaba por sucederle. No era más que un despojo, una molestia a eliminar.

El alambre brilló con tenuidad bajo la luz. Me recordó a la saliva de Serena en mis dedos, a su placer sobre mis labios.

Me relamí. Si le hubiera dicho a alguien que este tipo de situaciones me ponían cachondo, pensaría que estaba loco. Deslicé el alambre entre mis dedos. Sentí su resistencia, su fortaleza.

Uno de mis métodos favoritos de matar, porque era limpio y funcional.

Lo envolví alrededor de su cuello y tiré. Apenas se movió al principio, pero la presión lo despertó. Sus ojos parpadearon y fue entonces cuando comenzó el verdadero espectáculo: intentó moverse en vano. Los músculos de su cuello se tensaron bajo el metal, su respiración se convirtió en un gorgoteo desesperado y sangriento. Escupió sangre.

Cada segundo que pasaba, el alambre se enterraba más en su carne, sin embargo, mis manos no temblaron. El poder que ese momento me hacía sentir, la sensación de control absoluto sobre la vida de otro ser humano, era inigualable.

«Este soy yo: soy tu dios. Tengo tu vida en mis manos y mereces lo que te está ocurriendo.»

Me llené de una calma extraña, un alivio que pocas otras cosas me ofrecían. El tipo intentaba patalear, arañarme los antebrazos. Buscó aire sin encontrarlo…

—Esto es lo que pasa por tocar a mi Amapola —susurré.

Esperaba que me estuviera viendo como a una especie de ángel oscuro y vengador.

Su gorgoteo se transformó en un sonido exquisito e íntimo a mis oídos. Me incliné hacia adelante para estar más cerca. Su cuerpo agonizante estaba caliente… por ahora.

Apreté con más fuerza sin dejar de disfrutar cómo su piel cedía y su vida se extinguía entre mis dedos y de sus ojos castaños.

—No mereces menos.

Nadie que hubiera intentado tocar a Serena lo merecía, incluido Ethan Carter.

Cuando su cuerpo dejó de moverse, cuando el último estertor de vida escapó de su garganta, solté el alambre y respiré profundamente. El aire, repleto del olor del hierro y la victoria.

Abrí la bolsa negra que había traído conmigo. Giré el cadáver del violador sobre su estómago. A pesar de su corpulencia, era un peso muerto. Lo empujé dentro de la bolsa con una frialdad que ya me era habitual, cuidando que no quedaran rastros en la escena.

«Un trabajo limpio y calculado», me felicité.

Cerré la bolsa con un tirón firme y la levanté. El cuerpo pesaba, pero nada que no pudiera manejar. Ya tenía el maletero preparado, todo dispuesto para hacerlo desaparecer sin dejar huella.

Mientras lo cargaba en el coche no pude evitar pensar en Serena, en lo que había hecho por ella. Quizás algún día lo entendería. Entendería lo que estaba dispuesto a hacer para mantenerla a salvo y mía. Pero, por ahora, este sería mi pequeño secreto.

Una vez acomodado y encerrado en el maletero, volví al baño, limpié la sangre que había en el suelo de la paliza que le pegué hacía unas horas, y me largué.

Buen trabajo.



CAPÍTULO 19

NORMALIDAD

La luz se colaba a raudales cuando me desperté.

El dolor de los hematomas me hizo llevarme las manos a las zonas hinchadas y lamentarme internamente.

«¿Puedo ser la persona con peor suerte del mundo?»

Mi mirada recorrió con curiosidad de nuevo ese impersonal salón para hacerme sentir un pelín más incómoda.

En serio, no es que el entorno fuera feo pero… era el típico salón del puto psicópata de una película, de esas que ponían después de la hora de comer y que no servía más que para relajarte y dormir la siesta escuchando algo de fondo.

En el reloj ponía que eran las doce y media… ¡¿Las doce y media?! ¡Había dormido muchas horas! ¡Menos mal que era fin de semana y no tenía que trabajar! Tremenda marmota estaba hecha…

El olor de la carne a la plancha llegó hasta mi nariz. Olisqueé, y prácticamente levité en dirección a la cocina. La casa tenía una distribución parecida a la mía, así que no iba a perderme.

Todas las había hecho el mismo constructor.

—Pero, ¡bueno! ¡Huele genial!

Me derretí. No por el olor ni por los quejidos de mi estómago.

No.

Me derretí por ver a Liam de espaldas, con una camiseta pegada y unos pantalones de pijama sueltos. Encima, un delantal sencillo de color negro, liso. Aburrido como toda su casa (y sí, su cocina también era mortalmente fría, ordenada, aburrida y monocromática. ¡Ni una plantita, oye!).

—Ah, estás despierta.

Me observó por encima del hombro y me sonrió.

El reflejo de los rayos del sol le dio directamente en el perfil y yo… Yo me quedé ahí, desmadejada, muerta, en coma, encantada, hechizada, con la bragas rotas, mojadas, tan cargadas que podrían haberse caído al suelo del peso (vale, sí, era una exageración tremenda. ¡Pero no había palabras para describir a la perfección hecha hombre!). ¡Es que ni Henry Cavill! Bueno, en realidad quizás sí que se parecía un poco a dicho actor.

—Despierta y al olor de las sardinas. ¿Qué cocinas?

Se tensó mientras yo me acercaba. Lo preocupante fue descubrir que ya estaba acostumbrada a que ese hombre transmitiera la sensación de tener siempre un palo metido por el culo. A veces, parecía un robot sin emociones.

—Costillas con salsa de miel y mostaza, y patatas a las finas hierbas. ¿Te gusta la idea?

—Hmmmmm, ¡me encanta! Aunque es un poco pronto. Son las doce y media.

—Sí, pero me gusta dedicar tiempo a cada plato que hago. Créeme: nunca has probado nada igual.

Solté una carcajada cantarina mientras miraba por encima de su hombro.

—Confío en tu palabra. Oye, ¿de qué es la carne? Esas costillas son enooormes.

—De cerdo. ¿Lo has probado alguna vez? —Se tensó más mientras se carcajeaba.

—¡Pues claro! —Le golpeé juguetona en el hombro—. Tienes que darme la dirección de tu carnicero. Las que yo compro en el supermercado son una mierda comparadas con estas.

—Cuando quieras.

—Oye, ¿te importa si voy al baño?

—Para nada: ¡estás en tu casa! Por cierto, ¿cómo te encuentras?

Dejó el cuchillo de carne a un lado y se giró para mirarme. De frente estaba más guapo aún. Sus pectorales y esos hombros perfectos se marcaban en la camiseta. Mi cuerpo lo reclamó mediante una oleada de calor.

«Eres un exigente insaciable», le recriminé.

A continuación me pregunté qué cojones iba a hacer ahora que estaba enrollada con mi empleado… y con un cliente importante. Tenía un marrón tremendo que resolver, aunque se lo dejaría a la Serena de después del almuerzo.

—Me encuentro mucho mejor. Lo de ayer se quedará en mi cabeza como una pesadilla… No lo olvidaré, pero, al no llegar más allá, no creo que necesite terapia.

Tragué.

En realidad sí que necesitaría tratarlo tarde o temprano. Una no se recupera de un ataque así de la noche a la mañana. Que te hagan sentir tan frágil, tan desnuda, sucia y avergonzada, como si tú tuvieses la culpa de algo… Sí, definitivamente tenía que trabajar en ello. Pero tampoco quería meter a Liam en mi vida a ese nível. Él sabía que esto era solo sexo, ¿no?

«Madre mía, ¡tengo que aclarar demasiadas cosas!»

—¿Y los morados?

Su dedo acarició mi rostro con una delicadeza deliciosa. Me derretí. Creo que él lo notó, porque con el otro brazo agarró mi cintura y me pegó a él.

—Mejor. Me duelen bastante.

—Deberías ver a un médico y denunciar el ataque. Iré contigo.

Asentí.

—Muchas gracias, Liam. No sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por mí. Apenas me conoces, te he puteado de todas las formas habidas y por haber, y tú…

Me besó. El calor me arrolló, como la bola de *Wrecking ball* arrollaba a Miley Cyrus en el videoclip. En él, la cantante decía «jamás he amado de esta manera» en mi vida, habría que cambiar el «he amado» por un gigantesco «me he excitado». «Me he corrido» también valdría. ¡Total! Ya que estábamos…

Me quejé cuando él se separó de mí, pero se me pasó en cuanto comentó superserio:

—No agradezcas nada, mi Amapola. Es imposible que te guarde rencor con esos ojos de gata que tienes. Ahora, ¡ve al baño!

Asentí algo noqueada, y me largué.

El baño no me sorprendió. Todo era blanco, negro y gris. Suelo gris, paredes blancas, excepto la de la ducha, negra con pequeñas líneas serpenteantes y elegantes en blanco, y el lavabo y el retrete en blanco. A su favor debía decir que el grifo era negro, a juego con la alcachofa de la ducha, y eso me gustaba. Sin embargo, no había nada más. Todo estaba guardado en armarios menos el bote con gel de manos y una toalla, también de manos, doblada y colgada al milímetro.

«Quizás solo es pulcro», me consolé.

Pero una parte de mí, esa que me advertía, tenía las alarmas encendidas y una sirena en color rojo brillando. Además, la conversación que tuve con mi hermana me asaltó.

«Ese Liam sí que me da mala espina, Serena. Vive enfrente de ti, se mudó una semana antes de echar el currículum en TU empresa, viste como tú TODOS los días, ataca a Ethan después de vuestra cita (presuntamente). Sé que lo normal en estos casos es pensar que todo son imaginaciones tuyas, pero me huele mal»; « Seguramente incluso te ha visto largarte y volver con Ethan. Y eso de hacer un proyecto tan perfecto en dos semanas demuestra obsesión por la perfección»; « El caso es que me hace sospechar muchísimo. Ten mucho cuidado, por favor.»

Y yo acababa de caer en sus redes. Seguramente no fue casualidad cruzármelo en el *Visionary*, y tampoco lo fue que entrara en el baño a tiempo. Me salvó porque me vigilaba.

«O no. Pueden ser casualidades. Además, si él no hubiera entrado, ¿qué sería de mí hoy?», me pregunté.

Me miré al espejo: Liam me había limpiado y curado por la noche mientras dormía. La ternura amenazó con echar por alto cada sospecha, cada palabra de Alison. Pese a ello, agarré los bordes del lavabo y dejé caer el agua para que Liam no escuchara lo que iba a hacer.

Una punzada de culpabilidad me recorrió la espina dorsal, pero debía hacerlo. Con Liam debía ir con pasos de plomo, ya que un hombre que me llevaba al orgasmo de esa forma era peligroso para mi corazón. Sabía que podía llegar a enamorarme si no me cuidaba.

Si tenía que investigarlo a fondo antes de bajar mis defensas, eso haría.

Abrí los cajones y observé: así a simple vista, no había nada resaltable: un cepillo de dientes junto a la pasta, peines de distintos tipos ordenados por colores (en serio, ¿quién cojones ordenaba los peines por colores?), su colonia junto a una de repuesto, el desodorante, hilo dental… Aquí estaba lo utilitario, lo que usaba en el día a día.

Fue el cajón de al lado el que me llamó la atención, porque entre las clásicas medicinas, encontré benzodiacepinas (medicamentos psicotrópicos con efectos sedantes e inhibidores). ¿Para qué los usaría? ¿Para la ansiedad? ¿Para relajarse? ¿O de verdad tenía impulsos fuertes que inhibir? La fecha de caducidad estaba en regla, y había tres pastillas fuera del bote, como si hubiese tomado medicación en un ataque de ansiedad y se le hubieran caído algunas. Quizás estaba fuera de sí y ni se dio cuenta de que se cayeron.

El estómago se me revolvió.

Cerré el grifo, hice pis y tiré de la cadena del váter. Luego volví a abrirlo para ganar un poco más de tiempo sin que Liam sospechara.

Mi vista se deslizó hacia una cajita cerrada dentro de otro cajón. La abrí y allí encontré tijeras quirúrgicas, unos alicates pequeños, guantes quirúrgicos desechables y cinta adhesiva. Cosas en apariencia normales, pero juntos, y con todas esas sospechas rondando por mi cabeza, escalofriantes.

Cerré los cajones. Solo algo me detuvo antes de cerrar el de los medicamentos, porque ahí, al fondo, sobresalía la esquina de un papel.

Lo leí:

«*Mira a los ojos cuando hables. En serio, no olvides mirar a los ojos y sonreír. No pierdas el control. Sé accesible.* »

QUÉ COSA TAN RARA, POR EL AMOR DE DIOS.

¿En serio tenía que recordarse a sí mismo que mirar a los ojos y sonreír era algo necesario

para caer bien a la gente y socializar?

Una nausea amenazó con hacerme vomitar en el retrete. Solo la fuerza de voluntad la retuvo. La fuerza de voluntad, y la sorpresa que me llevé al dar la vuelta a la hoja y encontrar el dibujo de un cuerpo humano. Estaba hecho a toda prisa con palabras salpicadas que decían: «*Zona débil aquí*», «*corte limpio*», «*disposición de los huesos*».

Me mareé. Eso era raro. Jodido de cojones.

Di un brinco cuando Liam tocó a la puerta.

—Serena, ¿qué te gusta de beber?

Tonta de mí, metió el papel a toda prisa en el cajón y cerró.

—Ehmmmm, ¡agua! ¿Por qué?

—Por si tenía que ir a comprar. Oye, ¿estás bien?

Cerré el grifo.

—¡Sí, sí! Estoy bien. Ahora mismo salgo.

En cuanto se alejó y los latidos de mi corazón estuvieron mínimamente controlados, salí.

Fingí mi mejor sonrisa, aunque en realidad mi cabeza era un hervidero de dudas y preguntas. Ese papelito daba mal rollo de verdad.

—Oye, a esto aún le queda media horita. ¿Me ayudas a hacer la salsa mientras tanto?

—¡Claro!

Acepté porque no sabía qué hacer, porque de pronto Liam me daba mucho miedo, porque sería rarísimo de mi parte largarme después de lo ocurrido esta madrugada, y de haberle dado los buenos días babeando por la comida y su cuerpo de Adonis. Si de verdad ese hombre estaba loco, lo último que debía hacer era levantar sospechas sobre mi persona, más estando en su casa.

Me di cuenta de que me movía con rigidez por el modo en que él me observó mientras me explicaba los ingredientes que iba a mezclar.

—¿Me estás escuchando?

Carraspeé.

Mierda. Estaba haciendo justo lo que no debía hacer. Si tenía algo de actriz corriendo por mis venas, debía usarlo ahora. YA.

—Sí. Perdona. Lo de ayer fue…

—No te preocupes, mi Amapola. Te prometo que ese hombre no volverá a hacerte daño.

Me plantó un beso en la frente. Ni se me pasó por la cabeza alejarme. Al contrario, me obligué a suspirar y relajar los hombros.

—Tienes razón. Se llevó una buena paliza.

—¡Eso! Además, es mejor mantener la mente ocupada. —Se giró, agarró las especias y demás ingredientes y me los puso delante—. Toma. Y aquí tienes la receta. ¡A ver de qué eres capaz!

Se carcajeó.

Era más que obvio que él estaba de buen humor. Pletórico, diría yo. ¿Se debía a lo que pasó ayer? Lo del sexo, claro. ¿O a esa otra cosa de la que tenía que encargarse cuando caí dormida?

«Te prometo que ese hombre no volverá a hacerte daño.»

¿Y si esa cosa que tenía que hacer era volver al local y ocuparse del que estuvo a punto de violarme? De ser así, ¿lo logró?

Parpadeé con fuerza.

No debía pensar en eso ahora. No aquí, al lado de él, al borde de sufrir un ataque de pánico si no me controlaba.

Me obligué a centrarme. Observé la letra serpenteante y perfecta de Liam, y seguí los pasos en silencio uno a uno.

—Tengo que ir al baño. ¿Puedes vigilar las patatas?

Asentí.

Él no tardó en volver más de cuatro minutos.

Tenía que pensar en algo. Hablarle de cualquier cosa. Mi cambio de humor y el silencio también podían ser sospechosos.

—Oye, ¿has dormido bien? —parpadeé con lo que intenté que fuera coquetería.

Su rostro se iluminó con mi pregunta.

—¿Cómo no hacerlo después de lo que me hiciste sentir?

—Yo no hice nada —solté una carcajada—, en realidad, tú te encargaste de todo.

—¡Ni hablar! No te equivoques, jefa.

—¡No me digas jefa!

—Serena. Eres tan sexy que cualquiera podría correrse al verte, eso en primer lugar. En segundo lugar, ¿debo recordarte el trabajo que me hiciste allí en el sofá?

Me sonrojé hasta las orejas. De nuevo mi cuerpo me traicionó.

El sexo fue tan impresionante…

—No hace falta que me respondas, ¡tu cara ya lo hace por ti!

Rio con suficiencia. Yo le devolví la carcajada, más por imitación que otra cosa.

Durante un rato, la conversación fue animada, e incluso flirteamos. De no ser porque Liam era perfeccionista a más no poder y quería que el almuerzo fuera especial, me habría subido a la encimera para follarme sobre ella.

Agradecí que no fuera así.

A las una y media, estábamos colocando los platos en la mesa junto a las servilletas, cubiertos y bebidas.

El olor de la comida me hizo tranquilizarme y poner los pies en la tierra un rato.

Liam no me haría daño. Si quisiera hacerlo, habría aprovechado mi agotamiento durante la noche. Por el contrario, me contó algo de su historia, me cuidó, me folló…

No. Liam no me haría daño, de eso estaba un ochenta por ciento segura.

—Y ya que estamos sincerándonos —dijo mientras hablábamos de hobbies—, yo escribo novela negra.

Abrí los ojos como platos.

—¿Escribes novela negra? ¡Liam, eso te pega muchísimo!

Él se encogió de hombros. Su rostro, el de un hombre avergonzado e inocente.

—¿Tú crees?

—Sí, pero, ¿por qué parece que te avergüenzas? ¡No todo el mundo tiene el talento para escribir novela negra!

—Porque jamás me han leído. Es algo que hago en secreto.

—Eso no responde a mi pregunta. Oye, esta carne está genial. —Mastiqué.

Él respondió a lo anterior:

—Me avergüenzo porque soy un inseguro de mierda en ese sentido, Serena. Siempre me ha gustado escribir y me lo tomo muy en serio. Me gusta meterme en el papel de los personajes, conocer el cuerpo humano, cómo actuaría el asesino, cómo sería su cabeza… Me encanta que nadie se espere el final, pero una vez acabo, pienso en sacarlo a la luz, lo releo, me parece una mierda de historia, y acaban dándome ataques de ansiedad.

Estuve a punto de tirarme sobre la silla cual saco de bombones derretidos por el calor del verano.

¡Era eso, joder! Las pastillas de la ansiedad, la nota arrugada y sospechosa… Todo se debía a sus crisis provocadas por escribir.

Me tuve que esforzar por no soltar un suspiro de alivio.

LIAM NO ERA UN ASESINO.

Todo había sido cocinado y escupido por mi cabeza a causa de un par de sospechas y una conversación con mi hermana.

—Pues, Liam, te animo a que me entregues uno de tus manuscritos. Te daré mi más sincera opinión, y no te juzgaré.

—¿De verdad? —Se sorprendió—. Serena, eso sería muy especial para mí.

Negué, tranquilizadora.

—Después de que me salvaras, es lo menos que puedo hacer.



CAPÍTULO 20

POR LOS PELOS

Por los pelos.

Un descuido así me habría costado todo el avance. Podía haberme costado su vida, porque si hubiese descubierto a mi monstruo interior… habría tenido que matarla, y no quería. No cuando me estaba esforzando tanto por mantenerlo oculto para tenerla a ella. Mi día a día desde que la conocí era una auténtica lucha.

Pero ella me había creído. Había querido creerme, y eso era un detalle importante, porque significaba que su mente y su cuerpo ya eran míos, aunque aún no quisiera reconocerlo. Ella quería creer en mí a toda costa, porque cuando estaba cerca de mí sentía la química. La conexión que yo sentí incluso sin conocernos, y que era innegable, fuerte como un tsunami de cuatrocientos metros de alto.

Cuando le hablé de escribir novela negra, sabía que había dos resultados: el éxito o el fracaso. En esta ocasión fue el éxito, pese a ello, no podía volver a cometer un error así. No podía dejar que mi ansiedad me consumiera tanto que me hiciera despistado.

Ella fisgoneó en el baño. Cómo no, encontró la página de mi cuaderno arrancada y las pastillas inhibidoras. Tuvo el mal tino de ponerse nerviosa y lanzar la hoja a toda prisa dentro del cajón.

De no ser por su cambio de actitud, no habría sospechado nada. Pero mi Amapola era un libro abierto para mí. Incluso el más mínimo cambio en su cuerpo me era evidente.

Conocía cada arruga de su piel, cada contracción de sus músculos. En parte, por eso la hacía llegar al orgasmo con facilidad.

Sonreí.

Ese día, después de despedirme de Serena y fingir ser un hombre no dominado por sus impulsos sexuales (solo tratándose de ella), me encerré en mi habitación a observarla por las cámaras que instalé en su casa.

No tardó en desnudarse y quedarse en ropa interior. Fue al baño, se duchó. Mientras se frotaba los pechos, la clavícula, la tripa, mientras se frotaba la cabellera rubia, me excité. Y ahora era peor, porque sabía cómo era su olor, cómo sabía, cómo gemía, la voz más suave y grave cuando hablaba, enloquecida por la excitación. Recordaba una parte nueva de ella, y eso me volvía loco y me hacía querer más.

Mucho más.

Mi monstruo interior golpeó las paredes de la celda donde lo tenía encerrado. Me imaginé mordiendo esos preciosos muslos, ese cuello, lamiendo cada lunar de su espalda y cada peca de

su rostro.

Cuando me quise dar cuenta, mi mano ya estaba en mi miembro estirado.

Mi Amapola era una seductora muy astuta, aunque también descuidada y confiada. La imaginé con las nalgas enrojecidas, igual que ayer, doloridas bajo la marca roja de mi mano. La lujuria me nublaba la razón. Avivaba más mi parte oscura.

Cerré los ojos e imaginé que mi mano era su coño apretado, absorbiéndome y bombeándome hasta hacerme explotar.

Por mi puta madre…, ¿cómo sería sentirla a mi alrededor? Quería ir un paso más allá con ella. Quería que me notara dentro y ponerle los ojos en blanco con mi polla.

Aún no me la había follado y no quería alargar mucho más la espera.

El placer me subió de puntillas por la parte superior de los muslos y el abdomen, mientras me recorría el miembro con la mano y apretaba la punta hasta ver asomar una gota de semen. Los testículos se me tensaron al imaginarla recorriendo la base de mi polla con la lengua, cómo ascendía por la vena palpitante… Y la tensión creció más cuando me visualicé metiéndole toda la polla, llenándola de tal manera que ni siquiera podría respirar, obligándola a tragarse cada gota que le daba mientras le tiraba del pelo.

Eché la cabeza hacia atrás y gemí en medio del dolor.

Subí un escalón más. Solo uno más…

Y ahí estaba ella, cabalgándome, con sus turgentes tetas subiendo y bajando delante de mí. Le mordí. Mis dientes se quedaron ahí marcados, perfectos, rojos, y la sangre comenzó a salir a borbotones. Yo la recogí con mi lengua, la saboreé. Ella gritó extasiada. Y le mordí más.

Más.

Más.

Era mía.

Mía.

Mía.

Y se uniría conmigo para siempre.

El semen salió despedido desde mi polla, entre mis dedos, guiado por las contracciones del orgasmo.

«Amapola mía, haces que me corra incluso a salvo en tu hogar.»



CAPÍTULO 21

ACLARAR LAS COSAS

Ethan no tardó en llegar. Cuando me vio su cara fue todo un cromo.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Me agarró del mentón con ternura y me besó en los labios. Suave, liviano, todo lo contrario a Liam.

—El otro día fui al *Visionary* con mi hermana, y un imbécil intentó violarme. Por suerte, estaba allí un chico de mi empresa, y me salvó.

Lo solté sin ceremonias ni florituras. Era mejor no andarse por las ramas, sobre todo en algo así. Cada vez que recordaba lo sucedido me sentía sucia y avergonzada.

Desnuda.

Ir a denunciar el delito con Liam no fue fácil. Por suerte, él me cuidó en todo momento y me aconsejó sobre cómo llevar el proceso, pues yo jamás había denunciado algo así.

Lo hicimos en poco más de una hora, al salir del trabajo, y acabé tan afectada que Liam no insistió para que me quedara con él en casa. En cuanto a la moto, mi hermana Alison la recogió del parking, me la trajo y me ofreció pasar la tarde con ella viendo películas de terror.

Acepté.

Me vino bien, porque no hablamos de Liam, ni de Ethan, ni del caos en el que se estaba convirtiendo mi vida de la noche a la mañana. Solo reímos, nos abrazamos y comimos palomitas.

—Joder, joder, joder… ¡Menos mal que te encontró a tiempo! Sea quien sea ese empleado tuyo, tiene todo mi agradecimiento. Ojalá hubiese estado yo allí…

Una ira asesina cruzó por sus ojos. Se diluyó al mirarme.

Le sonreí tranquilizadora, si bien era cierto que me había costado volver a la normalidad.

—No te preocupes, ya ha pasado todo. Menudos dos somos, ¿eh? Intentan matarte, a mí intentan violarme… Y todo en el mismo mes —puse los ojos en blanco—. ¿Acaso nos han echado mal de ojo?

Él sonrió con tristeza antes de agarrar mi mano.

—Eso parece, pero somos más fuertes. Somos más cabezones… y tenemos a mi guardaespaldas.

Señaló hacia atrás con la cabeza, ahí donde un hombretón de negro esperaba con cara de malas pulgas.

—Tu guardaespaldas parece querer asesinar a alguien.

Ethan se carcajeó y dijo bajito:

—Lo sé. Es su cara por defecto, pero me da miedo decírselo, no vaya a ser que quiera asesinar a alguien de verdad y le dé una buena excusa.

Reí por lo bajini.

—Bueno, Ehtan, si te he llamado ha sido para… hablar.

Su sonrisa desapareció de un plumazo.

—¿Hablar?

—Ya sabes —carraspeé—, de lo que pasó en mi despacho.

—Ah, claro, dime.

Aunque intentó parecer despreocupado, no me lo tragué. Quizás nunca debí llegar tan lejos con él, porque algo me decía que ya se estaba pillando por mí.

Lo último que quería, por supuesto.

—Cuando quedé contigo para cerrar el trato, te dije que éramos adultos y que no iba a empezar una relación sentimental.

—Lo recuerdo claramente.

Por delante, pasó volando una gaviota. El puerto estaba cerca. Nosotros, sentados en un banco en una zona preciosa desde la que se veían los barcos a lo lejos, y la brisa jugueteaba entre nuestro cabello. Las olas del mar parecían murmurar una de esas historias de mitología que me gustaban leer antes de dormir.

—No sabía que llegaríamos tan lejos, y me pregunto si deberíamos ponerle pausa aquí.

Él se reclinó sobre el espaldar del banco y observó el mar. Ethan Carter siempre sería guapísimo, fuerte, un gigante encerrado en un traje caro azul marino.

—No quiero que afecte a nuestra relación profesional —aclaré.

—Lo que quieres, Serena, es aclarar lo que somos, ¿no? Saber si yo me estoy enamorando de ti o… Un momento, ¿eres tú la que…?

—¡¿Qué?! ¡No! No, Ethan. No me estoy enamorando. Eres un hombre genial, y si llegar conmigo al punto en que estamos te impide salir y conocer a otras personas, entonces mejor lo dejamos aquí. De verdad. Lo nuestro es placer, disfrute, carcajadas, nada más. No me perdonaría que perdieras la oportunidad de estar con una chica que de verdad quiera estar contigo como algo más que compañera de cama.

De nuevo se quedó mirando al mar, reflexivo a más no poder. Este chico tenía una capacidad de introspección envidiable.

—No tengo a nadie por ahí, Serena. A nadie por quien merezca la pena luchar y con quien establecer una relación estable. Lo mío contigo es placer, como tú has puntualizado. Pero te prometo que, en cuanto llegue una chica por quien merezca la pena beber los vientos, te avisaré. Hasta entonces, esto —nos señaló— es puro sexo.

—Estás… ¿estás seguro? Quiero que los dos estemos de acuerdo, porque yo sí estoy viéndome con otras personas.

Lo dije en plural para que doliera menos, si es que lo hacía.

Mejor prevenir que curar.

Me gustaba ser sincera. Además, jamás me había ocurrido esto. Yo era una chica de relaciones monógamas, estables, o de, directamente, no tener contacto alguno con el género masculino. Mi cuerpo siempre fue como una especie de templo para mí que solo los elegidos podían cruzar. Estar viéndome con dos chicos era… raro, y debía decidirme pronto para no sentirme mal conmigo misma. Tampoco me sentía cómoda copulando con dos personas diferentes.

No.

Es que ¡no! No iba nada conmigo, con mis principios y personalidad.

Y aquí estaba, en una encrucijada. Pero, oye, ¡al menos sincera hasta la muerte!

—Sí, Serena, estoy seguro. —Se mordió el labio en señal de incomodidad—. Te has transformado en una gran amiga. Eso es lo que eres para mí. Y eres genial.

—¿Soy tu amiga? —Me señalé.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que sí, de que así era como yo lo veía desde que pasé la noche con Liam y me corrí como loca.

—Lo eres. No quiero perder contacto contigo. También eres atractiva y ya tenemos confianza. Por mí, podemos seguir siendo «compañeros de cama».

Hizo gestos de comillas con las manos.

—Pero si a alguno se le va de las manos, duda, o quiere poner fin a esto, debemos ser maduros y aceptarlo sin odiarnos.

—Lo sé, Serena. Por favor…, ¡tenemos ya treinta y tantos los dos! Jamás aceptaría algo con lo que no estuviera de acuerdo, y confío en que tú tampoco.

—Sellémoslo con un trato de pulgares.

Me revolví en mi silla de pronto, como si fuera la mejor idea del mundo mundial y hubiera retrocedido en el tiempo veinte años atrás, a cuando era una preadolescente con muchísimo pavo encima.

Ethan alzó las cejas y soltó una risita nerviosa.

—¿En serio?

—Sí. ¡Venga!

Le tendí mi mano. Él se giró y la agarró con la suya, no muy convencido. Murmuró:

—Parece mentira que esté haciendo esto…

Lo ignoré.

Dije:

—Repite conmigo: yo, Serena Beaumont.

—¿De verdad quieres que repita contigo?

—¡Que sí!

Resopló, le pidió paciencia a Dios y repitió mis palabras mirando al cielo (y con su nombre en vez del mío).

Seguí:

—Juro que seré una persona madura, y mantendré mi amistad con Ethan Carter aunque las cosas empiecen a torcerse.

—Juro que seré una persona madura, y mantendré mi amistad con Serena Beaumont aunque las cosas empiecen a torcerse… Y que buscaré y mataré al hijo de puta que le hizo eso en la cara.

—¡Eh! —Le regañé, aunque lo cierto era que sus palabras se clavaron en mi corazón—. ¡Eso último no vale! Venga, sellemos la promesa.

Capturé su pulgar con el dedo y él apretó los míos.

—Ahora tenemos una promesa. —Lo solté, orgullosísima de mi idea.

Y no sé si lograríamos acabar bien, pero cuando me abrazó estuve segura de que de ahí saldría una amistad para toda la vida.

Todo iba viento en popa. Quise creer que se debía a que, después de caer, se sube, porque, como se solía decir: Dios aprieta, pero no ahoga.

Era de las que pensaban que había cierto equilibrio en el Universo, por tanto, después de la mala época que llevaba, venían cosas buenas, entre ellas, el comienzo de las obras del proyecto para *BlueTech Innovations*.

Estaba emocionada. Mi carrera iba viento en popa y Liam me dio un pequeño espacio. Después de lo ocurrido en su casa, se relajó, o eso parecía, y eso me concedió la oportunidad de

relajarme a mí también.

Las casualidades con la ropa continuaron, pero yo había estado ojo avizor y no lo había visto asomar la cabecita por la ventana ni una sola vez. Me saludaba como un vecino normal, me lanzaba guiños desde su puerta, sonrisas prometedoras, me preguntaba cómo estaba… Poco más. Estaba siendo tan tierno que hasta dolía. Incluso empecé a preguntarme si ya no quería follar conmigo, porque ya me había tenido.

Pronto vi que no era el caso, porque esporádicamente me soltaba algún que otro comentario guarro, e insinuaba que quería repetir. Yo me reía y le decía que estaría encantada cuando estuviera un poco menos estresada con el trabajo.

Como ahora.

Comenzar con la construcción de las oficinas inteligentes me quitaba un peso de encima, pues ya no había marcha atrás.

También se lo comenté a Alison un día tomando café:

—Creo que se me estaba yendo la olla. Liam lleva semanas siendo supernormal, aparte de que no lo he visto cotilleando desde la ventana nunca. Y me he fijado un montón. A veces, incluso escondí en el bolso mis cinturones de colores antes de salir de casa, y ¡seguimos coincidiendo!

Alison no estuvo muy de acuerdo, pero le concedió el beneficio de la duda (viniendo de ella ya era mucho).

No fue hasta el jueves de la semana siguiente que Liam se presentó en mi despacho y soltó:

—Quiero que hoy seas mía, jefa.

—Joder, ¡qué directo!

Levanté la cabeza a toda velocidad, me puse de pie y cerré las cortinas.

—¡Pero qué haces! ¡Alguien podría oírnos!

Su actitud de chico malo se hizo más marcada. Se acercó a mí.

Menudos andares seductores.

—¿Prefieres que te lo diga al oído? —Se aproximó. Mi pulso se aceleró como loco—. ¿Aquí, donde tanto te gusta?

Me arqueé hacia él. Mi cuerpo sabía lo que quería incluso antes que yo misma.

Maldito travieso.

—Hmmmm, sigo sin saber si hacer esto contigo es correcto, si saldrá mal…

Él me contempló. En momentos así, cuando la intimidad se respiraba entre nosotros, me miraba como si yo fuera una reliquia perdida.

—Creía que ya habíamos superado eso.

—No lo hemos hecho.

—¿En serio? Hemos estado a punto de follar y te has corrido tres veces conmigo. ¿No hemos superado todavía lo de la relación dentro del trabajo?

—Los posibles problemas siguen estando ahí… —traté de justificar.

Pero ¿a quién quería engañar? Él tenía razón.

—Me deseas, y yo a ti. Lo que tenga que pasar en el trabajo, que pase. Mientras no hablen y te devalúen, me da igual.

Intenté relajarme.

—Tienes razón. Si no se enteran todo estará bien.

—Y si rompo mi promesa y te hago daño, te doy permiso para que me eches. —Me guiñó un ojo.

Recordé que él confesó en su momento que quería jugar conmigo, pero que jamás lo hacía con mis sentimientos o emociones.

—Eso es muy bonito.

Él puso los ojos en blanco.

—¡Ah, claro! Echarme te encantaría.

—¡No, tonto! Lo de que no quieres que me devalúen ni hacerme daño. Yo tampoco quiero hacértelo a ti, aunque debes saber que mi carrera será siempre lo primero. Me ha costado sudor y lágrimas llegar hasta aquí.

—Y no lo vas a tirar por la borda todo por un hombre, lo entiendo.

No se alejó. Siguió agarrándome la cintura con su brazo, sin dejarme escapar. Le gustaba tenerme atrapada, y a mí me encantaba que lo hiciera. Quizás por eso hacíamos tan buen equipo.

—Entonces ¿te vienes esta noche a mi casa? —insistió.

Yo decidí ser sincera:

—Me encantaría, pero no hoy. He quedado con Ethan Carter.

Frunció el ceño.

—¿Con Ethan? Creí que ya no lo necesitabas para el proyecto.

—Y no lo necesito, pero tenemos una amistad preciosa.

Me soltó. No estoy segura de si lo hizo porque le molestaba mi relación con Ethan o porque yo intenté zafarme para volver a mi escritorio.

Tenía una reunión en cinco minutos con Óliver y Natasha. Llegar tarde no hablaría bien de mí.

—¿Mañana?

—Pasado —concluí.

Él gruñó con fastidio, por el contrario, yo le sonreí, divertida. Le acaricié el mentón.

—No te enfades, tonto. Estoy deseando tener esta boca de nuevo entre mis piernas.

Su mirada se oscureció. Avanzó con la intención de… no estaba segura, ¡pero de algo peligroso seguro!

«Toc, toc, toc» tocaron a la puerta.

—¡Adelante! —medio exclamé.

Natasha entró con una carpeta entre los brazos. La luz del sol que entraba por la ventana acarició su piel chocolate y el caramelo de sus ojos. Hoy la chica estaba preciosa con un traje canela de falda de tubo y una camisa blanca. El pelo lo llevaba suelto y alocado.

—¡Oh, perdón!

Iba muy maquillada, pero no en plan exagerado, sino en plan «joder, esa tía es guapísima». Sus mejillas se colorearon de rojo con tenuidad al ver a Liam.

Una punzada de celos me traspasó de punta a punta. Me pregunté, por la mirada que se dedicaron, si, al igual que Liam follaba conmigo, no lo haría con ella. Porque ella… ¡joder! Si pudiera se lo comería mojado en leche, como a una magdalena, en el desayuno.

Se mordió el labio. Continuó:

—No sabía que estabais hablando.

—Liam ya se iba —me precipité.

Alargué la mano para cazar el bollo con chocolate y el café con leche que Héctor había traído a mi escritorio hacía apenas quince minutos.

—¿Ya me iba? —inquirió, divertido—. Pensaba que estaba invitado a esta reunión.

—¡Claro, Liam! —La voz de Natasha fue sensualidad mezclada con emoción—. ¡Quédate!

—No puede quedarse a esta reunión, Natasha. Lo siento, Liam.

—Bueno —se encogió de hombros para restarle importancia y se acercó a Natasha—, te lo agradezco de todas formas. Por cierto, tu traje es increíble. Te queda bien.

Una amplia sonrisa afloró en la cara de la mujer. Con la mano libre, palpó la tela de su falda.

—¿Tú crees?

—El blanco y el canela te quedan genial. Y la luz del sol también.

Natasha soltó una risita coqueta que hizo que mi yo asesino más profundo le diera una patada a las puertas blindadas de mi corazón.

—Muchas gracias.

—De nada. Nos vemos, jefa —me guiñó el ojo Liam antes de irse.

Yo me quedé ahí, boqueando, con el café en una mano y el bollo de chocolate en la otra. Por su parte, Natasha dio saltitos hasta mi posición y me agarró del brazo.

—¡Ay, por Dios, señorita Beaumont! ¡Ese hombre está buenísimo! Y encima es listo. ¿No es perfecto?

—Natasha, piensas con tus genitales.

Ella se sorprendió de que su correctísima jefa acabara de decirle eso, pero lo disimuló bien, ya que llevábamos años trabajando en la misma empresa.

—¿Y quién no piensa con los genitales teniendo a ese dulce delante? ¡¿Es que no tienes ojos en la cara?!

Eché a andar hacia la sala de reuniones. Ella me siguió. El sonido de mis tacones de aguja y de los suyos repiqueteó por los pasillos.

—Los tengo, pero conectados con mi cerebro.

—¡Por el amor de todos los amores! ¡Cualquiera mojaría braga con verlo, por mucho cerebro que tuviera! Lo que te pasa a ti, es que necesitas una buena po…

—¡Ni se te ocurra acabar la frase! —grité escandalizada.

Óliver sacó la cabeza por la sala de reuniones y comentó con toda la naturalidad del mundo:

—¿Estáis hablando de pollas? Porque yo tengo una enorme.

No pude evitar carcajearme.



CAPÍTULO 22

EL DÍA

Se acabó, no aguantaba más. Ese hombre sería un obstáculo siempre, cada vez más peligroso, por tanto, tenía que acabar con él.

Ya habían pasado unas semanas desde que mi Amapola encontró la hoja de mi libreta, así que decidí darle un respiro. Sí, este tiempo había servido para que bajara la guardia, pero a mí me había llevado al extremo.

La necesitaba a ella al completo, sin interferencias, entera. Tenía un hambre de su olor, de su piel, de sus caricias… Y él debía desaparecer de la faz de la tierra ahora que cualquier sospecha de mi gatita había sido borrada.

Como tantas otras veces había hecho, la seguí por el bosque desde la boca del metro a su casa, silencioso, imparable, tenaz. La protegí de cualquier violador que pudiera salir de entre los árboles, y la dejé leyendo uno de sus libros favoritos en su sofá de terciopelo gris.

Ah…, en momentos así me sentía su lobo feroz. Perseguirla avivaba un extraño instinto de caza dentro de mí. Un instinto propio de mi monstruo interior.

Pero no podía ceder a mis impulsos, porque ella me gustaba de verdad, y si le hiciera daño ya no habría un «ella» por el que luchar, por el que vivir.

«Deja ya de pensar en comértela bocado a bocado y céntrate», me regañé.

Tenía esa tendencia a divagar, pese a ello, era consciente de que matar a Ethan era casi misión imposible y de que no habría más oportunidades.

Esta era la mía.

Había esperado el momento perfecto. Lo planeé con precisión, como un relojero ajustando el engranaje de su obra maestra. Cada segundo contaba, y cada pequeño desliz podía costarme la oportunidad de mi vida. Afortunadamente, Ethan estaba solo esta vez, sin el guardaespaldas que lo seguía a todas partes desde nuestra última «charlita» en aquél callejón. Su musculoso protector estaba indispuesto, algo relacionado con una visita inesperada a urgencias. Yo, por supuesto, había jugado mi parte en eso. Nada demasiado obvio, solo una pequeña trampa bien colocada, una enfermedad «fortuita» causada por una sutil dosis de veneno.

Mientras tanto, Ethan bebía despreocupado en la barra del club, un reservado en la esquina oscura, aislado, el lugar perfecto para actuar.

Lo observaba desde la distancia. Jugaba a ser la sombra que lo acechaba esperando el momento exacto. Su bebida había sido manipulada, mezclada con una droga tan fuerte como rápida, que haría efecto en cuestión de minutos.

Pero debía acercarme lo suficiente.

Avancé sigiloso como un depredador, con pasos calculados. El ruido de la música y las luces parpadeantes del club me cubrían, pero yo solo tenía ojos para él.

Cuando lo vi tambalearse supe que había llegado el momento. Al principio, trató de ponerse en pie, como si su cuerpo estuviera traicionando su mente. Su fortaleza desmoronándose cada segundo que pasaba.

—¿Estás bien? —le pregunté, fingiendo preocupación.

Lo sujeté como si realmente me importara. Su cuerpo era pesado. Sus movimientos patéticos.

Igual que él.

No me respondió, su boca se abrió en un gesto vacío mientras sus ojos trataban de enfocarme.

Vi reconocimiento en ellos, pero no importaba porque no podría contarle a nadie que me había visto.

Le di un último empujón hacia el abismo: una sonrisa falsa, una palmada en la espalda, y lo llevé al callejón trasero. Ahí tenía el coche.

Nadie sospechó de dos amigos borrachos en el camino.

Mientras lo arrastraba hacia el maletero del coche, el aire frío de la noche me golpeaba la cara, pero mi mente estaba en otra parte, en ella. En Serena. Mi hermosa Amapola. Cada movimiento que hacía para deshacerme de este hombre era por ella, para liberarla de su presencia y poseerla al completo.

Ethan balbuceó algo ininteligible mientras intentaba, en vano, luchar contra la somnolencia que se apoderaba de él. Pero ya no tenía fuerza.

Lo empujé sin esfuerzo en el maletero. Su cabeza golpeando el borde metálico y un sonido seco me hicieron sonreír.

Silencioso, rápido, eficiente. Hoy no tendría que flagelarme por mis errores.

Cerré el maletero.

Ya no había marcha atrás.

El sótano estaba oscuro, con la única luz proveniente de una bombilla que colgaba sobre nuestras cabezas. El espacio era amplio, pero el aire se sentía denso, cargado con el olor metálico de las herramientas de metal y cuero que había dispuesto con meticulosidad a mi alrededor. Todo estaba en su lugar. Era una coreografía que había ensayado mil veces en mi mente. Ethan, atado a la silla frente a mí, comenzaba a recuperar la conciencia.

Lo miré con una calma fría, sin sentir nada. No era novedad para mí la falta de emociones. Además, tenía la paciencia de un depredador que disfruta de los últimos momentos antes de dar el golpe final.

Respiré.

Qué tensión tan exquisita antes de la culminación.

Su cuerpo aún estaba débil por la droga, sus músculos fuertes ya no le respondían.

«¿Dónde han quedado ahora todas esas horas de gimnasio?», sonreí.

Su vista se enfocó en mí y vi una chispa de desafío. La misma mirada que tantas veces había dirigido a Serena (aunque la dirigida a ella era mucho más coqueta). Eso me enfurecía: ya era hora de extinguir esa chispa.

—¿Te das cuenta de lo insignificante que eres, Ethan? —murmuré, acercándome con un cuchillo afilado en la mano, la hoja reflejando la luz en destellos fríos—. Toda esa fuerza, esa arrogancia…, y aquí estás, sentado, impotente. Nada te va a salvar ahora.

Él no respondió de inmediato, pero podía ver el miedo comenzando a asentarse en sus ojos. No podía moverse, apenas hablar, sin embargo, su respiración se aceleró. Sabía lo que estaba por venir.

—¿Qué…? —logró balbucear.

Su voz, apenas audible.

—Voy a despedazarte, Ethan —le dije con una sonrisa tranquila. Y…, joder, ¡cómo disfruté de cada palabra! Casi me puse cachondo—. Y no es una metáfora. Cada pedazo de ti, cada músculo, cada trozo de carne. Tu cuerpo es mío. Tu fuerza, tu poder, tu vida.

Me acerqué más. Acaricié su mejilla con la hoja del cuchillo, sintiendo el ligero temblor en su piel. Notaba su terror. De hecho, podía prácticamente palparlo en el aire.

Me deleité con ello.

Respiré hondo.

—¿Sabes qué es lo más fascinante de todo esto? —seguí mientras cortaba su camisa, exponiendo su piel ardiendo a la atmósfera del pulcro sótano—. No es solo que voy a comerte. Es que, cuando lo haga, serás parte de mí. Siempre. Me zamparé tu fuerza, lo que eres y lo convertiré en algo mío.

—¿Vas…? ¡¿Vas a comerme?! ¡Estás loco! ¡Loco!

Lamí el cuchillo y pasé un colmillo por él.

—Quizás un poquito, ¿pero qué más da?

No sollozó, no lloró, no mostró debilidad. En parte eso me enfadó.

—¿Por qué haces esto?

Mi respiración se entrecortó un momento, una mezcla de excitación y hambre incontrolable. Pero me detuve. Había que saborear cada segundo, cada minuto. Hacía tanto tiempo que había esperado esto…

—No lo entiendes, ¿verdad? —dije con tono casi paternal—. Tú no me importas, ni tu carne, ni tu imperio. No eres más que un obstáculo para mí. Alguien que se interpuso entre Serena y yo. Pero ya no lo harás, porque, cuando termine contigo, ella será libre. Libre para amarme, para ser mía. Y yo seré más fuerte de lo que jamás he sido.

Ethan Carter se movió sobre la silla, tiró de sus ataduras, pero no logró nada (obviamente. ¡Yo era el rey de los nudos!).

—No sé qué crees que hay entre Serena y yo, tío. ¡Somos amigos! ¡Somos colaboradores!

Estuve a punto de perder el control. Blandí el cuchillo en su dirección y le corté parte de la mejilla. Él gritó de dolor y la sangre recorrió sus labios y su cuello.

—¡Cállate! Os vi follar en su despacho. ¡Os oí!

—Te juro que…

—No me mientas.

El miedo en sus ojos se volvió desesperación. Intentó moverse de nuevo, como si con un último esfuerzo pudiera liberarse.

Bajé el cuchillo por su torso lentamente, dejando una fina línea roja sobre su piel. No profunda, solo un recordatorio de lo que vendría después. Cada corte sería preciso. Cada parte seccionada con cuidado.

—Voy a empezar por tus costillas —le expliqué con una frialdad que me sorprendió incluso a mí—. No hay muchas diferencias entre las tuyas y las de un cerdo, ¿sabes? Ya lo he hecho antes. Quizás las tuyas sean un poco más grandes, pero servirán igual. Y cuando termine con ellas, pasaré a los músculos. Siempre me ha fascinado la forma en que un hombre tan fuerte como tú

puede ser reducido a carne.

El sonido de sus jadeos se mezcló con el leve zumbido de la bombilla. El terror lo estaba consumiendo.

—No puedes… hacer esto —murmuró con un hilo de voz.

Me incliné más cerca, lo suficiente como para sentir su calor.

—Oh, señor Carter, ya lo estoy haciendo —saboreé cada palabra—. Y lo mejor de todo es que, cuando termine, nadie sabrá lo que pasó. Te esfumarás como si nunca hubieras existido. Y ella será mía. Completamente mía.

Tuvo un último arranque de valor. Levantó la barbilla como queriendo demostrar algo, sin embargo, las lágrimas en sus ojos no me engañaban. Dijo:

—¡Ella no será nunca tuya, puto desquiciado! ¿Es que no lo ves? ¡No puedes ocultar a tu monstruo por la eternidad, porque es lo que eres! Ella te descubrirá, verá lo que eres bajo la fachada… Ella jamás te querrá.

Grité de la furia.

Le di la vuelta a la silla de golpe, haciéndola caer al suelo con un estruendo. Ethan jadeó por el impacto, pero no pudo moverse. Lo miré desde arriba, con la hoja brillando en mi mano.

Me agaché.

—Ella ya me quiere, pero aún no se ha dado cuenta.

Tras eso, le corté el cuello.



CAPÍTULO 23

HAZME EXPLOTAR

No podía esperar a mañana. Imaginar las manos de Liam sobre mis pechos, sus dedos jugueteando en mi hendidura, su voz grave dándome órdenes…

No podía más, ¡maldita sea! Giré el dedo alrededor de mi clítoris y solté un gemido ahogado. Miré hacia la ventana, a la casa de Liam. Sabía que estaba allí porque las luces de la planta baja estaban encendidas, ¿y qué me impedía ir a implorarle que me follara?

Nada.

Eso fue lo que me hizo levantarme, colocarme el vestido largo negro de encaje y bajar las escaleras de dos en dos. Aunque fuera hacía un frío que se cagaba la perra, en mi interior estaba ardiendo.

«Quién te ha visto y quién te ve», me dije.

Porque yo, Serena Beaumont, estaba a puntito de tocar a la puerta de su vecino para pedirle que se ocupara de sus necesidades, a sabiendas de que él estaría más que dispuesto. Además, hacía tiempo que había adquirido la filosofía de «si lo quieres, ve a por ello».

El timbre resonó en mis oídos y esperé.

Esperé.

Esperé.

¿Por qué cojones tardaba tanto?

Volví a tocar, ahora con más insistencia, y grité:

—¡Liam, soy yo!

Unos segundos después, escuché un portazo y:

—¡Voy! ¡Un minuto!

«Genial», puse los ojos en blanco.

La idea de haberlo pillado duchándose me puso aún más a tono. Lo imaginé desnudo, con el pelo mojado, mientras cientos de gotas caían por su cuerpo, por su pelo, y resbalaban hacia su…

—Hola —abrió.

Yo le dediqué una mirada de depredadora que dejaba más que claro lo que quería. ¡Tampoco había que ser un genio, teniendo en cuenta que eran las once de la noche!

Enrosqué mis dedos entre su pelo y devoré su exquisita boca. Su gruñido de deseo resonó por todo mi cuerpo. Una vibración que tocó hasta el último nervio de mi clítoris.

Cerró la puerta con fuerza a mis espaldas.

—¿Tienes hambre de mí, Amapola?

Lo observé y levanté una ceja.

—¿Tú qué crees?

Y, ¡Dios!, ¡qué guapo estaba! Sus ojos estaban más verdes que nunca y sonreía de oreja a oreja. Jamás lo había visto tan contento, tan masculino.

¿Serían las hormonas las que me hacían verlo así?

—Que te voy a follar entera.

Me derretí entre sus masculinos brazos.

El camino por el pasillo fue caótico. Nos dábamos golpes contra las paredes, me encerraba, me besaba, yo lo empujaba en un intento de hacerle lo mismo a él, pero él me guiaba a otra pared y me inmovilizaba para follarme la boca con su lengua de nuevo. Mi respiración ya estaba agitada. Mi imaginación desbocada. Aunque ¿quién necesitaba imaginación cuando la realidad la superaba con creces?

—Al sofá —gimoteé.

Él no sabía que yo me había estado tocando en casa, así que no imaginaba lo fácil que sería llevarme al orgasmo ni lo húmeda que venía de serie.

No se hizo de rogar: me levantó por el trasero y me tiró al sofá sin miramientos. Yo me quedé pegada al incómodo cuero por el sudor.

—Tu sofá es… —fui a quejarme.

—¡Chist! Ni una palabra, Amapola. Has venido aquí para que te folle, así que me obedecerás. Desnúdate, túmbate y ábrete de piernas para mí. Así quiero encontrarte cuando vuelva. Voy a castigarte por haberme hecho esperar tanto.

«Voy a castigarte por haberme hecho esperar tanto». Toda yo se contrajo por el deseo. Esa promesa me encantaba. Me pregunté si él era consciente de lo que provocaban sus órdenes en mí.

Se largó, así que me desnudé a toda prisa y me tumbé bocarriba, con las piernas abiertas de manera desvergonzada. Vine aquí buscando sexo, así que el pudor debía quedarse en casa, si bien era cierto que me daba un pelín de vergüenza estar expuesta de este modo ante él.

Lo escuché trastear en la cocina. Cuando volvió, lo hizo con unas bridas de color blanco en las manos.

—Voy a atarte. Voy a hacerte lo que quiera hoy, ¿me oyes? Me siento poderoso y excitado.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Quiero que me ates. Sí a… a todo.

Una sonrisa de suficiencia afloró en su rostro. Me di cuenta de que ya no me daban ganas de borrársela de un puñetazo, por el contrario, parecía conectar con los nervios de mi clítoris y apretarlos.

Liam no esperó: me ató. Al apretar, mis muñecas se juntaron entre sí dejándome desmadejada, indefensa ante él. Rozaban un poco y eran incómodas, pero no me importó porque la situación en sí me ponía a tono.

Una vez las aseguró, Liam se tumbó encima de mí. Sus ojos verdes brillando como los de un animal salvaje. Todo en él desprendía fuerza. Me agarró del cuello y apretó mientras decía a mi oído:

—Ahora eres mía, gatita. Completamente mía. No hay nadie más.

»MÍA.

Quizás en otro momento me habría preguntado a qué venía eso de «no hay nadie más», sin embargo, me la sudó. Me la sudó soberanamente. Más lo hizo cuando me mordió el lóbulo de la oreja mientras su otra mano se colaba entre mis pliegues y frotó mi clítoris. Lo frotaba para después meter un dedo, salir, volver a frotar, meter… Me apreté a su alrededor notando cómo las piernas comenzaban a temblarme con fuerza.

—¿Ya? Pero si acabamos de empezar. Qué pasa, ¿no puedes resistirte?

—Joder, ¿por qué me gusta tanto que me hables así?

Otro mordisco y el orgasmo recorrió mi vientre, mis pechos, hasta los dedos de mis pies.

—¿Así? Es mi voz de deseo. Solo demuestra lo mucho que me gusta tenerte a mi merced.

Exploté. Sus dedos no pararon mientras mis contracciones de clímax lo absorbían y lo soltaban. Cerré los ojos con fuerza gritando al aire, en ese salón tan impersonal pero que empezaba a gustarme.

—Quiero sentir eso mismo en mi polla, jefa.

—No me llames jefa, por favor… No —solté, apenas sin aliento—. Prefiero Amapola.

Mis palabras le gustaron, y asintió.

—Los pétalos de las amapolas son frágiles, como tú ahora mismo entre mis brazos, pero también venenosas. Eres una droga para mí, Serena. Eres veneno.

Sacó su mano de mi entrepierna. Él aún iba vestido con unos pantalones de chándal y una camiseta de manga corta, también de deporte. Todo negro. No recordaba haberlo visto con ropa cómoda antes, pero me gustó. Marcaba cada músculo, cada movimiento. ¿Sabéis qué marcaba a la perfección? Su miembro. Una erección que ni se le pasó por la cabeza esconder.

—¿Te gusta lo que ves?

Las cejas escalaron por su frente. Yo me sonrojé.

—Sí —reconocí.

—¿Lo quieres?

Tragué saliva. Todavía tenía las manos sobre la cabeza y los pechos apuntando orgullosos hacia arriba.

—Sí.

—Lo tendrás si te portas bien. Dime, ¿vas a hacer lo que te diga?

La boca que se me secó.

—Eres un demonio hecho carne.

Me gustó cómo me enseñó los colmillos antes de decir:

—No lo sabes tú bien.

Prácticamente me arrancó del sofá para ponerme encima de él.

—Desnúdame. Quiero que te muevas mientras lo haces.

—¿Quieres que baile?

Pffff, ¡qué calor!

—Para mí, porque eres mía.

Quise decir que parecía un acosador hablándome con esa territorialidad, pero no era el momento.

Durante unos segundos me quedé sin saber bien qué hacer: jamás había bailado para nadie.

—Nunca he…

—No quiero que lo hagas como una stripper si es lo que crees, mi Amapola. Solo menéate mientras me quitas la ropa. Quiero ver esos pechos sacudiéndose con suavidad, ese culo en acción.

Lo mejor fue no pensar: mientras lo desnudaba, serpenteé por él sin romper el contacto visual. Era consciente de que para nada lucía como una bailarina profesional, pero intenté ser lo más seductora posible. En apariencia lo logré, porque cuando acabé de desnudarlo yo estaba como una moto de tanto rozarme con él, y él estaba durísimo, con una expresión de hambre que me puso los pelos de punta y a mi instinto alerta.

«¡Peligro!», chilló.

Pero como estaba puto mal de la cabeza, lo que hice fue excitarme el doble.

—Muy bien. Mira cómo me tienes.

Se señaló el miembro y yo estuve a punto de arrodillarme ante él.

—¿Te ha resultado difícil desnudarme con las bridas puestas?

Me miré las manos unidas.

—¿Lo has hecho a posta?

—Por supuesto. Todo lo que yo hago es porque quiero. Veamos qué puedes lograr follándome.

—¿Qué? —pestañeé.

—Súbete encima de mí y métetela. Es una orden.

Obedecía al instante. Rodeé su cabeza con los brazos para que las bridas no me molestaran. En parte, me jodió no tener libertad de movimiento para tocar a mis anchas sus amplios hombros y sus pectorales.

La polla de Liam se abrió paso en mí con dificultad al principio, ya que todavía no estaba lo suficientemente dilatada para él. Grité por la mezcla de dolor y placer, y él se hincó más hondo.

—Maldita sea —gruñí.

—¿Te duele?

—Sí, pero no quiero parar.

Para demostrárselo, empecé a saltar encima de él. Liam echó la cabeza hacia atrás y yo no pude evitarlo: lamí su nuez y subí con mi lengua hasta su boca. En el recorrido saboreé su sudor. Él gimió y profundizó en el beso. Cuando nos separamos, me agarró del pelo, tiró de mí hacia atrás e hizo lo mismo.

Su lengua recorrió juguetona los dos pechos, el escote, se deslizó por mi garganta para acabar en mi boca. Mi sexo se contrajo en todo momento. Ese gesto de posesión y el control que este hombre tenía sobre mi cuerpo me hicieron querer explotar de nuevo, no una, sino mil veces.

—Más rápido, gatita. Te lo ordeno. Fóllame más rápido.

Las piernas comenzaron a dolerme. Di gracias a todas esas horas que dediqué a mi cuerpo en el gimnasio y que seguía dedicando.

No me detuve, incluso cuando él me soltó el pelo y agarró mi trasero con todas sus fuerzas, no lo hice. Nuestras respiraciones se aceleraron, nuestros latidos también. Al final, Liam apretó los labios y rugió como un león. Se clavó en mí con más lentitud mientras me apretaba la garganta, corriéndose en gruesos goterones que se deslizaban por su tronco al son de sus pulsaciones. Quise llevar las manos a las suyas sobre mi garganta, porque me estaba asfixiando, sin embargo, en cuanto intentaba separar las muñecas del espaldar del sofá, me caía hacia delante.

Estaba inmovilizada, me faltaba el aire y…

…me corrí como nunca antes.

Entonces él me soltó, y el orgasmo se intensificó mientras el oxígeno entraba a raudales en mis pulmones.

No estaba segura de cómo lo había hecho, de cómo lo había controlado.

¿Ahora también iba a resultar que me gustaba el estrangulamiento en el orgasmo?

Tras unos minutos, después de cansarse de acariciarme el pelo sobre el sofá, Liam se excusó para ir a su habitación. En el reloj vi que era la una de la madrugada, y mi estómago se quejó.

Hacía ya horas que había comido. Tenía un hambre terrible, así que decidí que, ya que teníamos la suficiente confianza como para follar, también la teníamos para asaltar la nevera del

otro.

Me levanté y ¡a la cocina que fui! Sobre la encimera había un juego de cuchillos de carne impoluto, como si acabara de sacarlos del lavavajillas. Pero no era eso lo que yo quería.

Abrí el frigorífico. Mis ojos se deslizaron por encima de filas y filas de Tuppers de distintos tamaños, todo ellos etiquetados debidamente: lomo, muslo, pecho, filete de pierna.

«¿Pecho? ¿Filete de pierna?»

Fruncí la nariz, porque eso era raro de la hostia. ¿Quién etiquetaba con los nombres de «pecho» y «filete de pierna»?

Seguí leyendo: costillas, manos (¿manos?), brazo asado, corazón, vísceras, lengua, cerebro…

Me quedé callada intentando buscar lógica a esto. ¿Cómo que «brazo asado»? Era una forma extraña de seccionar las partes de un animal, sobre todo porque el modo de referirse a ellas no parecía muy de animal. Agarré el tupper que tenía más cerca, el de «brazo asado» y lo abrí. Este en concreto estaba cocinado. La carne parecía normal, como si fuese la carne de un cerdo, pero su olor era diferente. No sabía el porqué, pero no lograba identificarlo con nada. Quizás un poco con el olor del pollo, pero no era exacto, y la carne no era del mismo color. Además era rara, porque nunca había comido carne con un corte así.

Escuché pasos arriba. Mi instinto me hizo dejar el tupper en el estante tal y como lo había encontrado y cerrar la puerta de la nevera. Volví al sofá de puntillas justo cuando Liam empezaba a bajar las escaleras.

—Tengo hambre, Liam. ¿Me traes algo de comer?

Siempre estaba tenso, así que no noté cambio en su actitud. A pesar de todo, su sonrisa fue más falsa que un billete de cincuenta céntimos.

—Voy.

Lo seguí.

—No hace falta que vengas, puedes quedarte en el sofá.

Y una mierda, necesitaba saber qué era eso que Liam había etiquetado con tanto cuidado. Quería ver su reacción y preguntarle inocentemente por los tuppers. No había necesidad de que se enterara de mi pequeña aventura en su cocina.

—¿Para que me envenenes? No, gracias.

Sonreí, bromista. Él volvió a fingir otra sonrisa.

«Aquí hay gato encerrado», pensé.

Los pelos se me pusieron de punta cuando recordé el dibujo del cuerpo humano en el cajón de su baño.

Tragué saliva, porque lo que empezaba a tomar sentido en mi cabeza era demasiado macabro para que fuera real, sobre todo viniendo de él.

—¿Qué te apetece? ¿Dulce? ¿Salado?

—Salado.

—No tengo pulpo —rio.

¿Acaso le había dicho alguna vez que me encantaba el pulpo? Si era así, no lo recordaba. Se lo había dicho a Ethan, pero no a él.

Abrió el frigorífico colocándose estratégicamente delante de mí, tapándome la visión completa del interior, pero yo fui más lista y lo abracé por la espalda para observar sobre su hombro.

Fingí leer, aunque él se sacudió para recolocarse.

—¿Qué es todo eso? ¿Por qué tienes tuppers con las palabras «manos», «brazo asado» o

«pecho»?

El aire escapó de él a trompicones y algo dentro de mí me pidió que huyera, que acababa de preguntar algo muy, muy malo. Me asusté. ¿Acaso era gilipollas? ¿Y si todas las sospechas sobre él eran ciertas, y estaba metida en la casa de un maldito asesino? ¿Y si…?

—¿Recuerdas ese día, en *Mirror Mirror*? Te dije que era completamente carnívoro.

—Oh, ¿no irás a decirme que comes personas, no? —me carcajeé.

Si de verdad comía personas, lo mejor sería que viera que me estaba tomando todo esto a broma, que confiaba en él y que ni de coña se me pasaría por la cabeza que él fuera un asesino que acababa de descuartizar a una persona.

—No. Pero a veces me gusta hacer pedidos poco comunes. Esta carne que ves aquí es de *wagyu* y otras razas exóticas. Está buena. ¿Quieres que te haga un poco de pecho?

Se me revolvió el estómago, porque seguía resultándome extraño llamar a las partes de un animal con palabras tan… ¿humanas? No estaba diciendo que no le creyera, pero la idea ya se había instalado en mi cabeza y me daba ganas de vomitar incluso lo del desayuno.

—No, soy mucho más clásica. Prefiero la carne de cerdo o de pollo. Hmmm —fingí pensar —, ¿tienes nachos con queso?

—¡Por supuesto!

Agarró un bote de queso en crema de la nevera, y cerró.

Esa noche no me quedé a dormir.



CAPÍTULO 24

MI OLOR

Ahora mi Amapola olía a mí. La había hecho mía. El efecto del asesinato de Ethan fue inmediato, si no, ¿cómo explicaba que ella hubiera acudido a mí un día después?

Demasiada casualidad.

Si tuviera que escoger un día en el que quedarme, sería hoy, porque después de tener a mi Amapola aquí, en casa, para mí solo, sintiéndome poderoso y consciente de que Ethan Carter no volvería a meter las narices en mi relación, era imposible no pensar en mí mismo como en el dios de mi propia vida.

Además me había librado una vez más de las sospechas de mi linda Serena. Había visto los tuppers en el frigorífico, pero se lo había tomado a broma, no había sospechado ni cambiado su actitud conmigo igual que ocurrió cuando encontró la hoja de la libreta en el baño.

Todo iba bien.

Solo me quedaba ganarme a su hermana Alison para que me entregara su corazón. Más adelante, quizás a su abuela. Le llevaba bizcochos todos los fines de semana, por tanto, debía ser importante para ella.

Respiré hondo, ahí, tumbado en mi cama, con el látigo bien guardado (señal de que hacía mucho que no la cagaba y no necesitaba castigarme).

¿Cuánto tardaría Serena en fijarse en las heridas de mi espalda, y qué le diría al respecto cuando lo hiciera?



CAPÍTULO 25

MIEDO

—A ver, a ver, a ver, ¿quieres relajarte?

Mi hermana estaba sentada en su sofá azul con las piernas cruzadas sobre él, sin zapatillas. Llevaba el pelo suelto y espeso, algo despeinado, una camiseta sencilla de color blanco y unos pantalones vaqueros largos. ¡La cabrona era guapísima incluso con lo más sencillo!

—No puedo. ¡No puedo!

Anduve de un lado a otro, nerviosa.

Me encontraba en su salón, a riesgo de que llegara esa compañera de piso suya que tan mal me caía. En una situación normal no me habría pasado por allí, pero lo necesitaba. Lo necesitaba porque Ethan no aparecía por ningún sitio, no contestaba a mis llamadas y sus amigos no tenían ni rastro de él. Esa tarde, su padre pasaría por su apartamento con una llave de repuesto. Si no lo encontraba allí, denunciaría su desaparición a la policía.

Me iba a dar un puto ataque de nervios.

¿Dónde estaba Ethan? No tenía razones para desaparecer. Él no era de los que se largarían sin dar explicaciones, sobre todo a su padre. Estaban superunidos.

—Seguro que se fue de fiesta y la cosa se alargó —intentó quitarle hierro al asunto.

Pero ella tampoco sonreía. Estaba claro que se tomaba esto en serio.

—No, Alison. Él no es así. Te prometo que siento que le ha pasado algo.

—Cariño, no te ofendas, pero no hace mucho que lo conoces.

—Lo sé, fue hace dos meses. Pero nuestra relación ha sido unida desde el principio. Lo conozco lo suficiente como para saber que algo no anda bien.

¡Otra vuelta más al salón!

—Te recuerdo que lo atacaron hace unas semanas y que podría estar metido en cosas turbias.

—Se lo comenté a sus amigos, y todos coinciden en que no era así. Ethan era un tío legal, dedicado a su trabajo. Un poco mujeriego, sí, pero porque no encontraba a su mujer ideal.

—¿Y con su padre has hablado?

Asentí. Me retorcí los dedos de las manos.

—Me explicó que Ethan estaba triste últimamente, con miedo, porque sentía que lo vigilaban. El día que desapareció, le contó que su guardaespaldas enfermó y tuvo que irse al hospital de prisa y corriendo.

Al fin (¡AL FIN!) mi hermana posó el mentón en la palma de su mano y se le puso esa cara de pensar tan característica en ella.

—Eso sí que es raro. Su guardaespaldas enferma y él desaparece.

Escuché las llaves de la puerta de entrada.

—Mierda —bufé.

Alison me observó de un modo pícaro, como si lo que estaba sucediendo le divirtiera muchísimo.

—Sé buena —comentó.

Pero yo ya estaba tensa como la cuerda de un arco. Lo cierto es que esa chica no me había hecho nada malo personalmente. Era su forma de expresarse, de mirar, de sonreír, lo que me molestaba. No encajábamos.

Los pasos de Claudia se acercaron por el pasillo mientras decía:

—¡Vaya día he tenido, Alison! ¡Necesito una cerveza y un novio!

Puse los ojos en blanco.

¡Es que no la tragaba!

—¡Hola, Claudia! Estoy aquí con Serena.

Se escuchó silencio en la cocina. Luego, cómo el frigorífico se abría y se cerraba. Un suspiro.

—Ya ni disimula —gruñí por lo bajo.

Mi diabólica hermana soltó una risita.

—Buenas tardes, Serena.

La sonrisa de Claudia fue falsísima. Me dieron ganas de decirle que tendría el Óscar a la mejor actriz de drama, pero me mordí la lengua.

—Hola.

—¿Qué te ha pasado para tener esa mierda de día? —preguntó Alison en un intento por destensar el ambiente.

Claudia se apoyó en el marco de la puerta del salón. No entró, señal de que no estaba cómoda ahí. Cruzó las piernas y los brazos, a la defensiva.

La chica era mona, morena. Siempre iba pintada como una puerta y vestía de un modo hippie y caro que no encajaba nada. O eras hippie y sencilla, o te gustaban los lujos, ¡las dos cosas no, por favor! Sus ojos redondos y castaños se clavaron en mi hermana desde debajo de su flequillo negro.

—El estúpido de mi compañero me ha regañado por llegar quince minutos tarde. Luego se ha quejado a mi superior y han estado a punto de despedirme.

—¿Marcus?

—Marcus —asintió ella. Bebió un trago largo de cerveza de lata—. Después he tenido que lidiar con clientes descontentos y a la salida un perro me ha ladrado. Te juro que medía dos putos metros, Alison. Dos putos metros.

Ahogué una risita. Solo de imaginar el respingo que debió dar, me sentí bien. Ese perro sería inteligente e intuitivo, y olió la mierda de persona que era Claudia. Una mimada de esas que pensaban que lo merecían todo por el simple hecho de nacer.

—Bueno, ¡pero ya estás aquí! Ahora a descansar.

—No te creas, ¿eh? Mi día no para de mejorar… —puso los ojos en blanco y me lanzó una mirada de soslayo.

«Pero será puta.»

—En fin, me voy a mi cuarto —concluyó, muy digna—. Noto el ambiente un poco cargado aquí dentro.

Antes de desaparecer por su habitación, volvió a mirarme. Yo le hice un corte de mangas y ella puso cara de asco, se encerró y encendió la música a todo volumen.

—Alison, mátala. Mátala mientras duerme, por favor. Le harías un favor al mundo. ¿En serio acaba de quejarse porque alguien le ha llamado la atención por llegar tarde al trabajo?

—Así es ella, sí, pero no es tan mala. Además, pasa la mayoría del día fuera y paga el alquiler religiosamente.

Resoplé antes de echarme a su lado en el sofá. Ella se movió para hacerme sitio.

—Por eso no te secuestro para llevarte a vivir conmigo —dejé clarísimo.

Alison nunca quiso hacerlo. Decía que nos llevábamos bien por separado y que no quería poner en riesgo nuestro buen rollo con una convivencia que podía salir mal.

—En fin, volvamos a lo importante —habló bajo, aunque no creí que Claudia nos escuchara por encima de su estruendosa música Indie—: ¿pasó algo antes de que Ethan desapareciera?

—Nada raro. Nos vimos, tuvimos una noche tranquila de charla, él se largó a casa tras dejarme en la mía, a la mañana siguiente me mandó un par de memes… y ¡puf!

—Tuviste una cita con él.

Asentí.

—¿Alguien que pudiera odiarlo sabía que tenías una cita con él?

Levantó las cejas. Yo supe por dónde iban los tiros.

—¿Estás pensando que…? —Mi corazón se aceleró enloquecido.

No podía ser.

Pero era.

—¿Lo sabía? —insistió.

Agradecí haberme sentado, ¡porque se me fue la fuerza de las piernas!

—¡Sí que lo sabía! Él quiso una cita y le dije que no podía, porque había quedado con Ethan.

—Así que tuviste una cita con Liam, acabó mal y a Ethan intentaron matarlo, y ahora tienes otra cita con Carter y desaparece al día siguiente. ¿Ves las casualidades?

—Alison, me parece increíble que estemos planteando la posibilidad de que Liam sea un asesino.

Coloqué las manos sobre mis rodillas. Empezaron a temblarme.

—¿Y por qué parece que te lo esperabas? Mírate las manos, hermanita… ¿qué pasa?

La ansiedad amenazó con atrapar mi estómago entre sus garras. Alison debió suponerlo, porque apretó mis manos en un intento por tranquilizarme.

—Cuéntamelo todo.

Así que lo hice: a las casualidades de coincidir con la ropa, en los sitios y el intento de asesinato de Ethan, se unieron los descubrimientos en su baño y los tuppers etiquetados sospechosamente en su frigorífico. También le conté que mi instinto me decía que no estuviera cerca y que me resultaba extraña su forma de moverse. No me detuve y le expliqué las razones que me dio para excusar lo de la nota del baño y los nombres de las etiquetas. Cuando terminé, no había ni rastro de tranquilidad en la cara de Alison. Sus manos estaban sudorosas sobre las mías.

—Creo que ha llegado el momento —dijo simplemente.

—¿El momento de qué?

—El momento de que te hagas a la idea de que estás compartiendo intimidad con un asesino, de que te metas en esa cabecita que tienes un acosador. Seguramente ya tendrá cámaras y micros por toda tu casa. Es momento de que lo investiguemos, porque él, hermanita, ha matado a Ethan.

»Ni lo que encontraste era una nota para sus escritos, ni la carne de su frigorífico era de animales.

—Me estás diciendo que… que…

Una arcada me hizo doblarme sobre mí misma.

No podía ser.

No podía ser.

—Hay una posibilidad muy alta de que hayas estado delante de Carter… Solo que ya no era del todo él.

Vomité sobre la tarima flotante de mi hermana.

Me acompañó a ver al guardaespaldas de Ethan Carter, que seguía en el hospital. Fue su padre el que me envió la ubicación después de confirmar que mi amigo no estaba en su piso. No estaba en ningún sitio.

«Excepto en el frigorífico de Liam», me dije.

Sentí como si el mundo girara a mi alrededor demasiado rápido y tuve la sensación de que me desmayaría, porque no podía ser. No podía estar pasando esto. Él, el único chico que me hacía correrme como loca, era un asesino.

No confirmado, pero había una probabilidad muy alta de que lo fuera.

Una parte de mí se sintió traicionada, asustada y tremendamente aliviada por no haberme enamorado. La otra estaba decepcionada y no podía creerlo. No podía asimilar que Liam fuese un asesino, un acosador, porque había tratado con él prácticamente todos los días, y conmigo era tan bueno y simpático… Y celoso, y posesivo.

—No tengas miedo. Haremos esto juntas. —Me agarró mi hermana de la mano mientras entrábamos en la recepción del hospital.

Ahí dentro olía a limpio y a desinfectante. Jamás me gustó el olor de los hospitales porque allí era donde iba siempre que enfermaba de pequeña. Donde te pinchaban, te hacían pruebas y pasabas horas, nerviosa, hasta que te atendían.

—Como estemos en lo cierto, Alison, voy a acabar con ese hijo de puta por engañarme —prometí.

Una parte de mí, la que había luchado por llegar donde estaba, sacó las uñas y prometió venganza con voz de diosa vengadora.

—Las dos acabaremos con él, no te preocupes.

—No quiero ponerte en peligro.

Nos dirigimos al ascensor. Ella pulsó el número dos.

—No lo haces. Ese imbécil no sabrá que yo estoy colaborando contigo.

—No es nada imbécil, Alison. Es listo. Es… puede ser, un maldito psicópata.

Ella se encogió de hombros quitándole importancia, aunque yo seguía temiendo por su integridad.

—Pero él solo es uno, y dos cerebros piensan más que uno. Te ayudaré, y tú actuarás como nunca antes para que no sospeche lo más mínimo.

Asentí.

Por supuesto que iba a actuar. Si Alison era la inteligente de la familia, yo era la valiente. No había nada que tuviera miedo de hacer. Vale, sí, lo de Liam daba miedo que te cagas, pero ¡no por ello me echaría atrás! Ahora más que nunca estaba dispuesta a llegar al fondo del asunto. Porque si era verdad que Ethan había muerto en sus manos y lo tenía troceado en un frigorífico… ese hombre iba a saber lo que era bueno. La enfermedad Serena le daría su merecido.

La puerta de la sala doce estaba abierta. Dentro no se escuchaba nada. Alison y yo asomamos nuestras cabecitas rubias y dimos un vistazo rápido ahí adentro: la habitación era grande, de paredes blancas y azules, algo impersonal (como lo eran todas las habitaciones de hospital). En

una camilla estaba el que debía ser el guardaespaldas de Ethan. Al menos, así me lo parecía por su cara de malas pulgas.

Sonreí con ternura: ese muchacho siempre parecía querer matar a alguien, pero por dentro sería más blando que un oso amoroso.

Alison tocó a la puerta y el hombretón levantó la cabeza.

—Buenos días —saludé, sacando a relucir esa personalidad adorable aprendida—, ¿es usted el guardaespaldas de Ethan Carter?

—Soy yo, Jaime. Y tú eres su amiga… ¿cómo te llamabas?

—Serena Beaumont. Ella es mi hermana: Alison Beaumont.

Nos acercamos con pasos precavidos. Él se incorporó sobre la camilla y casi tiró el libro que estaba leyendo. Me obligué a mí misma a no mirar el suero junto a su cama y la aguja metiéndose en una de las venas de su mano izquierda.

—La Directora de Proyectos que se ocuparía de sus oficinas inteligentes, ¿verdad? Tutéame.

—La misma. Gracias.

—Pasad, por favor. ¿Sabéis ya algo de Ethan?

Nos hizo un gesto señalando al sofá de malísima calidad que se encontraba debajo de la ventana. Fuera caía aguanieve y hacía un frío del carajo. Yo llevaba mi chaquetón favorito: el rojo.

—No, pero nos gustaría averiguar qué le ha pasado.

—¿El señor Carter no lo ha encontrado?

Se refería al padre de Ethan. Yo negué con la cabeza mientras tomaba asiento.

—No. Ha denunciado su desaparición hará una media hora. Van a comenzar a buscarlo.

El hombre cerró los ojos, dolido. Le dejé un momento para asimilar la noticia. Noticia que, por cierto, yo aún no había asimilado del todo. Creo que necesitaba un momento de soledad en mi habitación para pensar, lamerme las heridas y concienciarme sobre lo que estaba ocurriendo. Sobre que el mismo hombre que me salvó de ser violada y, por tanto, mi salud mental, podía ser un loco.

—Al final ha pasado —comentó.

Su mirada se perdió en algún punto entre sus manos morenas y la sábana blanca.

—¿El qué? —inquirió mi hermana.

¡La chica no perdía una!

—Lo que él temía. Desde que ese hombre le atacó siempre sentía que nos seguían. Y lo peor era que estaba en lo cierto.

—¿Tú también sentías que os seguían?

—¡Y no es que lo sintiera! Es que lo hacían. Siempre que ocurría algo raro había un hombre encapuchado, todo vestido de negro, a lo lejos. Lo suficiente como para que no lo miráramos. Pero a mí no se me escapaba una…

—¿Y él lo sabía? Que un hombre con el rostro tapado os seguía, digo.

Me sentí tonta en cuanto lo pregunté. Obviamente, si Jaime trabajaba para él, estaría obligado a informar de cualquier actividad sospechosa.

—¡Pues claro! No fueron muchas veces las que lo pillamos espiando medio escondido… Unas tres. Sabíamos que era el mismo por su estatura, su modo de moverse y de ocultarse.

—¿Su estatura?

—Casi un metro noventa de puro músculo… Aunque no estaba tan fuerte como Ethan. Él era todo un toro.

Recordé con cariño ese día en que me confesó que de adolescente había ido a boxeo, y cerré los ojos.

Fui tonta. Había tenido al chico perfecto delante de mis ojos y me dejé engañar por las necesidades de mi cuerpo y unos cuantos orgasmos… ¡Aunque vaya orgasmos!

Alison me miró y yo asentí.

«Liam mide casi un metro noventa y es un poco más delgado que Ethan.»

—¿Y qué pasó el día que desapareció? —preguntó Alison.

Jaime agarró el libro abierto con mucha fuerza y lo cerró. Apretó los dientes.

—¿Sabéis cuál ha sido mi diagnóstico? —su voz tronó dentro de las cuatro paredes.

Alison y yo nos miramos un tanto impactadas.

—¡Envenenamiento! El que sea que mató a Ethan, me envenenó. ¡Lo tenía todo planeado! Sabía que Ethan iría esa noche a tomar una copa, que yo no lo dejaría ni a sol ni a sombra. ¿Y sabéis qué es lo más curioso? Que el que iba a ir esa noche a tomar la copa con él, no apareció. ¡Ethan me mandó un mensaje para decírmelo!

Cazó su móvil sobre la mesita, tecleó y nos lo colocó delante con firmeza. Nosotras nos levantamos para ver bien el mensaje.

«*No ha venido, Jaime. Óscar no ha podido acompañarme porque ha enfermado, ¡como tú! Esto es rarísimo, joder. ¡Tengo la impresión de que me matarán en cuanto salga de aquí!*»

—No pude contestarle porque estaba fatal. Los médicos estaban haciéndome pruebas para identificar el veneno.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Sin duda ese hombre se culpaba por lo que había pasado. Me llegó al corazón, así que me levanté y me coloqué a su lado. Puse una mano sobre su hombro.

—Jaime, tú no has tenido la culpa de nada. Es obvio que, quien hizo esto, sabía bien lo que hacía. Lo lleva espiando días.

Carraspeó. Se limpió las lágrimas con furia y se tomó un momento para dejar de llorar.

—Pero no estuve ahí…

—Porque el asesino te envenenó. Mírate, todavía estás expulsando el veneno de tu organismo.

Él se observó. No tenía que ser una experta para saber que tardaría en superar esto.

Alison se puso de pie. Decidió coger el toro por los cuernos.

—Una última pregunta y nos iremos. ¿A qué bar fue Ethan la noche que desapareció?

Jaime pestañeó para aclarar su visión antes de responder:

—Al *Visionary*.

El mundo se me vino encima. Creí que no tendría que volver a ese sitio.

Las palabras de mi hermana no se iban de mi cabeza. ¿Y si era cierto que había cámaras por mi casa?

Ahogué un sollozo contra la almohada.

No podía creerlo. No podía creer que hacía unos meses mi vida fuera lo más pacífico del mundo, y que ahora estuviera envuelta en el asesinato de uno de los mejores hombres que había conocido en mi vida.

Las palabras del guardaespaldas también se repetían una y otra vez en mi mente, como un eco insoportable que se negaba a apagarse. Intentaba cerrar los ojos, buscando consuelo en el silencio de mi habitación, pero la tranquilidad me era esquiva. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿Cómo había permitido que mi vida se convirtiera en un laberinto de dudas y sospechas?

Sentía una opresión en el pecho, una ansiedad creciente que no lograba controlar. ¿Había sido tan ingenua como para no ver lo que estaba frente a mis ojos? Liam… ¿Había sido él? Cada vez que pensaba en esa posibilidad, algo dentro de mí se rompía. Él me había salvado, había sido mi refugio en más de una ocasión, pero ahora esa imagen se desmoronaba ante mí como un castillo de naipes.

Ethan estaba muerto. Y si Liam era responsable, entonces también yo lo era por no haber hecho nada para detenerlo. Me aferré a la almohada, tratando de contener las lágrimas, sintiendo que cada vez me era más difícil respirar. ¿Era culpa mía? ¿Había ignorado las señales, cegada por mis propios instintos sexuales?

¿Qué debía hacer ahora? ¿Cómo podía enfrentar a Liam sin dejar entrever mis dudas, mis miedos? ¿Cómo iba a mirarlo a los ojos y no mostrar el horror que sentía ante la posibilidad de que todo lo que había pensado de él fuera una mentira?

«Te ayudaré, y tú actuarás como nunca antes para que no sospeche lo más mínimo.» Palabras de mi hermana. Eso era lo que debía hacer a mi pesar: actuar con la esperanza de desenmascararlo.

La habitación se sentía fría y vacía a pesar de que el calor de mi cuerpo se acumulaba bajo las mantas. Me giré de un lado a otro, intentando encontrar una postura que me permitiera descansar, pero el sueño se me escapaba como arena entre los dedos. Las imágenes de Ethan, sonriente, confiado, se mezclaban con la imagen de Liam, oscuro y misterioso, y yo, atrapada en medio de ambos, incapaz de distinguir la verdad de la mentira.

Si Liam realmente era un asesino, ¿cuánto tiempo más podría fingir? ¿Podría mantener la máscara lo suficiente para descubrir la verdad? El miedo se enredaba con la culpa en mi mente, creando un nudo que se hacía más grande con cada pensamiento, con cada posibilidad que se me ocurría.

Intenté respirar profundamente, pero el aire se sentía denso, pesado. La casa, que alguna vez fue mi refugio, ahora parecía un lugar lleno de sombras y secretos, y yo no sabía si tenía la fuerza para enfrentarlos. Por saber, ¡ni sabía si Liam había instalado cámaras en cada habitación!

Apreté los párpados mientras lo odiaba. Él no lo sabía, pero en estos momentos no lo perdonaba por sentirme insegura en este nidito que tanto me había costado conseguir.



CAPÍTULO 26

NO BUSQUES MÁS

—Amapola, deja de husmear —me dije, siguiéndola por el bosque.

La había visto entrar al hospital, volver a casa, dar vueltas y vueltas en la cama… Estaba asustada, insegura, más ahora que había comenzado la búsqueda del cuerpo de Ethan.

Era lunes y Serena decidió ir al trabajo en metro en vez de en moto. De verdad debía estar nerviosísima para hacerlo, ya que el bosque a estas alturas del año estaba helado por la escarcha y las temperaturas.

El hielo crujió bajo mis pies, me detuve y Serena se giró con brusquedad. Estuvo a pique de tropezarse con sus tacones de aguja.

Me escondí detrás de un árbol, conteniendo la respiración mientras ella se giraba, sus ojos amplios y asustados. Observé cómo su pecho subía y bajaba con rapidez, como si el simple acto de respirar fuera un esfuerzo titánico para ella en ese momento. Serena era la criatura más hermosa que jamás había visto, incluso en su estado de pánico. La luz tenue del amanecer invernal resaltaba la pálida suavidad de su piel, y el rubor natural de sus mejillas contrastaba con el gris monótono del bosque. La escarcha en las ramas creaba un marco brillante alrededor de su figura. Parecía que la naturaleza misma estuviera envidiosa de su belleza.

«Mi Amapola.»

Mía.

Mía.

Mía.

Ahí, vigilándola cual depredador, mi monstruo interior deseó salir. Golpeó la cárcel donde lo tenía encerrado con fuerza y estuvo a punto de tomar el control.

Nunca había visto algo tan perfecto. La forma en que sus labios temblaban ligeramente, la manera en que sus manos pequeñas se aferraban a su abrigo en un intento desesperado por protegerse del frío y, quizás, de mí. Pero no era el frío lo que realmente la atormentaba, sino la incertidumbre. Lo sabía, lo podía sentir. Esa incertidumbre la hacía vulnerable, y en esa vulnerabilidad la encontraba aún más deseable.

La vi dar otro paso inseguro hacia adelante. Intentó recuperar la compostura.

«Mi valiente, valiente Amapola.»

Pero no podía esconder su nerviosismo. Su andar, que normalmente era tan seguro y decidido, ahora estaba teñido de duda, como si en cada crujido de las hojas bajo sus pies viera un reflejo de sus propios miedos. La había seguido todo el día, observando cada movimiento, cada cambio en su expresión, cada titubeo. Era mía, aunque ella aún no lo entendiera del todo.

Mi corazón latía con fuerza, no de miedo, sino de un deseo insaciable, una necesidad que quemaba en lo más profundo de mi ser. Deseaba devorarla, poseer cada fibra de su ser, hacerla parte de mí en cuerpo y alma. Pero no era el momento, no todavía. Por ahora, me contentaba con observarla, con dejar que mi presencia invisible la envolviera en un manto de miedo y duda. Sabía que mi simple existencia la corroía, y eso me daba un placer perverso.

Me acerqué un poco más, silencioso, meticuloso.

Estaba a un solo suspiro de ella. Podía oler su perfume, mezclado con la frescura helada del bosque. Quería aproximarme más, tocarla, arrancarle ese abrigo y dejarla expuesta al frío, al mundo, a mí. Pero me detuve. Sabía que debía ser paciente. La caza no estaba completa; la presa no estaba lista para ser devorada.

—Pronto, mi Amapola —murmuré en un susurro que solo yo podía escuchar—. Muy pronto.



CAPÍTULO 27

ACTUANDO

—Héctor, ¿qué me espera hoy?

Mi secretario me entregó el café y el bollo de chocolate, y comenzó a leerme el orden del día:

—A las ocho y media tiene una reunión de seguimiento con el equipo de construcción de las oficinas inteligentes, revisión de los materiales y acabados utilizados, coordinación con los ingenieros y arquitectos para asegurar que se están cumpliendo los plazos…; a las nueve y media, revisión del presupuesto final con el equipo financiero. Deben evaluar los costos adicionales y posibles ahorros en el proyecto *VerdeMont*, y ajustar la planificación financiera para el próximo trimestre; a las once, una reunión con recursos humanos. Proponen despedir a uno de los nuevos.

—¿A Marshall?

Héctor asintió sin apartar la vista de la Tablet, siempre tan correcto.

—A Marshall. A las doce y media tiene un almuerzo con un cliente potencial.

—¿Me recuerdas de qué iba el proyecto del cliente?

Sacudí la mano, pero vi a Héctor fruncir el ceño, extrañado.

Yo jamás me olvidaba de los detalles. Era muy buena en mi trabajo. Tener un despiste así… Era obvio que algo me afectaba demasiado. Un algo llamado Liam.

—Claro, señora Beaumont: Se trata del proyecto *Aurora Tower*.

—Lo recuerdo. —Mordisqueé el bollo de chocolate—. El edificio boutique de lujo que albergará empresas selectas de alto nivel. Firmas de consultoría, despachos de abogados, empresas de diseño…

—El mismo.

—Está bien. Sigue, por favor.

—A las dos tiene una reunión con el equipo legal; a las tres y media una llamada con el nuevo CEO de *BlueTech Innovations* —frunció el ceño. Yo sentí que el estómago me daba un vuelco. El bollo de chocolate dejó de parecerme apetitoso—. Vaya, ¿un nuevo CEO? ¿Qué ha pasado con el señor Carter?

—Nadie lo sabe, Héctor. Céntrate, por favor.

Me rasqué la ceja y solté el café junto a mi portátil. Me levanté, me quité la chaqueta ajustadísima que llevaba hoy, y la colgué en mi silla.

—A las cinco tiene una reunión interna de estrategia para planificar los futuros proyectos y ajustes en la dirección de la empresa, analizar el mercado y discutir sobre cómo posicionar a *SkyLine Designs* en el panorama actual.

Cerró el programa de la agenda y me observó esperando órdenes.

—Muchas gracias, Héctor.

—Si necesita cualquier cosa…

Se largó, no muy convencido. ¿Pero qué más me daba a mí? Contraté al chico por su profesionalidad, no porque se preocupara por mí.

«Genial, Serena, ¿ahora también vas a pagar tu humor de perros con los empleados?»

Me regañé a mí misma. Debía centrarme, tener en cuenta que vería a Liam en el trabajo y en alguna que otra reunión. Él se había encargado del proyecto de oficinas inteligentes de *BlueTech Innovations*, así que no me quedaría otra que verlo y actuar: sobre todo actuar.

Me pregunté si, ahora que sospechaba de él, mi cuerpo seguiría respondiendo igual ante su presencia.

A las ocho y media en punto, me encontré de pie en medio de la obra de las oficinas inteligentes de *BlueTech Innovations*, observando cómo los trabajadores iban y venían, montando paneles y revisando cables. La estructura del edificio comenzaba a tomar forma, un esqueleto de lo que pronto sería un espacio futurista, lleno de tecnología punta y diseño innovador. Y todo era obra de Liam.

Tecleé en mi móvil a toda prisa:

«*Alison, voy a verlo. Trabajamos juntos, joder. ¡¿En qué momento se me ocurrió contratarlo?!*»

Su respuesta no se hizo de rogar:

«*Hermanita, RELÁJATE y actúa. No sé… La gente que tiene miedo escénico imagina al público desnudo, ¿por qué no haces tú lo mismo?*»

Suspiré:

«*Genial idea, imaginar desnudo a un hombre que está de toma pan y moja, para relajarme. Claro que sí…*»

Ella envió unas caritas riendo. A continuación:

«*Actúa normal. Haz lo que haces siempre. Es así de fácil.* »

Pero no era tan fácil.

El corazón me latía con fuerza al pensar en lo que venía a continuación. Intenté mantener mi expresión impasible mientras mi mirada recorría el lugar, buscando cualquier detalle que pudiera fallar o desviarme del objetivo. Pero entonces, lo vi, caminando hacia mí con esa seguridad que siempre lo había caracterizado. A cada paso que daba, mi cuerpo respondía con una intensidad que odiaba, pero que no podía controlar.

Estaba pasando justo lo que no quería que ocurriera. Mi vagina traviesa volvía a traicionarme.

«Concéntrate, Serena, es solo una reunión», me dije a mí misma, forzándome a ignorar el calor que subía por mi cuello.

Liam se acercó con una sonrisa, pero yo no podía dejar de notar la frialdad que sentía por dentro, un contraste con el fuego que su mera presencia despertaba en mí.

—Buenos días —dijo él, su voz baja y grave, tan familiar, tan tentadora.

«Actúa, actúa, actúa…»

—Buenos días —respondí, manteniendo la compostura.

Lo miré a los ojos, evaluándolo, buscando cualquier indicio de culpa, de algo que delatara lo que realmente era. Pero no encontré nada, solo esa seguridad impenetrable que siempre había admirado y, al mismo tiempo, temido. ¿Por qué nunca había dado importancia a su expresión permanente de comer limones, rota solo por una sonrisa perfecta y ensayada?

—¿Te espera un día duro hoy?

Miré mi móvil fingiendo tener en él apuntada mi agenda.

—No te voy a mentir: sí. Y este traje no me ayuda a estar más cómoda para pasar el día.

—Pues estás guapísima. —Me recorrió con la mirada de pies a cabeza y yo me sonrojé—. Esas medias negras, la falda de tubo verde, la camisa a medio desabrochar, la chaqueta entallada… Tienes clase, jefa.

—¿Otra vez me estás llamando jefa? —le regañé.

—¡Es que lo eres! Una mujer a la que respetar.

Asentí y dejé escapar el aire fingiendo estar cansada de discutir.

—Está biennnn, a partir de hoy, dejaré que en el trabajo me llames jefa. Al fin y al cabo, soy tu superior. Mando sobre ti. —Intenté ser graciosa.

Funcionó, pues él se acercó hasta estar cerca de mi oído. Me susurró:

—En la cama no, Amapola. Ahí, yo soy tu amo y señor.

¡Estuve a punto de desmayarme delante de todos! Me lamenté porque esa intensidad, esa química sexual, se comía el miedo, las sospechas… Se lo comía todo. Era una sensación que me asustaba porque me transformaba en una especie de animal rubio sobre tacones de aguja, con los labios pintados de rojo.

—No seas malo y enséñame este sitio. —Lo aparté de un empujón.

Mi mente trabajaba a mil por hora, analizando cada gesto, cada palabra, mientras él me guiaba por el lugar, explicándome los avances del proyecto. Pero mis pensamientos estaban en otra parte, en Ethan, en su desaparición, y en la posibilidad de que todo esto fuera un teatro meticulosamente orquestado por Liam.

—Aquí planeamos instalar la sala de control, donde los sistemas de inteligencia artificial estarán centralizados —me explicó, con ese tono que usaba cuando sabía que estaba impresionándome.

Asentí, manteniendo mi expresión neutral, aunque por dentro me debatía entre el deseo y la desconfianza. Cada vez que me acercaba a él, sentía cómo mi cuerpo reaccionaba. Recordaba cómo sus manos se habían deslizado por mi piel, cómo me había hecho sentir cosas que nunca había experimentado antes. Pero ahora, esos recuerdos se mezclaban con la sospecha, con la idea de que esas mismas manos podían haber matado a Ethan. Bueno: matado, descuartizado, comido…

Me mordí el labio, intentando mantenerme concentrada en lo que él decía. Mis ojos lo observaban, recorriendo su rostro, sus labios que tanto había deseado, pero esta vez buscando algo más, una verdad escondida tras esa fachada perfecta.

Él continuaba hablando como si nada. Su voz tranquila, su mirada fija en mí, casi como si pudiera ver lo que estaba pensando.

Oh, ¡no! ¿Podría intuir lo que estaba pensando?

—Serena, ¿estás bien? —preguntó, y sentí cómo su mano rozaba mi brazo.

El contacto hizo que mi piel se erizara al instante.

Asentí rápidamente. Me aparté apenas un centímetro, lo suficiente para que notara que algo

estaba mal, pero no tanto como para levantar sospechas.

—Sí, estoy bien. Solo... pensando en todo lo que queda por hacer —respondí, intentando sonar convincente.

Él me observó por un momento. Pensé que había visto a través de mí, que sabía lo que tramaba. Por el contrario, sonrió. Lo hizo con confianza.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Ya lo verás.

Se acercó de nuevo, colocó la mano encima de mi espalda y siguió:

—Si soy capaz de llevarte al orgasmo toda la noche, lo seré de hacerme cargo del proyecto. —Me guiñó, juguetón.

—Eres un guarro, todo el día pensando con la polla. —Me crucé de brazos y miré a mi alrededor por si alguien estaba escuchando—. Te huele la mente a ingle.

—¿A mí? ¿O eres tú la que, cada vez que me acerco, se me quiere echar encima?

Se hizo el interesante. Sabía que estaba bromeando, sin embargo, no podía evitar ver algo más allá de su adorable sonrisa. Algo oscuro, algo que me recordaba que estaba jugando un juego peligroso, y que cualquier movimiento en falso podría ser el último.

Arqueé la espalda, acercándome a él.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo sabes que quiero echarme encima de ti? No sé, Liam… No sé. A mí me da la impresión de que eres un simple empleado buscando llamar la atención de su jefa constantemente…

Sí, estaba coqueteando. Era lo que tenía que hacer. Si quería respuestas, tendría que mantenerme firme, ser la Serena que siempre había sido en el trabajo: fría, calculadora, y, sobre todo, valiente. No me dejaría llevar por el miedo. Mucho menos por mi clítoris enloquecido por él.

No habría podido volver sola al *Visionary*. Mi hermana lo sabía, por eso no me dejó escoger y se presentó allí conmigo a las ocho de la tarde del día siguiente.

—Preguntemos al camarero directamente —propuso.

Estuve de acuerdo. Me quería ir de allí, porque pisar este sitio me recordaba al hombre que me acosó, que intentó violarme, y también a la preciosa cita que tuve con Ethan en uno de los reservados de arriba.

La cita fue especial, madura. Me sentí comprendida. De hecho, creo que el beso que le di es de los pocos que regalé salidos del corazón y no del deseo en aquella época.

El camarero del *Visionary* era un hombre fuerte, de cabello muy corto y tatuajes en el cuello. Tendría unos veinticinco años. Llevaba el uniforme azul y blanco del lugar, con la palabra *Visionary* cosida en el bolsillo de la camisa.

—¡Perdona! ¿Podemos hablar contigo?

Fue Alison la que habló con la voz firme. Era temprano, así que la música no estaba muy alta ni tampoco había gente bailando en la pista. Sí tomando algún coctel en las mesas de alrededor.

—¡Claro! Un martes a las ocho no hay mucho trabajo.

—¡Genial! Y perdona que te molestemos. Verás —se inclinó, dejando su escote bien firme a la altura del muchacho. Yo quise carcajearme como una loca—, somos amigas de un cliente habitual: Ethan Carter.

—¡Ah, sí! ¡El chico de las oficinas inteligentes!

¡¿Cómooooo?! ¡Casi se me cayeron los ojos rodando al suelo!

—¡¿Qué?! ¡Pero cómo sabes lo de las oficinas inteligentes! —exclamé.

El camarero me sonrió de un modo encantador, sin dejar de secar uno de los vasos con un paño limpio.

—Últimamente venía mucho aquí. Hace ya casi una semana que no lo veo, por cierto. Supongo que tendrá mucho trabajo.

—¿Cuándo fue la última vez que vino?

—El sábado, creo.

—¿Y puedo saber si vino con alguien?

El chico se carcajeó y me miró con cara de joven travieso.

—¿Qué pasa? ¿Eres su novia?

Me señalé, escandalizada.

—¡No! No soy una novia celosa, pero… —miré a un lado y a otro, sabiendo que mi actitud llamaría su atención. Después, me incliné sobre la barra y dije:—, ha desaparecido. La última vez que alguien tuvo noticias suyas, fue aquí.

Al camarero se le borró toda picardía de un plumazo. Soltó el vaso que estaba limpiando y cogió otro.

—Eso es una mierda como una casa, tía…

—Por favor, solo queremos encontrarlo y asegurarnos de que está bien. No es propio de él largarse sin dejar rastro. Su padre ya ha denunciado su desaparición. Dentro de poco no seremos nosotras las que andaremos haciendo preguntas. Será la policía.

Se tomó su tiempo mientras secaba el vaso y lo colocaba en un lugar debajo de la barra. Al fin, puso las dos manos en la superficie plana y echó su peso sobre ellas.

—Ethan estaba solo. Se emborrachó como pocas veces hacía y vino un amigo a ayudarlo.

Alison y yo cruzamos una mirada. Fue ella la que habló:

—¿Un amigo? ¿Cómo sabes que era un amigo? ¡¿Cómo era?!

—No sé. —Se encogió de hombros—. Pelo oscuro, alto… Iba con la cara tapada casi al completo, cosa que me extrañó. Supuse que Ethan llamó a un amigo para que lo ayudara a llegar a casa. Salió de aquí arrastrándose.

—¿Tanto había bebido como para arrastrarse?

—A mi parecer, no. Pero, ¡oye! ¡Cada cuerpo es un mundo!

No aguanté más. Los nervios me podían. La ansiedad en sí misma amenazaba con comerme viva. Palmeé la barra y mi voz sonó aguda al exclamar:

—¡Enséñanos las cámaras, por favor! Este lugar está lleno de seguridad.

—No puedo. Es información confidencial.

Me acerqué a él en señal amenazante. Últimamente no estaba para gilipolleces.

—Oye, bonito, ¿sabes que uno de vuestros clientes estuvo a punto de violarme en el baño del parking hace unas semanas? Tenéis esto plagado de cámaras, pero ahí abajo ¡ni una! Si no queréis que os cierre el puto negocio, ¡enseñadme las cámaras!

Alison parpadeó desconcertada y sorprendida por mi actitud. El camarero también. No esperaba que una chica rubia cualquiera tuviera ese pronto y fuera capaz de amenazarlo de una forma tan directa.

—Llamaré al encargado.

Se dio medio vuelta y se largó. Intenté relajarme.

—Joder, hermanita, ¿de quién cojones has sacado ese carácter? Porque mamá y papá siempre fueron bastante suaves…

—Supongo que es deformación profesional.

—Estrés laboral, más bien —me corrigió.

Yo la corregí a ella:

—No, cariño, no. Estrés de la vida. La mía era genial hasta que aparecieron Ethan y Liam. Mierda de hombres…

Un hombretón trajeado, con barba y cara de buena persona se colocó delante de mí. Mediría un metro ochenta a lo sumo y tenía la cara arrugada. Su voz fue sosegada cuando habló:

—Seguidme.

Nos llevó a la parte trasera del *Visionary* y cruzamos una puerta con el cartel de «privado». Sin duda los decoradores habían invertido todos sus esfuerzos en decorar la discoteca y los reservados, porque esto… esto era soso. Pero soso…, soso. Más que un padre contestando con «ok.» a un mensaje largo de Whatsapp.

—Paul me ha pedido que os enseñe la grabación del sábado sobre las doce y media de la madrugada.

—Así es —hablé.

Estaba acostumbrada a tratar con tipos trajeados. En este momento yo no era Serena, la tímida y asocial muchacha que disfrutaba de las series de terror y los libros de mitología. Era Serena la jefaza, la poderosa, la que mandaba y negociaba. La que tuvo que pisotear cabezas y, a veces, hasta su propia integridad para llegar donde estaba.

Había pensado que algo así podía suceder, por eso me subí antes de salir de casa en unos tacones de aguja que darían vértigo a un niño, me coloqué un traje completo de color negro, más sobrio imposible, y mi chaquetón rojo.

—Nuestro amigo Ethan ha desaparecido.

—Ethan Carter: lo conozco. Su empresa se encargó de mi discoteca inteligente de Vancouver.

—¿Tiene una discoteca inteligente en Canadá? —Fingí que me importaba. A estos hombres les encantaba sentirse respetados—. Eso es increíble. Me encantaría visitarla algún día.

—Y a mí que la visitara, señorita Serena.

—¿No conocemos?

Él sonrió, misterioso.

—Serena Beaumont, la Directora de Proyectos de *SkyLine Designs*.

—Vaya, pues sí que me conoce. ¿Dónde llega su poder, señor…?

—James Miller

—Señor James Miller —dije su nombre con lentitud. Mi cabeza se convirtió en un hervidero de nombres y recuerdos, hasta detenerse en él—. Nos encargamos de construir su cadena de restaurantes en Las Vegas.

—¡Exacto! No me conoció en persona, señora Beaumont, pero el trabajo que hizo junto a su equipo fue excelente, y eso que aún no estaba en un cargo alto. Pero recuerdo que fue la que dio las ideas originales.

¿Cómo olvidarlo? Esos restaurantes marcaron un antes y un después en mi carrera.

—El trabajo que hice con sus restaurantes propulsó mi carrera. Creo que soy yo la que debe estarle agradecida.

—Un trabajo bien hecho es un trabajo bien hecho. Ahora díganme: ¿a qué hora quieren que rebobine?

Nos colocamos delante de unas pantallas. En ellas se veían decenas de cámaras del local. James salió del programa y se fue a los archivos en busca de las grabaciones del sábado.

—Entre las doce y las doce y media.

Así lo hizo. Pronto encontramos a Ethan sentado en un sillón, casi en una esquina del local, bastante escondido, como si quisiera desaparecer entre sombras y alcohol. Su postura encorvada me rajó el corazón por la mitad. Llevaba un traje azul marino, como era común en él, pero no intentaba fingir seguridad. Por el contrario, era obvio que algo iba mal.

Estaba asustado.

De repente, un hombre alto y grande, vestido de negro de pies a cabeza, entró, se incorporó sobre él y lo levantó con dificultad. Ethan se tambaleó, movió los labios, pero estaba prácticamente inconsciente.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó James.

Ninguna de las dos le contestó. Si era Liam, se había escondido muy bien. No había rasgo de él que delatara su identidad. Toda su cara eran tela y sombras, y no se quedó con Ethan más de dos minutos antes de sacarlo a rastras del *Visionary*.

Me quedé devastada.

Era obvio que mi amigo estuvo mal y nadie lo ayudó. Su asesino lo sacó de allí sin el más mínimo alboroto. Sin apenas un poco de defensa por su parte, porque seguramente estaría drogado.

—Póngalo otra vez —ordenó mi hermana.

James fue paciente. Rebobinó una vez, dos, tres… y nos permitió sacar fotografías. Antes de irnos, dejó claro:

—Espero que os haya sido de utilidad y que encontréis al señor Carter. En cuanto a usted —se giró en mi dirección—, Paul me lo ha contado todo. Siento muchísimo lo que pasó en el parking. A partir de mañana habrá cámaras por doquier.

»Esto no puede volver a pasar. El *Visionary* es un lugar seguro.



CAPÍTULO 28

MÍRALA.

—Mira cómo baila. Está buena, ¿eh? —me dijo un tío cualquiera en señal de confianza, señalando a mi Amapola.

Yo le dediqué la mirada más espeluznante de mi ensayadísimo repertorio de miradas, y él se atragantó y se largó con el rabo entre las patas.

Sí, Serena bailaba como una diosa en el *Visionary*.

Me sorprendió seguirla hasta allí. A juzgar por su trauma, supuse que no pisaría la discoteca jamás.

Me equivoqué.

Serena y su hermana entraron, hablaron con el camarero y desaparecieron dentro de una sala privada. En cuanto lo hicieron, una parte de mí quiso tirar la puerta abajo y sacarla de allí para controlarla, para cuidarla, para que no ocurriera nada que escapara a mi vigilancia. Por suerte, no tardaron mucho en salir acompañadas de James Miller, un hombre rico y con renombre.

Cuando investigué a Serena, vi que había participado en un proyecto de restaurantes para ese hombre, así que supuse que habían ido allí a hablar de negocios. Por la mala cara que traía mi Amapola, pensé que el trato no había salido del todo bien.

Además, él las invitó a todo lo que quisieron. Eso último me hizo plantearme si, en vez de hablar de negocios, hablaron del incidente del parking y James trataba de disculparse de ese modo.

Vaya mierda de disculpa, por cierto. ¿Están a punto de violarte, y lo único que se le ocurre al dueño del local es ofrecerte barra libre de alcohol para que no lo denuncies?

Puse los ojos en blanco, pero me quedé en mi sitio. Si Serena estaba bebiendo y bailando entre semana, teniendo que trabajar al día siguiente, era porque lo necesitaba.

«Pero yo también necesito quitarme la presión de los huevos, joder. »

Gruñí.

Y me daba igual. Esta vez retendría a mi monstruo interior, a mis instintos, porque estábamos avanzando y no quería espantar a mi gatita.

Hoy, simplemente observaría.

Natasha se presentó en mi mesa de trabajo sin llamar antes a la puerta. Esa mujer era tremendamente sexy, graciosa y… pesada. Ella quería algo que yo solo daría a mi Amapola. Quizás en otra época, cuando aún no conocía a Serena, me habría aprovechado de su belleza,

pero no ahora.

—Liam, ¿quieres que almorcemos juntos?

Su proposición me sorprendió. Ella solía ser desvergonzada conmigo aunque yo no le daba razones para serlo, de hecho, a veces le respondía mal para que captara la indirecta. Sin embargo, nunca me pidió una cita.

—¿Almorzar juntos?

No le sonreí. Por regla general, sonreír era un puto esfuerzo. Algo que había automatizado a base de practicar horas y horas delante del espejo.

—Sí. Hoy tengo la mañana libre. Óliver almuerza con un familiar, Serena comerá con su hermana y yo…

—¿Serena ha quedado con su hermana?

Pestañeó, desconcertada. No esperaba esa respuesta de mi parte.

—Sí… Sí. Irán al parque para pasar algo de tiempo al aire libre.

—¿Van a hacer un picnic?

—Supongo. Pero, dime, ¿almorzamos juntos?

Me hizo ojitos y enrolló uno de sus rizos encrespados con su dedo. Yo me forcé a soltar una sonrisa traviesa, en parte para disimular mi interés por la jefa.

Clavé mi vista en los labios y los pechos chocolate de la joven. Años atrás me habría encantado pasar mi lengua por su piel.

—Vas al grano, ¿eh, Natasha?

—Por… ¿por qué?

—¿Me estás pidiendo una cita?

Me retrepé contra la silla de escritorio, disfrutando de cómo la muchacha se sonrojaba y apretaba la carpeta entre sus pechos voluminosos.

—¿Quieres que sea una cita?

Fingí pensármelo.

—Sí, pero no.

—¿Sí, pero no? Tu respuesta es confusa. Eres todo un misterio, Liam Spencer.

—Un misterio con patas y traje —bromeé—. Digo que sí, pero no, porque me gustaría salir contigo a comer otro día, pero no en calidad de cita, sino de amigos. ¿Te parece bien?

Si mi respuesta le dolió, no lo demostró en absoluto.

—¡Pues claro! Te pillo mal hoy, supongo.

—Sí… Yo también tengo un compromiso.

—¡Pues lo dejamos para otro momento, entonces! Por cierto, aquí tienes información para diseñar las clínicas sostenibles *Clinic & Green*. No nos decepciones, ¿eh?

Me dedicó un guiño coqueto, estampó la carpeta contra mis brazos y se largó meneando el trasero, muy digna.

—¡Tienes unas curvas preciosas! —la halagué mientras andaba por el pasillo.

Ella levantó el dedo corazón y se largó riendo.

Natasha se hacía querer allí dentro. Incluso a mí me caía bien, y eso ya era decir mucho.

Llevaba la bolsa repleta de pastelitos de Pink Candy, la mejor pastelería del centro. La dueña era francesa. Hacía unos *éclaires* para chuparse los dedos, y yo sabía que Serena era adicta al chocolate negro. Héctor siempre llevaba a su despacho un café con leche y bollos de chocolate.

También había comprado *éclaires* de crema y de nata, pues no sabía lo que Alison escogería.

Me la iba a ganar. Caerle bien a su hermana era el siguiente paso en mi escalada hacia el corazón de mi Amapola. Mi fría, valiente y obediente Amapola.

El parque a esa hora estaba lleno de vida. Los rayos del sol atravesaban las copas de los árboles, creando patrones danzantes sobre el suelo. A las dos de la tarde, el parque se encontraba en su punto álgido de actividad: niños corriendo detrás de pelotas, ciclistas pasando por las sendas pavimentadas y parejas sentadas en los bancos, disfrutando del día. Había en el ambiente una mezcla de naturaleza y humanidad que lograba darle a todo un toque casi idílico.

Las flores, plantadas estratégicamente en parterres cuidadosamente cuidados, añadían un toque de color vibrante contra el verde profundo del césped. Los bancos de hierro forjado, desgastados por los años pero robustos, estaban ocupados por personas leyendo libros o simplemente descansando bajo la sombra de los frondosos árboles. El aire estaba cargado con el aroma de la tierra y la fragancia sutil de las flores, casi como si el parque mismo respirara con serenidad.

Los caminos de grava crujían bajo los pies de los viandantes, un sonido que siempre me había parecido relajante, casi hipnótico. Los árboles, altos y orgullosos, parecían formar una especie de cúpula natural sobre nuestras cabezas, filtrando la luz y creando un ambiente que era a la vez acogedor y ligeramente opresivo, perfecto para una charla aparentemente casual.

Lo vi todo mientras me acercaba al lugar donde sabía que las encontraría. Mi mente, siempre calculadora, registraba cada detalle, asegurándome de que no había nada fuera de lugar. Nada que perturbara la perfección de este encuentro planeado. Pero por encima de todo, no podía dejar de pensar en Serena. Mi Serena. Allí, en ese parque. Se veía tan fuera de lugar, tan vulnerable y, al mismo tiempo, tan condenadamente hermosa que casi dolía mirarla.

Estaba sentada sobre el césped verde, a la sombra de dos árboles, sobre una manta de cuadros. Habían llevado una cestita igual que en las películas de familias felices. Junto a Alison, resaltaba de la elegancia. ¡No estaba diciendo que Alison no fuese elegante! Pero su estilo era más casual, mientras que el de mi Amapola…

Oh, ¡mi polla dio una sacudida al ver esos bordados góticos de su vestido largo! Llevaba un sombrero elegante y un collar de perlas. Los tacones, cómo no, de aguja, y un cinturón color marfil parecido al de las perlas. Mi chica era deliciosa. Era verla, y un hambre voraz se apoderaba de mí.

Quise tocarme, recorrer mi miembro cuan largo era para calmarlo, pero me controlé.

A partir de ahora, cada gesto, cada palabra, contaba para caerle bien a esa chica pizpireta de ojos astutos parecidos a los de Serena.

Alison era psicóloga, era peligrosa. No dudaba de que analizaría cada una de mis palabras y hablaría con Serena sobre mí después… Sobre todo si mi Amapola mostró interés en mí delante de ella. Y sabía que Serena lo había hecho, por las cámaras colocadas en su casa.

Pasé por delante de ellas. En cuanto la mirada de mi gatita se posó en mí, se puso tensa y dio un golpe a su hermana en el brazo, que miró en mi dirección. Yo saludé con la mano y comencé a subir la pequeña colina. Ambas comentaron algo de prisa y corriendo, nerviosas, y yo me enternecí al ver la estampa porque era obvio que causaba algo dentro de Serena, y de que habían hablado de mí más de lo que yo pensaba. Al fin y al cabo, solo tenía cámaras en casa de mi gatita.

—¡Jefa, qué casualidad!

«Soy el rey de las casualidades…»

—Liam, ¿qué haces por aquí?

Levanté la mano con la bolsa.

—He ido a comprar *éclaires* a Pink Candy para la sala de descanso. Un detalle sin importancia. Pero, oye, ya que estoy aquí, ¿os importa si os invito al postre?

Serena elevó la barbilla, muy digna.

Adoraba cuando sacaba las garras.

—Liam, estoy con mi hermana, no creo que…

—¡No te preocupes, Serena! —Alison se levantó y se sacudió el trasero. Se dirigió a mi posición con una seguridad envidiable—. Tú eres Liam, el de la discoteca, ¿no? Gracias por salvar a mi hermana de ese capullo.

No disimulé la sonrisa de satisfacción, porque Serena me había dado muchísimos puntos a favor contándole eso a su hermana.

—El mismo. Y tú eres su queridísima hermana. Serena no para de hablar de ti.

La muchacha puso los ojos en blanco con humor:

—¿Verdad? Si es que no para de hablar de otra cosa. ¡Soy el centro de su vida! —gritó, sarcástica.

Mi Amapola le regañó y tiró de ella, volviéndola a sentar a su lado. La pequeña no se rindió:

—Siéntate, Liam. Quien traiga *éclaires* es bienvenido a nuestro aquelarre de chochos malignos.

Me atraganté, ya sentándome sobre el césped duro.

—¡¿Aquelarre de qué?!

—¡De chochos malignos! Aquí se charla como verduleras, se critica a los estúpidos, se practica magia negra… Ya sabes.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada.

—¡Pero, bueno, jefa, no sabía que tu hermana era tan divertida!

—Es la cabra loca de la familia. —Sonrió ella con ternura.

—Y tú la oveja negra —replicó Alison.

—Una viste diferente, y ya la llaman oveja negra. De verdad, ¡qué poca originalidad! —le pinchó Serena.

Me acerqué más a ella, hipnotizado por su preciosa piel con sabor a pistacho y azúcar. Ella volvió a tensarse y me pregunté si se debía a la excitación, o a algo más. Aún no había dicho palabra alguna sobre la ausencia de Ethan.

Mejor para mí.

Abrí la bolsa mientras ellas seguían discutiendo de fondo. El glaseado de los *éclaires* brilló bajo los rayos del sol.

—¡Por Dios! Qué pinta tiene eso. Quiero siete kilos —comentó Alison en cuanto los vio.

—¿Sabéis lo que significa *éclair*e?

Serena asintió. Su hermana ni me escuchó, centrada como estaba en escoger uno de los pastelitos.

—Es una palabra francesa, y significa rayo.

—¿Entonces sabes por qué se les llama *éclaires* a estos pasteles?

Volvió a asentir. Yo quise agarrarla del pelo, tumbarla en el césped y comerme los bizcochitos ordenados sobre su cuerpo. Mi sabelotodo preciosa…

—Porque el glaseado es brillante, como los rayos.

—Vaya, vaya…, estoy orgulloso de ti.

—¿Por saber una curiosidad? No es mi culpa que hasta ahora solo hayas conocido a mujeres sin cerebro.

La expresión traviesa que me dedicó me dejó fuera de juego. Me quedé mirando sus pecas de la nariz, sus ojos amarillos, hasta que Alison volvió a sentarse a su lado con un pastel de crema en la mano.

—Yo cogeré el de chocolate.

«Acerté.»

Podía ser de corazón insensible y carecer de empatía, pero a observador no me ganaba nadie.

—Bueno, Liam, Serena me ha hablado mucho de ti, pero como bruja protectora que soy, me gustaría darte el visto bueno.

Giré la cabeza con lentitud en su dirección. Una parte de mí quiso mandarla a la mierda y decirle que nadie podía interponerse entre mi Amapola y yo.

Ni siquiera ella.

Por el contrario, contesté:

—¡Claro! Pregúntame lo que quieras.

—¿Tu familia vive aquí contigo?

—¡Alison! Esa pregunta es demasiado personal —le regañó Serena.

Y tenía razón. No me gustaba que se metieran en mi pasado.

—Venga ya, hermanita. ¿Cómo, si no, quieres que conozca a Liam?

—No te preocupes —intenté quitarle hierro al asunto. Me obligué a contestar de la forma más agradable posible—. No tengo familia. Me crio mi madre… si es que puedes llamar «criar» a ofrecer cero atención y apoyo a tu hijo, y a espantarlo de casa a la temprana edad de catorce años.

—¡Joder, Liam! Hay mujeres que no sirven para ser madres. Supongo que no te arrepentirás de haberte largado de esa casa, ¿no?

—Yo jamás me arrepiento de lo que hago, Alison. No creo en el arrepentimiento. Además, no tengo nada de qué arrepentirme. No fui yo el que se fue de casa, en realidad. Ella me abandonó, así que me vi obligado a buscarme la vida.

—Qué horrible. —Le dio un bocado a su *éclaire*.

Alison tenía un aire distraído que hacía que todos a su alrededor se relajaran. Todos menos yo. Ella era psicóloga, pero yo era observador, y no caería en sus trampas de hermana protectora.

—Son cosas que se superan. Lo hice, y aquí estoy. ¡Vivo, con casa y trabajo!

—¡La verdad es que sí! Has logrado el éxito. De hecho, ganarte la confianza de esta rubia de aquí ya es todo un éxito.

Golpeó el brazo de su hermana. Esta, que estaba a punto de meterse un trozo de *éclaire* en la boca, ¡se estampó el chocolate contra la mejilla!

—¡Alison! Eres *brutísima*. Deberíamos cambiarle el nombre al aquelarre, y llamarlo El Aquelarre de los Chochos Brutos.

Su hermana se sujetó la barriga con las manos mientras reía.

—¡¿Te imaginas?! ¡¿Te imaginas?!

Serena me miró y articuló «lo siento» con los labios. Yo le ofrecí una servilleta para que se limpiara la mejilla.

—Y hablando de éxito, Liam. ¿Qué crees que hace que alguien tenga éxito o fracaso en la vida?

Mi Amapola intervino:

—Ya estás con tus preguntas raras…

Alison se carcajeó, pero pasó de ella.

Yo carraspeé.

—El éxito es para aquellos que no se rinden, sin importar el costo. El fracaso es simplemente la falta de voluntad para hacer lo que sea necesario. La vida no es justa, y los débiles no merecen compasión; el éxito es para los que están dispuestos a tomarlo.

—Bueno, está claro que esa filosofía te funcionó para llegar hasta aquí —dijo la muchacha, ahora más seria—. Aunque no soy de las que creen que el fin justifica a los medios.

—¿No? Pues creo que a tu hermana le fue muy bien arrancándole la cabeza a los machos para escalar en la empresa, ¿no? —Lancé un guiño a Serena.

Ella me dedicó una mirada de suficiencia mientras decía:

—¿Estás dando a entender que soy una mantis religiosa? Porque te recuerdo, Liam, que me he acostado contigo y sigues vivo.

—¿Tú crees? Yo diría que me has hecho ya perder la cabeza…

Alison se entrometió otra vez en la conversación. Sin duda, esa chica era una pesada, no me caía bien. Quería conocerme y yo no quería que me conociera.

—¿Y qué haces en tu tiempo libre?

Fruncí el ceño. Seguía con la impresión de que me psicoanalizaba.

No me gustaba nada.

Me puse recto. En ocasiones así me costaba ser simpático. El verdadero Liam salía y comenzaba a tener un poco de ansiedad y ganas de… de… matar.

—Disfruto de las actividades que me permiten concentrarme y perfeccionar habilidades, como el ajedrez o el tiro al blanco. Me gusta cualquier cosa que requiera precisión y paciencia. También me encanta la arquitectura; hay algo tan fascinante en diseñar y construir algo desde cero, en hacer que todo encaje perfectamente.

—¿Haces tiro al blanco?

Mi Amapola pareció sorprendida por mi sinceridad.

—¿Por qué te sorprendes?

Serena sacudió las manos arriba y abajo. Se incorporó y agarró otro *éclaire* de chocolate.

—No sé… No te imaginaba haciendo tiro al blanco.

—Me relaja. Además el ajedrez y la arquitectura desafían mi mente. Me gustan los desafíos. Lo sabes bien.

Mordisqueé un pastel de nata sin apartar mi vista de mi Amapola. Ella, mi mayor reto, mi mayor logro… pronto.

Muy pronto.

—Eso sí te pega, pero tiro al blanco…

—Yo creo que el tema de las armas no es muy… moral —intervino Alison.

Otra vez la puta pesada rubia esta.

Levanté una ceja. Se me estaba yendo la sonrisa y apagando mi batería social para la mañana de hoy.

—Es con arco, Alison, no con pistola.

—Ya, pero igualmente… ¿no crees que todos deberíamos estar sujetos a las mismas reglas morales?

Me tragué el *éclaire* de golpe.

No podía más. Miré el reloj dando a entender que tenía prisa, porque si seguía ahí la cagaría.

Empezaba a ponerme nervioso, y cuando me ponía nervioso decía tonterías. Teniendo en cuenta que adoraba el control y no dejar cabos sueltos…

—Las reglas morales son relativas. Creo que cada persona debe decidir lo que es correcto para sí misma. Al final, la moralidad es una construcción social, y algunos de nosotros simplemente vemos más allá de eso.

Con las mismas, me levanté, cerré la caja de pastelitos y agarré la bolsa.

—Oh, vaya, ¿ya te vas? ¡Me estaba gustando conocerte!

No se me pasó por alto la astucia de esa mirada, la maldad que rondaba por ella.

¿Alison había visto al monstruo de mi interior? Porque lo parecía. Más lo hizo cuando sonrió con suficiencia mientras comentaba:

—Eres un hombre con muchas capas.

Se me calentó el estómago, porque lo supe.

Supe que Alison sería la próxima a la que tendría que matar, y la carne de mujer era más blanda que la de un hombre.



CAPÍTULO 29

A POR TODAS

—¡Alison! Eso ha sido demasiado. ¿Te das puto cuenta de lo RARÍSIMA que ha sido la conversación? ¡¿Y luego me pides que sea yo la que actúe?! —grité con el terror agazapándose en lo más hondo de mi estómago.

—Relájate, cariño. No ha sospechado nada.

—¡¿En serio?! A ver, a ver, a ver… LE HAS PREGUNTADO SOBRE LA MORAL, Alison. SOBRE LA MORAL.

—Y sobre su trabajo, sus aficiones… ¡Son cosas normales!

—Mierda, mierda, mierda… Como ese hombre te toque un pelo le arrancaré los ojos con mis propios dedos.

Alison me agarró las manos y las sostuvo entre las suyas con fuerza. Yo deslicé mi mirada por su dulce rostro, plagado de tranquilidad y comprensión.

—Sé que ha sido arriesgado, Serena. De verdad que lo sé, pero necesitaba hacerlo. Necesitaba analizarlo.

Respiré hondo. Todavía tenía el sabor del chocolate del *éclaire* en la boca.

—Vale, vale. Pues dime qué has sacado en claro, por favor, antes de que me dé un maldito infarto.

—¿Lo quieres resumido, o extendido?

—Resumido.

—¿Segura? La versión extendida del Señor de los Anillos era mucho más detallada que…

—RESUMIDA, Alison.

Como si fuera una niña de seis años, sacó morritos, se cruzó de brazos y comenzó a hablar:

—Lo más evidente, es que Liam tiene, como mínimo, un trastorno de su personalidad causado por el abandono de su madre. Seguramente, debido a la falta de apoyo y atención, Liam tiene predisposición a obsesionarse con figuras femeninas.

Me llevé la mano a los labios.

—Eso encajaría con tu teoría de que me espía.

Ella asintió. Ahora no había risitas ni bromas. Alison ya no era la chica graciosa, sino la profesional. Esa psicóloga de la que estaría orgullosa algún día.

—Además, tiene una clarísima falta de compasión hacia los que él considera «débiles», ¿y eso de alcanzar el éxito a cualquier costo? Demuestra rasgos psicopáticos.

—Psicópata, con trastornos en la personalidad… ¿Cómo has podido sacar todo eso de una conversación de apenas media hora?

—No he terminado.

—Perdón.

Me callé, no fuera a ser que de verdad se transformara en bruja y me lanzara un hechizo para coserme la boca.

—La preferencia por actividades que requieren precisión y control, combinada con su

fascinación por «hacer que todo encaje perfectamente», podría sugerir tendencias obsesivas. Además, el disfrute de actividades como el tiro al blanco podría ser una pista de una mentalidad que aprecia la dominación y el control, incluso sobre la vida y la muerte.

—Alison, eso da miedo. ¿Cómo que «dominación y control, incluso sobre la vida y la muerte»?

—Pues eso —soltó, como si fuera algo superevidente. Y en realidad lo era, pero todo lo relacionado con Liam me costaba asimilarlo—. Es posible que sea un tío controlador, dominante, que se cree Dios. Es posible que la vida de Ethan no fuera para él más que… que… polvo.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Y no he podido evitar fijarme en su constitución: se parecía al del vídeo —reconocí.

Ella asintió.

—Yo también lo he pensado. ¿Y eso último? ¿Lo de la moral? Serena —me agarró las manos más fuerte—, es común en individuos con trastornos antisociales ese desprecio por las normas sociales y morales. Su referencia a «ver más allá» sugiere una justificación interna para actos que la mayoría consideraría inmorales o inaceptables.

Me dejó digerirlo.

—Liam…, Liam puede estar pensando que lo que hizo con Ethan está bien.

—Y ha dicho que jamás se arrepiente de nada.

Cerré los ojos. Ya no había modo de justificarlo. Aún no estaba comprobado al cien por cien que Liam había asesinado a Ethan, pero todo indicaba que así era.

—Entonces ha llegado el momento —comenté, levantándome del césped. Solo la práctica evitó que mis tacones de aguja se clavaran en la tierra—: hay que terminar con esto. Alison, este fin de semana, me colaré en casa de Liam. Si hay algo relacionado con la muerte de Carter, estará allí. Tengo que ganarme su confianza, hacerle pensar que todo está bien. Cuando menos lo espere, golpearé.

Por primera vez en toda esta investigación, vi el pánico dibujado en los ojos de mi hermana.



CAPÍTULO 30

LA PRÓXIMA.

Alison será la próxima.

Está claro que Serena y ella han hablado, y la conclusión no ha sido bonita. Ella no me lo ha dicho, pero noto un ligero distanciamiento de su parte. Es raro, como si antes hubiese ternura en sus ojos al mirarme, esperanza, y ahora no. Solo un profundo vacío y un destello de miedo.

Quizás fui yo, que no tuve demasiado cuidado. La cagué. Esa maldita aspirante a psicóloga vio debajo de todas esas capas de apariencia, y descubrió al monstruo.

Era la única explicación.

La oscuridad de mi cuarto era el refugio perfecto para mi mente atormentada. No había ruidos ni distracciones. Solo estaba yo, con la soledad de mis pensamientos y el acero frío de la realidad. El látigo colgaba de la pared, esperándome. Un viejo amigo que siempre estaba ahí, listo para recordarme mis fallos y debilidades.

Me levanté de la cama, mi pecho aún subía y bajaba con rapidez por la rabia contenida. Había sido tan estúpido, tan imprudente. ¿Cómo había podido ser tan descuidado ante esa mujer? ¿Cómo había permitido que sus preguntas, tan inocuas en apariencia, me llevaran a revelar tanto? Me odiaba por ello.

Descolgué el látigo y lo sostuve en mi mano. Mi reflejo me devolvía una imagen que odiaba y amaba a la vez. Los ojos encendidos por la ira, el rostro tenso, cada músculo en mi cuerpo preparado para el castigo que merecía.

Di el primer golpe. Sentí el cuero abrirse paso a través de mi piel desnuda. El dolor era agudo, pero bienvenido. Era necesario. Cada golpe era una lección. Una lección en la que me recordaba que no podía permitirme debilidades. No podía mostrar flaquezas, no podía permitir que alguien, mucho menos una simple psicóloga, rasgara la superficie de mi perfección meticulosa.

El segundo golpe llegó más fuerte. Provocó que la sangre corriera en finas líneas por mi espalda. Sentía la piel arder, el dolor quemante, pero no detuve el látigo.

Lo merecía.

Era mi forma de limpiar las impurezas, de castigar mi propio desliz.

Mi respiración se volvió más pesada, mi visión nublada por el dolor. Pero no podía detenerme. No hasta que sintiera que había pagado por mi estupidez. No hasta que cada fibra de mi ser recordara que no debía confiar en nadie, que no debía ceder a mis impulsos, por muy inocentes que parecieran.

Finalmente, dejé caer el látigo. Mi espalda estaba en carne viva, cada respiración un tormento. Me desplomé en la cama, mis pensamientos girando como un torbellino. La oscuridad del cuarto

parecía más densa, más opresiva, pero también más familiar. Aquí, en esta penumbra, podía enfrentarme a mí mismo, a mis demonios, sin la distracción de la luz del día.

Mientras mi cuerpo temblaba por el dolor y la rabia, comencé a pensar en lo que debía hacer a continuación. Sabía que no podía permitir que esa psicóloga siguiera indagando en mí. Había sido demasiado arriesgado ya permitir que Serena entrara en mi vida, pero Alison… Alison era una amenaza mucho mayor.

Ella había visto algo, había notado algo. Sus preguntas no habían sido casuales, lo sabía. No podía arriesgarme a que indagara más, a que descubriera quién era en realidad. Mi mente se agitaba, considerando todas las posibilidades, todos los escenarios en los que podría silenciarla para siempre.

Ella debía morir. No había otra opción. No podía permitirme el lujo de la compasión, no con alguien que podía exponerme.

Lo haría parecer un accidente, una tragedia inesperada. Quizá una caída por las escaleras, una intoxicación por gas… Las opciones eran muchas, pero todas debían terminar en su muerte. Solo así podría asegurarme de que Serena, mi Amapola, quedara a salvo de las sospechas.

Me justifiqué una y otra vez mientras planeaba.

No era mi culpa. Era necesario. Alison era un riesgo, una amenaza. Y cualquier amenaza a mi mundo, a mi control, debía ser eliminada. No podía dejar que nada ni nadie se interpusiera entre mi Amapola y yo, entre mi objetivo y la perfección que había construido con tanto esmero.

Mientras mi mente delineaba cada detalle, cada paso necesario para asegurarme de que Alison desapareciera sin dejar rastro, sentí una calma oscura apoderarse de mí. El plan se formaba en mi mente con la misma precisión y frialdad con la que diseñaba mis edificios. Todo encajaría, todo tendría su lugar. Y al final, cuando todo hubiera terminado, estaría libre de su molesta presencia y su amenaza latente.

Me levanté de la cama.

Sabía lo que debía hacer, y lo haría. No porque quisiera, sino porque debía. Por Serena. Por mi control. Porque en mi mundo no había lugar para el error ni para las amenazas. Solo había lugar para la perfección. Y esa perfección, al final, requería sacrificios.



CAPÍTULO 31

MEDIAS DE RED

«*Estoy lista*», envié a mi hermana, junto a una foto de mi conjunto de lencería.

No esperé su respuesta. Ya estaba lo suficientemente nerviosa, y sabía que ella creía en mí a pies juntillas. Yo siempre fui la valiente de la familia, la que lograba lo que se proponía a base de cabezonería.

Ahora, mi cabezonería se encargaría de llegar al fondo del asunto. Si Liam había matado a Ethan, lo vengaría.

Mi plan era el siguiente: seducir a Liam, disfrutar de su atención e instalar una cámara en miniatura en su salón. Tras eso, esperaría a que saliera de casa para colarme en ella y buscar pruebas.

¿Arriesgado? Sí. No el hecho de poner la cámara en sí, sino el de entrar en su hogar sin saber cuánto se demoraría.

En lo referido al sexo, no había problema, porque mi cuerpo seguía siendo un inconsciente. Un estúpido que se calentaba con la simple mirada peligrosa de Liam, que pedía más y más de él. Jamás me saciaría de lo que provocaba en mí. Y lo peor era que me gustaba esa peligrosidad, esa parte oscura de él.

Era una mierda descubrir, tras años, que solo un tipo como él era capaz de hacer que me corriera. Me llevaba a las estrellas, a la Luna. Hacía conmigo lo que quería. Con una orden me transformaba en su sirvienta, en su perra, por mucho que supiera que él estaba mal de la cabeza.

A mi cuerpo no le importaba.

Por desgracia, deseaba lo que estaba a punto de hacer. Más sabiendo que sería la última vez.



CAPÍTULO 32

¡SORPRESA!

—Jefa, vamos a tener que establecer un horario de visita —bromeé al abrir la puerta y verla con la gabardina roja encima de unas medias de red.

Estaba arrebatadora.

El abrigo era de un rojo profundo, el tipo de rojo que evocaba tanto peligro como pasión. Me miró con esos ojos que siempre parecían querer decir más de lo que permitían, con una mezcla de desafío y deseo que me electrificó al instante. Era un desafío que solo ella podía lanzar, y que yo estaba más que dispuesto a aceptar.

El aire entre nosotros se cargó en el momento en que cruzamos miradas, como si ambos supiéramos lo que estaba a punto de suceder. Ella dio un paso adelante. Cruzó el umbral de mi puerta sin necesidad de invitación, porque sabía que nunca la rechazaría. La luz tenue de la sala se reflejaba en su piel. Le daba un brillo etéreo.

Se detuvo en medio del pasillo. Con un movimiento lento y calculado, comenzó a desabrocharse la gabardina. Mis ojos siguieron cada uno de sus movimientos, la manera en que sus dedos jugaban con los botones, deslizándolos uno a uno, revelando poco a poco lo que había debajo. Cuando finalmente dejó caer la gabardina al suelo, el mundo pareció detenerse.

El conjunto que llevaba era devastador. Un corsé negro que ceñía su cintura y resaltaba sus curvas con precisión milimétrica, medias de red que subían hasta la parte alta de sus muslos, conectadas a un liguero que parecía haber sido diseñado para enloquecer a cualquiera que lo viera. El contraste entre el negro del conjunto y el rojo de su gabardina caída sobre el suelo era casi teatral, una combinación de sensualidad y peligro.

No podía ser más perfecta.

Mi mirada se deslizó lentamente por su cuerpo, desde las clavículas que sobresalían delicadamente, hasta el borde del corsé que acentuaba el busto de manera casi obscena. Cada línea, cada curva, parecía haber sido esculpida con el único propósito de destruir cualquier resistencia que hubiera podido tener. Pero no había ninguna. Ella había ganado en el momento en que había decidido presentarse ante mí de esta manera.

Sentí una oleada de calor recorrerme, una mezcla de lujuria y admiración. No había nada en ella que no fuera perfecto en este momento. Cada detalle, desde la forma en que sus labios pintados de un rojo oscuro contrastaban con su piel, hasta la manera en que sus caderas se inclinaban ligeramente hacia un lado, era un recordatorio de lo irresistible que era. De lo mucho que la deseaba. De lo mucho que la necesitaba.

Mis manos se cerraron en puños a mis costados, luchando contra el impulso de lanzarme

sobre ella. Pero sabía que ese no era el juego que ella quería jugar. No todavía. Había venido a provocarme, a demostrarme que tenía el control, al menos por ahora. Y yo estaba más que dispuesto a dejarla creerlo.

—¿Vas a invitarme a pasar? —preguntó con una voz sedosa, rompiendo el silencio cargado que se había instalado entre nosotros.

Sus palabras parecieron despertarme de un trance. Asentí sin apartar la vista de ella ni un segundo.

—Adelante, Serena —respondí, mi voz más baja y grave de lo que pretendía, un reflejo de la tensión que vibraba en el aire.

Ella esbozó una sonrisa, una de esas sonrisas que sabía utilizar para manipular, para seducir. Dio otro paso. Entonces nuestras respiraciones se sincronizaron en ese espacio mínimo que nos separaba. Cada movimiento suyo, cada mirada, era un recordatorio de que Serena no era solo una mujer hermosa. Era una fuerza de la naturaleza, un torbellino de deseo y poder al que no podía ni quería resistirme.

Mientras ella caminaba más profundamente en mi casa, dejando la gabardina roja tirada en el suelo, supe que esta noche marcaría un antes y un después. Porque necesitaba liberar un pelín de ese monstruo de mi interior y ella iba a permitirlo.

—¿A qué debo este… placer? —ronroneé.

—¿Placer? —negó—. Todavía no te he demostrado el placer que puedo ofrecerte, cielo.

—No puedes hacerme esto, mi Amapola —me hice el difícil, aunque ya estaba duro, preparado para hacerla mía durante toda la noche—. No puedes decirme que lo nuestro es profesional, y luego presentarte en mi casa de esa guisa.

—¿No te gusta?

Su voz fue terciopelo puro.

Tragué.

—Me encanta. Haces que quiera comerte.

Un estremecimiento la recorrió y el vello se le puso de punta.

—Cómeme, entonces.

Ella no sabía que literalmente me daban ganas de comérmela poco a poco. No tenía ni idea de cómo luchaba conmigo mismo cuando la tenía delante, tan indefensa y desnuda. Porque por un lado ella era mi obsesión y no quería hacerle daño, y por otro tenía el deseo oscuro de hacerla una conmigo. De que su cuerpo fuera mío.

Pero si lo hacía no podría disfrutarla más. Le pondría fin a esas sonrisas, a esos ojos amarillos de gato que tan loco me volvían.

—No digas eso. No sabes de lo que estás hablando.

Aunque ella se tomaba mis palabras de manera figurada, corrió a la cocina contoneando las caderas. Yo no la seguí. Estaba helado, luchando por recuperar el control sobre mis instintos oscuros.

Cuando volvió, traía uno de mis cuchillos de carne en la mano. Me lo ofreció después de pasárselo sensualmente entre los abultados pechos.

—Vamos, chico peligroso, cómeme.

Sus palabras eran juguetonas.

Si sospechara siquiera lo que estaba provocando, no tentaría a la suerte de manera tan descarada.

Le arranqué el cuchillo de las manos, la agarré del cuello y me acerqué a ella. Le hablé al

oído:

—No despiertes al monstruo, Amapola.

Ella se arqueó para acercarse más. Encajó mi muslo entre sus piernas.

—Es lo que quiero, Liam, despertar a ese monstruo. Quiero que hagas conmigo lo que quieras.

El deseo danzaba libre por sus ojos. Daba brincos, saltos. Serena estaba mojada y sonrojada. Hechizado, pasé el cuchillo por su espalda. El tacto frío de la hoja la hizo tensarse por la anticipación.

Pero no le haría daño por mucho que anhelaba saber cómo sabrían sus muslos, sus pechos, su corazón.

«Maldita sea, la polla va a reventarme.»

Me alejé.

—Siéntate en el sofá.

Ella obedeció al instante.

—Así me gusta, que obedezcas. Eres una chica buena, Serena.

Ella apoyó la espalda en el cuero del espaldar y echó el cuello hacia atrás. Su pelo rubio cayó por la parte trasera del mueble, desmadejado y suelto. Me acerqué desprendiendo peligro por cada poro de mi cuerpo.

Esto iba a ser difícil. Mucho. Si no conociera a Serena, diría que me estaba poniendo a prueba.

—Tu piel es preciosa.

Pasé el cuchillo por su clavícula, por su cuello. Ella se quedó muy quieta. Quizás temía cortarse con el filo.

—Shhhhh, tranquila. No te cortaré.

Su respiración se agitó.

Le gustaba esto. Le gustaba la autoridad y el peligro.

Pero a mí me gustaba más la parte que me tocaba.

Éramos la simbiosis perfecta.

Bajé con el cuchillo por el corsé, haciéndolo sonar contra la tela, por las braguitas y las medias de red. Me arrodillé delante de ella. Su vista me persiguió, hambrienta.

—Eres increíble, Serena, y estas medias también. Son al muslo, justo donde tienen que llegar para no molestar.

—No soy tonta, cielo.

Me agarró del pelo con salvajismo.

Estaba impaciente.

—¿Impaciente por tenerme entre tus piernas?

—Mucho.

—Pues sabes que me gusta hacerme de rogar…

—Por favor, Liam.

—Más.

—Por favor.

—¿Por favor, qué?

—Quiero sentir tu lengua en cada parte de mí.

—¿Aquí?

Arranqué su ropa interior. Ella chilló, pero calló en cuanto mi lengua recorrió una de sus

ingles.

—Casi.

Sonreí, porque para travieso ahí estaba yo. Coloqué la empuñadura del cuchillo en la entrada de su cueva y la enterré en ella. Dejó escapar un gemido ahogado.

—Liam…

—Ya no soy Liam, Serena. Soy tu amo, tu dueño.

—¿Quieres… quieres que te llame «amo»? —Se sonrojó.

Tan solo imaginarlo me hacía sentir el poder reptando por mis venas. Sí, quería tenerla postrada ante mí.

Quería que fuera mi esclava.

—Es lo que quiero, sí. Solo tu amo hará que te corras así.

Metí la empuñadura más adentro, dejando un centímetro de distancia para evitar que se cortara. Ella se quedó muy quieta, pero su respiración se agitó y sus latidos se aceleraron.

—Te estoy follando con un cuchillo, Amapola. ¿No tienes miedo?

Negó con la cabeza. No cerró los ojos en ningún momento. Me miró estoica, mi gatita valiente.

—No.

—Voy a hacer que te corras con un cuchillo.

La idea casi me llevó al orgasmo. La tenía dura como una piedra, palpitante dentro de mis pantalones, a punto de estallar. Me desabroché para liberar la erección, aunque sabía que no me calmaría hasta sentir su roce.

Con mi lengua apreté su clítoris arriba y abajo sin dejar se penetrarla con el mango. Ella se apretó a mi alrededor. Deseé que esa fuera mi polla, sentir sus paredes por todos lados. Sentir su calor.

—Me voy a correr, señor.

Sí, «señor» también me valía.

Solté una risita justo enfrente de su hendidura.

—Eres una gatita malísima. Te gusta el peligro.

Chupé con más fuerza y las piernas de Serena empezaron a temblar. Estaba tan mojada que me costaba agarrar el cuchillo entre sus piernas. Si me despistaba, si hacía un movimiento en falso, me cortaría la palma de la mano.

Cuando los gemidos de Serena se acallaron y el clímax disminuyó, saqué el cuchillo y la observé con suficiencia.

—Para todo hay una primera vez, ¿verdad?

Ella se carcajeó.

Era curioso, porque su risa conectaba directamente con mi miembro, ahora brillante por la excitación.

Jamás había consumido drogas recreativas, pero me imaginaba que tendrían un efecto similar al de Serena cuando me corría por las venas.

Me consumía.

Me cerní sobre ella, todavía con el cuchillo lleno de su esencia en mi mano. Me agarré a ella con fuerza y su lengua se enroscó a la mía. Quería saborearla entera para ahogar un pelín a mi monstruo. Había estado a punto de perder el control. La necesidad serpenteó por mis venas hasta que lo vi todo rojo, pero me contuve.

Aparté la boca de mi Amapola. Ella me atrapó la mano y se la colocó sobre uno de los

pechos.

—Dame todo lo que tengas.

—¿Esto es un atraco? —repliqué, bromista.

Ella ronroneó.

—Dame todo lo que eres. Soy tuya. Completamente tuya.

La sujeté con fuerza y la tumbé sobre el cuero. Luego le aprisioné los brazos por encima de la cabeza, con las dos muñecas en una de mis manos.

—No finjas, Serena. No juegues conmigo.

El fuego que sentía en la garganta me prendió la voz.

Serena me miró con los ojos muy abiertos y los labios sonrojados de besos, hinchados.

—¿Y si no estoy fingiendo?

La victoria recorrió mis entrañas.

—¿Está reconociendo la gran Serena Beaumont, que ha abierto su corazón a un hombre? —Presioné con el torso contra ella y las caderas contra sus muslos; los cojines del sofá se arrugaron bajo nuestro peso—. Porque si me entero de que es mentira, de que tocas a otro o miras a otro…, no acabaremos bien.

Diciéndolo, le pasé el cuchillo por el cuello con lentitud. Una amenaza que sabía que a ella le ponía como una moto, por mucho que yo solo quisiera apretar más contra su piel, herirla, ver cómo la sangre caía sobre mi sofá a prueba de manchas y lamer el río rojo.

—Lo estoy reconociendo, lo sé y lo acepto.

Cerró sus piernas en torno a mis caderas.

Le solté las muñecas, le cogí la cara, noté su piel suave bajo la yema de mis dedos. Tenía el corazón en un puño y sentía que me iba a estallar contra las costillas.

—Mi Amapola, eres lo único bueno que he conocido. Si esto fuera mentira…, no lo soportaría.

Reconozco que estaba haciéndome un poco la víctima, manipulándola. Ella conocía mi historia, pero era buena, así que solo seguiría adelante si era sincera con sus palabras.

—¿De qué tienes miedo, cielo?

Acarició la barba de mi mentón.

La sinceridad de lo que dije me abrumó, ¡y mira que yo solía sentir entre cero y nada! Pero era cierto, y no estaba acostumbrado a abrirme de esa forma:

—De que vuelvan a abandonarme.

Alzó la cabeza, impresionada. Colocó su boca sobre la mía y la pasión estalló dentro de mí. Dejé escapar un gemido cuando me rodeó con los brazos y las piernas, la polla se me puso dura contra ella.

Mi tempestad interior se canalizó hacia ella y me dejé de llevar por un momento.

—Ah… —siseó.

Aparté el cuchillo de manera precipitada.

—Mierda, ¿te he cortado?

Un hilo de sangre bajó por su escote. La tensión creció en mis entrañas, mi muro de autocontrol se tambaleó y la polla se me estremeció.

Dios…, ¡qué apetitosa!

—No pasa nada. Ya te he dicho que aceptaré todo de ti.

Colocó sus dedos sobre mis labios.

Bajé las barreras, las murallas, para entregarme a ese ser tan fabuloso. Serena era un

unicornio en un mundo lleno de serpientes.

Agarré las lazadas de su corsé y se lo quité, dejándola en medias de red y ligas.

—Eres una chica muy sucia, ¿verdad? —ronroneé con las tripas agarrotadas de deseo.

Me lancé a por los dos botones rosados que eran sus pezones, que ahora estaban salpicados de la sangre procedente del corte abierto. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—Oh, Dios… ¡Dios!

Estaba conteniendo la respiración.

—Apuesto lo que sea a que podría hacer que te corrieras lamiéndote los pezones.

—Haces que todo suene tan guarro, mi señor…

La miré. Ella deslizó su lengua en mi boca, me acarició el torso y bajó las manos hacia los calzoncillos. Le ayudé a deshacerme de ellos hasta que mi polla quedó libre, gruesa e hinchada, goteando de necesidad por estar dentro de ella. Me froté con su mano, el calor me recorrió cada célula. Se quedó sin aliento cuando la punta de mi polla le presionó el clítoris.

—Mi dueño —jadeó.

Entré en ella de golpe, hasta el fondo.

Lanzamos gemidos a la vez. La sensación de estar rodeado de ella era abrumadora. Me dio miedo estallar demasiado rápido. Quería que el momento durara eternamente.

Salí con delicadeza antes de volver a entrar en ella. Marqué con las caderas el ritmo de mis sensaciones: la necesidad de llegar hasta el fondo de mi Amapola me hacía delirar.

Me incliné hacia delante para morder su oreja.

—Eres maravillosa, gatita.

Gimió y me clavó las uñas en el hombro al tiempo que movía las caderas para ir al encuentro de las mías.

No hubo un intercambio de poder, no hubo exigencias ni control.

Solo ella. El dominio que sentía teniéndola así era más que de sobra.

Me mordí el labio. Tenía un maldito incendio en las entrañas y la embestí con las caderas, le golpeé el culo con los testículos en cada movimiento.

—Quiero que repitas que eres mía.

Lanzó un grito cuando cambié el ritmo dentro de ella y empecé a girar las caderas contra su clítoris.

—Soy tuya.

El calor me estalló por todo el cuerpo. Cogí el ritmo mientras sus palabras se derramaban cual hierro fundido en mi alma.

El sonido de la piel al rozarse se mezcló con el de nuestros gemidos hasta que se puso tensa y estalló. Las paredes de su coño me estrecharon y succionaron con fuerza, ordeñándome. Tenía los músculos tan agarrotados que dolía. El semen salió palpitante mientras mi polla se estremecía dentro de ella. La llené con mi semilla.

Me dejé caer encima de Serena, jadeante, por fin con la mente un poco en paz.

Jamás me había sentido tan seguro.



CAPÍTULO 33

PRUEBAS

Ya en mi casa, en la tranquilidad de mi habitación, decidí que estaba mal de la olla.

Era la única explicación, porque lo que había vivido con Liam era… demencial. Lo que sentía cuando me tocaba, cuando me hablaba, incluso cuando me hirió.

Cerré los ojos.

Al fin y al cabo había logrado lo que quería: le había hecho bajar la guardia, creer que era de él al completo, y colocado una cámara tras la solitaria planta de su recibidor.

Si finalmente él no había sido el asesino de Ethan, todo esto sería un error tremendo. Yo, la zorra mala que jugó con su corazón.

Pero algo en mí aseguraba que Alison y yo no estábamos equivocadas.

«Al menos una parte de mí sigue siendo cuerda», me consolé.

La suerte me acompañó y quiso que, al día siguiente, Liam saliera de casa, se montara en su moto y se largara.

Había llegado el momento.

«*Me voy a meter en el nido de la bestia*», envié a mi hermana.

Ella me respondió que tuviera cuidado y la avisara con cualquier contratiempo.

«*Iré a tu casa en cuanto salga de clase.*»

Hoy no me vestí con vestidos ni trajes, sino con algo más cómodo y práctico: un chándal negro y gris, pegado al cuerpo, que no limitaba mis movimientos.

Tuve cuidado de que nadie me viera cruzar la calle ni bordear la casa de Liam.

Su patio trasero era tan impersonal y perfecto como su salón. Las baldosas grises le aportaban un aire moderno y llevaban a una zona de barbacoa rodeada de césped artificial. Me pregunté para qué usaba ese espacio si no parecía tener muchos amigos. Un arce daba sombra al espacio.

Me esperaba que la puerta trasera estuviera cerrada con llave. Al contrario que yo, Liam no dejaba cabos sueltos.

Pero me había preparado para eso practicando con mi propia puerta (mismo constructor, mismas puertas). Los tutoriales de Youtube no solían servir… hasta que te encabezonabas y lograbas que funcionaran.

No me permití celebrar el momento en que sonó el «*click*» y se abrió. Había demasiadas cosas que podían salir mal. Demasiadas variables sueltas que podían provocar que yo acabara muerta. No me permití pensar sobre ellas mientras me internaba en su cocina y buscaba los tuppers etiquetados de la última vez. Sería imposible que se comiera toda esa carne. Algunos debían estar en el congelador.

«*Voilá*!»

El de «*manos*», «*brazo asado*» y «*corazón*» seguían ahí.

«¿Será esto lo último que queda de Ethan?»

Me mareé, porque ¿y si de verdad estaba delante de los restos de Ethan?

Hice fotos al congelador, a los tuppers, y un vídeo donde también se viera el entorno. Agarré el tupper más pequeño, el de «*manos*» y lo metí en mi mochila de deporte.

De ahí bajé al sótano. Conforme descendía por las escaleras, el olor a antiséptico se hacía más fuerte.

«Esto es raro. Es raro de cojones.»

Porque, donde mi sótano era un lugar íntimo, con chimenea y rincones para pasar el tiempo con amigos, el suyo era un lugar frío y vacío, con varios arcones cerrados con candado, una mesa metálica apartada en una esquina, junto a dos sillas, y una pared con cuatro anclajes: dos arriba y dos abajo.

El labio inferior me tembló.

Mientras mis ojos recorrían el sótano, no podía evitar que la imagen de Ethan, atado a esa pared, se filtrara en mi mente como un veneno lento. Me lo imaginé con los brazos en alto, las muñecas atadas a esos anclajes superiores, los pies apenas tocando el suelo mientras su cuerpo luchaba por sostenerse. Su rostro, alguna vez lleno de vida, ahora pálido y cubierto de sudor, con los ojos suplicantes, llenos de terror y desesperación.

El aire en el sótano era denso, cargado con el olor metálico que solo podía provenir de un lugar donde se había derramado sangre, aunque no fuera visible a simple vista. Había algo en la atmósfera, una pesadez que se sentía como una mano invisible apretando mi garganta. Era como si el lugar mismo estuviera impregnado de dolor, de sufrimiento silencioso, oculto tras esas paredes de hormigón que habían presenciado horrores que nunca deberían haber ocurrido.

La mesa metálica, apartada en una esquina, me llamaba como un testigo mudo de actos oscuros y depravados. Pude imaginar a Ethan sobre esa mesa, indefenso, con el cuerpo temblando bajo el frío implacable del metal, mientras Liam preparaba meticulosamente su destino. ¿Qué instrumentos se habrían posado sobre esa superficie? ¿Un bisturí, tal vez? ¿Una sierra pequeña, precisa, diseñada para cortar carne con la mínima resistencia?

Y esos arcones cerrados con candado... Mi estómago se revolvió solo de pensar en lo que podrían contener. Cada uno de ellos parecía ser un ataúd improvisado, guardando secretos macabros, partes de un ser humano que alguna vez fue completo. La idea de que Ethan o, peor aún, partes de él pudieran estar dentro de uno de esos arcones, me hizo retroceder un paso, como si alejarme pudiera deshacer las imágenes que se formaban en mi cabeza.

Mi respiración se volvió errática, el miedo apoderándose de mí, mientras la idea de lo que Liam podría haber hecho aquí se volvía más tangible, más real. Podía imaginarme a Ethan gritando, rogando por su vida, y a Liam, con su rostro impasible, frío, disfrutando del control absoluto, del poder de decidir sobre la vida y la muerte.

Mis ojos volvieron a los anclajes en la pared, incapaces de apartarse, como si estuvieran hipnotizados por la oscuridad de lo que representaban. Era un escenario salido de mis peores pesadillas, sin embargo, aquí estaba, frente a mí, real y tangible.

Tenía que pirarme.

Hice un vídeo con el móvil, lo fotografié todo. Cada cosa que guardaba, la compartía en el chat con mi hermana.

Tragué saliva.

¿Qué había hecho? ¿En qué tipo de monstruo había confiado? Y, sobre todo, ¿qué significaba

todo esto para mí? ¿Podría seguir fingiendo que todo estaba bien?

No. Después de imaginar decenas de escenarios grotescos aquí abajo, no podía acercarme a él, actuar, fingir… Si hoy salía de ahí, lo haría con pruebas de sobra para encerrarlo.

Me sentía atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar.

Dejé el sótano atrás y subí directamente a su habitación.

Lo que allí vi me dejó de piedra: en la pared opuesta a la cama, un enorme mural dominaba la habitación. Mis piernas flaquearon cuando reconocí el rostro que ocupaba casi toda la superficie. Era yo. Mi propio rostro, pero no como lo veía cada día en el espejo, sino como Liam lo veía. Cada detalle estaba grabado con una precisión escalofriante: la curva de mi cuello, la forma de mis labios, la valentía en mis ojos. Eran imágenes tan nítidas, tan fieles a la realidad, que parecían creadas a partir de un recuerdo exacto, una captura congelada en el tiempo.

Pero no era solo el realismo lo que me hizo retroceder, sino la intensidad con la que había sido pintado. Mi rostro estaba rodeado de sombras en la mayoría de las imágenes, resaltado por luces suaves que daban la impresión de que emergía de la oscuridad, casi como un ser etéreo. Había una sensualidad exagerada en la forma en que mis labios estaban ligeramente entreabiertos, en cómo mi cabello parecía enredarse en una brisa inexistente, y en la manera en que mis ojos miraban directamente hacia adelante, como si estuvieran clavados en el observador.

Me acerqué lentamente, hipnotizada y aterrorizada al mismo tiempo. La dedicación, el detalle… era como si cada pincelada hubiera sido hecha con devoción enfermiza. La profundidad de la obsesión de Liam me golpeó con toda su fuerza, y por un momento, el suelo pareció desaparecer bajo mis pies.

Las sombras alrededor de mi figura en el mural no eran simples sombras. Eran formas, figuras borrosas que se retorcían, algunas con lo que parecían garras o rostros desfigurados, figuras que emergían de la penumbra, intentando alcanzarme. Era como si él me viera como algo inalcanzable, una deidad rodeada de las tinieblas de su propia mente retorcida. Unos de los dibujos era especialmente perturbador por la minuciosidad del detalle, por la carga emocional que transmitía. Este no era un simple retrato; era una manifestación física de la obsesión, del deseo más oscuro y profundo de Liam.

Mi corazón latió con fuerza mientras mi mente intentaba procesar lo que estaba viendo. ¿Qué clase de hombre creaba algo así? ¿Qué tipo de amor o deseo enfermizo impulsaba a alguien a capturar cada rasgo, cada sombra de una persona de esta manera?

«Mierda, él es mi acosador de verdad. Él me ha estado observando desde el principio. Alison tenía razón.»

Me sentí invadida, vulnerada de una forma que nunca había experimentado. Tuve la sensación de que él había tomado posesión de mi imagen, de mi ser, y la había moldeado a su voluntad, plasmándola en la pared para adoración personal. No pude evitar imaginarlo aquí, en esta habitación, en medio de la noche, contemplando su creación, quizás incluso tocando la pintura como si fuera mi piel, recreando en su mente las caricias que tanto deseaba darme en la realidad.

«¿Desde cuándo me observa? ¿Se mudó aquí por mí?»

Estaba a puntito de echarme a llorar como loca, de derrumbarme en la cama del hombre que hasta hace poco me había estado llevando a las estrellas.

Mandé fotos y vídeos del mural al chat con mi hermana. Ella escribió:

«*Joder, Serena. Sal de ahí ya. SAL DE AHÍ. No necesitas más pruebas, estoy lejos y te quiero*

viva.»

Y era lo que deseaba: huir. Pero antes rebusqué en sus cajones e intenté encender su portátil. Aunque no logré averiguar la contraseña, encontré un cuaderno gastado por el uso. Bueno, en realidad encontré dos. En la portada de uno, escrito en letras grandes y sinuosas, ponía: ANNA. En el otro: SERENA.

Serena.

Tuve que parpadear varias veces para asimilar que eran cuadernos de anotaciones privadas sobre sus pensamientos más oscuros.

Me picó la curiosidad y abrí el mío. Leí un poco del principio:

«17 de noviembre

Querido diario,

Hoy he visto a la mujer más bella del mundo. No, más que eso. He visto a la criatura que nació para ser mía. Ha sido entrar en mi campo de visión y…, en ese instante, he sabido que el Universo la ha puesto allí solo para mí.

No tengo ni idea de quién es ni qué demonios hace en mi barrio, pero no importa. Algo en ella grita mi nombre, llama a mi lado más oscuro, y mi monstruo despierta de su letargo. Apenas he podido contenerme.

Su cuello, tan expuesto, tan frágil. Su piel parece rogar por el contacto de mis dientes. Solo pensar en ella bajo mis manos me hace sentir una ráfaga de placer tan intensa que tengo que contener el aliento para no abalanzarme sobre ella.

Su fragancia. Dios, su fragancia es un insulto a mi autocontrol. La imagino encadenada, llorando, implorando. Quiero destrozarla, romperla y rehacerla para mí. Saborear cada centímetro de su carne, hacerla gritar hasta que mi nombre sea lo único que conozca.

Pienso en cómo sería abrirla, explorar cada rincón de su cuerpo, escuchar cómo su respiración se desmorona entrecortada por el miedo, sentir cómo su carne cede bajo mis dedos. La imagino en la mesa, desnuda y dispuesta, con los ojos llenos de terror mientras me deleito con cada centímetro de su ser. Cada parte de ella sería mía, y la saborearía lenta, metódicamente, como el banquete que es.

Quiero escucharla suplicar, verla doblegada, destruida, y luego tomarla en mis brazos, porque incluso en su destrucción será perfecta. Incluso rota, seguirá siendo hermosa. Y lo sabrá. Me amará por ello. Me odiará también, pero el odio y el amor son dos caras de la misma moneda.

Hoy he localizado a la mujer que voy a poseer, que voy a destrozar y rehacer a mi imagen. No hay vuelta atrás. La caza ha comenzado, y mi monstruo está hambriento.

L.»

Me tapé la boca con las dos manos. Ese era el verdadero Liam. El monstruo encerrado dentro de ese cuerpo de semidiós, protagonista de uno de mis libros de mitología.

Ese era el Liam que había contratado, que hablaba conmigo cada semana en la oficina. El Liam en el que había confiado y al que había intentado dar celos con Ethan. El Liam que me había salvado.

Y estaba loco. Ahora no me cabía duda.

Un sollozo se me escapó de los labios y tuve que esforzarme por sobreponerme.

Yo era luchadora, valiente. Ni siquiera este diario me haría detenerme. Quería confirmar que Liam había matado a Ethan, así que pasé mi vista con presteza sobre las páginas. Su nombre aparecía de vez en cuando, los deseos de matarlo, de… de comérselo. Para él, Ethan siempre fue un obstáculo. Algo que se interponía en nuestra relación ficticia.

—Dios mío —susurré.

Porque lo había hecho. Había llegado a la entrada en la que lo contaba todo:

«*5 de febrero*

Querido diario,

Hoy he matado a Ethan.

Lo he tenido sentado en esa silla, sus manos atadas a la espalda, indefenso como un animal esperando el sacrificio. Su mirada era un revoltijo de miedo y furia, pero no ha importado. Desde el instante en que ha despertado en mi sótano, ha sabido que su destino estaba sellado. No ha habido piedad, ni duda, solo la satisfacción oscura que me ha inundado mientras he pensado en lo que iba a hacerle.

Cuando he agarrado el cuchillo, él ha comenzado a forcejear, inútilmente, como un insecto atrapado en una telaraña. La hoja ha hecho su primer contacto en su cuello, y he sentido cómo la piel cedía bajo la presión, cómo el calor de su sangre salía a borbotones, manchándome las manos.

No ha sido un corte limpio al principio. He presionado con fuerza, profundizando, abriendo su garganta mientras él intentaba gritar. Pero solo ha salido un burbujeo patético, sofocado por la sangre que lo ahogaba. Sus ojos se han llenado de terror puro cuando ha comprendido que no había escapatoria, que iba a morir allí, en ese sótano frío, en mis manos.

He cortado más profundo, disfrutando del sonido de su carne al desgarrarse, del crujido sutil cuando la hoja ha encontrado hueso. Su cuerpo ha temblado, sacudido por espasmos mientras su vida se desvanecía, y he sentido una oleada de poder. En ese momento, él ya no era un hombre; era un pedazo de carne que yo estaba reduciendo a nada.

Cuando finalmente ha dejado de moverse, he dejado el cuchillo a un lado y me he tomado un momento para disfrutar del espectáculo. Su sangre, su vida, estaba en mis manos, en el suelo, en

cada rincón del sótano. Me he inclinado, deslizando mis dedos por su espalda, sintiendo la calidez que aún quedaba en su cuerpo. No he podido resistir más; he desgarrado un pedazo de carne de su espalda, y lo he probado. La sangre aún fresca ha sido como un manjar, y he sentido cómo el poder de Ethan se transfería a mí, cómo cada fibra de su ser se convertía en parte de mi dominio.

Él ya no era nada. Solo un cuerpo vacío, y yo el dueño de todo lo que había sido.

Nada se interpone ahora entre mi Amapola y yo.

L.»

Liam era un caníbal.

Me agarré a la esquina de su escritorio para no caerme. Si quería una prueba de la culpabilidad de Liam, ahí la tenía.

Ya no había dudas: el tupper que llevaba a la espalda contenía las manos cocinadas de Ethan, el sótano en el que había estado era el escenario del crimen.

A través de la adrenalina, fotografié las hojas y las envié a la conversación con Alison.

«*Me voy de aquí.*»

Envié. Y metí los dos cuadernos dentro de la mochila.

Bajé las escaleras de tres en tres. Una vez abajo, escuché la moto de Liam aparcando delante de su puerta.

—Mierda —susurré.

Me precipité a la cocina con el corazón a tres mil, porque llevaba en la mochila pruebas de sobra para demostrar su culpabilidad. Si me pillaba, no dudaba de que me mataría por muy obsesionado que estuviera de mí.

«Y no solo me matará. También se comerá mi cadáver».

El pensamiento me puso enferma. Más lo hizo recordar la de veces que había reconocido que quería comerme, devorarme, y yo me lo había tomado como algo puramente sexual.

Abrí la puerta trasera con todo el cuidado que pude. Cuando él entró por delante, yo ya me escabullía por el lado de la casa y echaba a correr hacia el bosque.

Si cogía mi moto, él me vería salir de allí y le daba la oportunidad de perseguirme. Si cruzaba el bosque y pillaba el metro, él no sabría dónde encontrarme.



CAPÍTULO 34

NO ESCAPARÁS

Olí el perfume de mi Amapola en cuanto entré. Supe que había estado allí, husmeando, porque esa misma mañana había estado limpiando la casa y no quedaba rastro de su olor.

Giré el cuello hacia la ventana y me pareció ver su pelo rubio escondiéndose tras la casa del vecino.

«Qué raro. ¿Por qué?...»

Abrí los ojos totalmente.

—No —gruñí.

Me regañé por ser tan estúpido.

Hacía días que Ethan Carter desapareció. Días en los que Serena visitó al guardaespaldas en el hospital y después fue al *Visionary*.

—¡Joder! —chillé, fuera de mí.

Porque mi maldita Amapola, mi pícara y valiente gatita, no había ido al *Visionary* a hacer negocios o a amenazar al encargado: había ido para husmear en la desaparición de Ethan.

«Y no ha sacado el tema porque pensaba desde el principio que yo era su asesino», supe.

La ira estalló dentro de mi pecho al ser consciente de que mi Amapola me había mentido. Ella no confiaba en mí ni quería ver mi parte más oscura: solo trataba que bajara mis defensas para asestarme el golpe mortal.

Bonita, inteligente, y ahora mi mayor problema.

No esperé más tiempo para subir a mi habitación y abrir el cajón donde estaban mis diarios.

Habían desaparecido.

Un grito animal escapó de mi garganta haciéndola pedazos en el proceso. Con el corazón ya latiendo a toda marcha, bajé y me abalancé hacia el congelador.

Faltaba uno de los tuppers.

—Puta. ¡PUTA!

Oh. Serena… acababas de firmar tu sentencia de muerte. Si hubieras sido buena habrías sido feliz conmigo, pero ahora tendría que dejar al verdadero monstruo campando a sus anchas.

Caperucita, Caperucita, ¿correrías más rápido que el lobo feroz?



CAPÍTULO 35

MI BOSQUE, MI REFUGIO

No sabía que había tardado tanto en investigar.

Se había hecho de noche y el bosque estaba oscuro, pero no tenía miedo, porque llevaba recorriendo este sitio casi dos años. El bosque había sido mi refugio, mi nidito. Escogí mi casa por él.

Lo primero que hice fue buscar un árbol con un hueco generoso, y ahí metí la mochila con todo dentro (a excepción del móvil). Después me aseguré de que estaba bien oculto, y seguí corriendo con el corazón en un puño hacia el metro.

Agradecí haber tenido dos dedos de frente y haberme puesto zapatillas deportivas en vez de tacones de aguja. Aunque los tacones de aguja habrían quedado rarísimos y ridículos con el chándal (todo sea dicho).

El bosque se extendía ante mí como una masa oscura y espesa, donde la luz de la luna apenas lograba filtrarse entre las ramas densas de los árboles. Las sombras parecían moverse, creando formas inquietantes que se desvanecían al instante. El aire era frío, y cada ráfaga de viento mecía las hojas susurrantes. El olor a tierra húmeda se intensificaba con cada paso. De repente, las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, pesadas y frías, empapando rápidamente el suelo cubierto de hojarasca. Todo a mi alrededor parecía volverse más pesado, más sombrío, y el sonido del agua golpeando las hojas creaba un ritmo constante y perturbador.

No podía creer lo que acababa de pasar.

Liam era un caníbal. Lo había sido desde el principio. Había intimado con un hombre que en cualquier momento podría haberme matado y comido.

Y valoraba mi vida demasiado como para arriesgarla.

Pero lo había hecho: la había arriesgado y ahora huía de él. Creía que no me había visto salir, pero ¿y si sí? No podía arriesgarme. No podía dejar de correr mientras mi corazón golpeaba con fuerza dentro de mi pecho.

Ethan estaba muerto. Él lo había matado. Él lo había perseguido, vigilado, acosado. Seguramente tendría cámaras repartidas por toda mi casa. Si las hubiese buscado, él lo habría visto y sospechado de mí. Por eso no me quedó más que hacer de tripas corazón y convivir con la sospecha de que estaba siendo vigilada.

Había sido una tortura. Una invasión a mi intimidad en toda regla, hasta hoy. Cuando entrara en el metro y llegara a comisaría, no habría más de qué preocuparse.

—Deja de correr, mi Amapola.

El sonido de su voz serpenteó entre los árboles. No estaba cerca, pero me perseguía.

El sabor de la sangre invadió mi boca al morderme la lengua por el nerviosismo.

Me estaba siguiendo un caníbal. ¡Me seguía un puto caníbal! Si me pillaba me cortaría en trocitos, me repartiría en tuppers y me comería.

Me mareé, pero seguí corriendo. Ahora más que nunca.

—Puedo oír cómo corres, y yo corro más que tú. Tengo las piernas más largas.

Y para mi desgracia yo jamás fui rápida. No era una de mis habilidades. Si seguía haciendo ruido, no tardaría en alcanzarme.

—Serena...

El sonido era lento, cargado de una amenaza velada, cada sílaba pronunciada con una calma inquietante que contrastaba con el peligro que latía debajo. Aquella voz que antes me había hecho estremecer de deseo, se había vuelto siniestra, como si cada vez que mi nombre salía de sus labios fuera un aviso de la caza. Se expandía entre los árboles, reverberando en la penumbra, persiguiéndome sin tregua.

Era la voz del monstruo. La voz de alguien que sabía que me tenía atrapada en su red.



CAPÍTULO 36

A LA CAZA

Perseguí a Serena a través del bosque.

Sentía la adrenalina burbujeando en mis venas, un fuego abrasador que no podía apagar. El aire frío cortaba mi piel, pero apenas lo sentía; solo existía el latido ensordecedor de mi corazón y la promesa de tenerla en mis manos.

Cada vez que su sombra se movía entre los árboles, mi deseo se avivaba más. Era un lobo tras su presa, calculador, paciente. Podía oler su miedo. Era un perfume embriagador que me atraía y despertaba mis instintos más oscuros. Ella era mía, y este bosque era el escenario perfecto para culminar la caza.

Había llegado la hora.

Con cada paso que daba, la anticipación se volvía más dulce e intensa. Imaginaba cómo su cuerpo se tensaría cuando finalmente la atrapara, cómo sus ojos se llenarían de terror justo antes de rendirse. Sentía una euforia casi sobrehumana, la certeza de que estaba a punto de poseerla en todos los sentidos posibles.

Cada rama que crujía bajo mis pies, cada hoja que me rozaba, acentuaba mi determinación. El monstruo dentro de mí rugía, hambriento de su carne, de su sumisión. La caza no era solo un juego, era la afirmación de mi poder, de mi dominio absoluto sobre ella.

Recordé a Anna.

Aunque las cosas no acabaron bien para nosotros, también disfruté de cazarla, torturarla y poseerla. Ver las grabaciones que hice de esos últimos días me causaba excitación y placer. Al principio, cuando las veía, sentía un pelín de desazón, porque Anna ya no estaba físicamente conmigo.

Pero su energía siempre lo estaría, porque la había devorado y hecho mía, y eso nadie me lo podría quitar.

Mi historia con Anna duró más de dos años. Fue menos intenso que con Serena, pero igualmente emocionante.

El placer y la crueldad se entrelazaron en mi mente mientras la perseguía. Sabía que, en cuanto la atrapara, nada ni nadie podría salvarla de mí.

En parte me lamenté: me gustaría haber disfrutado mucho más de mi Amapola. Años, décadas.

Me enfadé. ¿Por qué cojones había tenido que meter las narices donde no la llamaban? ¿Por qué siempre pasaban estas cosas? Pensé que con el tiempo ella me entendería.

Pero me había equivocado y ella me había mentido y utilizado descaradamente.

Los pasos de Serena se detuvieron y se fundió con las sombras.

Sonreí.

Mi chica era lista. Sabía que yo sería más rápido así que optaba por el sigilo.

De lo que no tenía ni idea, era de que yo era el dios del escondite.

—¿Has jugado alguna vez al escondite inglés, Serena? —Hice una pausa para aumentar la tensión. Oh…, cómo disfrutaba de esto—. La letra es muy sencilla. Una frasecita de nada. Dime…, ¿lo conoces?

Miré detrás de un árbol, pero ella había sido más rápida y se había escabullido hacia otro.

—Dice: un, dos, tres, el escondite inglés, sin mover las manos ni los ¡pies!

De nuevo, nada. Detrás de este árbol no estaba mi Amapola. No obstante, olfateé el aire y supe que la tenía cerca. Al alcance de mi mano.

Un calambrazo de placer me cruzó la espalda y el vientre al escuchar su respiración acelerada por el terror. La polla se hinchó dentro de mis pantalones. El tacto con la tela era casi doloroso y los huevos los tenía tensísimos.

—Tú y yo podíamos haber sido felices, Serena. —No solo hablaba para ocultar el sonido de las ramitas al partirse, también porque me gustaba paladear su pánico—. Eras la chica que llevaba años esperando. Te corrías con tanta facilidad con mis atenciones… Encajamos como dos piezas de un engranaje perfecto.

Avancé, letal.

Estiré la mano calculando el lugar por el que iba a huir. Mis dedos se enredaron entre su pelo rubio y tiré de él con mucha fuerza. Su grito restalló por todo el bosque cuando cayó al suelo. Yo la solté y salté encima de su tierno cuerpo, pero ella rodó, esquivándome, y se levantó con una rapidez que no esperaba. Echó a correr con desesperación.

—No huyas, Caperucita. ¿No entiendes que el lobo corre más rápido que tú?

La perseguí.

La persecución en la caza era algo necesario, casi ceremonial. Era la esperanza de supervivencia antes de encontrar su final. La presa se sentía aterrada y luchaba por su vida con todo lo que tenía. El depredador ponía en ello todo su potencial físico, sabiendo que saborearía carne nueva.

Salté por encima de un tronco y la plaqué. Mi gatita cayó rodando por el suelo. Supe que se había partido algo por el sonido del hueso al romperse y su grito desesperado.

Se arrastró lejos de mí, pero yo la seguí de pie, andando. Ella me observó desde su posición en el suelo. Era tan bella… Ahí tirada, con el pelo lleno de hojas y las mejillas sonrosadas por la adrenalina, parecía una salvaje.

Me agaché junto a ella.

—Oh…, ¿te has partido el tobillo? Es una pena para ti. —Le aparté el pelo del rostro. Ella se distanció. Era tierno que, incluso en su estado, mantuviera mi mirada, retándome—. Para mí no. Me has facilitado el trabajo.

Me cerní sobre ella. No tuvo otra opción que echarse hacia atrás y pegar su espalda a la tierra completamente. Parecía querer fundirse con ella.

—¿Tienes miedo?

Lamí su oreja.

—Déjame, psicópata.

Su rodilla salió disparada hacia arriba, pero yo estaba preparado y la atrapé con mis piernas antes de que golpeara a mis joyas de la corona.

Chisté.

—Tan predecible… No puedes sorprender al lobo feroz, Caperucita.

—¡Cállate! No soy Caperucita, no soy una Amapola, ¡no soy tu gatita! ¡No soy nada para ti!

Mordí su mentón haciéndole una herida. Lamí de ahí su sangre mientras ella se debatía y sollozaba entre mis brazos.

—Claro que eres algo para mí… Lo eres todo, pero debo castigarte por lo que has hecho. No puedo dejarte escapar. Has sido mala. Me has mentido —subí el tono—, me has traicionado, te has colado en mi casa… ¡me has pillado! No puedes irte de rositas.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. La mezcla entre estas, su sangre y la oscuridad que nos rodeaba, me hizo querer correrme con urgencia.

—Mierda —me quejé.

Ella aprovechó para sacudirse entre mis brazos, pero su roce y su resistencia solo lo empeoró todo.

—Te voy a castigar.

Bajé los pantalones de mi Amapola de un tirón, me la saqué e intenté penetrarla de un empellón. Al ver lo que estaba haciendo, ella comenzó a dar patadas y a pegar puñetazos mientras gritaba exageradamente con la esperanza de que alguien acudiera en su ayuda.

Me reí.

—Tontita, ¿no ves que estamos en mitad del bosque? Habría sido mucho más inteligente huir en moto.

Se la metí.

Ella se quedó rígida entre mis brazos, con los ojos muy abiertos y la boca cerrada en una línea apretada.

En su oído, dije:

—Hmmmm, hoy estás más apretada que nunca, Amapola. Y estás mojada. ¿Será que tu cuerpo sigue siendo mío?

Una lágrima silenciosa rodó por su mejilla mientras aseguraba la inmovilización y seguía penetrándola y mordiéndole el cuello y la oreja. Con cada herida que hacía sobre su piel, Serena se quejaba y se debatía con mi polla dentro de ella.

La tenía ardiendo, estirada. Pocas veces la había tenido tan dura. Cada empellón en su interior era como un pequeño orgasmo. Me llevaba al paraíso unos segundos y luego volvía a la realidad.

—Eres mía. Solo mía.

Me derramé dentro de ella a borbotones, gruñendo como un auténtico animal enloquecido. No paré hasta que las palpitaciones hubieron terminado y me deshinché.

Cuando salí de ella vi que estaba llorando. Su actitud me enfadó. Estaba acostumbrado a que se corriera, a que no pudiera resistirse a mí. Ver que ni siquiera lo había disfrutado me sacó de quicio. Subí sus pantalones, los míos, y agarré un pañuelo de mi bolsillo.

—Despídete de la libertad —espeté.

Estampé el pañuelo húmedo de cloroformo con su nariz.



CAPÍTULO 37

PERDIDA

Me pesaba todo y tenía la boca acolchada. Al principio no identifiqué dónde estaba. Me encontré rodeada de… nada. Estaba en un sótano limpio con una mesa metálica delante y un arcón abierto. Dentro había cuchillos, una motosierra… ¿Una motosierra?

Pestañeé. El pánico se adueñó de mí en cuanto comprendí que me encontraba en el sótano de Liam, atada a la pared, ¡completamente desnuda!

—Ah, ya te has despertado.

Mi pulso se aceleró al verlo. En esta ocasión no tuvo nada que ver con la libido y el deseo. Liam era un monstruo aterrador encerrado en un cuerpo precioso.

—Sácame de aquí —ordené con toda la frialdad que logré reunir.

Él no sonrió. Estaba mostrando su verdadera cara, y era horrible, porque parecía un robot programado para matar.

—No lo haré. No lo haré jamás. Ahora eres mi esclava, Serena. Lo serás hasta que me canse de ti y te consuma. Teniendo en cuenta que tienes a mucha gente que te quiere alrededor y que no tardarán más de cuarenta y ocho horas en buscarte…, no me demoraré mucho y me largaré.

—Me vas… ¿me vas a comer?

Él asintió como si fuera lo más normal del mundo, y yo fuera gilipollas.

—Disfrutaré de ti, te haré una conmigo y me largaré. De esa forma nunca me abandonarás.

—Es lo que le hiciste a Anna, ¿verdad?

Me arriesgué.

Porque mi arma siempre fue la lengua y de este modo ganaba tiempo para que Alison avisara a la policía y viniera a rescatarme. Porque siempre fui valiente. Porque, a pesar del miedo, seguiría adelante costase lo que costase.

La mirada verde de Liam se oscureció más (y ya era decir).

Apretó los puños.

—No hables de ella. NADIE puede hablar de ella.

—¿Porque la mataste? ¿Ella también te pilló, y te la comiste?

—¡Que no hables de ella!

Su puño salió disparado hacia la pared, al lado de mi cabeza. Hizo un hueco. Retiró su puño ensangrentado y lleno de pintura.

—Te la comiste —concluí.

—Mi Amapola, ¿no ves la situación en la que estás? Eres mía: mi esclava. Y aun así me provocas. ¿Por qué?

Levanté el mentón.

—Me gusta provocarte, cielo. Crees que controlas tus emociones pero no es verdad. Eres todo instinto y fachada.

Metió dos dedos en mi interior sin previo aviso. Yo aguanté la respiración por la intromisión. Él los sacó y se los lamió.

—Pues para ser todo instinto y fachada, bien que te humedeces por mí.

—Soy una mujer, imbécil. Siempre tenemos cierta humedad. Biología, ¿sabes? Deberías estudiarlo.

Estaba siendo sincera, porque el miedo y el instinto de supervivencia se habían llevado cualquier cosa que pudiera sentir por él. No hubo calor en mis entrañas.

No hubo nada.

Liam anduvo con lentitud hacia el arcón y agarró uno de los cuchillos. Volvió conmigo con pasos tensos y metódicos. Colocó la hoja del cuchillo en mi garganta, la bajó por mi hombro y ahí cortó. Una herida fina que me dolió tanto que tuve que apretar los dientes.

No chillé.

—Mira tu sangre, Serena. Es roja y pura.

No pestañeé. Si intentaba intimidarme, no lo lograría. No lloraría, no le suplicaría piedad.

—Lo sé. La sangre suele ser roja, ¿no lo sabías?

Cortó más hondo.

—Los seres humanos tendemos a liberar un poco de adrenalina cada vez que nos hacen daño, y eso mejora el sabor de la sangre y de la carne. —Lamió la raja de arriba abajo y retiró el cuchillo. Después lo colocó en mi tripa—. Ya estoy pensando en cómo te seccionaré, en qué parte de ti me comeré primero. Tus muslos y tus glúteos siempre me han parecido una delicia.

—Pues en ese caso espero que te encuentres unos buenos tropezones de mierda.

Le escupí. Él apartó la cara, pero mi saliva se estampó contra su mejilla y él se limpió con rabia.

—¡Puta!

Apretó en la zona del vientre y esta vez sí que chillé, porque noté cómo la piel y la carne se abrían y tuve miedo de que me sacara las entrañas allí mismo, mientras estaba consciente.

No lo hizo. Debía conocer muy bien el cuerpo humano, porque cortó con la profundidad justa para hacer daño pero no alcanzar nada importante.

—Hmmmm, tus gritos son música para mis oídos. Dime, mi Amapola, ¿dónde guardaste el tupper y los cuadernos?

Claro. Mientras no los encontrara, yo tendría el poder.

—Más cerca de lo que piensas.

—¡¿Dónde?!

Su grito atronador me hizo pegar un brinco.

—No te lo diré. Me vas a matar igualmente, ¿no?

Su risa salió de lo más profundo de su monstruo. Fue algo seco, escalofriante, digno de una película de terror. Fue la carcajada de un demonio.

—¿Y si te digo que, si no me lo dices, traeré aquí a tu hermana y la torturaré hasta que cantes?

Por mucho que intenté disimular el desasosiego que sentí al imaginar a Alison domada por esa bestia, no lo logré.

De verdad Alison era la única persona por la que cantaría mis secretos a grito pelado.

Él lo supo. Su mirada se llenó de algo placentero, como si el control y el poder lo revivieran.

—Sí. Justamente eso es lo que haré. La traeré y me la comeré viva, trozo a trozo, hasta que cantes.

—Tócale un pelo y…

—No estás en posición de amenazar.

Se agachó delante de mí para lamer la sangre de mi vientre. En otro momento tenerlo de rodillas entre mis piernas, pasando su lengua por mi cuerpo, habría sido apoteósico.

Ahora no.

—La mochila la escondí en el bosque, en la parte Este —mentí.

Necesitaba tiempo. Solo unas horas para que mi hermana viera que algo iba mal.

—¿Seguro? Como me mientas te obligaré a ver cómo la mato.

—Seguro.

Él asintió y se apartó.

—Bien. Veamos si es cierto. Cuando vuelva, gatita, prepárate.

No supe con exactitud qué pensaba hacerme al volver y por qué me pedía que me preparara, pero no me torturé pensándolo.

Alison no tardó en llegar cuando Liam salió de casa. Su móvil también estaba conectado a la cámara oculta del recibidor del caníbal. Bajó directamente al sótano.

—¿Qué tendrán los sótanos que siempre es el primer lugar en el que pensamos cuando secuestran a alguien? —susurré con humor.

Tenía la garganta hinchada de tanto llorar.

—¡Serena! Por Dios… ¡Por Dios!

Le sonreí para tranquilizarla. Me pregunté qué aspecto tendría para que hubiera reaccionado así.

Corrió hasta mí y analizó las cuerdas con atención.

—Alison, tenemos que irnos ya. Liam quiere atraparte para hacerme chantaje contigo.

—¿Chantaje? —preguntó, buscando en el arcón un cuchillo para cortar las cuerdas—. ¿Por qué te quiere chantajear?

—Porque he escondido la mochila con las pruebas en el bosque. Le he mentido. Le he dicho que está al Este cuando está al Oeste… Ha ido a buscarla.

Mi hermana sonrió. Era obvio que no había dormido en toda la noche, esperando al momento adecuado para venir a por mí.

Planeando. Maquinando. Esa era mi hermana.

Pero no debió haber venido sola.

Me encargaría de regañarle después.

—Esa es mi chica —me felicitó.

Cortó las cuerdas y se guardó el cuchillo en el bolsillo de su chaquetón negro. En cuanto mis pies se posaron en el suelo, chillé y me desmoroné. Un dolor tremendo me recordó que me había roto un tobillo al caerme en el bosque.

—¡Serena!

—¡Tengo un tobillo roto!

Incluso el dolor de brazos perdió importancia comparado con este sufrimiento atroz.

—Mierda. Ponte esto.

Se quitó el chaquetón y me cubrió con él. El peso del cuchillo se concentraba en el lado derecho.

—Agárrate. Saldremos de aquí.

Entre sollozos, pasé mi mano por encima de su hombro y juntas (con mucho esfuerzo), subimos las escaleras y cerramos la puerta del sótano.

—Vamos…

—No tan rápido.

La voz de Liam cortó el aire. Ambas nos quedamos heladas en el sitio mientras girábamos los cuellos hacia la puerta trasera de la casa. Allí estaba el caníbal, apoyado en el marco, con una sonrisa de suficiencia y la mirada cortante como cuchillas.

—No iréis a ninguna parte, ni tú ni Serena.

Alison se colocó delante de mí en señal protectora. Yo me vi obligada a apoyarme en uno de los escalones que ascendían a la planta alta.

—¿Qué haces aquí?

—Debería preguntarte eso a ti, ¿no, «hermanita»? —soltó con satisfacción.

—¡Corre, Alison! —chillé.

Pero mi hermana no se movió y a Liam pareció divertirle muchísimo mi reacción.

—He visto la cámara escondida en la maceta —explicó—. Mientras Serena estaba inconsciente, la busqué. Sabía que el mejor modo de atraerte era fingiendo que me iba.

Se separó del marco de la puerta y anduvo hacia Alison con toda la tranquilidad del mundo y los movimientos de un guepardo antes de saltar sobre su presa.

—Vete, Alison, por favor… —murmuré.

Ahora sí que estaba aterrada. Todo se había venido abajo. Estábamos perdidas, porque nadie más sabía de nuestra localización, de nuestra pequeña aventura.

Si nos capturaba, Liam nos comería a las dos.



CAPÍTULO 38

ASÍ ACABA TODO

—Tienes un problema —me espetó la pequeña Alison.

Era adorable ver cómo la pequeña protegía a la mayor. La pequeña, que era tan bajita y tan joven. ¿Cuántos años tendría? ¿Veintitrés?

—Yo creo que el que tiene el problema no soy yo…

—Te obsesionaste con Serena porque se parecía a tu madre, ¿verdad? —lo dijo con una seguridad que dudé de si conocía a mi madre.

—¿Cómo sabes tú eso?

Mi voz, el siseo de una serpiente a décimas de segundo de saltar sobre un conejo blanco.

—No hay que ser un genio. Siempre buscabas su cariño, su apoyo y su aprobación, como has hecho con Serena desde que la conociste. Además —siguió. Hablaba muy rápido— no soportas que una mujer te abandone porque el abandono de tu madre te destrozó por dentro. Necesitas dominarlo y controlarlo todo para sentirte dueño de tu propia vida. Devoraste a Anna porque necesitabas que estuviera contigo para toda tu vida en contra de su voluntad. Devorarías a Serena por la misma razón. Hacerlo te causa placer, ¿verdad? Para ti, el control va más allá de una simple sensación.

—Cállate —gruñí.

—Además a ambas las tendrías que matar antes de huir de la justicia. ¿Y cuál es el mejor modo de eliminar sus cuerpos? Comérselos.

—Pequeña Alison, te estás jugando la opción de morir de forma rápida e indolora.

Avancé más. Ella flexionó las rodillas como si quisiera saltar sobre mí. Serena, mi dulce Amapola, estaba pálida por el dolor del tobillo, a puntito de desmayarse.

—No moriremos hoy, Liam. Lo harás tú.

¿Cómo osaba amenazarme? Esa putita rubia no tenía ni puta idea de lo que era capaz de hacer con ella y su hermana. Si lo supiera, no tendría la lengua tan venenosa.

Respiré hondo y dejé al monstruo tomar las riendas. De inmediato, la adrenalina se me disparó.

Estaba harto de esa rubita de un metro sesenta.

Sentí el latido en mis sienes, pulsando con una intensidad que solo se comparaba a la excitación del momento. Alison se apartó cuando me eché sobre ella. La inmovilicé como había hecho tantas otras veces con Serena.

—¡Alison!

Serena dio un paso en nuestra dirección y cayó al suelo con un grito desgarrado.

—Eres una zorra —escupí.

Le propiné un puñetazo en la cara inmaculada. No obstante, Alison luchó debajo de mi cuerpo con todas sus fuerzas.

—Eres una psicóloga metomentodo. Ven aquí.

La levanté del cuello de la camiseta y la arrinconé en una pared lejos de Serena. Con ese tobillo partido, sería para ella toda una aventura llegar hasta nosotros.

Y cuando dejara a su hermana fuera de juego, las tendría atadas a ambas en mi sótano y a mi disposición.

Me carcajeé.

Ahogué los gritos de Alison con mi mano en su garganta.

—Ahora no eres tan valiente, ¿eh?

La chica boqueó. Su resistencia disminuía mientras la vida se le escapaba de entre los dedos.

Detrás, Serena yacía en el suelo, su tobillo torcido en un ángulo antinatural, su dolor evidente en cada respiración entrecortada. La observaba de reojo, tan vulnerable, tan a mi merced, y una ola de satisfacción oscura me inundó. Ya no había barreras entre mi monstruo y yo; ahora éramos uno. Un depredador que finalmente se cobraba su presa.

Alison intentó golpearme de nuevo, pero un movimiento rápido de mi codo la silenció. Su cuerpo cayó pesadamente al suelo, su lucha acababa de terminar.

Ahí estaba, inconsciente.

Solo quedaba Serena, mi hermosa, quebrantada Amapola.

Me giré hacia ella, saboreando el momento. Cada paso, una declaración de mi victoria, de mi poder absoluto. No había escapatoria, no había salvación. Solo yo y mi ansia por poseerla completamente.

Se me hizo la puta boca agua.

—¿Pensaste que podías huir? —murmuré.

Mi voz, un susurro peligroso que se mezclaba con el eco de la lluvia golpeando las ventanas.

Ella me miró con ojos grandes y asustados, pero aún desafiantes. Algo en su expresión me detuvo por un segundo. No era el miedo que esperaba, sino una determinación que no había anticipado. Pero fue un segundo, una breve pausa, y la desprecié.

Me agaché. Extendí la mano para agarrarla y arrastrarla de nuevo al sótano.

—El lobo siempre gana. Lo siento por ti y por ella.

—Eso es mentira: no lo sientes. No sientes nada.

Me encogí de hombros, porque era cierto.

La arrastré hacia mí y la aupé. Entonces lo sentí: un dolor agudo, penetrante, que se extendió desde mi costado. Bajé la mirada y vi el mango del cuchillo asomando de mi abdomen.

La perra me había apuñalado.

La sorpresa se convirtió en furia. Un rugido escapó de mis labios mientras intentaba moverme, pero mis fuerzas empezaron a flaquear. La herida, aunque no mortal de inmediato, me debilitaba lo suficiente para alterar mis sentidos. Vi a Serena liberarse de mis garras, arrastrarse hacia atrás. Intentaba alejarse. Salir de casa para pedir ayuda.

—Estás rota, linda. No llegarás muy lejos.

Atrapé su tobillo roto y apreté.

El alarido más desgarrado que escuché jamás, salió de dentro de las mismas entrañas de mi Amapola.

—Sí, ven aquí. Te voy a follar sobre tu hermana inconsciente, traidora.

De pronto, se oyó un golpe en la puerta de entrada, seguido de otro, otro… Cuando quise reaccionar, derribaron la puerta y las sombras de los oficiales llenaron el umbral. Sus voces eran altas y autoritarias. Todo se desenredaba: mi control, mi dominio. Pero incluso mientras caía al suelo, mi mirada se mantuvo fija en Serena. Mi Amapola, mi eterna obsesión y el objeto de mi destrucción final.

Cayendo en la inconsciencia, supe que había perdido.



CAPÍTULO 39

CARTER

El señor Carter (padre) fue el primero que se agachó a mi lado.

—Madre mía…

Mi mirada se cruzó con la suya y no pude evitar llorar desconsoladamente. Dejé salir todo el miedo y el alivio de mi interior mientras él me cubría mejor con el chaquetón de mi hermana, y los policías ponían las esposas a un Liam inconsciente pero muy vivo.

—Tu hermana me ha avisado. Lo teníamos todo preparado para cuando ese psicópata saliera de casa, pero llegamos tarde. Joder, casi llegamos tarde…

Me dio igual, porque estábamos sanas y salvas. Mi hermana respiraba, yo me recuperaría, y Liam tendría su merecido.

Había salido bien.

Todo había salido bien (aunque mi tobillo no opinaba igual).

—Ha sido horrible. ¡Horrible!

El señor Carter me acarició la cabellera rubia de un modo paternal, tranquilizándome. Varios agentes estaban ya poniendo a mi hermana en el sofá para tomarle el pulso. Otros tantos revisaban la casa en busca de más pruebas.

—Ya ha pasado, Serena. Y gracias: gracias por encontrar al asesino de mi hijo. Es… ¿es él?

Asentí.

—Es él. Tengo las pruebas. Están en mi mochila, en el bosque. En realidad…, la casa está llena de pruebas. Lo siento muchísimo.

Me ayudó a levantarme con mucho cuidado. Cojeé hacia el sofá incómodo de cuero. Me senté al lado de mi hermana.

—¿Dónde está Ethan? —inquirió, temeroso de mi respuesta.

Y supe que le iba a partir el corazón, pero prefería hacerlo yo, a un policía cualquiera.

Señalé al congelador.

—Él… él… Liam está loco. ¡Es un puto caníbal!

Lloré desconsolada entre mis manos. El señor Carter me soltó y corrió a la cocina.

No quise ver cómo un padre cogía los trozos de su hijo desmembrado y congelado.

Un año. Había pasado un año desde que escapé de casa de ese psicópata. Un año en el cual asistí a terapia porque… bueno, creo que no tengo que explicar la razón, pero, por si las moscas: había pasado un infierno. No era fácil superar que el chico que te tiras es un caníbal, que se ha comido a tu amigo, era tu vecino y, encima, pensaba usarte y comerte también.

En cuanto los policías se lo llevaron, busqué cámaras por toda mi casa. Las encontré, las quemé y las tiré a la basura.

El entierro de Ethan fue difícil. Había mucha gente que lo quería y tenía bastantes amigos. Su caso salió en los informativos. No llegó a ser totalmente famoso en vida, pero sí después de la

muerte.

Antes de entregar a los agentes la mochila de deporte, leí sus diarios. Pude meterme en la mente perturbada de Liam y descubrir que había asesinado al chico que me intentó violar. Esto último no me dio pena. Quizás suene mal, pero no lo hizo.

El mundo estaría mejor sin él.

También descubrí que Alison era su próxima víctima. Él creía que ella era una amenaza para nosotros, porque su sentido común y su inteligencia podían ver por debajo de la fachada.

Alison podía ver al verdadero monstruo, y no se equivocó.

Por último, leí el cuaderno con el nombre de Anna. Hablaba de una relación que se cocinó a fuego lento, no tan apasionada como la que tuvimos nosotros (breve e intensa). Anna era una chica que desapareció hacía cinco años y de la que no encontraron el cuerpo.

Nadie culpó a Liam. Lo hizo todo tan bien que no encontraron ni una pista en contra de él.

Anna y él se enamoraron en una biblioteca. Él le llevaba rosas todos los días y coqueteaban entre las estanterías. Conforme la relación se afianzó, Anna le presentó a sus amigos. De tres amigos que tenía la chica, asesinó a dos. Ella, aterrada, empezó a pensar que la vigilaban.

No husmeó, no investigó. Fue Liam el que, poco a poco, le contó detalles que provocaron que ella hilara y tratara de abandonarlo.

La mató. Se organizó de tal modo que sus restos le duraron un año entero, y él aseguraba que ella seguía formando parte de él.

Tremendo.

En el juicio se le declaró culpable del asesinato de: Ethan Carter, Khalid ibn Rashid Al-Hassan, Anna Smith, Paul Cooper y Mathew Davis.

Al ver su rostro en pantalla (tras vivirlo en persona, obviamente), supe que tenía más muertos en el armario. Muertos que quedarían en el olvido y… en su cabeza. Quizás también en su sangre.

Liam había sido siempre un maestro del control, y su comportamiento durante todo el juicio fue la mejor prueba de ello. Nunca una emoción fuera de lugar, ni un gesto que pudiera delatar la oscuridad que yo sabía que llevaba dentro. Durante cada declaración, cada testimonio que lo incriminaba, permanecía sereno, con las manos descansando sobre la mesa frente a él, como si se tratara de una reunión de negocios más.

Incluso su apariencia era meticulosamente calculada. Llevaba un traje negro impecable, su camisa blanca perfectamente planchada y la corbata discretamente elegante. Pero lo que más me perturbaba era su expresión, esa máscara de calma imperturbable que mantenía, como si todo esto fuera un simple trámite, una molestia menor que eventualmente se resolvería a su favor.

Pero yo conocía la verdad. Sabía que detrás de esa fachada de serenidad se escondía un monstruo. Había visto el brillo peligroso en sus ojos cuando creía que nadie lo miraba, una chispa de algo oscuro y hambriento. Era esa mirada la que me recordaba la verdadera naturaleza de Liam, y cada vez que la veía, sentía un escalofrío recorrerme la espalda.

El juez comenzó a leer el veredicto, y el silencio en la sala se hizo aún más denso. Yo apenas respiraba, esperando el momento en que se pronunciara el veredicto que pondría fin a todo aquello.

—Se le acusa de ser culpable. Cadena perpetua.

Las palabras resonaron en el tribunal. Por primera vez, vi algo quebrarse en la fachada de Liam. Sus ojos se entrecerraron un pelín, y sus labios se apretaron en una fina línea. Podía ver cómo sus nudillos se ponían blancos al apretar los puños bajo la mesa. Por un instante, vi el

destello de ira en su mirada, la rabia contenida, el monstruo que había intentado mantener enjaulado todo este tiempo.

Pero en un abrir y cerrar de ojos, todo eso desapareció, y la máscara de serenidad volvió a cubrir su rostro. Levantó la vista y me encontró con la mirada. No había súplica en sus ojos, solo una promesa silenciosa. Una promesa de que esto no había terminado, de que aún en la derrota, él no había renunciado a su deseo de poseerme.

En su momento ese pensamiento me llenó de terror.

Ya no.

Porque él se pudriría en la cárcel mientras yo seguía con mi vida.

Con la vida de Ethan a mis espaldas, eso siempre, pero seguía adelante como buena mujer valiente que era.

—Señora Beaumont, ha venido su hermana.

La voz de Héctor me sacó de mis pensamientos.

—Ah, ¡dile que pase!

Alison entró con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en la cara.

—¡Buenos días, cariñoooo! —exclamó.

Corrió a mi mesa y me abrazó con mucha fuerza.

—Pero, ¡bueno! Mírate. Estás radiante.

Ella posó como si de una modelo se tratara.

—Gracias, graciassss. ¿Estás preparada para hoy?

Me mudaba. Mi empresa había abierto una sucursal en la otra punta de Estados Unidos, y allí me iría. Por mucho que había luchado por dejarlo todo atrás, no soportaba ver la casa de Liam delante de la mía. Quería deshacerme de mis pesadillas. Además, mi abuela había muerto hacía cinco meses. Ya nada me retenía aquí, aunque mi abuela me acompañaría siempre en mi corazón.

—En realidad, no lo sé.

Me levanté. Alison me agarró de la mano y me miró comprensiva.

—Estaremos juntas. Trabajaré cerca de tu nuevo piso y por fin viviremos cerca de mamá y papá.

Respiré hondo. Echaría de menos el bosque, a los compañeros de la empresa y el olor del mar junto al puerto, donde hice la promesa de pulgares con Ethan.

—Tienes razón. Ya no hay nada más que hacer aquí. Por cierto, ¿qué es eso? —Señalé con el dedo índice a un taco de papeles que llevaba agarrado.

—¿Esto? Ehmm… —titubeó—, he sido mala.

—Qué has hecho…

—Le he sacado a una compañera que trabaja en la cárcel el informe psicológico de Liam.

—¡¿Qué has hecho qué?! —chillé.

Corrí hacia la puerta y la cerré de un portazo.

Mi hermana tenía un don para enfadarme.

—No tienes por qué leerlo —me lo ofreció—. Solo lo he traído por si querías sorprenderte una vez más de lo mal de la cabeza que está. Ese hombre es Satanás.

Le arranqué los folios de la mano y ella me miró con esa expresión de perrito abandonado.

¡Qué bien le salía, a la muy cabrona!

—Sé que es Satanás, Alison. Pero ya me da igual: no volveré a verlo. No quiero saber nada de él.

Los metí en la trituradora. Alison asintió, aceptando mi decisión.

Ya había tenido suficiente de Liam.

—Eso significa que está superado —sentenció.

—Ahora toca empezar mi vida desde cero. En la misma empresa pero en otra parte.

Recorrí con la vista la oficina. Gracias al cielo, mi carrera profesional no se vio perjudicada por mi vida personal.

—Juntas, ¿vale? —inquirió ella.

Me abrazó.

Con ese abrazo, supe que todo iba a estar bien. Delante de nosotras brillaba con fuerza un nuevo objetivo: Austin, Texas.

Informe Psicológico: Liam Spencer.

Nombre Completo: Liam Spencer
Edad: 33 años
Sexo: Masculino
Ocupación: Arquitecto
Estado Civil: Soltero
Fecha del Informe: 11 de agosto de 2024

I. Resumen Clínico:

Liam Spencer es un individuo de 33 años que presenta un perfil psicológico complejo y profundamente perturbador, caracterizado por rasgos psicopáticos marcados, tendencias caníbales, y un trastorno obsesivo relacionado con su percepción distorsionada del amor y el control. Su comportamiento, tal y como se ha documentado, evidencia una desconexión significativa de la empatía y una capacidad alarmante para la violencia metódica y premeditada. La obsesión de Liam por una mujer llamada Serena es un factor crucial en su perfil, desencadenando en él comportamientos que oscilan entre el acoso compulsivo y los actos de homicidio ritualizado.

II. Diagnósticos Diferenciales:

Trastorno de Personalidad Antisocial (TPA):
Criterios Diagnósticos Cumplidos:
Falta de empatía y remordimiento.
Comportamiento manipulador y engañoso.
Tendencias impulsivas y agresivas.
Desprecio por la seguridad de otros, manifestado en actos violentos sin justificación aparente.

Trastorno Obsesivo-Compulsivo de la Personalidad (TOCP):
Criterios Diagnósticos Cumplidos:
Preocupación excesiva por el orden y el control.
Necesidad de perfección y meticulosidad extrema en sus acciones.
Rigidez y terquedad en sus pensamientos y comportamientos.

Trastorno Psicótico Breve (Episódico):
Criterios Diagnósticos Cumplidos:
Episodios psicóticos breves durante los cuales se ha manifestado una desconexión completa con la realidad, particularmente en sus fantasías sádicas sobre el control y la dominación de Serena.
Delirios de grandeza y creencias irracionales sobre su destino y la posesión de Serena.

Trastorno Límite de la Personalidad (TLP) - Relacionado con el Abandono:

Criterios Diagnósticos Cumplidos:

Miedo intenso al abandono: Liam presenta un miedo profundo y persistente al abandono, que se manifiesta en su comportamiento controlador y posesivo hacia figuras cercanas, como Serena.

Relaciones interpersonales inestables: Las relaciones de Liam son marcadas por un patrón de idealización y devaluación, especialmente visible en sus vínculos con mujeres que han sido objeto de su obsesión.

Impulsividad: Exhibe conductas impulsivas, especialmente en situaciones emocionales intensas, como lo demuestran los asesinatos cometidos tras sentir la amenaza de perder el control sobre sus víctimas.

Autoimagen inestable: Liam muestra una autoimagen fluctuante, oscilando entre la grandiosidad y el vacío profundo, lo que lo lleva a buscar validación a través de comportamientos extremos de control y dominación.

Fetichismo Caníbal y Sádico:

Criterios Diagnósticos Cumplidos:

Fantasías recurrentes y actos consumados de canibalismo, particularmente en el contexto de control absoluto y posesión de la víctima.

Disfrute sádico en la desmembración y el consumo ritual de partes del cuerpo de sus víctimas, experimentando un sentido de poder y dominación extrema.

III. Historia Clínica y Descripción de Comportamientos Pertinentes:

Liam es un individuo que, a lo largo de su vida, ha mostrado una progresión gradual pero marcada hacia comportamientos cada vez más antisociales y violentos. Su fascinación por el control absoluto y el poder sobre los demás se manifiesta en todas las facetas de su vida, desde su carrera como arquitecto hasta su vida personal.

<u>Obsesión con Anna:</u>

Antes de su obsesión con Serena, Liam desarrolló una fijación similar con Anna, una mujer que conoció en la biblioteca municipal de Nueva York. Esta obsesión siguió el mismo patrón que posteriormente repetiría con Serena: idealización extrema, seguida de un deseo patológico de dominación y destrucción. Anna se convirtió en su objeto de deseo, y cuando sus fantasías de control no se hicieron realidad, Liam comenzó a desarrollar pensamientos homicidas.

Durante el tiempo que estuvo obsesionado con Anna, Liam hizo uso de sus habilidades de manipulación para acercarse a dos amigos comunes, a quienes también asesinó. Estos crímenes fueron motivados por la paranoia de que los amigos podían interferir en su objetivo final de «poseer» a Anna, o que pudieran descubrir su verdadera naturaleza. Estos asesinatos fueron fríos, calculados y desprovistos de cualquier remordimiento, reflejando su total desensibilización hacia la vida humana.

Finalmente, cuando Anna comenzó a sospechar de su comportamiento, Liam tomó la decisión de asesinarla.

Anna fue encontrada brutalmente asesinada en su apartamento, con signos de tortura prolongada, indicando que Liam disfrutó alargando su sufrimiento antes de acabar con su vida.

Obsesión con Serena:

Desarrollo de la Obsesión: Liam experimenta un encuentro casual con Serena que desencadena en él una obsesión inmediata e irracional. A partir de este punto, Serena se convierte en el objeto central de sus fantasías, donde el deseo de poseerla y dominarla eclipsa cualquier otro aspecto de su vida.

Comportamientos de Acoso: Liam sigue a Serena en múltiples ocasiones, se infiltra en su vida cotidiana, y la acecha tanto física como emocionalmente. Estos comportamientos se justifican internamente como una forma de protegerla o reclamar lo que él percibe como suyo por derecho.

Despersonalización de la Víctima: Aunque Serena es el centro de su obsesión, Liam la ve más como un objeto que como una persona, algo que debe poseer y consumir, tanto literal como figuradamente.

Homicidio de Ethan:

Método y Motivación: El asesinato de Ethan fue cuidadosamente premeditado y ejecutado con un nivel de meticulosidad que refleja la mente metódica de Liam. Utiliza este acto como un medio para eliminar lo que él percibe como una amenaza para su dominio sobre Serena.

Ritualización y Consumo: Después de asesinar a Ethan, Liam procede a desmembrar su cuerpo y consumir partes específicas, un acto que no solo cumple con su fetichismo caníbal sino que también refuerza su sentido de poder y control.

Ausencia de Remordimiento: En su diario, Liam detalla estos actos con frialdad, deleitándose en los detalles de la violencia y mostrando una completa falta de remordimiento.

Autoflagelación y Disciplina Interna:

Castigo Autoinfligido: Cuando Liam siente que ha fallado en sus propios estándares de control o discreción, recurre a la autoflagelación como una forma de castigo. Este comportamiento sugiere un alto grado de autoexigencia y una internalización del control que aplica tanto a sí mismo como a los demás.

Monólogo Interno y Desdoblamiento: Liam a menudo se refiere a su «monstruo interior», un concepto que utiliza para justificar y separar sus acciones más violentas de su «yo» racional. Este desdoblamiento de la personalidad es indicativo de un trastorno psicológico profundo, donde la parte racional de su mente intenta justificar o racionalizar la crueldad extrema.

IV. Relación con su madre:

La relación de Liam con su madre fue profundamente disfuncional, lo cual ha sido identificado como una de las raíces de sus problemas psicológicos. Su madre, una figura autoritaria y emocionalmente distante, ejercía un control estricto sobre él durante su infancia. A pesar de sus intentos por ganarse su afecto y aprobación, Liam creció sintiéndose insuficiente y rechazado. Esto sembró en él una mezcla de odio y anhelo hacia figuras femeninas, a quienes intentaba controlar de manera absoluta, como una forma de recuperar el poder que nunca tuvo en

su relación materna.

V. Evaluación de Riesgo:

Liam Spencer representa un riesgo extremo para cualquier persona con la que entre en contacto, especialmente para aquellos que considera objetos de su control o posesión. Su capacidad para planificar y ejecutar actos de violencia con precisión clínica, combinada con su completa falta de empatía y su disfrute de la crueldad, lo convierte en un peligro significativo.

Recomendaciones:

Confinamiento en una institución de máxima seguridad con supervisión constante.
Evaluaciones psiquiátricas regulares para monitorear cualquier evolución en su comportamiento.
Terapia intensiva enfocada en el manejo del control y la agresión, aunque las perspectivas de rehabilitación son extremadamente bajas.

Conclusión:

Liam es un individuo cuyo perfil psicológico se encuentra en el extremo más peligroso del espectro de los trastornos de personalidad antisocial. Su obsesión con el control, su capacidad para la violencia extrema y su falta total de empatía lo convierten en un depredador altamente peligroso, que requiere un manejo especializado y restricciones severas para proteger a la sociedad.

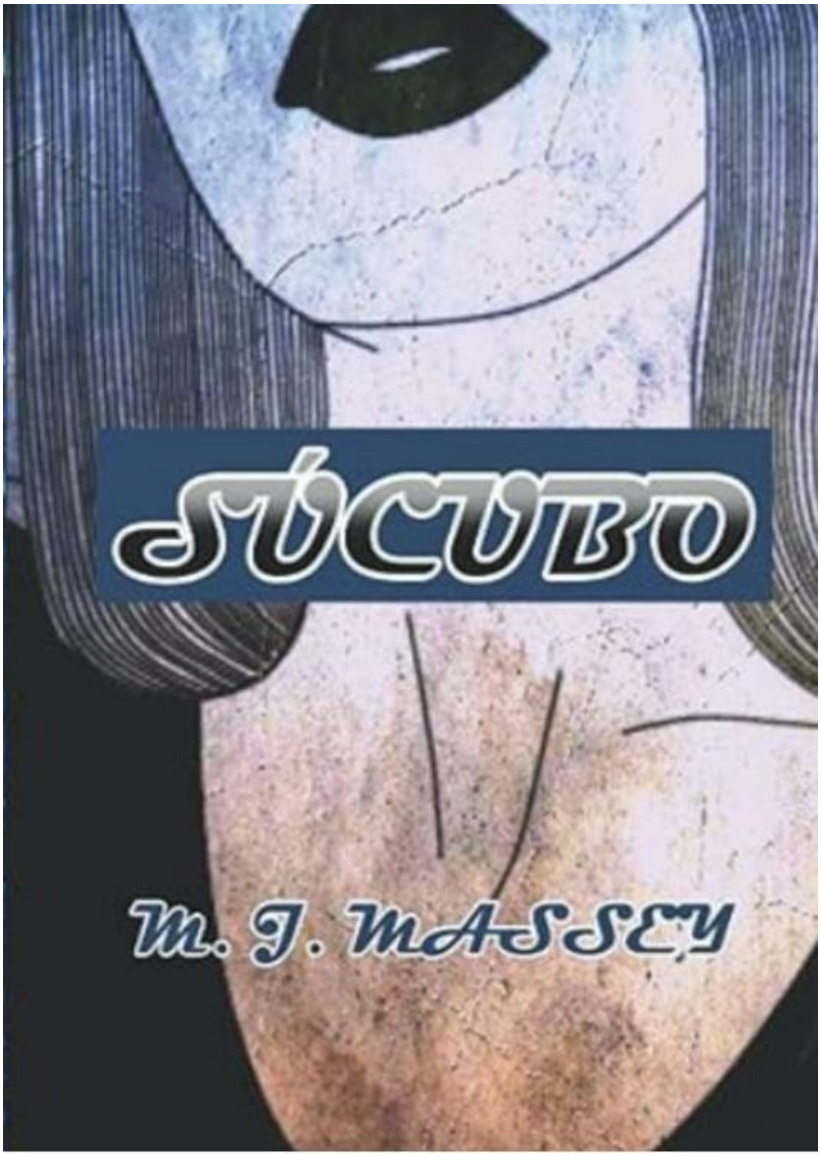
Firmado,

Dr. Anthony O´Connel
Psicólogo Forense Licenciado
Fecha: 11 de agosto de 2024



DESCUBRE TAMBIÉN…

Una distopía donde las mujeres luchan por su vida. Un mundo donde se compra la libertad con dinero, y retransmiten por televisión las pruebas sexuales a las que se somete a las participantes.



Un libro narrado desde el punto de vista de una demonia del sexo, lleno de acción. Sumérgete en un Nueva York repleto de demonios descontrolados.

AGRADECIMIENTOS

Siempre que voy a escribir los agradecimientos en un libro me pregunto a quién darle las gracias. En mi caso, al ser una autora que se autopublica, no participa mucha gente aparte de mí en el proceso. Por esa razón mis agradecimientos siempre van enfocados a los que me apoyan, a los que me leen.

Muchísimas gracias a mi amiga Paloma (@Palomeitorsbooks). Me siento afortunadísima de tenerla en mi vida y de compartir los mismos gustos y aficiones. ¡No sé qué haría sin ella! Sin sus locuras y sin tenerla ahí para apoyarme y para hablar de todo lo que necesite. Es, sin duda, mi lectora favorita y se merece todo lo bueno que le pase. Hay gente que nos hace la vida más feliz, más llevadera y, en la mía, ella es una de esas personas.

A mis amigas Cris, Tania y a mi amiga Rocío, por darme siempre su más sincera opinión, por ser como son y estar siempre ahí. Las quiero más que a nada.

Gracias a mi chico, John Dale, por ayudarme a superar mis bloqueos. Por darme ideas cuando ocurre y, en este libro, por ayudarme a encontrar la inspiración. Siempre por ayudarme a mejorar. Él es también un artista, y eso me hace sentir más cómoda a su lado.

A mis padres por ayudarme siempre, y a mis cuñados Dani y Javi por soportarme y por apoyarme. Por hacer mi día a día más feliz.

Y por último, y no por ello menos importante, gracias a vosotros, mis lectores, mis seguidores. Sin vosotros no sería lo que soy ni habría llegado donde estoy. Confiasteis en mí sin apenas conocerme, abristeis mis libros y os quedasteis. Gracias a los que me comentáis en Amazon y seguís ahí, compartiendo, valorando, mandándome mensajes para opinar sobre mi obra.

Os quiero a todos.